VILLASEÑOR Y
VILLASEÑOR

TOMO I

F1232
V5
v. 1

Fondo Reservado

FH 207

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Biblioteca
"Rafael García Granados"

Su préstamo se vence en la última fecha marcada

BIOGRAFIAS

DE LOS

HEROES Y CAUDILLOS

DE LA

INDEPENDENCIA

POR EL

Lic. Alejandro Villaseñor y Villaseñor.

U5 - I

CON RETRATOS

TOMO I.

Biblioteca Rafael García Granados
Instituto de Investigaciones Históricas
FONDO RESERVADO

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910
IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"
DE VICTORIANO AGÜEROS,
EDITOR.
1ª de Mesones núm. 18

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DE HISTORIA U. N. A. M.
Fondo donado por Don Rafael García Granados

F.R
CLASIF F1232. V5. v.1
ADQUIS FH 207
FECHA:
PROCED Don Rafael García Granados
$
Invent. Oct. 1976
INVENTARIO 1995

S. 59494

I-05

LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA

No son los nombres de los primeros caudillos que se lanzaron á la contienda armada y que todos conocemos, los que merecen figurar en primer lugar en un libro dedicado á rememorar á los hombres que trabajaron por darnos patria y hacer libre á México. Antes que éstos hubo muchos que, abrigando en su cabeza tan generosa idea, empezaron á trabajar por ella, y si el destino no permitió que realizasen sus planes y alcanzasen notoriedad y gloria, no es razón esta para que los olvidemos en estas páginas ni los releguemos al capítulo final de los héroes anónimos.

Con sus trabajos más ó menos activos y con su propaganda en pro de las ideas de Independencia, hicieron general la aspiración á ella entre las clases ilustradas y las decidieron á moverse con más ahinco en su favor y á lanzarse á la lucha. Los hombres de 1808, trabajando en el seno del Ayuntamiento y en el ánimo del Virrey por la formación de juntas al ejemplo de las de España, sembraron la semilla en el ánimo de todos; los conspiradores de 1809 la cultivaron con esmero y, á pesar de su prisión, consiguieron que germinase en diversos lugares y que brotase en 1810 en el Pueblo de Dolores para de allí extenderse por todo el Virreinato y conmover hasta sus cimientos á la vieja sociedad virreinal que vislumbró los nuevos horizontes que se le abrían y que al fin los vió con claridad en

FH 207

1821 cuando aunando los esfuerzos de todos, se realizó, por fin, el anhelo general, la Independencia de México.

De algunos de esos precursores sólo nos queda el nombre, de otros escasas noticias, y de muy pocos conocimiento exacto de su vida pública. Para no escribir artículos diminutos sobre cada uno, los agrupamos en un solo capítulo que será como el prólogo de nuestra obra.

I

DON JUAN FRANCISCO DE AZCARATE Y LEZAMA es el primero que debe figurar en esta colección de biografías, pues fue el que, antes que otros, tuvo una vaga idea de que se podía llegar á la Independencia, aprovechándose de la situación que guardaba España á mediados de 1808.

Nacido en esta Capital, en ella hizo sus estudios, y recibió el título de Abogado en 1790. En el ejercicio de su profesión, á la que se dedicó con afán, obtuvo varios triunfos que insensiblemente lo llevaron a ocupar diversos cargos públicos, entre ellos el de fiscal. Elegido regidor honorario en el Ayuntamiento de México pronto adquirió gran influencia entre sus compañeros, y cuando en Junio de 1808 llegaron graves y alarmantes noticias de la situación de España, ocupada por las legiones napoleónicas, prisionera la familia real y las provincias obrando separadamente, las autoridades de aquí comprendieron que debía hacerse algo en favor de la madre patria y los mexicanos creyeron llegada la oportunidad de trabajar por su emancipación política.

Azcárate fué el primero que ideó algo, proponiendo que el Ayuntamiento bajo mazas fuese ante el Virrey á jurar su fidelidad á Fernando VII y á presentarle una manifestación sobre el asunto; con pocas modificaciones fué aceptada la idea por sus colegas y el 19 de Junio fué la Corporación á Palacio y puso en manos de Iturrigaray la manifestación que en realidad tendía á que

el Virrey no reconociese ninguna Junta española ni obsequiase órdenes de la península hasta que saliesen de ella las huestes napoleónicas y Fernando VII fuese reintegrado en el trono. El primer paso estaba dado, y si no hubiese encontrado opositores la iniciativa del Ayuntamiento, mucho se habría adelantado en pro de la Independencia; pero desde luego la Audiencia se opuso resueltamente y apoyada en el partido netamente español, trabajó desde ese día para sofocar las tendencias separatistas que, acaso sin saberlo, manifestaba la Corporación municipal, y desconfiando hasta del Virrey, procuró deponerlo como lo consiguió en la memorable noche del 15 de Septiembre de 1808.

Era natural que Azcárate fuese perseguido por los que acababan de obtener el triunfo sobre los partidarios de la Independencia. En la madrugada del día 16 Azcárate fué reducido á prisión en compañía del Síndico Verdad y llevado á la cárcel del Arzobispado; después pasó al convento de Betlemitas y se le formó un voluminoso proceso que duró hasta Diciembre de 1811, en que el ex-Regidor fué puesto en libertad. Durante el resto de la dominación española, vivió retirado de los asuntos públicos y dedicado á su profesión, aunque no perdió el carácter de regidor honorario que tenía. En ese período fué substituto de la cátedra de vísperas de cánones y conciliario de la Real Universidad, Fiscal de la Audiencia y Vicepresidente de Jurisprudencia teórico-práctica. Así mismo, fué Secretario del Hospicio de Pobres. Algunos historiadores le han reprochado las muestras de debilidad y arrepentimiento de que dió pruebas en 1811, y á las que debió obtener su libertad.

Cuando Iturbide se decidió á realizar la independencia, reclamó el concurso de todos los hombres distinguidos de la Colonia; no se olvidó de Azcárate, al que llamó á formar parte de la Soberana Junta Provisional Gubernativa; con tal carácter firmó la Acta de Independencia el 28 de Septiembre de 1821; instalado el primer Congreso, recibió Azcárate el nombramien-

to de Ministro Plenipotenciario en Londres, á donde se dispuso á ir, pero la caída de Iturbide y los sucesos que después se desarrollaron, le impidieron ir. Ingresó como Ministro al Supremo Tribunal de Guerra. Figuró poco ya en la política, hasta su muerte, acaecida el 31 de Enero de 1831.

Dejó escritas varias obras, algunas de ellas inéditas, que conserva su biznieto el señor Lic. Tabera. Fué de las pocas personas que habiendo tomado parte en los sucesos que prepararon la Independencia de México, la vió realizada.

DON FRANCISCO PRIMO VERDAD Y RAMOS.—Compañero del anterior fué el Lic. Verdad en el Ayuntamiento y en la persecución; no obstante, su suerte fué más adversa, pues su anhelo por la Independencia le costó la vida.

Nació en la hacienda de Ciénega del Rincón, Aguascalientes, el 9 de Junio de 1760. Radicado en tierna edad en México, hizo sus estudios en los colegios de San Ildefonso y obtuvo el título de Abogado. Ejerció diversos cargos honoríficos, propios de su profesión, y llegó á ser Síndico del Ayuntamiento de México, que desempeñaba en 1808, cuando los espíritus comenzaban á agitarse y á pensar en la emancipación. Como casi todos sus compañeros, creyó que sería fácil realizar sus aspiraciones durante la oportunidad que ofrecían las circunstancias aciagas en que se encontraba España.

Secundó con entusiasmo la idea de la representación al Virrey Iturrigaray, de que ya hemos hablado, propuesta por Azcárate, y fué no sólo un activo colaborador de éste, sino que con su carácter de Síndico pudo tomar parte más activa en el asunto, para lo cual celebró diversas entrevistas con el Virrey, con el que llegó á convenir, al decir del Alcalde Fagoaga, que se alzase con el Reino de Nueva España, pues ambos creían que no podría resistir la Metrópoli á los ejércitos napoleónicos.

En la Junta de autoridades reunida en

Palacio el día 9 de Agosto del año citado, Verdad desempeñó un papel prominente defendiendo sus ideas hasta donde era posible, para la formación de un Gobierno provisional; las réplicas á que su discurso dió lugar fueron bastante vivas, y esta circunstancia atrajo sobre el Síndico toda la mala voluntad de la Audiencia y de los partidarios de España y de Fernando VII.

Estos partidarios, para evitar la reunión del Congreso propalado, y alentados con la llegada de los comisionados de la Junta de Sevilla, decidieron deponer al Virrey, como lo verificaron en la noche del 15 de Septiembre. Verdad, que era uno de los más comprometidos por su actitud en las diversas Juntas celebradas en el Palacio, no podía escaparse de ser preso, como lo fué la misma noche. Conducido á las prisiones del Arzobispado, se le empezó á instruir causa criminal que no terminó, por haber amanecido muerto el preso el día 4 de Octubre siguiente.

Díjose que había muerto envenenado, pero nada autoriza á creer semejante versión; en 1868, el Lic. y Gral. Riva Palacio, echó á volar la especie de que fué ahorcado; pero la acta de defunción que se ha publicado desmiente esta especie, pues un ajusticiado no recibe la Extremaunción, como la recibió Verdad.

A éste se le ha dado en llamar el Protomártir de la Independencia, y con motivo del Centenario el Lic. Manuel Puga y Acal escribió una erudita monografía sobre el Lic. Verdad y el padre Talamantes (del que vamos á ocuparnos), llamándolos los primeros mártires. La Comisión Nacional del Centenario honró la memoria del patriota Síndico del Ayuntamiento colocando una lápida en la casa donde murió, y dando su nombre á la calle Cerrada de Santa Teresa, que era á donde venían á quedar las cárceles del Arzobispado en las que estuvo preso.

FRAY MELCHOR TALAMANTES.—Nativo del Perú. Las vicisitudes de la suerte lo trajeron á México de paso para España

cuando empezó la agitación y las inquietudes en la Colonia, y á las que contribuyó con sus escritos y su actividad.

Nació en Lima el 10 de Enero de 1765, y después de haber hecho sus primeros estudios tomó el hábito de la Orden de la Merced, á los catorce años. Se graduó de Doctor en Teología y desempeñó por algún tiempo varias cátedras en la Universidad de San Marcos; á fines del siglo XVIII salió de su país rumbo á España, con pretexto ó con intención de secularizarse. En Noviembre de 1799 llegó á México, se alojó en el convento de su Orden y parece que prescindió de continuar su viaje, pues permaneció aquí varios años, y cuando se disgustó con el Provincial, fuese á vivir á una casa del callejón de Talavera.

Rara vez predicaba, escribía mucho y acreditó su ciencia é instrucción con el informe que redactó y los documentos que compiló acerca de los límites entre Texas y la Luisiana, que el Virrey Iturrigaray tenía que presentar á la Corte. Este trabajo, que no concluyó, le ocasionó algunos disgustos con diversas autoridades.

Al empezar á desarrollarse en México los sucesos que determinaron la caída del Virrey, el padre Talamantes abandonó sus tareas científicas para dedicarse á escribir sobre asuntos políticos y á hacer propaganda á la idea de la convocación de un Congreso Nacional. Para realizar estos fines procuró entrar en relaciones con aquellas personas que en su concepto podían simpatizar con el proyecto, y naturalmente con Azcárate, el Lic. Verdad, el Marqués de Uluapa y otros miembros del Ayuntamiento. No es posible saber hasta dónde hizo prosélitos, pues el complot que derribó á Iturrigaray puso temerosos á todos é hizo que negaran haber dado importancia á las opiniones del Mercedario.

Preso en la madrugada del 16 de Septiembre de 1808, fué conducido al Convento de San Fernando, de donde intentó fugarse, y después á las cárceles del Arzobispado y de la Inquisición. Con gran actividad se le empezó á formar proceso de infidencia, pero al ver que se defendía con suma

habilidad y talento sin comprometer á nadie y confundiendo muchas veces á sus jueces, el Fiscal pidió la pena de muerte para él, y entre tanto se le tuvo en tan estrecha y cruel cautividad, que llegó á desesperarse y á pensar en el suicidio, como sin reticencias lo dijo á sus carceleros. Para evitar un acto de esa clase fué enviado á Veracruz el 10 de Abril de 1809, después de casi siete meses de una rigurosa prisión; en el puerto se le confinó en el Castillo de Ulúa mientras era tiempo de que se diese á la vela el buque que debía llevarlo á España, á donde se le mandaba para que las autoridades de la Península dispusiesen de su suerte. La terrible enfermedad el vómito, que en esa época azotaba la costa, lo hizo presa y le produjo la muerte entre los días 3 y 8 de Mayo del mismo año de 1809. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de "La Puntilla," situado en el mismo peñasco donde se levanta el castillo, y dice la tradición que el cadáver conservó en el sepulcro los grillos con que se le tenía aherrojado en la prisión.

La Comisión del Centenario ya mencionada, colocó en Mayo de 1909 una lápida en la casa del callejón de Talavera, donde vivió el religioso, y arregló la erección de un sencillo monumento en la fortaleza de Ulúa, que fué inaugurado en Mayo de ese año.

Aunque el nombre del fraile mercedario ha quedado en nuestros anales, pocas son las personas que tienen noticias de él, y si no fuera por la tardía muestra de gratitud que le ha dado la actual generación y por el proyecto que hay, de que se le declare benemérito de la Patria, Fray Melchor de Talamantes habría sido olvidado, á pesar de sus trabajos en pro de nuestra emancipación, trabajos que si hubieran podido imprimirse y circular en la época en que fueron escritos, habrían hecho mucha y fructífera propaganda en pro de la idea de Independencia.

DON JOSE MARIA GARCIA OBESO.—Militar. Pocas noticias se tienen de sus primeros años, pues no obstante sus méritos, la historia sólo tiene para ellos y para su memoria unas cuantas palabras. Nació en la provincia de Valladolid y se dedicó á la carrera de las armas, llegando á obtener el grado de Capitán del regimiento provincial de infantería de su provincia, con el que concurrió al "cantón" que el Virrey Iturrigaray formó en Jalapa cuando se temió una invasión inglesa. Allí conoció á los militares Aldama, Abasolo, Allende, etc., que después se declararon por la causa nacional, así como á muchos otros que permanecieron fieles á la de España. Entre esos oficiales la idea de la Independencia de la Colonia se hizo popular y departían acerca de ella con bastante frecuencia.

Disuelto el "cantón," García Obeso regresó á Valladolid y casi inmediatamente empezó á conspirar contra el poder español, ya fuese por haberse comprometido á ello con sus compañeros de armas, ó ya porque obrase por propia inspiración. Encontró más partidarios de sus ideas que los que él pudiera haberse imaginado en el franciscano Fray Vicente de Santa María, que era fogoso é imprudente y que hasta en el púlpito trataba de hacer propaganda; en el abogado Soto Saldaña, que gozaba de gran influencia entre los habitantes de los barrios de Valladolid, (Morelia); en el Teniente Don Mariano Quevedo, en Don Luis Correa, en Don Manuel Ruiz de Chávez, Cura de Huango; en los oficiales Mier y Muñoz, que pertenecían al mismo Cuerpo que García Obeso, y en otras varias personas.

Empezaron las Juntas de los conspiradores con bastante entusiasmo, y cuando llegó á Valladolid el Teniente Don José Mariano de Michelena, adquirió el complot más visos de formalidad. Se arregló la reunión en Valladolid de un Congreso que gobernase en nombre de Fernando VII mientras estuviese preso; que García Obeso ejerciese la autoridad política y militar, que Michelena fuese á Guanajuato á propagar la revolución y que se atrajese á los

indios con la promesa de suprimir el tributo que pagaban. Al mismo tiempo se enviaron activos emisarios que se pusieron de acuerdo con los militares amigos de los conspiradores y con los paisanos desafectos al régimen español; el Cura Ruiz de Chávez hacía continuos viajes á Huango; Michelena fué á Pátzcuaro y Querétaro, donde se puso de acuerdo con Allende; Correa á Zitácuaro; Abarca á Uruapan; otra persona á San Miguel, donde se entendió con Abasolo; y en fin, tanta actividad demostraron que en Diciembre ya creyeron llegada la oportunidad de empezar el movimiento para el cual creían contar con varios regimientos y con numerosos indios que podían llegar á veinte mil hombres.

Entre tantos conjurados era difícil guardar el secreto; el asesor Don José Alonso de Terán, Intendente interino, tuvo noticia de la conspiración pocos días antes de la fecha en que debía estallar el movimiento, 21 de Diciembre de 1809, por varios conductos, pero principalmente por el Cura del Sagrario de Valladolid, Don Manuel de la Concha, que á su vez lo supo por el Párroco de Celaya, que había sido invitado á las reuniones. Procedió á aprehender al padre Santa María, á García Obeso, los Michelena, y á todas las personas comprometidas que se hallaban en la ciudad; en vano quiso oponerse á estas prisiones el Lic. Soto Saldaña, que trató, sin fruto, de sublevar á los barrios y que al fin tuvo que ocultarse.

Dado aviso de la conspiración al Virrey, éste no quiso que se usase de severidad con los presos, y envió á García Obeso á San Luis Potosí, á las órdenes de Empáran; a Michelena á Jalapa, y a otros á diversas partes, ó quedaron en libertad. El padre Santa María se fugó del convento de San Diego, donde fué confinado, y se unió á Morelos, muriendo en Acapulco algunos años después. Don Carlos María de Bustamante, defensor de García Obeso, consiguió para éste la libertad provisional, que disfrutó hasta que estalló la revolución de Dolores; reaprehendido entonces, se le siguió causa y duró en cárceles hasta 1813,

que se acogió al indulto decretado por las Cortes. A poco falleció.

Esa conspiración, que encabezó el Capitán García Obeso, estuvo muy ramificada por Michoacán, Guanajuato y Querétaro y parece indudable que si no tomaron parte en ella Don Miguel Hidalgo, y aun Morelos, que en esos días de Diciembre de 1809 estaba en Valladolid, por lo menos tuvieron noticias de su existencia. El poco rigor que se tuvo con los principales reos, hizo que no se pudiese descubrir lo vasto del complot, y si en las declaraciones de los comprometidos en la primera insurrección no se encuentran huellas de haber tomado parte en esa conspiración, debe atribuirse á que bastante gente estaba ya comprometida para que quisiesen comprometer á más; por último, si las revelaciones que años después hizo el General Michelena no fueron muy expresas en lo que se refiere al gran número de conspiradores, débese á que él no fué uno de los principales de ella, sino uno de tantos, pues los verdaderos directores fueron García Obeso, el Cura de Huango, Don Manuel Ruiz de Chávez, el Lic. Soto Saldaña y el padre Santa María.

De todos modos, la conspiración de Valladolid fué muy notable y con los elementos que había reunido siguieron trabajando después los conspiradores de Querétaro y los proclamadores de la Independencia.

DON JOSE MARIANO DE MICHELENA. —Nació en Morelia en la penúltima década del siglo XVIII. Terminados sus estudios elementales, procuró su familia, que era una de las más distinguidas y acomodadas de la provincia de Michoacán, que ingresase en la carrera de las armas. Con el carácter de Teniente en el Regimiento de la Corona, concurrió al Cantón militar de Jalapa, donde trabó amistad con Allende, Aldama, Arias, Quevedo, etc., que después debían figurar en la revolución; disuelto el Cantón, quedó algún tiempo en México, y en Septiembre de 1808 fué enviado á Valladolid á reclutar gente para su Regimien-

to; encontróse Michelena con que varios de sus antiguos compañeros de armas estaban conspirando en favor de la Independencia, y que hasta su hermano, el Lic. Don Nicolás, era de los conspiradores; mostró tal entusiasmo ante la perspectiva de un movimiento separatista de la metrópoli, que algunos historiógrafos lo han tenido como jefe de la conspiración, por la circunstancia de haberse pensado en él para darle el mando militar de la insurrección. Desechada esta idea, quedó resuelto que Michelena saliese con los dos Regimientos que había en Valladolid para expedicionar por la provincia de Guanajuato; estuvo en Pátzcuaro y en Querétaro, para ponerse de acuerdo con los militares Abarca y Allende (Don Ignacio), respectivamente, y despachó su partida á Querétaro. La delación del complot desbarató todos los planes de los conspiradores.

Michelena fué llevado preso al convento del Carmen, de donde se le remitió á México con su causa, pero la política del Arzobispo Virrey cortó el proceso y Don Mariano fué enviado al nuevo Cantón que en Jalapa se formaba; á la llegada de Venegas á México, y con motivo del grito de Dolores, el preso estuvo encerrado en Ulúa sufriendo crueles padecimientos desde 1810 hasta 1813, que fué remitido á España, donde fué incorporado á uno de los Cuerpos que combatían á los franceses, y concurrió á la acción de Bayona, que fué la última de esa guerra; estaba en la Coruña cuando el pronunciamiento de 1819, y trató á Venegas de manera muy diferente de como éste lo había tratado. Siguió en el ejército español y en 1820 fué nombrado por su provincia Diputado á las Cortes, pero sabedor de que la Independencia de México se había realizado, se embarcó, llegando á Veracruz en 1822. A pesar de que recibió el nombramiento de General de Brigada, se declaró enemigo de Iturbide y del plan de Iguala, inclinándose á la forma de gobierno republicano federal. Tomó parte en el plan de Casa Mata, y á la caída del Emperador formó parte del Poder Ejecutivo, como suplente.

Sus compañeros Domínguez y Negrete, éste por su carácter y aquél por su avanzada edad, poca iniciativa tenían, siendo en realidad Michelena el que dirigía el gobierno; aceleró la salida del país de Iturbide, declaró nulos los tratados de Córdoba y el plan de Iguala y llamó á Filisola, que estaba en Centro América con un ejército. El 31 de Enero de 1824, con la llegada del General Bravo, salió Michelena del poder, recibiendo el nombramiento de Ministro Plenipotenciario en Londres, punto para donde salió en Abril, acompañado del colombiano Don Vicente Rocafuerte. De Inglaterra pasó á Panamá, al Congreso de América promovido por el libertador Bolívar, y en él consiguió que se señalase la Villa de Tacubaya como lugar de reunión del segundo Congreso, lo que no llegó á verificarse. El resto de la vida de Michelena, que fué de los pocos precursores que vieron realizada la Independencia, pasó en la obscuridad; vivió aún bastantes años y falleció en Morelia el 10 de Mayo de 1852.

Antes de terminar este capítulo, haremos suscinta mención de otras personas que tomaron parte en las conspiraciones de 1808 y de 1809 y que no por haber fracasado en sus planes merecen ser tenidos en olvido: como de la mayoría de ellas quedan muy pocas noticias, nos limitaremos á mencionar sus nombres y algunos de sus hechos en favor del proyecto que trataban de realizar.

FRAY VICENTE DE SANTA MARIA, radicado en Valladolid, fué un religioso franciscano que con verdadero entusiasmo se unió á los conspiradores de aquella ciudad; procuró hacer prosélitos por medio del púlpito y con sus imprudentes conversaciones tuvo mucha culpa en el descubrimiento de la conjuración; fué el primer aprehendido, el 21 de Diciembre de 1809; estuvo preso algún tiempo, y habiendo logrado fugarse se unió á Morelos, que conocedor de su mérito, supo apreciarlo y lo tuvo bastante tiempo á su lado, hasta 1813, que murió frente al castillo de Acapulco.

LIC. DON MANUEL RUIZ DE CHAVEZ, Cura beneficiado de Huango, (hoy Villa Morelos), que también fué un activo agente de la revolución en proyecto y que para estar al tanto de las discusiones y proyectos de la Junta, hacía frecuentes viajes á Valladolid. En el Curato se alojaban todos los correos que aquélla enviaba á la provincia de Guanajuato, y él era el intermediario entre la Junta y los asociados de ésta en ella; por sus relaciones de parentesco con Don Miguel Hidalgo, es casi seguro que el señor Ruiz de Chávez fué el que puso al tanto al Cura de Dolores de los manejos y proyectos de la Junta y consiguió su adhesión á ella. Cuando se descubrió la conspiración no fué perseguido, á causa del silencio que los presos guardaron respecto de sus cómplices, y continuó al frente de su Curato, donde sufrió bastante durante la revolución, cuyo fin no consiguió ver.

BR. DON JOSE MARIA SANCHEZ.—Era vecino de Querétaro y en su casa se reunían con mucha frecuencia los conspiradores de esta ciudad; para no inspirar sospechas lo hacían otras veces en la casa del abogado Parra, ó en la del farmacéutico Estrada. En esas Juntas se trabajaba con más cautela y acierto que en las de Valladolid, y los que las formaban estaban en correspondencia constante con las que había en Dolores, presididas por Don Miguel Hidalgo y en San Miguel, que Allende había organizado. Como la revolución se precipitó y trastornó todo, hasta los planes de los mismos conspiradores, no es posible averiguar hoy el grado de importancia que las últimas tuvieron, ni el número ó calidad de las personas comprometidas. Refiriéndonos á las de Querétaro, vemos que el Br. Sánchez fué de los aprehendidos por el Alcalde de Corte Ochoa; pocas fueron las declaraciones que pudo obtener de él, como pocas obtuvo de los demás complicados, los cuales con la llegada del oidor Collado, animado de las mejores intencio-

nes, se vieron casi en su totalidad libres á poco tiempo.

DON IGNACIO VILLASEÑOR CERVANTES.—Regidor perpétuo de la ciudad de Querétaro y persona distinguida de aquella ciudad. En la lista remitida por el Alcalde Ochoa aparece como simplemente sospechoso, y no consta que fuese aprehendido y sometido á proceso; sin embargo, tomó parte en la conspiración, y cuando ésta fué descubierta, se retiró á su hacienda de la Palma, donde vivió ya poco tiempo. Las contrariedades que sufrió y las desgracias que agobiaron á su esposa Doña Justa Aldama, hermana carnal del Capitán Don Juan Aldama, uno de los primeros caudillos de la insurrección, fusilado en Chihuahua, apresuraron su fin: una tradición muy persistente atribuye la causa de la muerte de Villaseñor á envenenamiento, pero parece que carece de fundamento esa versión, que ha sido desmentida por uno de los parientes más cercanos del prócer.

Aquí damos fin al capítulo que sirve de introducción á nuestro trabajo, para entrar á relatar suscintamente la vida y hechos de los hombres que trabajaron por nuestra emancipación política, muchos de los cuales aun cuando no ostenten el título de héroes, seguramente porque nuestros legisladores primitivos fueron poco afectos á prodigar este calificativo tan honorífico, sí son muy dignos de ocupar un lugar en este libro, dedicado á recordar los nombres de todos los que más directamente contribuyeron á realizar la hermosa aspiración de independencia y libertad que hace un siglo ocupaba la mente de nuestros antepasados y que produjo esa epopeya gloriosa, en general, que empezó en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810 en el pueblo de Dolores y terminó en la metrópoli mexicana el 27 de Septiembre de 1821 con la entrada triunfal del ejército de las "Tres Garantías."

EPIGMENIO GONZALEZ.

Fué uno de los primeros y más entusiastas partidarios de la Independencia, y si no la defendió con las armas en la mano, debióse á su encarcelación, pero por lo menos, se ocupó de fabricar esas armas.

Era natural de Querétaro, donde nació en 1778; se dedicó al comercio siendo muy joven, y en los ratos desocupados buscó la deficiente instrucción que entonces encontraban las personas de la clase media que tenían que dedicarse á otros quehaceres. Sus ideas fueron tendiendo hacía la independencia, como tendieron las de muchos jóvenes de entonces, y sin saberse cómo, se encontró mezclado en la conspiración de Querétaro, en la que tomaron parte Hidalgo, Allende, el Corregidor Domínguez y otras personas. Desde el principio del complot, ó sea desde fines de 1909, González tomó parte en él y más práctico que los demás, dedicó algunos de los recursos de que disponía, á fabricar cartuchos y armas; además, parece que tenía el carácter de Secretario de las Juntas, á pesar de que Alamán dice que lo era Don Mariano Galván, que después fué el denunciante; González parece que era más á propósito para ese cargo, que Galván, el cual era demasiado joven é inspiraba, por lo mismo, poca confianza.

González, llevado de su entusiasmo, se comprometió tanto que en el segundo semestre de 1810 instaló en su casa de la

plaza de San Francisco la fábrica de armas para tener listas las que se necesitasen el primero de Octubre, que era el día designado para que estallase la insurrección, según él refería; guardaba también los papeles de los conspiradores, entre ellos el plan del gobierno que debería implantarse después de hecha la independencia, y del que hace mención el escribano Domínguez. Su hermano menor, Emeterio, también era de los conspiradores y lo ayudaba á fabricar cartuchos.

Lo vasto de la combinación y el gran número de personas iniciadas en ella, hicieron que no fuese posible guardar el secreto y las denuncias empezaron. Una de ellas se atribuye á Galván, empleado de correos, otras al Canónigo Iturriaga, de Morelia, y al español Bueras; lo cierto, en realidad, es que la conspiración era un secreto á voces del que estaban enterados todos menos la autoridad, que al fin llegó á saberlo por la denuncia de sí mismo que hizo el Capitán Arias el 10 de Septiembre; el día 13 las denuncias fueron más alarmantes y se dió parte al Corregidor Domínguez, que era uno de los complicados y que se vió en la necesidad de aparentar que hacía algo para no ser puesto preso por la autoridad militar.

Acompañado del escribano Domínguez se presentó en la casa de Epigmenio González, que después de corta resistencia abrió la puerta de su casa; el Corregidor hizo un cateo superficial que ningún resultado dió, pero el escribano, que estaba enterado de lo que había, procedió con más minuciosidad, encontrando en una pieza una porción de palos dispuestos para picas de lanza, y á un hombre ocupado en hacer cartuchos; en otras piezas halló municiones y más cartuchos. Epigmenio González, su hermano Emeterio, el trabajador y cuantos había en la casa, fueron llevados presos, y se les empezó á formar causa. El Corregidor á su vez fué llevado á la cárcel y la causa continuó, instruida primero por el Alcalde Ochoa que desplegó mucha severidad, y después por el oidor Collado. Epigmenio se portó bien durante su proceso y no denunció á

sus cómplices, por más ofrecimientos de indulto que, según se asegura, se le hicieron; sin embargo, estaba demasiado bien comprobado el cuerpo del delito y era demasiado sangrienta la revolución que había estallado, para que encontrara gracia.

Traído á México, fué condenado, en unión de su hermano, á destierro en Filipinas, y mientras llegaba el buque que lo había de conducir, permaneció en México; pero habiendo tomado parte en la conspiración de Ferrer se le envió á la costa y fué encerrado en un húmedo calabozo de San Diego de Acapulco, con grillos en los pies; esa prisión fué causa de que quedase baldado para todo el resto de su vida. En el archipiélago vió disminuir la severidad de su prisión, gracias á su buena conducta, pero no tenía esperanzas de que terminase, porque estaba sentenciado á cadena perpetua en el destierro. La realización de la independencia en 1821 no mejoró la suerte de González, pues como según el criterio de España y de los españoles, México era un rebelde, natural era que siguieran los castigos impuestos á los que habían ayudado á sostener ese estado de rebelión. Hasta 1836, que se celebró el tratado de paz y amistad con la Madre Patria y que hizo que ésta reconociese la independencia como un hecho consumado é indiscutible, se pudo hacer algo en favor de los desterrados á Filipinas, España y Ceuta que aún vivían, pues la mayoría habían muerto lejos de su patria.

Epigmenio quedó libre en Manila, pero sin recursos, por lo que pasó muchos trabajos para regresar á México; al fin consiguió de las autoridades locales pasaje en un buque que se dirigía á España, y ya en la Península, la magnanimidad de un español le facilitó el viaje á México, de donde estuvo ausente más de veintiocho años, de los que veintisiete había pasado en prisiones, que fueron causa de que sin su voluntad diese la vuelta al mundo. Llegado á la capital, pobre, desconocido y olvidado de todos, sin familia ni intereses, habría arrastrado una existencia miserable, si no hubiera sido por la casualidad providencial

de que el siempre generoso Don Nicolás Bravo ocupase el Poder Ejecutivo como Presidente del Consejo durante los días 10 á 19 de Julio de 1839, que estuvo ausente el General Santa-Anna. Bravo rehabilitó á Epigmenio, hizo que se le pagasen todos sus haberes y lo nombró vigilante en propiedad de la Casa de Moneda de Guadalajara. Después se le asignó una pensión de cien pesos mensuales. A su paso por Querétaro sólo encontró á varios sobrinos hijos de una hermana suya, y á una anciana tía.

Radicado en Guadalajara por el resto de su vida, era tenido por loco por sus contemporáneos, y en efecto, parece que sus facultades mentales habían menguado algo á causa de su larga prisión; sin embargo, cumplía exactamente con los deberes de su empleo. Falleció en aquella ciudad el 19 de Julio de 1858, á los ochenta años de edad. En 17 de Septiembre de 1890, sus restos fueron solemnemente transladados al Panteón Municipal y se colocó una lápida conmemorativa en la casa de la calle de los Pericos, donde falleció. En Querétaro se ha honrado su memoria colocando otra lápida en la casa de la Plaza de San Francisco, donde vivieron y fueron aprehendidos Epigmenio y su hermano Emeterio.

Este siguió los mismos pasos que Epigmenio. Preso al mismo tiempo que él, siguió su misma suerte y fué enviado á México por el Alcalde de Corte, Collado; también tomó parte en una nueva conspiración y fué sentenciado al destierro en Filipinas; allí murió á consecuencia de aguda enfermedad, ignorando la suerte que había cabido á su país natal, pues aun cuando cada año llegaba el galeón procedente de Acapulco (mientras México fué Colonia), las noticias que llevaba eran escasas, sobre todo para los pobres presos desterrados. La memoria de Emeterio se hubiera perdido, como la de tantos otros, á no haber sido por su hermano; pero Querétaro no ha sabido honrar la memoria de este mártir de la independencia que fué á morir á extraño suelo, purgando el delito de haber amado á su país.

EL ALCAIDE IGNACIO PEREZ.

Los humildes deben darse por satisfechos si su nombre siquiera no llega á ser olvidado, porque las más veces quedan en la categoría de los héroes anónimos, para quienes las generaciones venideras no tienen ni siquiera un recuerdo.

En esa categoría de los humildes debemos clasificar al Alcaide de la cárcel de Querétaro, Ignacio Pérez, que prestó á la causa de la independencia servicios tan importantes como fueron el de que estallase la revolución de Dolores y no quedase la conspiración ahogada en su cuna como sucedió con la de Valladolid. Sin el concurso del Alcaide, Allende é Hidalgo habrían sido aprehendidos como lo fueron los González, el Corregidor y los demás comprometidos de Querétaro, y aunque al fin habría estallado el movimiento, ya que las circunstancias lo exigían, habría demorádose algún tiempo, y acaso hubiera sido reprimido con violencia, dadas las precauciones que las autoridades virreinales se habrían visto obligadas á adoptar, en vista de la frecuencia de las conspiraciones, que se sucedían en diversos puntos de la Colonia.

La circunstancia de haberse prestado Ignacio Pérez á obedecer tan de buena voluntad y con tanta diligencia las órdenes de la Corregidora indica que, como lo afirma el historiador Alamán, había tomado parte en la conspiración, lo que demuestra

á su vez lo ramificada que estaba, ya que desde la primera autoridad civil hasta un empleado tan subalterno como lo era un Alcalde, estaban afiliados entre los conspiradores.

Ignacio Pérez, por razón de su empleo, vivía en el entresuelo de la casa del Corregidor, casa en cuya parte baja estaba situada la cárcel de ciudad; se encontraba retirado en su habitación la noche del 13 de Septiembre cuando oyó dar en el techo los tres toques convenidos con la Corregidora y que significaban la ocurrencia de algún suceso importante: acudió á saber de lo que se trataba, pero como el zaguán había sido cerrado con llave por Domínguez, Doña Josefa se acercó á la puerta y á través del agujero de la llave puso á Pérez en autos de lo que ocurría: la conspiración había sido descubierta y era probable que se procediera á la aprehensión de los complicados, por lo que era preciso avisar á Allende, que residía en San Miguel, para que se pusiese en cobro ó adelantase el día del alzamiento. Este recado enviado á Allende indica que él era el tenido por jefe del movimiento y no Don Miguel Hidalgo, como los historiadores modernos se empeñan en hacerlo aparecer.

Pérez se penetró perfectamente de la gravedad de las circunstancias y prometió que haría lo que se le mandaba; pero no queriendo fiar á un tercero la suerte de la próxima revolución, él mismo fué á desempeñar la comisión, en la que empleó el resto de la noche, todo el día 14 de Septiembre y la noche de éste. Llegó á San Miguel el Grande en la madrugada del 15, dirigiéndose inmediatamente en busca de Don Ignacio Allende. Este no se encontraba en la población, pues sabedor de que en Guanajuato había sido denunciado por Garrido, ó llamado por Hidalgo, había salido para Dolores. Pérez entonces se dirigió en busca de Aldama, al que dió conocimiento de lo que ocurría y que determinó salir inmediatamente para Dolores.

La historia no vuelve á hacer mención de Ignacio Pérez, pues aun cuando Zárate afirma que acompañó á Aldama á Dolores, no

prueba esta afirmación; es probable que así lo hiciera, pero en este caso hubiera tomado parte en los sucesos del día 16 y se hubiera visto mezclado en la revolución, siéndole muy difícil volver á Querétaro durante algún tiempo y recuperar su empleo de Alcaide. Más probable es que regresase á Querétaro á dar cuenta de su comisión y á observar los acontecimientos; allí fué aprehendido, pues la declaración de Allende acerca de él fué terminante y después de sufrir prisión algún tiempo recuperaría su empleo de Alcaide, en el que murió hasta mediados del siglo, pues Alamán afirmaba en 1849 que tenía poco tiempo de haber muerto.

El oportuno aviso de la Corregidora, transmitido fielmente á Aldama por Pérez, acabó con las vacilaciones de los conspiradores y decidió al Cura Don Miguel Hidalgo á lanzarse á la revolución, que estalló el 16. Si Pérez no se resuelve á ir en persona á San Miguel, acaso se hubiese frustrado aquélla, pues al mensajero no se le habría ocurrido buscar á Aldama, y no sabiendo á quién dar el recado que llevaba, habríase vuelto á Querétaro, con lo que los emisarios de Riaño, el intendente de Guanajuato, hubieran aprehendido á Hidalgo, á Allende y á los comprometidos que había en Dolores.

Muy mala debe haber sido la suerte de Pérez ó mucho su desprendimiento y humildad cuando realizada la Independencia no pidió ninguna recompensa por sus servicios y se conformó con seguir desempeñando el modesto empleo que antes tenía.

PIPILA.

Ni el nombre del obscuro barretero que realizó la heróica hazaña de Granaditas es conocido. Bustamante, que es el primero que menciona este episodio, no se cuidó de averiguar, ó no pudo conseguirlo, el nombre del humilde desconocido que se lanzó á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga, y lo llama con el sobrenombre de "Pípila," con el que ha pasado á la historia; Licéaga lo llama Mariano, agregando que era operario de Mellado; y Alamán niega el episodio diciendo que fueron varios los que protegidos por lozas ó lajas, prendieron fuego á las puertas del edificio, afirmación que no está en desacuerdo del todo con lo que más adelante dice el mismo Bustamante. Sea como fuere, el hecho parece indudable y si después varios siguieron el ejemplo, fué "Pípila" el de la idea y el que cuando todo el ejército independiente se hallaba detenido por el obstáculo que les oponía la puerta de la alhóndiga de Granaditas, se atrevió á desafiar el fuego de los sitiados y acercarse á ese lugar llevando aceite y brea para untarlos en las maderas y una raja de ocote con la que prendió fuego; operación larga y de riesgo por el peligro inminente en que se puso el que la hizo y que atrajo por algunos minutos la atención de todos y los proyectiles de los sitiados. Que no consiguiera todo el resultado que se proponía y que en pos de él fuesen otros y consiguiesen hacer arder la madera y

franquear la puerta, ningún mérito quita á ese "Pípila" ó Mariano, que acreditó, sin fanfarronería y con ese estoicismo peculiar de nuestro pueblo el poco aprecio en que tenía su vida y su disposición para exponerla por una causa que juzgaba digna de que se hiciese ese sacrificio.

"Pípila" no vuelve á aparecer en ningún otro episodio de la guerra de Independencia y acaso ni siguió las banderas de la insurrección, aunque, por otra parte, parece difícil que pudiera seguir viviendo en Guanajuato, sobre todo desde que el General Calleja reocupó la ciudad y castigó de manera tan severa á todos los que de un modo más ó menos directo favorecieron á los insurgentes; era demasiado señalada la hazaña de "Pípila" para que se hubiera olvidado de él aquel jefe. La tradición, que no está comprobada, dice que el barretero de Mellado siguió al ejército de Hidalgo, con el que entró en Valladolid, y se batió heróicamente en la batalla del Monte de las Cruces, agregando que en esa acción encontró la muerte. Ya hace años, habíamos leído esa versión, que vamos reproducida en una pequeña obrita publicada en este año del Centenario por el Sr. D. Fulgencio Vargas, radicado en el Jaral. Repetimos que no está comprobada y que ni datos hay siquiera para saber el verdadero nombre y apellido de "Pípila," no obstante que en esa tradición se le dá el de Martínez.

Su nombre quedará ignorado para la historia, como el de tantos otros, debido á la humildad del que llevó á cabo el hecho, y al poco cuidado de sus contemporáneos de conservarlo para las generaciones futuras.

D. Manuel Domínguez, Corregidor de Querétaro.

DON MIGUEL DOMINGUEZ.

El nombre de Domínguez suena mucho al hablar de los antecedentes de la revolución de Dolores, por razón de que fué uno de los pocos funcionarios públicos que tomaron parte en la conspiración que la preparaba.

Nació en México en 1756, y terminados sus estudios de abogado se dedicó á la carrera administrativa, en la que fué ascendiendo, con la natural lentitud con que llegaban á determinados puestos del Gobierno colonial los hijos del país. De las oficinas inferiores subió al puesto de Oficial Mayor de un oficio de gobierno en los últimos días del siglo XVIII; allí tuvo ocasión de tratarlo y de apreciar sus aptitudes el Virrey Marquina, quien lo hizo Corregidor de Querétaro el año de 1802, aprovechando la ocasión de haber fallecido Don Juan Calado, que lo era entonces. Llegado á un puesto que no había solicitado y que era tan apreciado y bien retribuido como una intendencia, procuró hacerse digno de él y con mano firme acometió la empresa de acabar con los abusos que cometían los dueños de obrajes con sus empleados, á los que trataban como á esclavos; mejoró la policía y las condiciones de la ciudad; aplicó bien el cuantioso legado que para obras de beneficencia había dejado la señora Vergara, é hizo bastantes bienes en su corregimiento. En 1805 se opuso á la consolidación de los capitales piadosos y redactó varias manifestaciones contra esa medida que Iturriga-

ray, obedeciendo órdenes de la Corte, pretendía llevar á cabo. Sabedor el Virrey de que Domínguez era autor de esas manifestaciones, y aprovechando la ocasión de hallarse el Corregidor enfermo en esta capital, lo suspendió en su empleo y no quiso reponerlo en él sino hasta que reiteradamente se lo mandó la Corte.

En 1808 invitó al Ayuntamiento de Querétaro para que se uniese al de México, con el objeto de que se formase la junta general de gobierno de la Colonia, paso preliminar para la realización de la Independencia; el Ayuntamiento se negó en principio y estaba para desechar la invitación, cuando se recibió la noticia de la caída de Iturrigaray. Domínguez no insistió en su idea, pero ella indica que era partidario de la Independencia, y si no desde entonces, muy poco después tomó parte en las conspiraciones que hubo para realizarla. Se ignora la participación que indudablemente tomó en la de Valladolid, y aun en la de Querétaro no se ha averiguado bien el carácter que tuvo en ella. Que estuvo complicado es un hecho indudable, aun cuando no acudiese á las juntas y sólo se comunicase con Allende. Como hombre de letras, no aprobó los procedimientos ejecutivos de este caudillo, que quería sostener la revolución con los fondos quitados á los europeos, pero nada hizo para que desistiese de ellos.

Se comprometió, sin embargo, á tal grado, que cuando empezaron las denuncias no se dirigieron á él los denunciantes; Galván lo hizo á su superior inmediato y Arias al Alcalde de Corte, Ochoa, el 10 de Septiembre; hasta el 13 fué cuando á Domínguez le llegó una, y comprendiendo que había otras y que su libertad dependía de su conducta, afectó darle mucha importancia á la denuncia é inmediatamente fué en busca del escribano, apellidado también Domínguez para proceder á la aprehensión de los denunciados. Que recelaba de todo lo prueba la circunstancia de haber dejado encerrada con llave á su esposa, para que no cometiese una imprudencia, medio que no le dió resultado, según hemos visto.

El Corregidor quería dar tiempo á que los González, Epigmenio y Emeterio, se escapasen ó tomasen sus precauciones, pero el escribano lo impidió rodeando la casa y convirtiendo en verdadero cateo el que aquél quería que fuese un simple reconocimiento; encontrado el cuerpo del delito, fueron encarcelados los González y á poco el mismo Alcalde dictó auto contra el Corregidor, que fué llevado á San Francisco. A los pocos días, no obstante, fué puesto en libertad y repuesto en su empleo por el comisionado Collado, llegado expresamente para formar la causa; permaneció en él algún tiempo y puso la ciudad en estado de defensa contra los insurgentes, fungió de Asesor en muchos procesos seguidos á éstos y prestó otros servicios.

En su puesto permaneció hasta Diciembre de 1813, en que según la Constitución ya vigente desapareció la institución de los Corregidores, siendo reemplazados por jueces letrados; al mismo tiempo que perdía su puesto, su esposa, Doña Josefa Ortiz, era procesada por conspiración y conducida á México, donde se la encerró en el convento de Santa Teresa; Domínguez también vino á la capital para servir de defensor á Doña Josefa, y ya aquí, se le hicieron cargos y se consultó su prisión, en contra de la cual dictaminó el Auditor de guerra Foncerrada. La causa durmió por algún tiempo y hasta 1814 volvió á ponerse en movimiento, previniéndole al ex-Corregidor que no saliese de México. Como no se le había seguido proceso en forma, estaba apto para volver á su empleo á Querétaro, cuando Fernando VII, ya libre, ordenó que los Corregimientos volviesen al mismo estado que tenían en 1808. Pero los vecinos de aquella ciudad habían pedido varias veces que no volviese Domínguez, y por esta causa se le retuvo en la cápital en tanto que su esposa fué recluida en el convento de Santa Catalina.

Cuando Apodaca se hizo cargo del Virreinato, Don Miguel pidió la libertad de Doña Josefa, alegando que él se hallaba enfermo, casi ciego, pobre, con catorce hijos é imposibilitado de auxiliarla en la en-

fermedad que padecía; el Virrey, que era inclinado á la clemencia, resolvió la petición en sentido favorable y puso en libertad á la Corregidora; en cuanto á su esposo, en Junio de 1817, aunque no fué repuesto en el Corregimiento, continuó disfrutando el sueldo de cuatro mil pesos anuales, que ni un solo día había dejado de percibir. Continuó así hasta el restablecimiento de la Constitución en 1820, que definitivamente perdió su empleo. Durante la revolución de Iturbide no tomó Domínguez ninguna participación en los asuntos públicos y su nombre no vuelve á figurar sino hasta 1823, en que con el carácter de suplente formó parte del triunvirato conocido con el nombre de Poder Ejecutivo, puesto en el que permaneció, en junto, las dos veces que lo ocupó, año y medio. Su avanzada edad no le permitió ejercer una influencia decisiva entre sus compañeros.

En 23 de Diciembre de 1824 fué declarado primer Magistrado y Presidente de la Suprema Corte de Justicia; como el nombramiento era á perpetuidad, lo desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 22 de Abril de 1830. Su biografía no ha llegado á escribirse, pues los pocos escritores que se ocupan de él acaso sintieron disminuir la admiración que pueden haber tenido por el antiguo Corregidor, al saber que percibió su sueldo y sirvió al Gobierno español durante los diez años de guerra y prefirieron guardar silencio á relatar este hecho, que no debe callarse por no ser deshonroso, y sobre todos, por ser ajustado á la verdad histórica.

Doña Josefa Ortiz de Dominguez.

DOÑA JOSEFA ORTIZ DE DOMINGUEZ.

Esta dama fué una de las más decididas partidarias de la Independencia, y la que materialmente empujó á los primeros caudillos á empezar la revolución, haciéndoles saber con toda oportunidad el riesgo inminente en que estaban, de ser reducidos á prisión, por haberse descubierto sus planes revolucionarios.

Nació en Morelia en 1768; huérfana en temprana edad, quedó al cuidado de una hermana mayor y se radicó en México, ingresando en 1789 al colegio de las Vizcaínas, de donde salió dos años después para unirse en matrimonio con Don Miguel Domínguez, letrado, que desempeñaba un empleo público. Nombrado aquél Corregidor de Querétaro algunos años después, lo acompañó á tomar posesión de su empleo y aun lo ayudó á resolver muchos asuntos delicados, pues era señora de talento, muy despejada, de ánimo resuelto y varonil. Probablemente desde 1809, cuando la conspiración de Valladolid se ramificó, tomó Doña Josefa parte en ella, é indujo á su esposo á ser del número de los conjurados.

Alguno de sus biógrafos dice que Allende fué el que la catequizó para que tomase parte en la conspiración á causa de que era el prometido de una de sus hijas, pero no parece esto muy verosímil, dada la diferencia de edad de una y otro; la señorita Domínguez apenas contaría diez y ocho años escasos, en tanto que Allende ya era viudo

y tenía más de treinta y cinco años; sea como fuere, lo cierto es que la Corregidora fué uno de los más activos colaboradores que los conspiradores pudieron obtener. Por causa de las preocupaciones de la época no sabía escribir Doña Josefa, sino únicamente leer, pero para suplir esa deficiencia, cuando necesitaba enviar algunas noticias á sus correligionarios, recortaba las palabras necesarias de los papeles impresos que guardaba y las pegaba ordenadamente sobre papel de china; tenía una mujer correo que desempeñaba el oficio de cohetera y ésta secundaba hábilmente las miras de Doña Josefa.

Cuando fué descubierta la conspiración á su marido, como hemos visto en la biografía de éste, no pudo eximirse de proceder en unión del escribano, de hacer las diligencias necesarias para cerciorarse de la verdad de la denuncia recibida, pero antes de ello, avisó á su mujer lo que pasaba, y temeroso de que cometiese una imprudencia, creyó prevenirla dejándola encerrada bajo llave. Esta precaución no fué obstáculo para que la Corregidora diese al Alcalde Ignacio Pérez instrucciones para ir á hablar á Arias, creyéndolo leal y no traidor, y cuando éste se negó, aquélla envió directamente la noticia del descubrimiento á Allende, que estaba en San Miguel. La diligencia de la señora Ortiz de Domínguez hizo que no solamente no se frustrase la conspiración de Dolores como se frustró la de Valladolid, sino aun que se adelantase la fecha de la insurrección, que estaba señalada para los primeros días de Octubre de 1810.

Mientras el Alcalde cumplía su comisión, la Corregidora era aprehendida, en unión de su marido, en la madrugada del 16 de Septiembre, á la misma hora que en Dolores se daba el grito de libertad. Doña Josefa estuvo presa en la casa del Alcalde Ochoa y después en el convento de Santa Clara, donde permaneció aún después de que el Corregidor quedó libre y repuesto en su empleo por el oidor Collado; hasta que éste á su vez no cayó en manos del insurgente Villagrán y para recobrar su libertad se

comprometió á darla á los presos, fué cuando dejó el convento doña Josefa. No por los trabajos sufridos desistió de sus ideas; por el contrario, continuó haciendo tan activa propaganda en favor de la independencia que gracias á ella se consideraba Querétaro como un foco de revolución, y el comandante del batallón urbano, Romero Martínez, en 1811 se quejó al virrey y acusó al Corregidor; los informes contradictorios que obtuvo la junta de seguridad impidieron que se le formase proceso y el virrey se limitó á pasar á Domínguez un oficio reservado en el que le recomendaba que aconsejase á su esposa para que variase de conducta, pues de lo contrario se la pondría en reclusión; Domínguez contestó, diciendo haber cumplido con lo que se le mandaba; pero es difícil que consiguiese convencer á su varonil esposa de lo imprudente de su proceder.

En 1813, al establecerse el régimen constitucional, fué comisionado al canónigo Beristain, que accidentalmente se encontraba en Querétaro, para que procurase que en las elecciones municipales no fuesen excluidos los europeos, como había sucedido en otras provincias. El canónigo, que de semanas atrás estudiaba la situación, comprendió que en esa ciudad había una influencia grande que contrarrestaba la propaganda pro-española que pudiera hacerse hasta en el púlpito y que esa influencia era la de la Corregidora. En oficio dirigido al virrey con fecha 14 de Diciembre de 1813, decía Beristain de doña Josefa que era "un agente efectivo, descarado, audaz é incorregible que no perdía ocasión ni momento de inspirar odio al rey, á la España, á la causa y determinaciones justas y legítimas de este reino;" concluía, llamándola una verdadera Ana Bolena, que aun á él mismo había intentado seducir.

Como resultado de estas denuncias Don Miguel fué suspendido en su empleo de corregidor, y el Juez Lopetedi, su sucesor, recibió orden de instruir sumaria contra la Corregidora; al mismo tiempo, al Coronel Ordoñez que traía un convoy, se le previno que extrajese á dicha señora de su casa y

la condujese bien escoltada á la capital, permitiéndole, como única compañía, una de su hijas ó una criada; llegada á México fué recluida en el convento de Santa Teresa, pero á poco tiempo, por estar grávida, se le permitió salir á una casa particular. La sumaria seguida por Lopetedi resultó muy voluminosa y bastante curiosa: en ella consta pormenorizada toda la historia del principio de la insurrección y los papeles que desempeñaron todos los conspiradores de Querétaro, las relaciones que Doña Josefa sostenía con los primeros caudillos, con Rayón y con la Junta de Zitácuaro, y multitud de pormenores interesantes; pasada esa sumaria al auditor Foncenada éste dictaminó que debía sobreseerse en lo relativo al Corregidor, pero no así en lo referente á su esposa, la que, en su opinión, padecía de enajenación mental, según la extravagancia de sus procederes; no pedía, sin embargo, contra ella ni la pena de reclusión.

En este estado permaneció la causa desde 1813 hasta Noviembre de 1816, en que el nuevo auditor consiguió que la Corregidora fuese encerrada en el convento de Santa Catalina de Sena, por espacio de cuatro años El advenimiento de Apodaca al Virreinato y las derrotas del general Mina influyeron bastante en el alivio de la suerte de aquella señora que, por instancias de su marido, obtuvo la libertad en Junio de 1817, aunque con la obligación de permanecer en la capital. La circunstancia de haberse circunscrito la revolución al Sur y de haber desaparecido los caudillos conocidos de doña Josefa, produjeron, más que las prisiones sufridas, el resultado de que casi no tomase parte en los sucesos ocurridos desde 1817 hasta 1822.

Proclamado el imperio de Iturbide la ex-Corregidora recibió el nombramiento de dama de honor de la Emperatriz doña Ana, el que se negó á aceptar, "con frases sumamente enérgicas," dice uno de sus biógrafos. Cultivó relaciones de amistad con los miembros del partido yorkino ó exaltado en el que se filió su marido y tuvo alguna influencia sobre Victoria al que reprochó

su debilidad en la revolución de la Acordada, como había reprochado á Hidalgo las matanzas de Granaditas. En 1824, que se reunió la junta de recompensas, declaró de un modo terminante que ella no solicitaba ningún premio por sus servicios. Ignórase á ciencia cierta la fecha de su muerte, pero generalmente se cree que ocurrió en el año de 1829. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina.

Si en ideas políticas fué exaltada, en ideas religiosas fué irreprochable y fué una madre de familia modelo; "no permitía que sus hijas concurrieran á los bailes y rara vez consentía que asistiesen al teatro;" supo educar en los sólidos principios de piedad y religión á su numerosa familia, y se preparó cristianamente para el terrible trance de la muerte.

En 10 de Diciembre de 1878 el Congreso de Querétaro declaró á doña Josefa Ortiz de Domínguez, benemérita del Estado y mandó inscribir con letras de oro su nombre en el salón de sesiones; en 1882 se previno que sus restos fuesen llevados á aquella ciudad; en 1894 se llevó á cabo la traslación, habiéndose verificado, con tal motivo, una elocuente manifestación. Hoy descansan en un elegante mausoleo erigido en el Panteón de la Cruz. En 1900 fué inaugurada la estatua sedente de la Corregidora en el Jardín de la Plaza de Santo Domingo de esta capital, que desde entonces se llama "Jardín de la Corregidora."

Muy merecidos son estos homenajes rendidos á la memoria de doña Josefa, honra de su sexo, que con su patriótica y abnegada conducta contribuyó á nuestra emancipación y supo dar ejemplo de esfuerzo á tantos varones como entonces se levantaron en armas. La memoria de la heroína perdurará en México y su conducta intachable en lo privado y resuelta en lo que atañía á la vida pública, servirá de modelo á nuestras compatriotas.

Ignacio Allende.

D. IGNACIO DE ALLENDE.

Aunque don Miguel Hidalgo es la figura que aparece como principal en la revolución de 1810, débese esto á diversas circunstancias y, más bien, á la tradición que á la verdad histórica, por más que ésta se empeña en dar á cada uno de ellos el lugar que le corresponde en esa revolución. En efecto, las investigaciones desapasionadamente hechas, demuestran que fué Allende el que, además de concebir la idea de la independencia desde que estuvo en el cantón militar de Jalapa, trató de llevarla á la práctica, primero uniéndose á los conspiradores de Valladolid y después trabajando por su propia cuenta, buscando nuevos partidarios y organizando juntas en San Miguel, Querétaro y Dolores, para lo que hacía frecuentes viajes á estos dos últimos puntos y á Guanajuato. Que Hidalgo por su parte pensase en la Independencia y trabajase por ella, como también está demostrado, nada quita á la gloria de Allende; lo que sí le restó fama y le quitó el primer lugar fué la vacilación de que dió muestras en el momento supremo, cuando reunidos todos los caudillos comprometidos en la casa del párroco de Dolores y sabedores de que su trama estaba descubierta no sabían qué partido tomar; Hidalgo fué el único que en aquellas instantes demostró resolución y energía y determinó empezar el movimiento aun contra la opinón de sus compañeros. Aquella decisión acreditó que

más que Allende, merecía él ser el jefe de la revolución.

Don Ignacio María de Allende nació en la Villa de San Miguel el Grande (Guanajuato) el 20 de Enero de 1779; su padre, Don Domingo Narciso, fué un español que se enriqueció en el país, y su señora madre, doña Mariana Uraga, pertenecía á una de las principales familias del lugar. Aunque á la muerte de su padre, quedó la casa de comercio en estado de quiebra, la buena administración de otro español, don Domingo Berrio, hizo que ésta se liquidase de una manera favorable para todos; y tanto don Ignacio como sus hermanos, don Domingo y don José María, heredaron una fortuna si no cuantiosa, sí suficiente para vivir con desahogo. Don Ignacio se dedicó á la carrera de las armas desde bastante joven y sirvió á las órdenes de Calleja en 1801, cuando este jefe expedicionó por la provincia de Texas para batir al aventurero anglo-americano, Felipe Nolland, que se había introducido en ella y trataba de fortificarse; en esa expedición y en la que posteriormente se emprendió á la misma provincia para contrarrestar los planes de Aaron Burr, ganó Allende sus primeros ascensos, y cuando en 1806 empezó á formarse el cantón de Jalapa para prevenir una invasión de ingleses ya ostentaba las charreteras de capitan. En ese cantón, en que se dió á conocer la fuerza de la colonia, empezó á hablarse de independencia, y es indudable que desde entonces germinó la idea en los cerebros de los oficiales que formaron el cantón.

Disuelto éste, regresó á San Miguel donde mandaba el regimiento de caballería de la Reina y donde empezó á conspirar; era viudo ya y de su matrimonio, que hizo acrecer su fortuna, tenía un hijo llamado Indalecio que ya en 1810 tocada los lindes de la juventud. Viudo, rico y militar era como natural que fuese inclinado á la disipación, como afirma Alamán, al que se ha criticado mucho por este dato, sin que por ello fuese un perdido. Era buen jinete y aficionado al deporte del campo. Acogió con entusiasmo los proyectos de los

conspiradores de Valladolid, y aunque éstos fueron descubiertos, él siguió trabajando por la causa. De acuerdo con Hidalgo, había fijado la fecha del levantamiento para el primero de Octubre de 1810, ya que no había sido posible aprovechar la oportunidad de estar Nueva España sin virrey; y como se acercaba esa fecha sólo se ocupaba de arreglar los pormenores de la revolución, al fin llegó á hacerse sospechoso al intendente de Guanajuato, que ordenó su prisión. Hidalgo, por su parte, que tuvo noticia de que la conspiración había sido descubierta, hizo llamar á Allende, que se encontraba en San Miguel, para que ambos determinasen cómo habían de proceder, dadas las circunstancias comprometedoras en que se encontraban.

La noche del 14 de Septiembre y todo el día del 15 lo pasaron los dos en Dolores sin resolverse á nada en espera de noticias; llegaron éstas en la noche de ese día, llevadas por Aldama (Don Juan) en las que se les hacía saber lo ocurrido en Querétaro; y enterado Hidalgo de ellas, tomó la resolución de lanzarse inmediatamente al campo. Allende no hizo ninguna objeción y fué á sublevar á los soldados del regimiento de la Reina que había en el pueblo y en seguida se dirigió á prender á Cortina y á Rincón, ricos españoles de Dolores, y en seguida, de acuerdo con Hidalgo, resolvió emprender la marcha para San Miguel, donde estaba el resto del regimiento del que era capitán.

Llegados á la población el mismo día 16, se consiguió el objeto sin que el Coronel Canal se opusiese al pronunciamiento de sus soldados; cuatro días después se presentaron los dos jefes, entre los cuales, hasta entonces, no hubo diferencia de rango, frente á Celaya, donde Allende se entregó á la ruda tarea no de organizar, pero sí de areglar un poco aquél ejército, que ya llegaba á 40,000 hombres y que más que una tropa parecía una tribu errante emigrando. El 22 se reunieron los jefes independientes y el Ayuntamiento y procedieron al reparto de grados y empleos en el ejército; Hidalgo recibió el título de Capi-

tán General de la América, y Allende el de Teniente General, lo que le daba el segundo puesto en el ejército. Reprobó enérgicamente los desmanes de la plebe, á los que Hidalgo no trataba de oponerse, aunque le causaban disgusto, y desde el primer día procuró que la desmoralización de las chusmas no cundiese á los soldados veteranos, que se iban adhiriendo á la causa; sin embargo, que no tenía gran confianza en ellos, lo demuestra la circunstancia de haber desistido de la primitiva idea de apoderarse de Querétaro, que ya estaba en estado de defensa y de encaminarse mejor á Guanajuato, donde no había tropa suficiente para resistir á los insurgentes.

El asalto y toma de Granaditas demuestra que no había mucha unidad de mando entre éstos, pues aunque al parecer correspondía á Allende el mando, en realidad él é Hidalgo dieron disposiciones para el ataque, y á la hora de la toma del edificio ninguno de ellos se halló presente para evitar la matanza; sin embargo, siguiendo su costumbre, procuró hacer cesar el pillaje. En la marcha á Valladolid no consta que Allende tuviese gran intervención y caminó con el grueso del ejército; en esa ciudad el fué el único que asistió á la misa solemne de acción de gracias que se dijo en la Catedral, pues Hidalgo estaba profundamente disgustado con el Cabildo por haber encontrado cerradas las puertas de la Catedral el día de su entrada. También allí el Teniente General procuró evitar el saqueo haciendo disparar cañonazos sobre la plebe, y fué entonces cuando ocurrió el episodio del aguardiente, del que Allende bebió un vaso delante de la multitud, para demostrar que no estaba envenenado, como se decía.

En camino para México, el ejército se detuvo en Acámbaro, donde Hidalgo fué proclamado Generalísimo y Allende Capitán General, por los ochenta mil hombres que ya seguían las banderas insurgentes. Con sus medidas acertadas, el nuevo Capitán General hizo retroceder á Trujillo á las Cruces antes de que fuesen cortados los puentes sobre el río y ciénega de Lerma, y en

la batalla, que personalmente dirigió, consiguió derrotar al jefe español.

Después de esta acción entraron en desacuerdo los jefes principales del ejército revolucionario, con motivo de la conducta que debían seguir: Hidalgo trataba de retirarse, seguramente porque creía bien defendida la capital y muy próximo el ejército de Calleja; Allende, por su parte, creía que la causa que defendía ganaría todo con ocupar á México, y probablemente era el que tenía toda la razón en la controversia, pues es incalculable el prestigio que á la revolución hubiera dado la ocupación de la capital del Virreynato, la fuga ó prisión del Virrey y la desorganización de todo el sistema de Gobierno colonial. Prevaleció la opinión de Hidalgo y el ejército triunfante se retiró, dando esto por resultado que de cien mil hombres que tenía en las Cruces, no le quedase ni la mitad á los seis días y al séptimo se dispersaron los restantes al encontrarse con las fuerzas de Calleja en Aculco. Desde entonces, la desgracia persiguió á los independientes.

Allende se separó de Hidalgo en las inmediaciones de Aculco y seguido de pocos soldados, aunque eran los mejores del ejército, pues pertenecían á los Cuerpos pronunciados, se dirigió á Guanajuato, y allí dió muestras de una actividad extraordinaria para poner la ciudad en estado de defensa, porque calculaba, con fundamento, que no tardaría Calleja en irlo á atacar. Esa resolución de Allende no demuestra gran talento militar y sí su mucho arrojo, pues Guanajuato no es una plaza muy defendible, aunque esté en poder de un jefe experimentado. Allende, al que acompañaban muchos de los oficiales del ejército sublevado, dió muestras de gran actividad: fundió cañones, tarea en la que lo secundó admirablemente Dávalos, que le entregó veintidós, los que fueron colocados enfilando la cañada de Marfil; barrenó peñascos para lanzarlos sobre los realistas en la hora oportuna, fabricó armas y pólvora y excitó el entusiasmo de la población; sin embargo, de todo esto, quiso aumentar los recursos de defensa y para esto solicitó la ayuda de Hidal-

go, que estaba en Valladolid, la de Torres, que era dueño de Guadalajara, y la de Iriarte y de otros insurgentes que había por San Luis Potosí; sólo este último atendió la invitación y salió con dirección á Guanajuato, á donde no llegó por habérsele adelantado el ejército realista.

Calleja, que lo mandaba, flanqueó las fuertes posiciones de Marfil en la tarde del 24 de Noviembre, supo evitar los barrenos, que hubieran acabado con su ejército, y sin esperar al día siguiente emprendió el ataque de la ciudad, ocupando sucesivamente los puntos fortificados y trincheras, y apoderándose de los cañones que había en ellos. Luego que Jiménez, que fué el que tuvo el mando directo de la acción, avisó á Allende que estaba perdida, éste salió de la ciudad con los Generales y las cargas por el camino de Santa Rosa, sin ser perseguido. Calleja, entre tanto, pasó la noche en Valenciana, desatendiendo las advertencias de Linares, de que urgía entrar á la ciudad para evitar la matanza de españoles, que al fin hubo, promovida por la plebe; para vengar esa hecatombe de la que él fué el responsable, mandó tocar á degüello al día siguiente, que entró á Guanajuato, y en los subsecuentes siguió haciendo numerosas ejecuciones.

Allende se dirigió á Guadalajara, donde se unió con Hidalgo, y ninguna participación directa tomó en el arreglo del Gobierno insurgente que éste hizo; se ocupó de los asuntos militares, reuniendo nueva artillería, organizando el ejército, que había vuelto á ser numeroso, y tomando otras medidas. La frialdad de sus relaciones con el Generalísimo era grande, y muestra de ello es la especie propalada de que Allende pensaba formalmente en envenenar á Hidalgo; lo que sí es indudable es que las diferencias entrambos aumentaron con las matanzas de españoles, á las que se opuso siempre el primero, y con el plan de campaña para batir á Calleja; Hidalgo opinaba por una batalla campal, y Allende por la retirada; los hechos vinieron á dar la razón á éste, aunque sin desmentir que el de aquél era más militar.

Calleja, cuyas operaciones eran muy lentas, avanzaba sobre Guadalajara, esperando á Cruz, que tuvo que forzar el paso de Zamora y que no obstante, no llegó oportunamente á Calderón; sin embargo, al saber que los insurgentes trataban de hacerse fuertes en el puente de este nombre, que es paso indispensable para la ciudad, apresuró su marcha, pero se encontró con que aquéllos ya habían tomado posiciones, y por cierto las habían sabido escoger; limitóse, pues, á ocupar el puente, y á acampar, en espera de dar la batalla el 17 de Enero de 1811. No obstante lo que dice Alamán, en ella sí hubo dirección, y Allende, que la mandó, fué hábilmente secundado por Aldama y Abasolo; tres veces fué rechazada la izquierda realista á las órdenes de Flon, y en dos ocasiones volvieron la espalda las tropas de Calleja, habiendo un momento en que toda su línea osciló y estuvo á punto de ser derrotada en conjunto, pero la pericia del General español, unida al incendio del parque en el campo insurgente, le dieron la victoria, y aquellos cien mil hombres que creyeron ser vencedores, huyeron precipitadamente por todas partes. Allende fué de los últimos en abandonar el campo, y cuando perdió toda esperanza, tomó el rumbo de Zacatecas, para donde ya le había precedido Hidalgo.

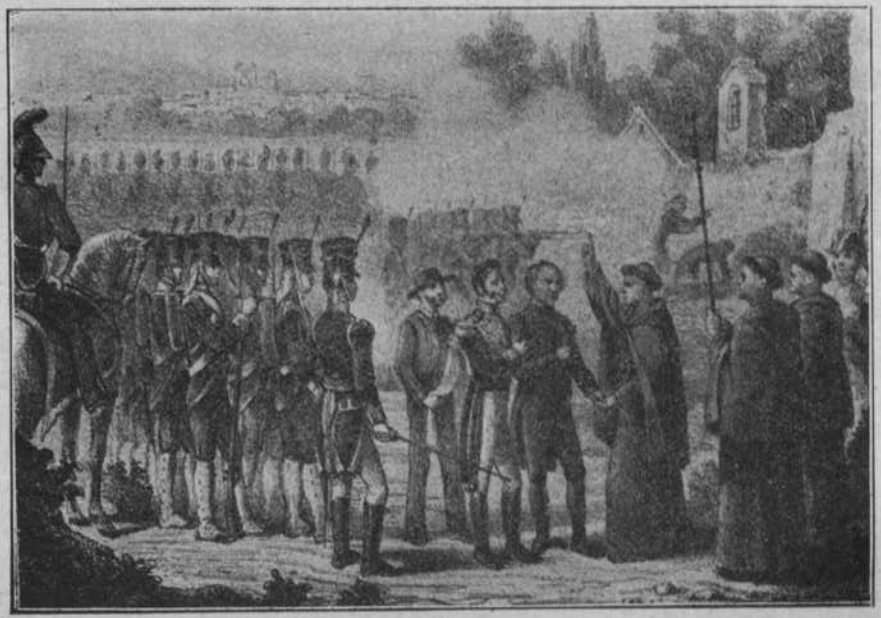
No lo alcanzó en Aguascalientes, donde con los soldados de Iriarte se había empezado á formar un nuevo ejército; siguió violentamente su camino y en la Hacienda del Pabellón logró Allende unirse con el Generalísimo; las discordias que desde Guadalajara habían empezado, estallaron de nuevo, y dieron por resultado que Hidalgo se viese obligado á dimitir verbalmente el mando y que Allende fuera reconocido Generalísimo. Su primera disposición fué ordenar que continuase la retirada, no sólo á Zacatecas, sino hasta Saltillo, único punto en el que se consideraba seguro por entonces. En Matehuala se adelantó para imponer respeto á los realistas, que amenazaban la capital de Coahuila, y consiguió su objeto.

El 16 de Marzo celebraron los Genera-

les Junta general, y en ella quedó resuelto dirigirse á los Estados Unidos en solicitud de recursos; el Lic. Aldama debía precederlos con el carácter de Embajador, y el ejército debería quedar en pie para continuar la campaña; como ni Abasolo ni Arias quisieron el mando, lo recibió el abogado Don Ignacio López Rayón. Los Generales, tomados estos acuerdos, siguieron su camino sin detenerse, acompañados de una escolta de mil quinientos hombres, y el 21 de Marzo fueron hechos prisioneros por el traidor Elizondo en Acatita de Bajan; el exceso de confianza hizo que esa escolta marchase á retaguardia y desprevenida en lugar de ir con los carruajes y atenta á cualquiera emergencia.

Allende fué el único que trató de defenderse haciendo fuego sobre sus aprehensores, pero quedó desarmado y maltrecho y tuvo el dolor de ver morir á su hijo Don Indalecio en la refriega; también murió á consecuencias de ella Arias, el denunciante de Querétaro, que se había incorporado á los insurgentes después de la comedia de su prisión. Conducidos los prisioneros á Monclova y á Chihuahua, ahí se les formó proceso desde el 6 de Mayo.

La conducta de Allende durante el proceso fué digna y á nadie comprometió en sus declaraciones; comprendía que su vida estaba perdida y no quiso hacerse responsable de la de otros, así es que la instrucción de su proceso ningún trabajo costó. Sentenciado á muerte, fué pasado por las armas el día 26 de Mayo de 1811, en unión de Jiménez, de Don Juan Aldama y de Don Manuel Santamaría. Las cabezas de los tres primeros se reservaron hasta que cayese, más de dos meses después, la de Hidalgo, para que las cuatro fuesen colgadas en los ángulos de la alhóndiga de Granaditas; allí permanecieron hasta Marzo de 1821, que las hizo quitar Bustamante. Reunidas á sus cuerpos, fueron depositadas en 1822 en la cripta de la Catedral de México, donde permanecieron hasta 1893, en que fueron transladados al altar de San José de la misma Catedral, mientras descansan definitivamente en el mausoleo que se mandó erigir y que



Fusilamiento de Allende en Chihuahua.

era un deber haber inaugurado siquiera para el Centenario del grito de Dolores.

En la causa instruida á Hidalgo éste hizo plena justicia á Allende atribuyéndole gran afán por lanzarse á proclamar la Independencia de México, y reconoce que fué el cerebro de los conspiradores y el brazo de la revolución. Si en Aculco, Guanajuato y Calderón la victoria no ornó sus sienes, débese á los malos elementos de que disponía y á la rivalidad de los caudillos, mas no á deficiencia de Allende, que dió muestras de ser soldado, hombre enemigo de los excesos y afecto al orden y la disciplina. Muchas ciudades y Distritos llevan su nombre, y su pueblo natal llámase hoy San Miguel de Allende, pero hasta ahora no se le ha erigido la estatua que merecía, ni allí ni en otra parte.

Sr. Cura D. Miguel Hidalgo

DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.

Ha llegado á ser la figura principal de la insurrección y el símbolo de ella; su fama ha obscurecido la de todos los que militaron con él ó á sus órdenes, y se ha conseguido hacer de él el primer héroe de la Independencia. Los intentos, débiles por cierto, de la crítica, para analizar su obra pública y darle la recompensa que merece ó vituperarlo por sus faltas, se han estrellado ante el fanatismo de ciertos partidarios que lo han declarado intangible y que discuten á todos menos á él. Dadas estas circunstancias y la oportunidad en que se escribe esta biografía, no se espere un estudio crítico y completo de la vida y hechos del Cura de Dolores, sino únicamente una relación de sus actos, acompañada de escasas observaciones cuando fuere indispensable y la rectificación de algunas de las muchas inexactitudes que se han escrito acerca de la vida de una personalidad tan notable en la historia de México, como lo es Don Miguel Hidalgo y Costilla.

Nació Hidalgo el 8 de Mayo de 1753, en el Rancho de Corralejo, jurisdicción del Obispado de Michoacán; sus padres eran parientes lejanos entre sí y nacidos en puntos muy opuestos. Don Cristóbal, padre del Cura, nacido en Tejupilco, pertenecía á una familia allí radicada desde principios del siglo XVII; las circunstancias lo llevaron á la provincia de Guanajuato, donde desde la conquista vivía la familia de la que fué

su esposa, Doña Ana Gallaga y Villaseñor, la que á la sazón era una huérfana que muertos sus padres y abuelos vivía con unos tíos suyos. Se ha fantaseado sobre la manera como trabaron conocimiento los futuros esposos pero sin fundamento, porque ese conocimiento nada tuvo de extraordinario ni de romántico. Don Miguel fué el segundo de sus tres hermanos, y quedó huérfano de madre en muy temprana edad; el casamiento de su padre con Doña Gerónima Ramos, hizo que los cuatro hermanos fuesen á vivir con su tío abuelo el Bachiller Don José Manuel Villaseñor, Cura de Coeneo, hermano de Doña Joaquina Villaseñor de Gallaga, abuela de los Hidalgo. El citado Bachiller se encargó de la educación de sus sobrinos, y á los cuatro dió estado: á los mayores Don José Joaquín y Don Miguel, los envió á estudiar á Valladolid, y allí se ordenaron de sacerdotes; Don Manuel Mariano hizo sus estudios de abogado en México, donde quedó radicado y casó con Doña Gertudis Almendaro; el último, Don José María, fué Bachiller en artes en 1780, pero no habiendo querido continuar sus estudios, se dedicó al campo, radicándose en Pénjamo, donde se casó con Doña Sebastiana Villaseñor, y donde vivía en 1810, según consta en documentos fehacientes que tenemos.

Don Miguel Hidalgo estudió en el colegio de San Nicolás, de Valladolid, á los doce años, y á los diez y siete vino á México á recibir el grado de Bachiller en artes, el 30 de Marzo de 1770; su hermano mayor recibió el grado á su vez al día siguiente; tres años después, el 24 de Mayo de 1770, ambos hermanos se graduaron de Bachilleres en filosofía; su Profesor fué Don José Joaquín Menéndez Valdés. Don Miguel continuó sus estudios y en 1783 estaba en disposición de recibir los grados de Licenciado y Doctor como lo hizo su hermano Don José Joaquín, pero algún incidente que le ocurrió le impidió realizar su propósito. Las fechas en que recibió las órdenes sagradas y cantó su primera misa Don Miguel, son fáciles de averiguarse, y el que esto escribe declara con toda fran-

queza que si no lo ha conseguido ha sido únicamente porque no ha podido disponer de tres ó cuatro días que necesita emplear en la gestión.

Hidalgo hizo brillantes estudios, y además de ellos aprendió el tarasco y algún otro idioma indígena, lo que le sirvió mucho cuando fué Cura de almas; sus compañeros le llamaban "El Zorro," por la astucia de que daba muestras. Terminados sus estudios siguió viviendo en Valladolid, y consta que en 1785 era catedrático de prima de Sagrada Teología, puesto que obtuvo por oposición. Se afirma que también fué Rector de San Nicolás cuando Morelos hizo allí sus estudios; si esto queda probado, resultará que en 1793 ó 1794 continuaba aún en Valladolid, pues por entonces ingresó Morelos al colegio, pero nos parece algo difícil que haya sido así, pues Hidalgo no permaneció tantos años en Valladolid, a causa de las dificultades que tuvo por la rectoría del colegio, y en ese tiempo era Cura de San Felipe.

Algún tiempo anduvo por Tajimaroa y otros pueblos del Sur de Michoacán; también sirvió el Curato de Colima, como ha quedado últimamente comprobado; la independencia de sus ideas fué causa de las diferencias que tuvo con sus superiores y del proceso que en 1780 le formó la Inquisición; se le encomendó la Parroquia de San Felipe, donde permaneció desde 23 de Enero de 1793 hasta 14 de Enero de 1800, en que por el proceso de que hemos hablado se le suspendió por algún tiempo. Abjuró sus errores, se reconcilió con la iglesia, y por la muerte de su hermano Don Joaquín, se le encomendó el Curato de la Congregación de los Dolores el 3 de Octubre de 1803.

Dedicado al estudio adquirió una vasta ilustración, muy superior á la de aquella época; sabía el francés, lo que era rarísimo entonces, y no había olvidado sus ocupaciones agrícolas de la infancia. En su Curato estableció una fábrica de loza, formó una banda de música, procuró fomentar la cría del gusano de seda, plantó unas moreras que aún se conservan é hizo otras mejoras. Por razón de sus lecturas, insen-

siblemente se fué volviendo enemigo de la dominación española, y como todos los criollos de entonces, estaba deseoso de que terminara. A él más que á otros, impresionaron los sucesos ocurridos en España en 1808 y dispusieron su ánimo á pensar en un cambio de Gobierno; sin embargo, en su curato poco ó nada podía hacer, por lo reducido del campo donde accionaba; pero la invitación de su pariente el Cura de Huango Don Manuel Ruiz de Chávez para tomar parte en la conspiración de Valladolid, le reveló la existencia de otros hombres que tenían las mismas aspiraciones que él. Desde entonces contrajo amistad con Allende, sobre el que adquirió el ascendiente que las canas, la ciencia, la experiencia y el carácter sacerdotal dan sobre la juventud; hizo entrar en el complot á Aldama, se relacionó con la Junta de Querétaro y empezó á hacer propaganda á su proyectos: que esta propaganda era extensa, lo prueban los conatos de seducción de los oficiales y sargentos que mandaban los Cuerpos acantonados en Guanajuato, la correspondencia que sostenía con Morelos y otras circunstancias.

Fabricó lanzas en Santa Bárbara, se preocupó bastante del capítulo de recursos, como lo prueba la resolución que adoptó, de secuestrar los bienes de los europeos, y si llegó á figurarse que vería triunfar la causa por la que iba á combatir, es probable que formase el plan embrionario de gobierno á que hace alusión Alamán, y que este plan tendiese al establecimiento del sistema republicano, único que habían producido las dos últimas revoluciones ocurridas en el mundo: la de 1775 en los Estados Unidos y la de 1789 en Francia, cuya historia es probable que conociera el Cura de Dolores. Contaba con empezar la revolución el 1o. de Octubre de 1810, en cuya fecha se levantarían simultáneamente Dolores, San Miguel, San Felipe, Querétaro y algunas otras poblaciones, y es probable que aunque tuviera fe en su empresa, nunca creyera que en pocos días había de contar con un ejército de cien mil hombres.

Los sucesos se precipitaron y su resolu-

ción de empezar la revolución con los elementos con que contaba, le dieron el primer puesto entre los caudillos independientes y las promociones de Celaya y de Acámbaro se lo confirmaron, haciéndolo Generalísimo de las tropas insurgentes, á las que sin embargo no podía guiar á la victoria por carecer de conocimientos siquiera rudimentarios en el arte militar. Bajo este concepto puso su confianza en gran parte en Allende, que era á quien correspondía, pero no dejó de otorgarla á Aldama, y sobre todo á Jiménez, que es el que aparece con el carácter de cuartel maestre del ejército.

En San Miguel, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, hizo aprehender á los españoles, y si bien respecto de muchos dió orden de que fuesen muertos, respecto de otro no la dió, y sólo es responsable de su debilidad para con los feroces asesinos Marroquín y secuaces, que materialmente se ensañaron con los indefensos prisioneros. No aparece de los antecedentes de Hidalgo que fuese de instintos sanguinarios, y por lo mismo llama la atención que ordenase ó permitiese esos asesinatos, y su conducta sólo puede atribuirse á que tuviese algún grave resentimiento que vengar en ellos, lo que no es creíble, ó que creyese necesario su exterminio para asegurar el triunfo de la causa porque combatía. Si se atiende á que los españoles eran los dominadores y á que estaban acostumbrados á mirar con desdén y hasta con desprecio á los hijos del país, sobre todo en las poblaciones pequeñas, que era en las que el caudillo había pasado la mayor parte de su vida, debe creerse que esos asesinatos fueron ordenados más que por espíritu de venganza, con el carácter de medidas políticas. Sin embargo, ni aun así son excusables. Que tenía ideas de orden, lo demuestra haber dejado á los Ayuntamientos sus atribuciones y ser ésta la única institución que no trató de desquiciar. La fundación de la casa de moneda de Guanajuato, la supresión de tributos, estancos y de la esclavitud, así como otras medidas que dictó y que aunque fueron en corto número, indican que tenía

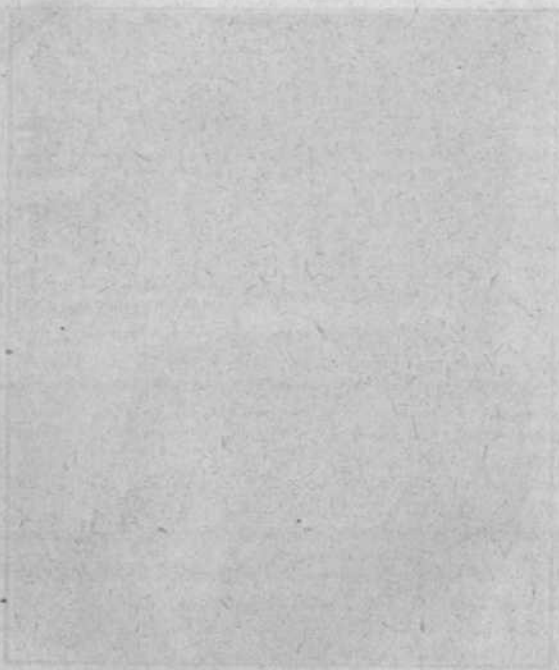
buenas intenciones é ideas propias sobre determinados asuntos.

Salido de San Miguel, no se dirigió directamente sobre Guanajuato á Querétaro, como parecía indicado, sino que siguió para Acámbaro, de donde al fin se resolvió á encaminarse á la primera de las citadas poblaciones; la actitud de Calleja parece que fué la causa de estas vacilaciones y el deseo de que se le viese rodeado de prestigio ahí donde tanto se le conocía, el que lo hizo que se dirigiese á Valladolid antes de tomar resueltamente el camino de México. Después de la batalla de las Cruces se negó resueltamente á ocupar la capital, alegando la falta de municiones y la proximidad del ejército de Calleja. Lo primero no debía arredrar á un caudillo que acababa de hacer una marcha triunfal y de improvisar un gran ejército sin tener municiones ni un solo cañón, y lo segundo no era obstáculo, pues entre esperar á Calleja en campo raso y esperarlo dentro de una ciudad abundante en recursos, la vacilación no podía durar mucho.

Aun en el supuesto de que por el ataque de aquel jefe se viesen los insurgentes obligados á desalojar la ciudad, ya la habían ocupado, haciendo huir ó aprisionando al Virrey y principales autoridades, trastornando el régimen colonial, haciéndose de inmensos recursos y prestigiando grandemente la causa con la ocupación. Acaso el ejército de Calleja, que aún no recibía el bautismo del fuego, se hubiera negado á combatir y hábilmente conquistado con dádivas se habría pasado á los insurgentes ó hubiera sido obligado á retirarse muy mermado; la Independencia quedaba casi hecha y se hubiera evitado la larga lucha de once años. En cuanto al saqueo á que estaba expuesto México, "no es verosímil que arredrase á Hidalgo la perspectiva de él y del desorden que se seguiría á su entrada, cuando consideraba esto como un mal necesario é irremediable," dice Gustavo Baz, uno de los biógrafos de Hidalgo.

La precipitada retirada después de la victoria de las Cruces, hizo que los ejércitos insurgente y realista tropezasen material-

Lugar de la batalla en el Monte de las Cruces.



mente el 6 de Noviembre en Aculco, donde el primero se desvaneció como el humo, y al desaparecer dejó ver la desunión de sus principales jefes: ya hemos visto que Allende con los principales militares se dirigió á Guanajuato para defender la ciudad, que creía digna de ser la capital del mundo; Hidalgo, por su parte, se encaminó á Valladolid, donde llegó tres días después de la derrota de Aculco. Permaneció varios días levantando fuerzas, pues pensaba hacerse fuerte allí, pero al tener noticia de la ocupación de Guadalajara por Torres, salió inmediatamente y llegó á la capital de la Nueva Galicia el 26 del mismo Noviembre. Allí se le reunió Allende, derrotado en Guanajuato, y los demás Generales, y todos afectando olvidar sus pasadas discordias, trataron de sacar de la plaza los recursos necesarios, y de organizar un gobierno, á iniciativa de Don Ignacio Rayón.

La batalla de Calderón se dió por voluntad expresa de Hidalgo que tenía fe en la victoria y que después de ella esperaba no pulsar dificultades para llegar á México; para ella se trajeron de San Blas muchos buenos cañones del arsenal, se reunió bastante gente de la provincia, se fabricó pólvora, etc. Como ya hemos visto, tres veces estuvo á punto de declararse la victoria por los insurgentes, pero al fin fueron derrotados y se vieron obligados á huír. Hidalgo tomó rápidamente el camino de Aguascalientes, y en el camino se le unió Iriarte, que no pudo llegar oportunamente á Calderón; en la Hacienda del Pabellón lo alcanzó Allende y los demás jefes, y después de una escena violenta en la que se hicieron mutuas recriminaciones, el Generalísimo abdicó verbalmente el poder, y desde aquel momento siguió en el ejército sin carácter oficial alguno. De Zacatecas se retiraron los jefes á Salinas, con ánimo de llegar á Saltillo, y en Matehuala se adelantó Allende, con el objeto de batir las fuerzas que los amenazaban; dos ó tres días después salió Hidalgo, acompañado de sus mozos y de Marroquín. Por el camino recibió el oficio de Cruz en que le ofrecía el indulto; Hidalgo y Allende lo contestaron ne-

gándose á cualquier arreglo que no tuviese por base la libertad de la nación.

Al resolverse el viaje á los Estados Unidos, parece que Hidalgo, por lo que declaró en su causa, no tuvo voz ni voto; sin embargo, alguna participación tuvo en el proyecto, como lo demuestra el consejo de hacerse acompañar de un misionero del colegio de Guadalupe, y las credenciales y nombramientos que en unión de Allende firmó para el Lic. Aldama, nombrado Embajador, y para Rayón, Licéaga y Arrieta, quienes quedaron con el mando del ejército. Desde Saltillo emprendieron directamente el viaje por Monclova, para llegar á cuya población tenían que pasar por Acatita de Bajan, lugar donde, como es notorio, cayeron en poder del traidor Elizondo, que los entregó á Salcedo para que los llevase á Monclova, y de ahí los remitiese á Chihuahua, donde se les formó causa, por ser la residencia de las autoridades superiores de la región llamada "Provincias Internas."

El 21 de Marzo de 1811 fué la prisión de Hidalgo; el 26 salió de Monclova para Chihuahua, á donde llegó el 23 de Abril; el 25 se nombró al Juez de la causa y el 7 de Mayo rindió su primera declaración el preso. La importancia de éste y lo numeroso de las causas que el Consejo de Guerra tenía que instruir, hicieron que el proceso del Cura de Dolores tardase algún tiempo, y después, cuando los militares y aun muchos paisanos habían sido ya fusilados, él conservó la vida, gracias á su carácter sacerdotal. La justicia eclesiástica intervino en el proceso y dejó pasar algunas semanas en decidir si el preso debía ser llevado á Durango, donde residía el Obispo, ó no; degradado al fin Hidalgo el 27 de Julio, fué entregado á la justicia ordinaria, que ejecutó en él la sentencia de muerte el 30 del mismo mes. Un tarahumar fué el que separó del tronco la cabeza, que debía ser colocada, como se hizo, en un ángulo de Granaditas.

La causa que se formó á Don Miguel Hidalgo ha servido para que en su contra se formulen cargos tremendos ó se hagan panegíricos exagerados, sin fundamento en

concepto nuestro, pues allí no debe verse más de la situación angustiosa á que se hallaba reducido un hombre que vé la muerte cercana; era natural que tratase de disculparse siempre que encontrara oportunidad de hacerlo, que estuviese arrepentido de muchas de sus acciones durante la revolución, y que no pensase ya más que en lo próximo que para él estaba el momento en que iba á comparecer ante Dios. Así, pues, no deben buscarse en esa causa señales ó huellas de debilidad ó de firmeza, ni capítulos de acusación ó de alabanza. Unicamente debe verse como un documento histórico digno de consultarse, por las noticias que contiene. Su análisis no quitará ni un ápice de la reputación que Hidalgo tiene adquirida, ni tampoco servirá para aumentarla, y al deplorar que su gloria de iniciador de la Independencia de México tenga algunas sombras, no se debe procurar que éstas se extiendan hasta opacar aquélla; ni tampoco empeñarse en limpiarla tanto que se llegue á quitar todo el mérito á los que tanto ó más que él ayudaron á la causa de la Independencia.

Juan Aldama.

DON JUAN ALDAMA.

Este militar, que tomó parte en la revolución de Dolores, fué amigo y compañero de Allende, y por él y por sus ideas políticas, se afilió entre los conspiradores de Querétaro.

Nació en San Miguel el Grande, por los años de 1769 á 1772, y pertenecía á una familia acomodada de la localidad, emparentada con otras de Querétaro y Guanajuato; se dedicó á la carrera de las armas y llegó á Capitán del Regimiento de la Reina, donde lo encontraron los sucesos de 1809; tomó parte en la conspiración de Valladolid y luego en la de Querétaro, á donde concurría con frecuencia y posaba en la casa de su hermano político, Don José Ignacio Villaseñor Cervantes, Regidor perpétuo, que era uno de los comprometidos. Estaba, como los demás, en el secreto de que la revolución debía estallar el primero de Octubre de 1810, y entretanto que llegaba esa fecha, procuraba reclutar gente para la revolución.

Se encontraba en San Miguel, lugar de la residencia del Escuadrón que mandaba, cuando recibió en la mañana del día 15, el aviso que la Corregidora enviaba con el Alcaide Ignacio Pérez, de que la conspiración estaba descubierta; comprendiendo Aldama la gravedad de la noticia, y no teniendo con quién consultar, pues Allende no estaba en la población, se dirigió á Dolores, á donde llegó ya entrada la noche, inmediatamente

habló con aquél y luego fué introducido á la recámara, donde ya estaba recogido el Párroco; enterado éste de lo ocurrido en Querétaro, comenzó á vestirse, profiriendo la célebre frase: "Somos perdidos, señores, aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines." Aldama pretendió hacer algunas observaciones á Hidalgo para conseguir que desistiese de tan extrema resolución, pero ni tuvo tiempo de hacerlas, pues aquél mandó llamar á su hermano de padre, Don Mariano; á Don José Santos Villa y á los serenos, y salió con rumbo á la cárcel para poner en libertad á los presos. La revolución había comenzado.

Aldama, en unión de Allende, prendió á los españoles Rincón y Cortina; y horas después salió para San Miguel con el puñado de hombres que se había reunido; allí recibió el encargo de cuidar de la seguridad de los españoles presos, á cuyo objeto destinó parte del Regimiento de la Reina, del que era Capitán, y que se reunió en la villa á los sublevados. En Celaya manifestó francamente á Hidalgo el disgusto que le causaba el sistema que empezaba á observarse, de entregar al saqueo las casas de los españoles, á lo que el Cura contestó que él no sabía otro modo de hacerse de partidarios, y que si Aldama lo tenía, se lo propusiese. Desde entonces quedó disgustado, pero ya era tarde para retirarse de la revolución, y su cabeza, así como las de sus compañeros, había sido puesta á precio.

Con el grado de Mariscal que se le dió en la promoción de Celaya, siguió en el ejército, pero poco es lo que se sabe que hizo: en Guanajuato no mandó el ataque de Granaditas, y días después, el 3 de Octubre, salió por el camino de la Sierra, en observación de los movimientos de Calleja; recorrió buen trecho de la provincia, llegó á San Felipe, y cuando se convenció de que este General aún no movía su ejército, regresó á San Miguel, engrosó sus fuerzas y siguió el camino de Celaya y Acámbaro, yendo á reunirse con el ejército en Indaparapeo; en su tránsito recibió en calidad de prisioneros á los Coroneles García Conde y Ruiz y al intendente Merino, que iban

comisionados por el Virrey Venegas á poner Valladolid en estado de defensa; los retuvo á su lado hasta la llegada á esa población, y evitó que se les diese mal trato. Aldama, que entró con el grueso del ejército el 17 de Octubre, no tomó parte en ninguna de las disposiciones dadas para la aprehensión de europeos y confiscación de sus bienes.

En Acámbaro recibió el empleo de Teniente general, que le fué discernido en la promoción habida allí, y con tal carácter asistió á la batalla de las Cruces, donde tuvo á sus órdenes todas las fuerzas que desde San Miguel le obedecían; fué uno de los que más disgustados se manifestaron por la retirada de México, y en Aculco se vió obligado á abandonar su familia, que se le había reunido y que ningún insulto sufrió, gracias á que el Coronel García Conde supo corresponder al buen trato que había recibido de Aldama. Este acompañó á Allende á Guanajuato, donde se ignora lo que hiciera por defender la ciudad, y á Guadalajara, donde se ocupó de reunir elementos; parece que en el puente de Calderón tuvo el mando de una de las alas del ejército independiente, y se retiró cuando vió la batalla perdida. Reunido á Allende, Arias y Jiménez, acordaron los cuatro quitar el mando á Hidalgo, como lo verificaron en la Hacienda del Pabellón, y en Zacatecas, viendo que era indefendible la ciudad, resolvieron dirigirse al Saltillo, de donde continuaron para los Estados Unidos.

Aldama, que era el de más edad y más sensato entre los caudillos militares insurgentes, consideró que su causa estaba perdida, y, en consecuencia, fué de los que más calurosamente apoyaron el proyecto de emigración, y consiguió que su hermano el Lic. Don Ignacio fuese nombrado Plenipotenciario en aquella nación y que se adelantase al ejército; al mismo tiempo hizo que Jiménez preparase alojamientos y subsistencias en todo el camino, y dió muestras de gran actividad. Nunca creyó, como tampoco lo creyeron los demás jefes, que la traición los asechace en su ruta y contaba llegar á la frontera sin novedad;

siendo difícil decir lo que hubiera sucedido después, pues es probable que el Gobierno de Filadelfia se desentendiese de sus demandas de auxilio y que cuando mucho, nada más les permitiese hacerse de armas y municiones, vendiéndoselas muy caras.

Aldama, como todos sus compañeros, cayó preso en Acatita de Bajan y fué llevado á Chihuahua, donde rápidamente se le formó causa; aunque no se le podía probar que se había portado cruelmente, bastaba el hecho de que siendo militar se había sublevado para que se le condenase á muerte; además, su cabeza estaba pregonada y valía diez mil pesos. Condenado á la última pena, no pudo ni escribir á su familia, y recibió la muerte en unión de Allende, Jiménez y Santa María, el 26 de Junio. Su cabeza fué una de las destinadas á un ángulo de Granaditas.

En 1824 se declararon heroicos sus servicios, y su nombre fué mandado inscribir con letras de oro en el Salón del Congreso: sus restos se depositaron en la cripta de Catedral, y hoy se encuentran en la capilla de Señor San José.

Si el vértigo no hubiese invadido el cerebro de los primeros caudillos y el éxito de reunir ejércitos considerables con los que ni soñaban, no los hubiese cegado hasta el punto de creer innecesario disciplinar esas masas, es probable que con los conocimientos militares que tenían y con ejércitos menos numerosos, se hubiesen dedicado á instruirlos y hubieran podido hacer una revolución menos rápida que la que hicieron, pero más fructífera, sin que hubiesen llegado al fin desastroso que casi todos ellos encontraron.

DON MARIANO BALLEZA.

Entre la clase sacerdotal fué entre la que en los primeros días hizo más prosélitos la idea de independencia, y numerosos fueron los miembros de ella que se lanzaron á la Revolución. Si la adhesión de muchos militares se explica por el afán de medrar que podía suponerse en ellos, la de los sacerdotes sólo se comprende teniendo en cuenta la situación de entonces, que no era nada grata para los criollos, y menos aún para los indios, que se veían vejados por todos, y reflexionando que ellos mismos, á pesar de su caracter sacerdotal, sufrían humillaciones y persecuciones.

Don Mariano Balleza, sin embargo, no parece haber sido de estos últimos, y más bien puede decirse de él que las circunstancias lo arrastraron á la revolución.

Nacido en el Obispado de Valladolid, hizo sus estudios en aquella ciudad, donde recibió las sagradas órdenes, y poco después fué destinado á la Parroquia de Dolores, en calidad de Vicario, pues era demasiado extensa para que dos sacerdotes pudieran atenderla. Ya allí, por el continuo trato con el Cura Don Miguel Hidalgo, se enteró de las opniones políticas de éste y de sus planes de levantamiento, los que secundó, porque estaban de acuerdo con sus ideas, pues en realidad la mayoría de la clase media y toda la baja, eran afectas á la independencia, como lo demostró la gran resonancia que tuvo el grito de Dolores.

En la madrugada del memorable día 16 de Septiembre, acompañó el padre Balleza á Hidalgo á todas las diligencias que hizo, y cuando se llamó á misa recibió el encargo de prender al padre Don Francisco Bustamante, español, que era el encargado de decir la misa, y que ya había empezado á revestirse, y lo llevó á la cárcel, de donde á poco fué enviado á Querétaro. Hecho esto, acompañó á los caudillos á San Miguel, y desde ese momento siguió la suerte de Hidalgo.

En Celaya se le dió un grado en el ejército, y pocos días después, en Acámbaro, recibió el de Teniente general; sin embargo, no consta que á pesar de ese título mandase algún Cuerpo en las diversas acciones de guerra en que se encontró; en el camino para México quedó Balleza encargado de la custodia de las autoridades michoacanas que cayeron presas antes de haber podido llegar á su destino, y á las que trató bastante bien para aquellos tiempos, y á pesar de las exageraciones del Coronel García Conde. Fué de los últimos que se retiró en Aculco y siguió á Allende á Guanajuato, pues parece que aunque era decidido adicto del Cura de Dolores, más confianza tenía en los hombres de espada que en los de traje talar. No tomó parte en la batalla de las Cruces, pues consta que durante el avance permaneció en Toluca, donde aplacó á la plebe, que quería saquear la casa de un español; Alamán, que demuestra ojeriza especial hacia este insurgente, dice que al estar el padre Balleza predicando á la plebe, interrumpía su plática para arrojar puñados de dinero al pueblo, "para quien sin duda era más convincente este argumento que las razones del orador;" permaneció lejos del campo de la acción cuidando á los prisioneros, á los que colocó "entre los cajones del parque, para volarlos si la batalla se perdía."

En Guanajuato permaneció á las órdenes de Allende, quien para desprenderse de él, pues no le tenía muy buena voluntad, lo despachó, en unión del Capitán Huidobro y del Lic. Avendaño, á Guadalajara, "para el arreglo del Gobierno y demás," aunque pre-

viniendo al primero "en presencia del mismo Balleza, que no se le obedeciese, por ser tan manifiesta su debilidad, y que sólo pensaba en su seguridad personal. No fué necesario que llegasen á Guadalajara, ni para su toma, ni para el arreglo del Gobierno, porque Torres ya se había hecho dueño de la ciudad y había empezado á dictar providencias administrativas acertadas. Los recién llegados lo ayudaron en esta tarea y Balleza se dedicó á hacer los preparativos neccsarios para la recepción de Hidalgo. Llegado Allende, que con las acciones de las Cruces, Aculco y Guanajuato había adquirido alguna experiencia, se dedicó á instruir al ejército y á eliminar de él los elementos extraños que no podían ayudarle; una de sus disposiciones fué jubilar al padre Balleza con su grado de Teniente general, á fin de que no tuviese mando militar alguno, pues estaba demostrado que no era soldado.

Asistió á la batalla de Calderón, ya sin carácter militar, y acompañó á los jefes en su viaje á Zacatecas, Saltillo y Baján, donde con ellos fué hecho prisionero; llevado á Monclova con el núcleo principal de presos, siguió con él hasta Mapimí, donde todos los eclesiásticos fueron separados para ser conducidos á Parras y á Durango el 3 de Abril. En esta última ciudad se les formó proceso en todo el mes de Mayo de 1811; ningún historiador habla de las causas instruidas á Balleza, á Don Ignacio Hidalgo y á los demás sacerdotes, clérigos y regulares, llevados á aquella ciudad, y acaso se hallan perdido, como se han perdido tantos documentos para la historia; sin embargo, no es ocioso emprender su busca, la que tal vez daría el resultado de encontrar esas causas.

La autoridad militar fué la encargada de formar el proceso de Balleza y de los demás sacerdotes; su Juez fué Don Angel Pinilla Pérez, Teniente letrado y asesor ordinario de la Intendencia, que terminó en poco tiempo su cometido y que casi sin excepción condenó á muerte á todos los prisioneros. Pero se encontró con la oposición decidida del Obispo de la Diócesi, Don Fran-

cisco Gabriel de Olivares, que se negó resueltamente á degradarlos, resolución que le causó muchos disgustos y que fué causa de que tuviera agrias disputas con la autoridad política. Refiere Fray Gregorio de la Concepción en sus "Apuntes," que dicho señor Obispo mandó decir á él y á sus compañeros de infortunio "que no tuvieran cuidado, pues mientras él viviera no los matarían," y cumplió en efecto su palabra, pues durante más de un año que todavía vivió, aunque en estrecha prisión, conservaron todos los presos la vida. Pero habiendo muerto el Prelado el 12 de Febrero de 1812, el Intendente creyó encontrar en el Vicario Capitular un hombre complaciente que se prestaría á la degradación. Pero se equivocó y entonces el Brigadier Bonavía se resolvió á obrar por su cuenta y dió orden al Teniente Coronel de caballería, Don Pedro Allande y Saavedra, de que sacase de la cárcel á Balleza y á sus compañeros y los condujese á la hacienda de San Juan de Dios, donde los haría fusilar por la espalda, sin vestiduras sacerdotales y sin que se les tirase á la cabeza.

Allande ejecutó estas órdenes y el 17 de Julio de 1812 hizo fusilar al Teniente general Don Mariano Balleza, á Don Ignacio Hidalgo, que no tenía otro delito que el de ser pariente del Cura de Dolores y de haberlo acompañado durante la revolución; á Fray Bernardo Conde, Pedro Bustamante, Fray Carlos Medina y Fray Ignacio Jiménez. El único que escapó de esta hecatombe, innecesaria ya después del tiempo transcurrido desde la prisión de los sacerdotes, fué el más comprometido, Fray Gregorio de la Concepción, que reclamado por las autoridades de San Luis á causa de la revolución local, en que tomó parte, consiguió salir sentenciado á destierro.

Ejecutado el padre Balleza y sus compañeros, se les volvió á vestir sus hábitos sacerdotales, pues el subterfugio de no tirarles á la cabeza y quitarles esos hábitos, se debió á que no habían sido degradados por la autoridad eclesiástica, como era lo debido, y Bonavía creyó con él conciliar sus deberes de cristiano y sus obligaciones de

soldado. No creemos que lo consiguiera, y con semejante conducta sólo acreditó sus sanguinarios instintos.

Durante todo el tiempo que Don Mariano Balleza estuvo en la revolución, lo acompañó sin carácter oficial alguno, un joven sobrino suyo, llamado Gerónimo Balleza, que también cayó prisionero y figura en las listas de prisioneros; Salcedo lo destinó, como á muchos otros, á trabajar en una de las haciendas de las inmediaciones de Monclova, en calidad de preso, ignorándose la suerte que después correría este insurgente.

DON MARIANO ABASOLO

Fué el más joven de los primitivos conjurados, y á él cupo suerte menos adversa que la que tocó á sus compañeros.

Hijo de un vascongado que en Nueva España logró labrar una regular fortuna, Abasolo nació en Dolores el año de 1783, y terminados sus primeros estudios se dedicó á la carrera de las armas, en la que por su fortuna consiguió pronto alcanzar el grado de Capitán del Regimiento de la Reina; estuvo en el Cantón de Jalapa, donde trabó tan estrecha amistad con Allende, que en lo de adelante no se interrumpió nunca y arrastró al joven Abasolo hasta la revolución, sin que consiguiese romper esa amistad el matrimonio que contrajo con Doña María Manuela Taboada, de Chamacuero, que también era dueña de un rico patrimonio heredado de su padre. Propietario Abasolo de las productivas haciendas de Rincón, Espejo, y San José de las Palmas, además de las que constituían el dote de su esposa, en realidad no disfrutó de sus cuantiosos bienes, y sólo le sirvieron para librarlo del cadalso.

Conspiró con Allende desde que éste empezó á pensar en la Independencia; sin embargo, no tomó parte en los sucesos de la madrugada del 16 de Septiembre, y la luz de este día lo sorprendió descansando tranquilamente en su casa, cuando el pueblo estaba pronunciado. A pesar de las súplicas de Doña Manuela, se unió á los subleva-

dos y dió orden al sargento Martínez de que entregase á Hidalgo las armas del Regimiento. En Celaya fué hecho Coronel, y con tal carácter se hizo acompañar de Camargo, cuando fué á intimar á Riaño en Guanajuato la rendición de la plaza. No tomó parte en el asalto de Granaditas, pues en su declaración dijo que durante él estaba en la casa de su amigo Don Pedro Otero, tomando chocolate.

En Acámbaro fué promovido al grado de Mariscal, con el que asistió á la batalla de las Cruces, donde mandó una ala del ejército, y después de la dispersión de Aculco acompañó á Allende á Guanajuato y Guadalajara. Entre tanto, su casa de Dolores fué saqueada por las tropas de Flon, Conde de la Cadena, y su esposa vióse obligada á huir; no encontrando en Valladolid á su marido, y viendo que la revolución iba de capa caída, dedicó todo su empeño á conseguir el indulto de Abasolo, y á este fin consagró desde entonces su actividad y sus recursos.

En Guadalajara él y Doña Manuela consiguieron salvar la vida de bastantes españoles, y si Don Mariano siguió á Calderón al ejército, fué en realidad porque aún no estaba arreglado su indulto; durante el trayecto hasta el Saltillo, fué visto con desconfianza por Allende, Aldama y Jiménez, y en este último punto lo alcanzó su esposa llevándole un salvo-conducto de Calleja para que se presentase á las autoridades españolas. Creyó más conveniente salir del país mientras se arreglaba definitivamente su indulto, y por esta razón siguió á los principales jefes y con ellos cayó prisionero en Bajan. Su esposa quedó en el Saltillo, pues Allende prohibió que siguiese al ejército y hasta que hablase con álguien, por temor de que consiguiese la deserción de algunos insurgentes.

Conducido á Chihuahua, vió templado el rigor de sus prisiones por los solícitos cuidados de su esposa, que dando muestras de gran energía lo acompañó á través del desierto, sufriendo penalidades sin cuento. En Chihuahua fué su causa la primera que empezó á formar el Juez Abella, y su proceso

sirvió para formular cargos á los demás prisioneros, pues él sólo trató de salvarse y no escatimó las acusaciones contra Allende, y sobre todo contra Hidalgo. Lo extenso y pormenorizado de sus declaraciones y las numerosas diligencias á que dieron lugar, hacen su proceso en extremo interesante, y á él se debe recurrir siempre que se quieran conocer los detalles del grito de Dolores; calló, sin embargo, que desde 1808 era conspirador, que dió algunas sumas para los gastos que se hacían en Querétaro, y otros pormenores que hubieran podido comprometerlo más, y en cambio él tuvo toda la culpa del fusilamiento de Chico, que hasta entonces había pasado inadvertido, creyendo que había desempeñado un papel muy secundario en la revolución. Acusó, así mismo, al Doctor Gastañeta y á varios de los presos.

Más que las declaraciones rendidas fueron las influencias puestas en juego, las que consiguieron que no recayese una sentencia capital sobre Abasolo: el Consejo de Guerra lo sentenció á prisión perpétua fuera del Reino, y mientras se ejecutaba la sentencia, Doña Manuela volvió á Dolores para reunir los fondos indispensables del viaje. Encontróse su patrimonio en el más triste estado, pues las haciendas estaban desvastadas y los bienes en la ruina; sin embargo, pudo recoger algo, que le sirvió para salvar á varios realistas en Septiembre de 1811, que fué ocupado Dolores por los insurgentes. En el año de 1812 se embarcó para la península, acompañando á su marido, que iba destinado preso al castillo de Santa Catarina, de Cádiz. En los cuatro años que aun vivió Abasolo, ni un sólo día se desmintió la abnegación de su esposa, y cuando aquél falleció, en 1816, regresó á México, estableciéndose en Dolores, donde se dedicó á la educación de su hijo, Don Rafael Abasolo, que aun vivía en 1850, según afirma Alamán.

Abasolo fué declarado benemérito de la Patria en grado heróico, y se mandó inscribir su nombre con letras de oro en el salón del Congreso. Hace algunos años, se pensó en traer sus restos, pero por más di-

ligentemente que fueron buscados, no se pudieron encontrar.

"La debilidad de carácter que Abasolo manifestó, dice un biógrafo suyo, puede atribuirse á su corta edad y á las influencias opuestas de Allende, que lo hizo entrar en la revolución, y de su esposa, que lo inclinaba á abandonarla; mas si esto disculpa algún tanto su conducta, nunca lo vindica."

DON JOAQUIN ARIAS

La circunstancia de haber muerto por la causa de la Independencia, borra las faltas que anteriormente pudiera haber cometido Arias, y lo hace merecedor de darle lugar en una galería como ésta, donde figuran todos los hombres que lucharon con más ó menos fortuna y constancia por la Patria.

Arias era en 1810 Capitán del Regimiento de Celaya, y tendría entonces poco mas ó menos la misma edad que Allende, con el que contrajo estrecha amistad desde Jalapa, donde estuvo con el Cantón. Se ignora en qué tiempo tomaría parte en la conspiración, pero probablemente lo hizo desde 1808, que pretendió libertar á Iturrigaray cuando era llevado á Veracruz; mandaba algunas Compañías de su Regimiento, que estaban acantonadas en Querétaro, y concurría á las juntas que se tenían en la casa del Br. Sánchez y en las de los Licenciados Altamirano y Lazo. Estaba comprometido á pronunciarse el día primero de Octubre de 1810, pero ya fuese que al ver acercarse la fecha del alzamiento tuviese temor, ya que supiese que la conspiración estaba descubierta, lo cierto es que creyó conveniente denunciarse á sí mismo, como lo hizo el 10 de Septiembre, ante el Alcalde Don Juan Ochoa y el sargento mayor del Regimiento, Alonso.

Ochoa desconfió del Corregidor Domínguez y puso todo en conocimiento del Virrey Venegas, por medio de un correo ex-

traordinario que alcanzó al gobernante antes de que llegase á la capital. Arias entregó las cartas que había recibido de Allende é Hidalgo, y quedó en libertad; el 14 la Corregidora le mandó avisar, por medio de su hijastra y del padre Sánchez, lo ocurrido durante la noche anterior, y al mismo tiempo lo excitaba á que inmediatamente diese principio á la revolución; Arias contestó con desabrimiento que se veía en aquel compromiso por haberse fiado de quienes no debiera y que ya tenía tomado su partido. Seguramente éste era tomar consejo del Alcalde Ochoa, pues á él se dirigió inmediatamente, contándole el suceso y haciéndole saber que él no podía permanecer por más tiempo en la situación difícil en que se encontraba. Arreglóse entrambos la comedia para aprehender al Corregidor, como se verificó la noche del 15, mediante la denuncia que Arias hizo de sus cómplices, en presencia del mismo Don Miguel Domínguez, y para que fuese completa aquélla, quedó en calidad de preso en su cuartel, bajo la inmediata vigilancia del Mayor Alonso. A la llegada del oidor Collado, se practicaron algunas diligencias en su causa, principalmente un careo con Téllez, el correo de Hidalgo en Querétaro, y que se fingió loco; pero en realidad no se procedió contra Arias, y como éste consiguió hacer creer á su Juez que podía disuadir al Cura de Dolores de sus ideas de revolución (aun cuando ya las había puesto en práctica), se le dejó en la más completa libertad para marchar al campo independiente.

En Celaya se reunió con los insurgentes y en la promoción de Acámbaro recibió el grado de Teniente General: sus antecedentes permitían esperar que desempeñaría un gran papel entre ellos y que figurase después de Allende, pero su conducta sospechosa fué tal vez la causa de que se le viese con desconfianza y de que poco figurase, á pesar de la deferencia que hacia él mostró Allende. La falta de un diario de las operaciones del ejército insurgente, hace que se ignoren muchos pormenores sobre la conducta de los jefes independientes

en su campaña y peregrinaciones desde Dolores hasta Saltillo, y apenas quedan noticias de lo que en ellas hicieron individualmente algunos de los jefes. Arias debe haber tenido algún mando en las Cruces y en Aculco; después de esta acción siguió á Allende á Guanajuato, y es probable que muy directamente tomase parte en los preparativos de defensa de la plaza; fué á Guadalajara y en la Junta de guerra habida allí, opinó, de acuerdo con Allende, por que no se diese la batalla de Calderón.

En la hacienda del Pabellón fué uno de los que más empeño mostraron porque Hidalgo hiciese dimisión del poder, y cuando Allende se adelantó en Zacatecas, quedó Arias vigilando á Hidalgo, Abasolo é Iriarte; se negó á quedarse con el mando del ejército cuando en el Saltillo se trató este punto; y por cierto que con su negativa salió ganando la causa nacional, pues por más que fuese militar Arias, nunca hubiera demostrado la prudencia y constancia que desplegó Rayón en su retirada. Decidido á salir del país, siguió á Allende, y cuando en Bajan fueron sorprendidos los Generales, y Allende ó su hijo Indalecio quisieron defenderse haciendo fuego sobre Elizondo, Arias quedó muy mal herido por los balazos que recibió de los soldados de aquél.

Fray Gregorio de la Concepción, que también cayó prisionero, acudió á absolverlo dentro del mismo coche en que iba, y trasladado á un jacal, Don Miguel Hidalgo acudió á auxiliarlo á bien morir, "pero con tales palabras, dice un testigo presencial, que nos hizo llorar á todos." Murió el mismo día de la traición, 21 de Marzo de 1811.

Su muerte lo libró del cadalso, á donde fueron todos sus compañeros, y borró en gran parte las manchas que había echado sobre sí delatando la conspiración en Querétaro, lugar donde él se había comprometido á pronunciarse. No ha sido declarado benemérito de la Patria, y casi todos los historiadores se olvidan de él.

DON MARIANO HIDALGO

Era hermano del Cura de Dolores, hijo del tercer matrimonio de Don Cristóbal con Doña Gerónima Origel; nació, probablemente, en la década de 1770 á 1779, y muy joven perdió á su padre, pues consta de un modo auténtico que éste ya había fallecido en Octubre de 1791; por lo que quedó á cargo de su hermano mayor Don Miguel, que también llevó á su lado á Doña Gerónima, su última madrastra, la que aún vivía con él cuando proclamó la Independencia, así como otras personas de su familia.

Don Mariano, que era cirujano, se dedicó á las labores del campo en los terrenos de su hermano mayor, é inconscientemente se enteró de los proyectos de éste acerca de la revolución que preparaba, y se encontró mezclado en ella.

En la madrugada del 16 de Septiembre estaba en la pieza de Don Miguel cuando pronunció las célebres palabras de "estamos perdidos," y lo acompañó á poner en libertad á los presos de la cárcel. Las circunstancias de su cercano parentesco con el autor de la revolución y las funciones que probablemente desempeñaba cerca de él, hicieron que se le nombrase Tesorero del ejército independiente, empleo que traía anexo un trabajo considerable, por el gran número de soldados que seguían las banderas de Hidalgo, y por la variedad de sueldos que disfrutaban según su categoría.

Alamán dice que se cometían muchos fraudes, y era natural que así sucediera entre aquella multitud. á la que nadie podía conocer bien; agrega el mismo historiador que Don Mariano nada hacía, pero este cargo es muy difícil de probarse, y en realidad es inexacto, pues aun cuando no se llevase cuenta y razón pormenorizada de los gastos del ejército, con sólo vigilar la conducción del dinero y valores y tener que pagar á aquellas masas, ya se trabajaba bastante. Durante la campaña, Don Mariano no se apartó de su hermano, al que acompañó á Valladolid y Guadalajara; en este último punto pudo poner algo de orden en sus papeles, por la dilatada permanencia de Hidalgo. Después de que éste fué destituido en la hacienda del Pabellón, Don Mariano siguió con el carácter de Tesorero, y desempeñando esa comisión emprendió el camino de Monclova; los siete millones de pesos en moneda y barras que estaban á su cargo, cayeron íntegros en poder de los realistas, que hicieron un saqueo grande tanto del tesoro como de los fondos particulares de cada jefe.

Llevado á Chihuahua se le formó una sumaria causa, en la que se pretendía que declarara contra su hermano. á lo que se negó, y relató en términos generales muchos de los hechos que presenció. Aunque durante el proceso no llegó á probársele que hubiese cometido algún delito, ni que hubiera hecho armas contra el Rey, pues ni grado militar tenía, se le condenó á muerte, por causa del empleo que desempeñaba, pero principalmente por su inmediato parentesco con el jefe de la revolución; la sentencia se ejecutó el 6 de Junio en la plaza de los Ejercicios. de Chihuahua, y el mismo día que Don Mariano, fueron fusilados Don José Santos Villaseñor, más conocido con el apellido de Villa, por el apócope de su apellido, Coronel y pariente de Hidalgo; el Mariscal Don Nicolás Zapata, el Mayor de Plaza Pedro León, y el Capitán veterano de Lampazos, José Ignacic Ramón.

DON IGNACIO HIDALGO, sobrino, al parecer, del Cura y de Don Mariano, que había acompañado á sus tíos desde el prin-

cipio de la revolución, pues con ellos vivía en Dolores, como era clérigo, fué enviado á Durango, donde se le fusiló hasta un año y meses después, el 12 de Julio de 1812, en compañía del padre Balleza y de otros eclesiásticos. Ninguna razón ni motivo hubo para ese fusilamiento, que fué una crueldad inútil de Bonavía, pues no consta que cometiese Don Ignacio ningún hecho delictuoso ni tuviese cargo alguno en la revolución; acompañaba á Don Miguel como lo acompañaban las señoras de su familia y de las de otros Generales.

DON IGNACIO ALDAMA

Los primeros caudillos, á su paso por las diversas poblaciones que invadían, iban engrosando sus filas con elementos de toda clase, entre los que no faltaban hombres inteligentes á quienes causaba sorpresa y simpatía la revolución, ó que de antemano estaban filiados en la conspiración y veían llegada la hora de empezar á realizar sus aspiraciones.

Uno de estos últimos fué el abogado Don Ignacio Aldama, hermano del Capitán del Regimiento de la Reina, que había tomado parte en las juntas de San Miguel y que estaba en la creencia de que el movimiento estallaría el 1o. de Octubre; se sorprendió por lo tanto, al ver entrar, la noche del 16 de Septiembre, á los cinco mil hombres que ya formaban el ejército de Hidalgo, y al saber que éste estaba pronunciado. Al día siguiente presidió á la Junta que el Generalísimo citó, y en ella quedó Don Ignacio investido de los mandos político y militar de la población. Con tal carácter empezó á dictar las providencias necesarias para fomentar el levantamiento y para proveer de víveres al ejército; detuvo una gran cantidad de pólvora que iba para las minas de Zacatecas, y se apoderó de una buena partida de maíz que después resultó que pertenecía, en parte, á Abasolo, según éste declaró en su causa.

Quedó en San Miguel cúando el ejército siguió su marcha, y sólo salió de allí á fi-

nes de Octubre, cuando supo que Flon y Calleja se acercaban. Para evitar que su familia sufriese tropelías de los realistas, se hizo acompañar de ella y de la de su hermano Don Juan, y se incorporó al ejército independiente dos días antes de la acción de Aculco. El colegio de abogados de Mexico, al cual pertenecía, sabedor de que uno de sus miembros se había declarado insurgente, se apresuró á borrarlo de sus listas y aprovechó la ocasión para dirigir al Virrey una bien escrita protesta contra la revolución.

Don Ignacio siguió la suerte de Allende acompañándolo á Guanajuato y Guadalajara; en esta última ciudad trató de arreglar el Gobierno independiente unido á Rayón, Chico, Avendaño y otros, y fué uno de los que contribuyeron á la publicación del "Despertador Americano," primer periódico de los insurgentes. En la hacienda del Pabellón opinó por la destitución de Hidalgo, y en el Saltillo, cuando definitivamente se resolvió el viaje á los Estados Unidos, Aldama, que ya tenía el grado de Mariscal de campo, recibió el nombramiento y las credenciales de Embajador cerca del Gobierno de Filadelfia, y las instrucciones de adelantarse para conseguir auxiliares y armamento y una favorable acogida, para lo cual se le entregó una suma considerable en barras de plata y numerario.

Gracias á las disposiciones de Jiménez, no encontraron obstáculos en su camino Aldama y su Secretario, el franciscano Salazar, y llegaron á Béjar, que ya se había pronunciado y donde gobernaba el Capitán Casas; pero la contra-revolución, organizada por el Subdiácono Zambrano, estaba muy adelantada, y al fin estalló en los primeros días de Marzo de 1811; Aldama, Salazar y sus acompañantes, fueron presos, quitándoseles el dinero y papeles que llevaban, y se les sometió á proceso. Sin embargo, acaso no hubiera sido fusilado, pues los contrarevolucionarios no tenían ideas muy firmes, y á la aproximación de los Generales tal vez habría sido dejado en libertad, pero la noticia de lo ocurrido en Bajan, unida á las órdenes del Gobernador de la provincia, hi-

cieron que su sentencia y ejecución se aprosurasen; llevado á Monclova, que era la capital de aquélla, fué fusilado el 20 de Junio de 1811.

Antes de morir publicó un manifiesto "lleno de resignación y de humildad," en el que se arrepiente de su conducta, y pide perdón á todos aquellos á quienes hubiese causado algún mal. Ese manifiesto, así como otros varios, no debe verse como un signo de debilidad y cobardía, sino como la última manifestación de un creyente que va á comparecer ante la presencia de Dios y que en sus postreros momentos mide toda su pequeñez y sólo espera en la Misericordia Divina.

Don Ignacio Aldama, así como su hermano Don Juan, era vecino de San Miguel el Grande; hizo en México sus estudios de abogado y regresando á su ciudad natal, poco ejerció su profesión y se dedicó á las labores del campo, consiguiendo á fuerza de laboriosidad y honradez hacerse de un pequeño capital; su familia y la de su hermano quedaron en la orfandad, y un sobrino de ambos, también se encontró complicado en la revolución. Don Ignacio no ha sido objeto de ningún honor especial, por más que tuviera más derecho que algunos otros, para haber sido declarado benemérito de la Patria, y su sepulcro está olvidado allá en Monclova, y acaso ya no guarde los restos del abogado y caudillo insurgente.

BIBLIOTECA
INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. MARIANO JIMENEZ.

Las revoluciones dan el resultado, entre otros muchos, de revelar impensadamente las aptitudes de muchos, que ni remota idea tenían de lo que es una revuelta, para la guerra, y de atraerlos á ella con más fuerza que la que el imán emplea para atraer el hierro. Esto, que con demasiada frecuencia se ha visto en nuestra larga serie de luchas intestinas, sucedió con el caudillo de la Independencia Don Mariano Jiménez.

Fué alumno de la Escuela de Minería de México, donde hizo sus estudios especiales, y en el momento de estallar la revolución de Dolores, se encontraba en Guanajuato como empleado en las minas de la localidad, en compañía de Don Rafael Dávalos y de otros antiguos alumnos del mismo plantel. A pesar de que el cuadro de horror y de matanza que presenció en Granaditas no era el más á propósito para inspirarle una alta idea de la revolución, el anhelo de independencia que estaba tan arraigado ya entre los criollos, le hizo alistarse entre las filas de los insurgentes. Hidalgo, que probablemente ya lo conocía, se apresuró á atraérselo, y apenas supo su determinación, le dió el grado de Coronel.

El nuevo insurgente estaba ansioso de acreditar su competencia, y por cierto que no le iban á faltar ocasiones en medio de aquella lucha á muerte que empezaba. Desde luego fué destinado á la vanguardia, y

el lunes 8 de Octubre de 1810 salió á la cabeza de tres mil hombres por el camino de Silao; dos días después lo siguió el grueso del ejército, y el 16 del mismo mes entraba en Valladolid, precediendo en un solo día al Generalísimo. En la promoción de Acámbaro fué hecho Teniente General y en la marcha sobre México ocupó el puente de Atenco, con lo que obligó á Trujillo á retroceder al Monte de las Cruces, para no ser cortado, y á abandonar el paso de Lerma. Se portó valientemente en la acción mandando una ala del ejército, y situó una batería tan bien enfilada, que sus fuegos molestaron mucho á los realistas. Al día siguiente de la acción, el 31 de Octubre, Jiménez, con el carácter de parlamentario, bajó con otros tres oficiales, en un coche escoltado por cuatro dragones, hasta las goteras de la capital. En Chapultepec se le hizo detener y desde ahí envió al Virrey Venegas el pliego de que era portador, y permaneció algunas horas en espera de la respuesta, hasta que llegó ésta, verbal y perentoria: que ningún trato podía haber con los rebeldes y que él (Jiménez) debería retirarse inmediatamente, si no quería que le hiciesen fuego.

El mariscal acompañó á Allende á Guanajuato, donde activó la fundición de cañones que hacía Dávalos, y tomó otras disposiciones para la defensa de la ciudad; mandó personalmente la batería que en Marfil estuvo molestando á los realistas, y se retiró de la ciudad cuando se cercioró de que la defensa no podía prolongarse más, después de haber intentado continuarla desde el cerro del Cuarto, en la madrugada del 25 de Noviembre. Pasó en seguida á Zacatecas, en camino á Guadalajara, pero antes de llegar á esta última ciudad, en la Hacienda del Molino, Allende le dió la comisión (Noviembre de 1810) de que fuese á propagar la revolución á las provincias internas, donde la idea había atraído numerosos partidarios, y de donde enviaban quejas los revolucionarios de San Luis.

Refiere Alamán que Jiménez sacó de Guadalajara una fuerza de diez á once mil hombres, pero es indudable que en esto también

está equivocado el historiador, pues ni un hombre sacó Jiménez de allí, y en la relación de Fray Gregorio de la Concepción, se dice que cuando el mariscal llegó á las Charcas, tenía doscientos hombres, y no es creíble que tratándose de voluntarios, como eran los soldados insurgentes, se desertasen en tal cantidad hasta dejar casi abandonado á su jefe. El objetivo de Jiménez era llegar al Saltillo, pero cuando supo que el el realista Cordero lo esperaba, procuró reunir gente, y á ese fin llamó á Fray Gregorio, que se había hecho de bastantes recursos en San Luis; unidos ambos, continuaron el avance, haciéndose de bastantes hombres en el camino y aumentando su ejército con los soldados de las Compañías presidiales, que eran bastante aguerridos.

El ejército insurgente llegó á contar con siete mil hombres y veintiocho cañones; los primeros no todos estaban armados, y los indios de Mezquitic eran una chusma informe; en cuanto á los segundos, eran poco eficaces; sin embargo, con esos elementos, se presentó batalla á Cordero, que tenía dos mil hombres, verdaderos soldados, el 6 de Enero de 1811, en el punto llamado Agua-nueva, cercano al Saltillo. A los primeros tiros, el ejército realista se pasó al insurgente, y Cordero tuvo que huir, pero á poco fué hecho prisionero por sus mismos soldados.

A consecuencia de la victoria, fué ocupada la ciudad de Saltillo, y se consiguió que el Gobernador del Nuevo Reino de León, Don Manuel Santa María, se declarase en Monterrey por la Independencia, con lo que la insurrección se extendió por todas las provincias internas y llegase hasta los límites de la Colonia con los Estados Unidos. El Obispo Marín, imitando á su colegas de Valladolid y de Guadalajara, dejó su Diócesi, y dirigiéndose á Soto la Marina, se embarcó con rumbo á Veracruz y México. El Capitán Casas se apoderó de San Antonio Béjar, capital de Texas, y aprehendió al Gobernador Salcedo, así como á Herrera, ex-Gobernador del Nuevo Reino de León. La revolución en aquellas extensísimas comarcas se había propagado con más rapi-

dez que en el interior, y no quedaba por el Rey más fuerza que la de Ochoa, que por un momento amenazó cortar las comunicaciones del Saltillo, haciéndose fuerte en el Puerto del Carnero, pero destacado oportunamente el Capitán de presidiales, Treviño, derrotó completamente á Ochoa. El camino para los derrotados de Calderón quedaba libre, y Jiménez, que ya tenía noticia de esta derrota, despachó una fuerza á Matehuala, para escoltar á los Generales, mientras él se dirigía á Saltillo á preparar los alojamientos de todo el viaje, en unión del Gobernador de Coahuila, nombrado por él y que se llamaba Don Pedro Aranda.

En la hacienda de Buena Vista se reunió Jiménez á los Generales, para seguir la misma triste suerte que éstos, y ya en Saltillo asistió á la Junta de oficiales superiores que resolvió sobre la renuncia definitiva de Hidalgo y el nombramiento de Rayón para jefe del ejército. Las noticias de la contra-revolución de Béjar y las continuas deserciones del destacamento de Monclova, le inspiraron serios temores y lo obligaron á apresurar la salida de los Generales, la que se verificó el 15 de Marzo; tuvo alguna desavenencia con Allende por el envío que hizo éste de Cordero al Saltillo, á causa de que sospechaba de él. A pesar de los numerosos avisos que tenían de que estaban vendidos, la excesiva confianza que Jiménez y Fray Gregorio de la Concepción tenían en Elizondo, parece que fué la causa principal de que caminasen descuidados y sin enviar la tropa por delante.

El día de la traición de Bajan, caminaba Jiménez en el coche de Allende, cuando Elizondo les intimó rendición, éste trató de defenderse y se trabó una refriega que hubiera hecho más víctimas, á no mediar Jiménez, que, como todos, quedó bien custodiado y fué atado como los demás prisioneros, aunque después se vió libre de ligaduras, hasta que el mismo Cordero, á quien había defendido cinco días antes, no dió orden de que se le atase de nuevo. Llevado á Chihuahua se le formó causa, que se distingue de las demás por los testimonios de simpatía que le prodigaron los testigos, y

por los muchos pormenores que de la revolución en las Provincias Internas contiene. Todo lo declarado en esa causa, dice Alamán, es muy honroso para Jiménez, quien no solo se condujo con mucho tino y acierto en sus operaciones, sino también con mucha humanidad con los españoles, á los que no persiguió en sus personas y despojó de sus bienes, dando una prueba señalada de caballerosa generosidad con el Gobernador de Coahuila, Don Antonio Cordero, que habiendo sido cogido después del desastre de Agua-nueva, por sus mismos soldados y entregado al lego Villerías, que fué en su alcance, recelando Jiménez por lo que conocía del carácter de éste, que el prisionero no sería tratado con la consideración que deseaba, mandó un oficial con un coche para conducirlo, y no sólo lo dejó en libertad, sino que lo recibió y lo alojó en su casa. El ánimo oprimido con la relación de tantos hechos atroces, descansa cuando encuentra una acción generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo, en cuyas manos cayó por las vicisitudes de las revoluciones, el que con ella se había hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco común en aquel tiempo."

Jiménez no encontró gracia ante sus Jueces, á pesar de su conducta generosa; condenado á muerte, fué ejecutado el 26 de Mayo de 1811, en la plaza de Ejercicios de Chihuahua, en compañía de Allende, de Aldama y de Don Manuel Santa María, y su cabeza fué colocada en uno de los ángulos de Granaditas. El Congreso de 1824 lo declaró benemérito de la Patria y mandó inscribir en letras de oro su nombre, en el salón de sesiones del Congreso. El Colegio de Minería, del que fué digno alumno, jamás se ha ocupado de honrar la memoria del bravo insurgente, que aun entre los primeros caudillos consiguió hacerse notable.

En los anales de dicho Colegio encontramos las siguientes noticias referentes á los estudios que allí hizo el Mariscal Jiménez. Procedía de una acomodada familia de mineros establecida desde muchos años

atrás en la ciudad de San Luis Potosí. Ingresó en 1796 y en 14 de Noviembre sustentó acto público de matemáticas, hasta Geometría; en el año siguiente terminó el estudio de esa ciencia, y en 23 de Octubre presentó el respectivo acto, bajo la dirección de su Profesor, Don Andrés José Rodríguez; en 1798, siendo su Profesor Don Francisco A. Bataller, cursó Física, asignación de la que tuvo acto el 29 de Octubre; en 1799 estudió Química en la clase de Don Luis Lindner, sustentando el acto público el 30 del mismo mes de Octubre; en 8 de Noviembre del siguiente año de 1800, y patrocinado por su Profesor Don Andrés Manuel del Río, presentó acto de Orictognosia, Geognosia y Labores de Minas. Como en todos sus exámenes había tenido notas muy favorables, en 8 de Enero de 1802 fué Jiménez declarado apto para salir á práctica, y sus superiores consultaron la conveniencia de mandarlo á Zacatecas ó Guanajuato; pero el Tribunal de Minería dispuso que fuese á Sombrerete, por haber ya bastantes practicantes en los minerales citados.

A los pocos días salió para su destino, pero habiéndose comprometido el Marqués de Rayas á recibir á Jiménez en su negociación de Guanajuato, y á su compañero Alvarez Ruiz en la de Catorce, el Tribunal acordó la translación de ambos alumnos, y en Febrero de 1803 pasó Don Mariano á Guanajuato. Terminada su práctica, vino á esta capital á sustentar su examen de perito minero, en 19 de Abril de 1804, y después de disfrutar de algunos meses de descanso, regresó á aquel Mineral, donde su inteligencia y asiduidad le habían asegurado un puesto en la mina de Rayas. Ahí lo sorprendió la revolución de Independencia, en la que tan activa parte tomó, según hemos visto.

D. JOSE MARIA CHICO.

Miembro de una distinguida familia de Guanajuato, cuyos descendientes aún viven en aquella ciudad, era el abogado Don José María Chico, que desde los primeros días de la insurrección siguió el partido nacional. Hizo sus estudios en esta capital, y terminados, regresó á su ciudad natal, donde se dedicó al ejercicio de la abogacía, que debe haber sido pingüe entonces, por ser Guanajuato una capital rica y muy poblada, ocupando bajo este concepto acaso el primer lugar después de México. Era hijo de un rico español avecindado en la población, llamado Don Bernardo Chico, grande amigo de Don Miguel Hidalgo, y uno de los pocos europeos á quienes la revolución en sus comienzos no causó gran daño.

En su casa se alojó el Generalísimo, y á uno de los hijos de su huésped le dió el mando del Regimiento que levantó en la ciudad; al otro hijo, que es el de que nos ocupamos, lo hizo su Secretario. Necesitaba ya el caudillo de la revolución un empleado que se entendiese con su correspondencia, y que hiciese propaganda á la causa, expidiese nombramientos, etc., y no encontró hombre más á propósito que el abogado Chico, al que conocía de tiempo atrás y con cuyo padre lo ligaban vínculos de amistad.

Acompañó á Hidalgo á Valladolid, las Cruces, etc., pero era tan poco el tiempo que el caudillo permanecía en cada punto,

que el Secretario apenas tenía tiempo de atender á lo más urgente, y fué hasta Guadalajara donde pudo lucir sus aptitudes. Apenas llegado allí, procuró organizar el Gobierno independiente, en unión de Rayón; Hidalgo, jefe de él, recibía el tratamiento de "Alteza," y su Ministerio se componía de Rayón, con el título de "Secretario de Estado y del Despacho," y de Chico, que se llamó "Ministro de Gracia y Justicia;" organizó la Audiencia, de la que fué Presidente y que la formaban los abogados Avendaño, Ortiz de Salinas, Solórzano y Mestas, dió los decretos ya expedidos antes, de supresión del tributo, de los estancos y de la esclavitud; por último, contribuyó á difundir las ideas independientes por la prensa, con la publicación del "Despertador Americano." Estas atenciones y la correspondencia diaria del caudillo, ocuparon á Chico hasta que hubo de salir el ejército para Calderón, á esperar á Calleja.

Después de la batalla ayudó á Rayón á poner en salvo los fondos de la revolución y siguió á los primeros caudillos en la larga peregrinación que debía terminar con la prisión de todos ellos en Bajan. Como no era militar fué visto con tal desdén por sus aprehensores, que no lo condujeron á Chihuahua, sino que lo dejaron en Monclova. Empezó á resaltar su personalidad cuando el Juez de la causa, Abella, tomó declaración á los principales prisioneros; Abasolo, que fué el más explícito de todos, hizo tales alusiones á los servicios prestados por Chico, que el Juez dió orden de que con buen resguardo le fuese enviado, para á su turno procesarlo, como lo hizo. No fué muy larga ni difícil la causa formada al Ministro de Hidalgo cuando varios testimonios aparecían en su contra, así es que pronto terminó con la condena de Chico, quien fué sentenciado á sufrir la pena capital. Acaso en otro tribunal menos apasionado que el de Chihuahua y en donde el reo tuviese más garantías de defensa, habría salido absuelto; pero allí era imposible.

Chico fué fusilado por la espalda el 27 de Junio, en compañía de Don José Solís, que era intendente del ejército insurgente,

del Brigadier Onofre Gómez Portugal y de Don Vicente Valencia, alumno de Minería en práctica en Zacatecas, como Jiménez en Guanajuato, y á la sazón Director de ingenieros. Su Estado natal no han honrado la memoria del primer Ministro que tuvo la Nación, y ni una sencilla lápida recuerda la casa donde nación ó vivió aquél.

No debe ser confundido Don José María Chico, del que acabamos de tratar, con otra persona del mismo nombre y apellido que en aquella época vivía también en Guanajuato, y que fué nombrado Alcalde por Hidalgo; fué de los pocos que no sólo encontraron gracia ante Calleja, sino que por nueva elección continuó en el mismo puesto de Alcalde cuando el jefe realista arregló el Gobierno de la ciudad.

DON FRANCISCO LANZAGORTA.

Fué uno de los conspiradores de Querétaro. Tenía el empleo de Capitán del Regimiento de Sierra Gorda, acantonado en las cercanías de aquella ciudad, y por su amistad con Allende, pronto se mezcló en la conspiración y asistió á las juntas en casa del Br. Sánchez y del abogado Lazo, para lo cuál hacía diferentes viajes.

En los documentos que existen en el archivo general consta que Lanzagorta era un activo agente de la revolución en Querétaro, que asistía á las reuniones en casa del Lic. Parra, que disponía de dinero suficiente para buscar adeptos, que hablaba con mucho entusiasmo del próximo levantamiento y que el 12 de Agosto de 1810 salió violentamente de Querétaro llamado por Allende, que era algo pariente suyo, y llevaba doscientos pesos y diez y ocho marcos de plata que le entregó dicho Lic. Parra. Desde ese día no se le volvió á ver en la ciudad.

Acercándose ya el día que debía estallar la revolución, fué destinado á proclamarla en San Luis Potosí, que era su ciudad natal y lugar de residencia de su padre; parece que el mismo Hidalgo fué el que le dió esa comisión, pues según la relación de Fray Gregorio de la Concepción, salió de Dolores el 13 de Septiembre, y en veinticuatro horas es puso en San Luis, donde entregó al mencionado religioso la carta, proclamas y demás papeles que llevaba. Era bastante peligrosa la comisión de Lanza-

gorta, por encontrarse gobernando la provincia Calleja, que apenas tuvo noticia de lo ocurrido en Dolores, empezó á alistar su ejército y á tomar las medidas conducentes para combatir la revolución.

Una de las primeras que dictó fué la aprehensión de todos los sospechosos, debida, según informó al Virrey, á haber descubierto una conspiración tramada por algunos oficiales, que habían ofrecido á los insurgentes pasarse con los Cuerpos que mandaban, en el momento de una acción, descubrimiento que había hecho por la fidelidad de un sargento. Lanzagorta fué uno de los primeros aprehendidos el 18 de Septiembre, y en seguida Zapata, y otros, como el lego Herrera, que fué encontrado en el camino; todos fueron llevados al Convento de San Juan de Dios, donde Fray Gregorio vivía. Mientras Calleja permaneció en San Luis organizando su ejército, los afectos á la independencia se mantuvieron quietos, pero habiendo salido el 25 de Octubre con sus fuerzas á socorrer la capital, empezaron los ánimos á mostrarse inquietos y adquirieron nuevos bríos cuando supieron que Iriarte con sus tropas estaba cerca.

El lego Herrera, comisionado de Hidalgo, de acuerdo con el lego Villerías, con Fray Gregorio, con Don Joaquín Sevilla y Olmedo, oficial de lanceros de San Carlos, que de antemano estaba comprometido con Allende á sublevarse, y con Lanzagorta, organizaron la revolución, en la noche del 1º de Noviembre la hicieron estallar, y sacando de la cárcel á los presos aumentaron el número de los pronunciados. A las tres de la mañana estaba consumado el motín, reducido á la impotencia y herido el Comandante realista Cortina, y se había enviado un correo á Iriarte par que entrase á la ciudad. Entrado éste, ordenó el saqueo, aprehendió á los legos y á Sevilla, que se oponían á él, y se dispuso á salir de San Luis, llamado por Allende, dejando como Comandantes á los mismos presos y á Lanzagorta.

Pero éste se dirigió en busca de Allende, el que lo comisionó para que propagase la

revolución en el Norte, confiriéndole el grado de Mariscal y ordenándole que obedeciese á Jiménez, que llevaba el mando general de la región. Acompañó á este jefe á la batalla de Aguanueva, á la ocupación del Saltillo y de Monterrey, y á la acción del puesto del Carnero. En seguida se incorporó á la comitiva de los Generales, mandando las tropas presidiales, que eran las mejor organizadas que tenía el ejército. Con ellos cayó prisionero, y conducido á Chihuahua, se le formó una rápida sumaria que terminó con la sentencia de muerte; fué de los primeros fusilados, perdiendo la vida el 11 de Mayo de 1811, en unión del Coronel Luis Mireles, uno de los incorporados desde San Miguel.

Lanzagorta no cometió ninguno de los excesos á que se entregaron muchos de los jefes independientes, y en cuanto pudo, procuró organizar y dar instrucción á su tropa, comprendiendo el provecho que se podía sacar de ella al comparar la gran diferencia que había entre los soldados disciplinados de las Compañías presidiales que se le habían unido, con las chusmas de indios desordenados y cobardes, que formaban el ejército de Iriarte y que en su mayoría eran de Mezquitic. Su subordinación á Jiménez, que tuvo demasiada confianza en Elizondo, lo perdió, como perdió á todos los caudillos de la primera época de la revolución.

DON PEDRO ARANDA.

Están todos los historiadores, conformes en que Elizondo fué un traidor que valiéndose de artificios hizo prisioneros á los primeros caudillos de la Independencia; pero ninguno ha dedicado su tiempo á averiguar hasta qué punto esa traición se vió ayudada por el descuido de los traicionados, ni la responsabilidad que en ella tuvieron, por no adoptar las precauciones que su condición de fugitivos exigía. A dilucidar en parte este punto, va encaminada la biografía que sigue.

Don Pedro de Aranda, nació en Comanja, pueblo de la jurisdicción de Lagos, y vivía dedicado á la agricultura en una pequeña hacienda de labor de su propiedad, denominada Penjamillo el Alto, cuando estalló la revolución de Dolores; uno de los numerosos agentes despachados por Hidalgo y Allende, el famoso Iriarte, lo decidió á que siguiese la causa de la insurrección, sin necesidad de hacerle muchas promesas, y mucho menos de intimidarlo como él pretende en su causa. Expedicionó por Zacatecas y San Luis, sin darse á conocer gran cosa, hasta que por la llegada del Mariscal Jiménez á esta última provincia, despachado por Allende para propagar la revolución en el Norte, quedó á las órdenes de aquel jefe. Asistió á la batalla de Aguanueva y toma del Saltillo, de donde Jiménez lo envió, con el carácter de Gobernador de Coahuila, á Monclova, capital de la provincia,

ordenándole á poco que reuniese los recursos necesarios para el transporte de bagajes que llevaban los caudillos.

No era hombre cruel ni cometió excesos de ninguna clase, como lo demuestra el hecho de haber ordenado que quitasen las esposas á los Gobernadores Salcedo y Herrera, que cayeron en su poder, y á quienes casi dejó en libertad; sin embargo, era afecto á la bebida y á las diversiones y de carácter algo débil, y en la hacienda de Aguanueva permitió que su tropa, formada en su mayoría por indios de Mexquitic, en los que tenía una gran confianza, empezasen á saquear las tiendas, exceso que impidieron los demás jefes, alguno de los cuales tuvo por esa causa una cuestión personal con Aranda, y dió á éste una bofetada. Desde el principio de su campaña mostró suma desconfianza de las tropas presidiales, que se habían unido á los insurgentes, y sin embargo, no adoptó precaución ninguna contra ellas, lo que dió por resultado que Elizondo, ayudado por esas tropas, lo hiciese prisionero en Monclova la noche del 17 de Marzo, mientras se encontraba en un baile, diversión á la que era muy afecto, y que se había organizado con objeto de distraerlo y de que no impidiese la contra-revolución que se preparaba.

Preso Aranda, asumió el Gobierno Herrera, quien despachó dos días después á Elizondo rumbo á Bajan. La ineptitud del primero hizo que se perdiese Monclova y con ella alguna tropa, artillería, etc., y sobre todo, que quedase cerrado el camino de la frontera á los caudillos de la Independencia, que avanzaban confiados en las seguridades que les daba Jiménez; éste, á su vez, descansaba en las que le dieron sus Tenientes, en la confianza personal que tenía en Aranda, y en la que por referencias tenía en Elizondo. Si Aranda hubiese tenido alguna precaución, en vez de perder el tiempo en francachelas, hubiera salido á expedicionar, al saber la contra-revolución de Béjar, y no habría caído tan tontamente en manos de Elizondo.

Conducido á Chihuahua con todos los demás presos, Aranda fué sentenciado á la

pérdida de todos sus bienes y á prisión por diez años en Encinillas, (Chihuahua), donde fué confinado, y murió algún tiempo después. Indudablemente que su buena conducta en Monclova y la circunstancia de no haber caído preso en Bajan, influyeron bastante en que se le perdonase la vida á este insurgente que con una poca de actividad y previsión pudo haber salvado la de los primeros caudillos de la Independencia.

D. MIGUEL SANCHEZ.

El nombre de este insurgente es desconocido, no obstante, que fué uno de los primeros que se levantó en armas por la Independencia y que contribuyó á que ésta se propagase por una considerable región del país, entre México, Querétaro y Pachuca.

Sánchez era un labriego acomodado que residió mucho tiempo en jurisdicción de Ixmiquilpan, y que dedicado después al comercio, hacía viajes por todo el valle por donde corre el río Moctezuma, extendiéndose hasta la Huaxteca, Querétaro, Huichápam y otros puntos de esa comarca y del río Lerma; el Lic. Altamirano y el Br. Sánchez, le dieron algunas veces el encargo de que llevase cartas á Hidalgo, Allende, Aldama, etc., lo que le hizo enterarse de los trabajos de los conspiradores, que secundó con entusiasmo. Iniciada la revolución, recibió de Hidalgo, á quien se presentó en Celaya, el nombramiento de Brigadier, con el que se dirigió á expedicionar por el rumbo de Huichápam, en unión de Don Julián Villagrán, Capitán de la Compañía de milicias de la población, la que era parte del Batallón de Tula. Villagrán estaba ganado de antemano por Arias á la causa de la Independencia.

Sánchez reunió la peonada de la haciendas de San Nicolás de los Agustinos y de otras inmediatas, y con ellas se dirigió en los últimos días de Septiembre de 1810 á ocupar á Huichápan, sin grandes dificultades, así como á los demás pueblos de los alrededores; en seguida se dirigió sobre San Juan del Río, que también ocupó, pero donde no pudo sostenerse, por ser el tránsito

obligado de los ejércitos realistas que el Virrey Venegas había puesto en campaña. En cambio se apoderó del Alcalde de Corte, Collado, que había ido á formar causa á los conspiradores de Querétaro, según hemos visto, y lo llevó á Huichápan, donde Villagrán le quitó las causas y los papeles que llevaba, lo obligó á decretar la libertad de la Corregidora, y en seguida lo dejó libre para que continuase su camino á México, donde fué muy mal recibido por el Virrey.

Sánchez tenía inteligencias dentro de Querétaro, las que lo indujeron á que aprovechase la oportunidad que se le presentaba de que la ciudad estaba casi sin guarnición para atacarla; el 30 de Octubre emprendió tomarla, pero siendo su ejército de indios armados con hondas y piedras, fué rechazado con grandes pérdidas, por el Comandante García Rebollo, que disponía de algunos soldados del Batallón de Celaya, de unos cuantos dragones de Sierra Gorda y de un bisoño Batallón urbano levantado en unas cuantas semanas. Ocurrió también que los que desde adentro habían prometido ayuda á Sánchez, no cumplieron su palabra. Don Carlos Bustamante, con su ligereza acostumbrada, confunde las especies y atribuye á un escribano Acuña, que no era ni conocido en Querétaro, el propósito de abrir las puertas de la ciudad á Sánchez, pero es indudable que no pudo ser así y que el que estaba de acuerdo con él era alguno de los antiguos conspiradores.

La aproximación de Flon y de Calleja obligó á Sánchez á internarse en la serranía; cuestiones de primacía en el mando, lo indispusieron con Villagrán, y encontrándose aquél en Alfajayúcan, en casa del Cura, el último penetró á ella y le dió muerte á lanzadas, así como á dos individuos que estaban con él; esto ocurrió á fines de Noviembre de 1810, y aunque Sánchez sucumbió, la semilla sembrada por él germinó y fué causa de que los Villagrán, el Cura Correa y otros de que á su tiempo nos ocuparemos, continuasen combatiendo por la independencia de la comarca.

D. IGNACIO CAMARGO.

La destrucción que han sufrido nuestros archivos á causa de las continuas guerras y revoluciones, impide comprobar muchos acontecimientos políticos y averiguar fechas, adquirir datos, etc., que ayudarían bastante á resolver muchos problemas históricos y á averiguar sucesos de los que ni remotamente se tiene idea. La biografía de Morelos nos reserva algunas sorpresas, según tendremos ocasión de hacerlo constar y la del Mariscal Camargo, de la que vamos á hacer un ligero esbozo, no nos ha sido posible completarla, por haber desaparecido las fuentes que podían habernos dado algunos datos.

Don Ignacio Camargo, según las noticias que hemos podido adquirir, nació en Celaya, por el año de 1782 á 1783, y pertenecía á una acomodada familia de la localidad, que con la revolución casi desapareció. Prestaba sus servicios en uno de los Batallones provinciales de la localidad. Parece que Camargo, como muchos militares, estaba ligado por los vínculos de la amistad con Don Ignacio Allende y Don Miguel Hidalgo, y que por razón de vecindad se trataban con mucha frecuencia, sobre todo con el primero; de esos tratos á pasar á ser compañeros de conspiración, no había más de un paso, el que sin duda se dió quedando apalabrado Camargo á pronunciarse en Celaya como lo estaba Arias en Querétaro, Sevilla en San Luis, Villagrán en

Huichápan, Mier en Morelia, y otros varios en distintos lugares. Esta circunstancia, así como la noticia que Hidalgo y Allende tuvieron, de que la conspiración había sido descubierta en Guanajuato y Querétaro, fué la que los hizo dirigirse á Celaya, población grande é intermedia entre las dos citadas, y desde la cual podían escoger la dirección que más les conviniese; los partidarios que tenían dentro de la ciudad les hicieron saber que ni el Subdelegado Duro ni los pocos soldados del escuadrón provincial que tenía á sus órdenes el Comandante Don Manuel Fernández Solano, pensaban hacer resistencia. Entraron á la ciudad los independientes, y desde luego se ve la mano de un abogado, (Don Carlos Camargo, que fué nombrado Subdelegado), en la convocación del Ayuntámiento y en el discernimiento de grados para evitar discusiones como la que hubo en San Miguel entre los dos principales caudillos. En cuanto á Don Ignacio Camargo, se unió al ejército insurgente con el grado de Coronel, y con tal carácter acompañó á Abasolo á intimar rendición á Bravo, en Guanajuato; fué llevado á la alhóndiga de Granaditas, donde el mismo Intendente, después de oír la opinión de los europeos y de los soldados, contestó á Hidalgo que ni le reconocía carácter oficial alguno ni se rendía. Con esta contestación regresó el parlamentario á la hacienda de Burras, donde se encontraba aquel jefe, y empezó el ataque de la ciudad.

Camargo siguió en el ejército con el grado de Mariscal, que se le dió en Acámbaro, y estuvo en las Cruces, Aculco y Guanajuato, de donde pasó á Guadalajara; su carácter de subalterno hizo que no se le volviera á nombrar, no obstante que fué uno de los que en su esfera trabajó más por organizar el ejército y de que se batió bien en Calderón. Cayó prisionero en Bajan y llevado á Chihuahua se le formó una breve causa que no duró ni quince días, y en la que no pudo defenderse el acusado, pues ni siquiera por vía de formalidad se ocuparon de dar los jueces defensores á los presos. El 10 de Mayo de 1811 fué fusilado

Camargo, en compañía del Brigadier Don Juan Bautista Carrasco y de Maroquín, el ejecutor de las órdenes de Hidalgo.

La circunstancia de haber sido ascendido á Mariscal indica que Camargo prestó servicios más notables que los de otros muchos á la causa de la Independencia, y si no se conocen con exactitud, débese al poco cuidado que hubo entre los insurgentes de la primera época, de llevar un diario de las operaciones, donde constasen los hechos de la campaña y los de los jefes principales.

FRAY GREGORIO DE LA CONCEPCION

Fué Fray Gregorio uno de los pocos insurgentes que tuvo el cuidado de escribir una relación de los sucesos que presenció y en los que tomó parte, y aunque esta relación está escrita muchos años después de aquéllos y contiene algunas exageraciones é inexactitudes, es un documento curioso é importante que sirve mucho para pormenorizar la historia de la revolución en San Luis Potosí y el viaje de los primeros caudillos á Saltillo.

Nació el autor en Toluca, el año de 1773, y tenía los apellidos Melero y Piña, que abandonó al ingresar á la religión carmelitana, para llamarse Fray Gregorio de la Concepción; de Toluca, donde permaneció algún tiempo después de haberse ordenado, pasó por algún tiempo á Oaxaca por el año de 1801 y luego al convento del Desierto en Tenancingo, donde residía á principios del año de 1808. Allí recibió orden de transladarse en calidad de predicador á San Luis Potosí, para donde salió en 9 de Julio; el 19 del mismo, según él mismo refiere, llegó á San Miguel el Grande, y como iba algo escaso de recursos, comisionó á un criado para que le vendiese algunos libros, circunstancia que le hizo entrar en relaciones con Allende, Abasolo y Aldama, el menor, (Don Juan); en la conversación se habló de la situación de España, que acababa de ser invadida, y aunque no se franquearan enteramente todos los interlocutores, com-

prendieron que el mercedario estaba tan cansado de la dominación española, como ellos. En Dolores saludó á Hidalgo, para el que llevaba carta de Allende, y que lo trató bien cuando leyó la carta; lo puso al tanto de los proyectos de insurrección que abrigaban, y le advirtió que sólo estaban en el secreto los cuatro nombrados y Arias.

Este dato es importante para fijar la fecha en que empezaron á trabajar por la Independencia Hialgo y Allende, y de ser enteramente cierto, prueba que esos trabajos fueron anteriores á los de las Juntas de Valladolid. De todas maneras, indican que la idea de la emancipación había brotado entre los militares y que éstos procuraban hacer prosélitos.

Fray Gregorio siguió su camino á San Luis y con frecuencia se carteaba con Hidalgo, el cual lo tenía al tanto de sus adelantos; cuando estaba para estallar la revolución, envió á Lanzagorta para que propagase la idea en la ciudad; pero el haberse adelantado el día del levantamiento y la actitud que asumió Calleja, frustraron el plan. Lanzagorta y Zapata, otro complicado, fueron encerrados en el convento, al que á poco llegó con el mismo carácter el lego Herrera. Sin embargo de estar presos, siguieron conspirando, de acuerdo con Fray Gregorio, el lego Villerías y el oficial del Regimiento de lanceros de San Carlos, Don Joaquín Sevilla y Olmedo, que se comprometió á facilitar armas de las que tenía en guarda y á seducir á su tropa. Adelantaron bastante en sus trabajos, á pesar de la vigilancia de las autoridades, y sólo esperaron la salida de Calleja para alzarse y para llamar en su auxilio al insurgente Iriarte, que ya estaba levantado en armas. En la noche del 10 de Noviembre y la madrugada del 11, se llevó á cabo la revolución, que entregó la ciudad á los insurgentes; Fray Gregorio aprehendió á los religiosos europeos que había en el convento, y puso en libertad á los presos políticos, que eran unos doscientos cincuenta; de acuerdo con Lanzagorta, Sevilla y Villerías, llamó por correo extraordinario á Iriarte, que se negaba á entrar, y que al fin se re-

solvió á hacerlo el día 13, pero una vez que estaba ya dentro de la población, desaprobó todo lo hecho y puso presos á los principales cabecillas, con el único objeto de que debiéndole á él la vida, fuese el único á quien reconocieran como jafa. Villerías y Fray Gregorio consiguieron, no obstante, escaparse, y mientras el primero fué en busca de Allende á Guanajuato, el segundo se refugió en la hacienda del Pozo, perteneciente á la Orden, y allí permaneció hasta que el Mariscal Jiménez le mandó alguna gente y el nombramiento de General.

Con este título exigió el dinero que allí se guardaba y que excedía de $300,000 y se llevó la caballada, las reses y las armas que encontró. Armó á su gente y procuró aumentarla para incorporarse á Jiménez, como lo hizo, en Charcas; procuró atraerse á la tropa disciplinada de los presidios y consiguió su objeto, logrando con sus dádivas que la gente de Cordero se le uniese en la acción de Agua-nueva, y que aprehendiese á su jefe y al segundo, Taboada, que fueron tratados bien por el mercedario. Este ocupó á Monterrey pacíficamente y sin autorizar saqueos y latrocinios, pero tuvo que retroceder al Saltillo al recibir la orden de Jiménez, el cual la dictó al saber la noticia de a derrota del puente de Calderón. Por más rápidamente que caminó no llegó á tiempo á la acción del Puerto del Carnero, y se limitó á incorporarse á varias partidas para evitar el ataque de Ochoa.

En Agua-nueva se unió á los caudillos de la insurrección, que no llegaron juntos, sino muy separados, y en el Saltillo asistió á la Junta de Generales donde Hidalgo ratificó la renuncia que había hecho, del título de Generalísimo, y en donde se dió el mando del ejército á Rayón. Fray Gregorio, que entonces recibió el nombramiento de Vicario General Castrense de los ejércitos insurgentes, nos da razón de los toros y festejos que había en la ciudad en honor de los Generales a quienes la traición acechaba ya. En vano fué que recibiesen la noticia de la contra-revolución de Béjar y que continuamente tuviesen razón de defecciones y aprehendiesen espías; Allende, que

no conocía á los hombres que habían hecho la revolución por aquel rumbo, confiaba en Jiménez; éste, á su vez, descansaba en la lealtad de Aranda y en las candorosas seguridades que le daba Fray Gregorio; por último, aquél no creía que lo traicionasen, y éste no se imaginaba siquiera que hubiese traidores, ni menos aún que Elizondo fuese uno de ellos. Todavía el día 20 de Marzo se recibió un correo de este militar y cuatro guajes de agua; recomendaba que el ejército fuese dividido en tres trozos y á retaguardia, pues escaseaba tanto la agua en las norias, que si llegaban cincuenta personas juntas, no alcanzaba para todas;" todo lo creí, dice el mercedario, y jamás pensé semejante traición." La fatalidad se encargó de cegar á los hombres que tenían á su cargo velar por la seguridad de los caudillos.

El 21 de Marzo fué hecho prisionero Fray Gregorio por el mismo Elizondo y por el padre Borrego, que lo acompañaba; como se había adelantado, fué el primer aprehendido, á las ocho de la mañana, y aunque trató de seducir á un soldado para que fuese á avisar á los caudillos lo que pasaba, no lo consiguió; presenció todos los sucesos de aquel día memorable, y acudió á auxiliar á Arias, que estaba moribundo, á causa de las heridas que había recibido; presenció en seguida el desfile de los prisioneros, que eran más de quinientos, y que estaban despojados de sus sombreros, casacas y zapatos.

Se le condujo á Monclova con los sacerdotes y allí fué engrillado, como todos; su relación da cuenta exacta del trato indecoroso que les daban sus guardianes, y del temor que tenían, de que Rayón tratara de libertar á los caudillos. Salcedo y Elizondo, que disponían de pocas tropas, procuraron enviar á los prisioneros á diferentes puntos. En Parras fueron separados los sacerdotes, porque se les destinó á Durango, en tanto que Hidalgo y los militares y civiles siguieron para Chihuahua. El Ilustrísimo señor Olivares, Obispo de la Diócesi tomó decidido empeño en que ninguno de los sacerdotes fuese fusilado, y aun parece

que procuró hacerles saber que mientras él viviese no serían ejecutados; en vano fué que la autoridad militar tuviese agrias contestaciones con la eclesiástica. El Obispo cumplió su palabra y durante más de un año los sacerdotes presos estuvieron en estrecha prisión; pero apenas falleció el Prelado, el Comandante Bonavía se apresuró á ejecutar las siete sentencias de muerte que se habían dictado, y lo hizo con tanta precipitación, que informó á su superior de la ejecución, aun antes de que ésta se verificase: "Como ese día salió el correo temprano, nos pusieron por muertos, dice el mercedario en su relación, á los siete sentenciados, y por eso estoy en la Gaceta entre los muertos."

Fray Gregorio debió su salvación á la oportuna llegada á Durango, de Salcedo, el cual se interesó por él y tanto dijo á Bonavía en abono de la conducta del religioso, que consiguió que lo dejase en absoluta libertad. Esperaba un convoy para regresar á su convento, cuando habiendo averiguado su superior de San Luis Potosí que estaba vivo, á pesar de la noticia de su muerte, publicada en la Gaceta, le instruyó sumaria en la que declaró "hasta el mozo campanero para que dijera que la noche del levantamiento le mandó que quitara los cueros de las campanas," y consiguió que nuevamente fuese encarcelado y que se viese otra vez en inminente riesgo de ser fusilado. El General Don Alejo García Conde, la familia Pescador y toda la sociedad durangueña se interesaron por el preso y consiguieron que de momento no se ejecutase la sentencia; pero pasó cuatro años encerrado en un calabozo y temiendo cada día que lo sacasen para llevarlo al suplicio; contrajo un fuerte reumatismo que le duró todo el resto de su vida, y al cabo hubiera sido pasado por las armas, si no consiguen sus protectores que se le enviase á San Luis Potosí.

Aunque en el camino y en esa ciudad sus trabajos fueron mayores, consiguió que el Consejo de Guerra que se le formó y en el cual su Fiscal, el Lic. Bocanegra, que después fué Presidente de la República, lo

trató con bastante benignidad, lo condenase á destierro perpetuo en Ceuta, á donde fué enviado á fines de 1816; en la cárcel de Cádiz encontró á cinco sacerdotes mexicanos desterados, como Fray Gregorio, por insurgentes; consiguió no pasar á Africa y al restablecerse la Constitución de 1812, le alcanzó una amnistía que le permitió regresar á México. Llegó cuando ya estaba casi hecha la Independencia, en 1821, y después de mucho impetrar y probar sus padecimientos, consiguió una pensión de un peso diario y secularizarse. En vano fué que siguiese solicitando: "para mí siempre falta y está la Nación recargada," dice tristemente al final de su relación, escrita el año de 1830.

No obstante esto, se le reconoció el grado de General de división en el ejército, y se le dió el mismo nombramiento que le confirió Allende, el de Vicario General Castrence, aunque sin todos los sueldos anexos á esos empleos. Radicado en Toluca durante los últimos años de su vida, allí falleció en el año de 1843.

D. RAFAEL IRIARTE.

Si fuéramos á exceptuar de este cuadro biográfico á aquellos individuos que por diversas circunstancias entraron en pugna con sus mismos correligionarios y aun se vieron aprisionados y castigados por éstos, tendríamos que omitir á muchos personajes que figuraron de un modo más ó menos notable en los ejércitos insurgentes y que prestaron sus servicios á la causa de México. Esta reflexión nos ha hecho no pasar por alto el nombre de Don Rafael Iriarte, el independiente que después de Hidalgo y de Allende puso en conmoción gran parte del país y propagó la revolución en las dos grandes provincias de Zacatecas y de San Luis Potosí, haciendo que llegase hasta el Norte y hasta las playas del Golfo de México.

Nació Iriarte en San Luis Potosí y su origen fué bastante humilde; dedicado desde temprana edad á trabajar para ganarse la subsistencia, entró de escribiente á la Comandancia Militar de la provincia y estuvo bastante tiempo á las órdenes de Calleja; por razón de su empleo, tuvo un ínfimo grado militar, y entre los subalternos de la oficina se le conocía con el apodo del "Cabo Leiton." Es difícil averiguar hoy si estaba en relaciones con los conspiradores de San Miguel y de Dolores; pero las circunstancias de que fué uno de los primeros que recibió su nombramiento de Coronel, de Hidalgo, y de que inmediatamente después del

grito de Dolores se lanzó á la revolución, hacen creer que algunas relaciones tenía con los primeros caudillos.

En Septiembre de 1810 se pronunció, dirigiéndose al rumbo de León y de Lagos, donde empezó á levantar gente y á comprometer en la revolución á varios hacendados como Don Pedro Aranda, que después fué Gobernador de Coahuila; no atreviéndose á excursionar por la provincia de San Luis, donde Calleja organizaba su ejército, se limitó á inquietar la de Zacatecas, donde los barreteros y la plebe, y aun la clase media, poco necesitaban, como lo demostraron en los días 7 y 8 de Octubre, en que fueron expulsados los europeos, se cambiaron las autoridades y aun se preparó la renovación del Ayuntamiento. Instalado el nuevo algunos días después, nombró Intendente al Conde de Santiago de la Laguna, que no manifestó ideas realistas muy firmes y que al fin decidió entrar en tratos con Iriarte; al efecto, envió al Dr. Don José María Cos, Cura del barrio de San Cosme, para que pasase al campo insurgente y se enterase de las tendencias y objeto de la revolución. La entrevista se verificó en Aguascalientes, y seguramente el ignorante escribiente supo alegar tales razones que dejó convencido al sabio Doctor, el cual desde ese momento se consideró insurgente de corazón, pues no regresó á Zacatecas, sino que fué á San Luis á presentarse á Calleja; éste lo despachó á México, pero en Querétaro cayó preso. En la respectiva biografía tendremos ocasión de seguirnos ocupando de este sacerdote. Este incidente demuestra lo fácil que hubiera sido á la revolución triunfar, si hubiera podido madurar un poco más, pues todas las clases sociales eran afectas á ella.

El Conde de Santiago de la Laguna, de lo único que quedó convencido fué de que no podía sostenerse en Zacatecas, y en consecuencia, abandonó la ciudad á Iriarte, que la ocupó casi inmediatamente; en seguida se dirigió á San Luis, á donde lo llamaban los revolucionarios, que se habían apoderado de la ciudad. Como no aguantaba superior alguno, puso presos á los cabecillas de San Luis, entregó la ciudad al saqueo y

se apoderó de la persona de la esposa de Calleja, á la que guardó muchos miramientos; llamado con insistencia por Allende, que estaba en Guanajuato, no acudió, á pesar de haber salido para el rumbo de Zacatecas. Después de la ocupación de aquel mineral por el General español, Allende se dirigió en busca de Iriarte, creyendo encontrar en él un subalterno leal que le ayudaría á levantar un nuevo ejército, pero palpando el doblez de aquél, temió por su segurida personal y prefirió ir á Guadalajara, donde estaban Hidalgo y Torres, y enviar á Jiménez para que asegurase la revolución en las provincias internas.

Iriarte quedó en Zacatecas sin hacer nada, y por más que fué llamado, no acudió á la batalla de Calderón, pues el tiempo se le iba en concurrir á bailes y á francachelas. Parece que después de esa batalla tuvo la idea de traicionar, pero la presencia de todos los Generales y de los dispersos que llegaban y que eran en mayor número que el ejército de aquél, le hizo prescindir de sus proyectos; cuando Hidalgo fué desposeído del mando y quedó como particular, Iriarte también quedó en posición desairada y sujeto á constante vigilancia, así como Abasolo. Contribuyó á esto la circunstancia de que poco antes de la acción de Calderón, Iriarte, aprovechando la coyuntura de que Calleja estaba cercano á Aguascalientes, le envió á su esposa, que no tenía queja alguna de él, con una buena escolta y con todas sus alhajas; en cambio recibió del mismo modo á la suya, que estaba en poder de Calleja.

Siguió Iriarte á los Generales, pero sin tener mando alguno, y no se vuelve á encontrar su nombre citado en ninguna parte; parece, no obstante, que en el Saltillo logró evadirse de la vigilancia de que era objeto, pues según Bustamante, Allende, al entregar el ejército á Rayón, le dió orden de que si aquél se presentaba, lo fusilase inmediatamente, pues su presencia era señal de que estaba tramando alguna nueva perfidia. Probablemente Iriarte estaba en inteligencia con Cordero y Ochoa y supo á tiempo que se tramaba algo contra los caudi-

llos, pues fué él único que se escapó de la sorpresa de Baján. Pocos días después, y cuando ya Rayón iba de retirada, se presentó en su campamento Iriarte; aquél no perdió mucho tiempo en oír sus disculpas, y para dar un saludable ejemplo á sus tropas, lo hizo fusilar; parece que también influyó la circunstancia de que Iriarte estaba de acuerdo con Elizondo para apoderarse del ejército de Rayón.

De tan trágica manera pereció en los últimos días de Marzo de 1811 el insurgente que acaso hubiera podido ayudar á que en Calderón fuese derrotado Calleja y á que con esa derrota hubiese cambiado en pocos meses la faz de la revolución y los primeros caudillos hubiesen podido entrar triunfalmente en México.

FRAY LUIS HERRERA.

Pocas son las noticias que se tienen de este insurgente, que fué de los primeros en tomar el partido de la revolución y que expedicionó por San Luis Potosí y Tamaulipas.

Era lego de la religión de San Juan de Dios, y á título de cirujano se incorporó en Celaya cuando Hidalgo llegó á aquella población el 19 de Septiembre de 1810. Ya fuese porque conociese los planes de éste ó porque al saber el levantamiento se adhiriese á él, es lo cierto que recibió del Generalísimo la comisión de insurreccionar la provincia de San Luis, y que en cumplimiento de su encargo se dirigió á ella, sin más acompañamiento que un criado. Pero Calleja, que ya estaba prevenido, había dado orden de aprehender á todos los sospechosos; en consecuencia de esto, fué detenido en el camino el lego, el cual apenas tuvo tiempo de deshacerse de sus papeles, consistentes en su nombramiento y en unas cartas que llevaba para Fray Gregorio de la Concepción, Lanzagorta, Sevilla y otros comprometidos de la ciudad. Fué encerrado en el convento del Carmen, donde se puso de acuerdo con Fray Gregorio, y en seguida hizo que lo pasaran al de San Juan de Dios, que era el de su orden, donde había más comprometidos.

En la noche del 10 de Noviembre, que se verificó la revolución, quedó libre y al frente de una partida de 80 hombres, con los

que se dirigió á la provención para abrir la cárcel á los presos del orden común. Una vez que Iriarte (véase) hubo entrado en auxilio de los sublevados, Herrera, temeroso de sufrir nuevos insultos salió de la ciudad y se dirigió á Guanajuato á quejarse á Allende, que hizo llamar á Iriarte, y que si no consiguió que se le incorporara, consiguió al menos que permaneciese entre Zacatecas y Aguascalientes; en seguida despachó á Herrera á que propagase la revolución en el Nuevo Santander, (hoy Tamaulipas), á las órdenes de Jiménez, lo que verificó sin necesidad de dar batallas, pues la opinión era favorable á la Independencia, y dejando reducido á la impotencia al Gobernador Don Manuel Iturbe, en Altamira, regresó á San Luis.

Ya con el grado de Mariscal y teniendo por segundo al Brigadier Blancas, imperó en la ciudad; derrotó el 11 de Febrero de 1811 en San Francisco, á una partida realista que iba á incorporarse al ejército del centro, fusiló á los españoles que iban en ella, y habiendo perdido todo freno y todo respeto á sus jefes derrotados en Calderón, se entregó á toda clase de excesos; saqueó á San Luis, obligó á huir, para librarse de la muerte, al Intendente Flores, puesto por los insurgentes, y sólo descansó cuando supo que Calleja se aproximaba; salió de San Luis rumbo á Rioverde el 25 de Febrero, y como aquel General destacase una partida que persiguiese al lego, se retiró violentamente al Valle del Maíz, donde se creyó seguro. García Conde (Don Diego), que lo perseguía, no pudo sorprenderlo y tuvo que aceptar la batalla que le presentó el lego el 22 de Marzo en las inmediaciones de la población; derrotados los insurgentes, Herrera y Blancas salieron de la provincia y se refugiaron en la villa de Aguayo (hoy Ciudad Victoria), donde creyeron que podrían estar tranquilos mientras formaban un nuevo ejército; pero los pocos soldados que allí había y que se habían pronunciado, al saber la aproximación del realista Arredondo, que iba precedido de una fama terrible, se despronunciaron y para congraciarse con el jefe español se apo-

deraron de Herrera, de Blancas y de cuarenta y ocho oficiales y soldados que los seguían. Arredondo fusiló el 6 de Abril á los dos nombrados y á otros dos jefes y á los demás los envió para Veracruz á trabajar en Ulúa.

El lego Fray Luis Herrera, que tuvo tan corta carrera, ha sido juzgado de muy distinta manera por los dos historiadores de la revolución: Alamán y Bustamante. Nuestra opinión es que, aunque por naturaleza no era inclinado al mal y á la crueldad, era de carácter débil y dejaba á sus Tenientes que hiciesen todos los actos de que á él es ha hecho responsable.

FRAY JUAN DE VILLERIAS.

Pertenece este religioso á la serie de insurgentes de la primera época, que ó bien estaban de acuerdo con los caudillos de la revolución, ó al saber que había estallado se lanzaron con entusiasmo á ella y trabajaron en su favor en la localidad que conocían mejor ó donde creían alcanzar mayor éxito.

El lego Villerías pertenecía á la religión de San Juan de Dios y residía en su convento de San Luis Potosí cuando se dió el grito de Dolores. La facilidad con que se puso de acuerdo con Sevilla y demás conspiradores de aquella ciudad en los días en que aún permanecía en ella Calleja, es una presunción de que de antemano conocía sus planes, y esa presunción se corrobora al recordar que el lego Herrera, preso en el convento del Carmen, pidió con insistencia que se le llevase al de San Juan de Dios, donde estaba Villerías. Sea como fuere, éste fué uno de los principales corifeos de la revolución, y en la Junta que tuvieron los comprometidos propuso que fuesen directamente á aprehender al Comandante Cortina, proposición que no fué admitida por ser poca la gente de que disponían y necesitar del auxilio de los presos que había en el Carmen.

Posesionados de este punto, para lo cual llevó Villerías los hombres de que disponían, se dirigió al cuartel, que por las influencias del oficial Sevilla franqueó las ar-

mas; con ellas y unido á los demás, se hicieron dueños de la población y de la persona del Comandante Cortina. Llamado Iriarte, vió que en realidad no había un jefe en San Luis, sino que eran varios, por lo que decidió hacerse del mando y al efecto los convidó á un banquete, donde trató de aprehender á todos. Villerías logró escaparse y con cincuenta hombres fieles se dirigió á Guanajuato, donde estaba Allende, que esperaba ser atacado por Calleja. Esta escapatoria de Villerías fué causa de que Iriarte no fusilase á los presos, sino que afectase haber hecho una comedia, y de que saliese violentamente de San Luis para reunirse con Allende, al que alcanzó en Zacatecas. Este jefe, para evitar nuevos disturbios, se vió obligado á enviar á Jiménez, en unión del Brigadier Don Juan B. Carrasco, del Coronel Don Luis G. Mireles y de Don Luis Malo, los tres primeros cayeron prisioñeros en Bajân y fueron fusilados en Chihuahua y Malo lo fué en Monclova.

Villerías siguió á Jiménez y fué destinado á la vanguardia, con la que logró sorprender una avanzada de veinticinco hombres de la tropa del Saltillo, el 6 de Enero de 1811; asistió á la batalla de Agua-nueva, perdida por el realista Cordero, que cayó en poder del lego, el cual tuvo que entregar al preso, pues Jiménez desconfiaba de que lo tratase bien. Entró al Saltillo y siguió á las órdenes de Jiménez, y marchó á expedicionar por Nuevo León, circunstancia á la que debió no caer prisionero en Bajân. Después de este suceso, Villerías se incorporó á Rayón la noche del 31 de Marzo, temeroso de ser derrotado por Ochoa, que había asumido la ofensiva: asistió á la acción dada en el puerto de Piñones, el primero de Abril, acción campal bastante reñida, que duró seis horas, y la primera en realidad en que dieron muestras de pericia los insurgentes, que rechazaron al enemigo. Villerías, que era de un carácter áspero y no gustaba de compañías, creyéndose ya seguro se separó después de esta acción, de Rayón, que lo vió alejarse sin ningún pesar, pues tampoco á él le gustaba la compañía de quien le pudiese hacer mucha ó

poca sombra, ni menos la de gente levantisca, como era el lego.

Este se dirigió á la provincia del Nuevo Santander, (Tamaulipas), donde expedicionaba Herrera, con el que, sin embargo, no llegó á reunirse; expediconó algunos días, sin que nadie lo inquietase, pero hecha la contra-revolución y aprehendido Herrera, todas las fuerzas de Arredondo quedaron en disposición de moverse sobre Villerías. En vano fué que éste le enviase una proclama y lo invitase por conducto de Fray Francisco González á tomar parte en la revolución; el jefe realista contestó moviéndose sobre Hoyos, á donde el insurgente no lo esperó, (26 de Abril). Batidos los indios en Palmillas, Villerías tuvo que retirarse á Río Blanco y luego al camino de Matehuala, pero tuvo que hacer frente al destacamento de Quintero en el Estanque Colorado y sufrió una derrota en la que perdió trescientos hombres, siete cañones, y varios jefes de ellos, cuatro religiosos, entre los que se contaba el padre González, que se hacía llamar Ministro de Gracia y Justicia. Esa derrota acaeció el 9 de Mayo, y al día siguiente Villerías sufrió otra que le infligió el Teniente Coronel Iturbe, y que lo obligó á huir en completa dispersión hacia Matehuala; en esta última acción se escuchó por primera vez el nombre de Don Antonio López de Santa-Anna, que era cadete y que por su comportamiento mereció ser recomendado por Arredondo.

La suerte siguió mostrándose adversa con Villerías, que creyó encontrar abrigo al lado del padre Don José María Semper, Cura de Catorce, que á la llegada de Jiménez se declaró insurgente; pero en cinco meses habían cambiado las cosas tanto, que noticioso él y la Junta de seguridad, de la aproximación de Villerías, salió á batirlo, en unión del padre Luque y de Nicanor Sánchez; al cabo de una hora de combate huyeron los insurgentes, dejando en el campo sus muertos, entre los que se contaba Villerías. Este suceso ocurrió el 16 de Mayo de 1811; Arredondo, que tuvo noticia de él, lo celebró con salvas de artillería y con el fusi-

lamiento de once prisioneros y dió por pacificada la provincia.

En efcto lo estaba ya, pues los sublevados de Tula dieron poco qué hacer y por algún tiempo nadie quiso seguir las huellas del lego Fray Juan de Villerías, que con un poco más de orden, pudo hacerse un caudillo temible, á causa de las dotes de soldado, que tenía.

D. CASIMIRO CHOVELL.

Fué uno de los antiguos alumnos del recién Colegio de Minería, que en pocos días adquirieron celebridad y que en la flor de su juventud, cuando la Patria esperaba mucho de ellos, vieron cegada su existencia por la racha de venganza que sopló sobre los dos partidos beligerantes.

Nació Chovell en la capital del Virreynato el 4 de Mayo de 1775; fueron sus padres Don Pedro Chovell y Pallares, antiguo minero de Taxco, y Doña María Ana Josefa Jurado. Terminada su instrucción primaria, comenzó el estudio de las Matemáticas en la Academia de San Carlos, bajo la dirección del Profesor Don Diego Guadalajara Tello. Hecha por su padre la correspondiente solicitud y aceptada, ingresó al Real Colegio de Minería el 4 de Mayo de 1792, y desde luego manifestó tal aplicación, que en el mismo año obtuvo premio, y en 17 de Diciembre sustentó el Acto de Aritmética. En los años siguientes demostró el mismo aprovechamiento, que le valió obtener los primeros lugares y los principales premios. En el curso de Mineralogía abierto el 27 de Abril de 1795, fué discípulo del célebre Don Andrés Manuel del Río, que acababa de llegar de España con ese único objeto, y sustentó Chovell el correspondiente acto público de esta materia; con el mismo Profesor estudió el año siguiente Orictognosia, Geognosia y Arte de Minas.

Terminados sus estudios teóricos, Chovell

quedó á fines de 1797 en disposición de salir á la práctica y fué enviado á Guanajuato y á los pocos meses al mineral de Durango, donde permaneció muy poco tiempo. Habiendo regresado de este último punto, se le ordenó por disposición superior que escribera "una disertación sobre la negociación de minas de azogue de la Sierra del Durazno, sus hornos, beneficios y demás anexos;" recibida que fué, el Tribunal de Minería quedó tan complacido que con fecha 27 de Noviembre de 1799 encargó á la Diputación de Guanajuato que hiciese saber á Chovell el agrado con que la había leído y la satisfacción que recibiría si continuaba como hasta allí, demostrando su aplicación y buena conducta. Para su examen profesional se le previno que hiciera la Descripción geognóstica y el plano geográfico del Real de Minas de Guanajuato.

Los conocimientos que durante su práctica había demostrado, hicieron que se le llamase á Guanajuato, donde al poco tiempo se le hizo Administrador de la famosa negociación minera de "Valenciana," en cuyo puesto lo encontraron los acontecimientos de 1810. Parece fuera de duda que estaba de acuerdo con Hidalgo, y en cuanto éste ocupó la ciudad nombró á Chovell jefe del Regimiento de infantería, que se formó en aquel mineral inmediato á Guanajuato. Con esa fuerza, lo que en realidad hizo el Administrador fué cuidar del orden mientras estuvo ausente el ejército independiente, y no cometió tropelía de ninguna clase. Cuando después de la derrota de Aculco Allende volvió á Guanajuato y decidió defender la ciudad, Chovell lo ayudó con actividad y empeño y á él se debió la idea de barernar los cerros de la Cañada de Marfil para hacer saltar las rocas y acabar con el ejército realista; también hizo levantar trincheras en diferentes puntos, y se ocupó activamente de los pormenores de la defensa.

El ejército de Calleja, gracias á los espías que tenía en la ciudad, evitó estos peligros y emprendió el ataque por las alturas de Jalapita y siguió el camino de las minas de Santa Ana, que lo llevaron á Va-

lenciana, donde ese jefe pernoctó el 24 de Noviembre. Chovell se creyó seguro aquella noche al ver la actitud pacífica de Calleja y permaneció en su casa, pero esta confianza lo perdió, pues fué aprehendido al día siguiente y ahorcado en la tarde del 28 de Noviembre frente á la puerta principal de la Alhóndiga; Don Ignacio Ayala, hermano de la esposa de Chovell, y Mayor del Regimiento del que éste era Coronel, sufrió la misma suerte, así como otros cinco individuos y el Ingeniero Don Ramón Fabié. Alamán al llegar á este pasaje de su historia dice: "para un General español eran crímenes, y muy graves, todo lo que eran méritos muy distinguidos para los insurgentes, y ya hemos visto que á Chovell se le acusaba de haber sublevado y dirigido contra la Alhóndiga al pueblo de Valenciana, era Coronel y había levantado un Regimiento y dirigido los barrenos y otras disposiciones de defensa en la Cañada de Marfil." Convengamos en que la primera de esas acusaciones era infundada y en que hubo exceso de castigo en la ejecución de Chovell y compañeros.

"El sabio Profesor Don Andrés del Río, que fué su maestro y supo apreciar su mérito, dice Don Santiago Ramírez, inscribió su nombre en la ciencia designando con el de "Chovelia" un silicato de alumina y cal, encontrado entre las materias de la mina de Valenciana: especie nueva, dedicada—dice el señor del Río,—al benemérito de la Patria y de la mineralogía, Chovell."

D. RAFAEL DAVALOS.

Esta otra víctima de la guerra también fué alumno de la Escuela de Minería. Pertenecía á una antigua familia de mineros y nació por los años de 1782 á 1786. En Enero de 1800 ingresó al Colegio mencionado, después de haber rendido las indispensables pruebas de legitimidad y limpieza de sangre; fué discípulo en Mineralogía de Don Andrés del Río, y se distinguió en sus estudios; tuvo su exámen general el 14 de Enero de 1815, y pocos meses después, fué enviado al Real del Monte á hacer su práctica en la mina de Morán, en la que iba á establecerse la máquina de columna de agua construida por el perito Don Pedro Lachaussé y Don Nicolás Taburis, bajo la dirección del señor del Río.

Pocos meses permaneció allí, pues habiéndose enfermado, los facultativos declararon que no le probaba el clima frío del Real, y fué enviado á Guanajuato en Enero de 1806, y allí obtuvo con el carácter de interino la cátedra de Matemáticas. A pesar de haber terminado su práctica continuó empleado en la mina de Valenciana, donde lo encontró la revolución de 1810; el entusiasmo con que la secundó ha hecho creer que de antemano estaba de acuerdo con Don Miguel Hidalgo. Lo cierto es que desde luego recibió el empleo de Capitán de artillería, con el grado de Coronel, y que se dedicó á fundir cañones, que salieron muy imperfectos, con los cilindros de cobre (cape-

llinas), en los que se evaporaba el mercurio; entre ellos fundió uno de grandes dimensiones que resultó inservible y que recibió el nombre de "Defensor de América;" capturado meses después por Calleja, fué enviado á México y durante muchos días se exhibió en el patio mayor del Palacio Nacional. También hizo algunos cañones de madera y ayudó á la instalación de la Casa de Moneda.

Quedó Dávalos en Guanajuato cuando los independientes salieron de allí, y al regreso de Allende contribuyó á fortificar la ciudad y á instalar los barrenos; entregó veintidós cañones que se colocaron enfilando la cañada de Marfil; todas estas operaciones eran dirigidas por Chovell, que tenía más conocimientos, y secundadas por Dávalos y Fabié, otro ex-alumno de Minería. El 24 de Noviembre de 1810 empezó Calleja el ataque sobre Guanajuato, y en la noche ya había llegado á Valenciana, y Dávalos, imitando la conducta de los demás, permaneció en su casa sin pensar huir; ni aun después de la aprehensión de Chovell adoptó precaución alguna y se lanzó á la calle al día siguiente, 25, confundiéndose entre la tropa. Aprehendido por algunos individuos de ésta, iba, sin embargo, á ser puesto en libertad cuando al desatarlo un granadero le sacó de la vuelta de la manga de la chaqueta un papel donde estaba la cuenta referente á la fundición de los cañones.

Ya entonces fué formalmente aprehendido y llevado á Jalapita, de donde se le remitió al otro día á Granaditas á disposición del Conde de la Cadena, que lo hizo fusilar por la espalda, como traidor, en unión de cuatro personas notables y de diez y ocho individuos del pueblo. No se le formó causa alguna ni se le tomó declaración, y su muerte debe atribuirse al furor de matar que por algunos días acometió á Calleja.

D. RAMON FABIE.

Aunque no nacido en Nueva España, no puede considerarse como extranjero á este joven, originario de Filipinas, ya que en aquel entonces el Archipiélago carolino era considerado como una dependencia de la Colonia, la que proveía á sus necesidades y ejercía sobre él una autoridad efectiva.

Nació el joven Fabié en Manila, capital de las Filipinas, el año de 1785, y era hijo del abogado de aquella real Audiencia, Don Pedro Crisólogo Fabié, y de Doña Brígida de Jesús; terminados sus estudios en su tierra natal, fué enviado á México en compañía de su primo Carlos Fabié, un año mayor que Ramón, á hacer sus estudios en el Colegio de Minería, en virtud de la facultad dada á los nativos de Filipinas en la Real Orden de 15 de Noviembre de 1788. En 1802 empezaron ambos jóvenes sus estudios, y Don Ramón demostró algún aprovechamiento, pues en 17 de Octubre de 1806 sostuvo acto público de Química y Docimasia y al año siguiente, en 24 del mismo Octubre, sostuvo otro de Orictocnosia y Geognosia y labores de Minas, asignaciones de las que era Profesor Don Andrés del Río. Fué enviado á Guanajuato en unión de su primo, para hacer su práctica, y á los dos años, el 10 de Marzo de 1910, se presentó á examen pero el Jurado resolvió que siguiera practicando, por lo que volvió al mineral pocos meses antes de que estallase la revolución de Dolores.

Fabié tomó parte en ella á la entrada de los insurgentes, y recibió el grado de Teniente Coronel del Regimiento de Valenciana, del que era Coronel Chovell; bajo la dirección de éste y de Dávalos tomó parte en la fortificación de la ciudad, en la fundición de cañones y en la apertura de barrenos en Marfil. Ocupada la ciudad, permaneció en su casa, de la que fué sacado la tarde del 25 de Noviembre, y tres días después se le ahorcó, en compañía de Chovell, frente al edificio de Granaditas. Ya hemos dado nuestra opinión sobre estas ejecuciones sin juicio previo ordenadas por Calleja no en el primer momento de arrebato, sino á sangre fría y después de haber pasado varios días de la ocupación de la ciudad. Ignoramos la suerte que Don Carlos Fabié correría, pues los anales de la Escuela de Minas no vuelven á ocuparse de él, y ni siquiera dicen si llegó ó no á examinarse; es probable que sí lo hiciera y que permaneciese en la capital mientras su pariente iba á continuar su práctica; tal vez algún tiempo después regresó á su patria.

D. VICENTE VALENCIA.

También este insurgente salió de las aulas del Colegio de Minería. Descendiente de una familia de mineros de Tlalpujahua, nació Don Vicente el año de 1776, del matrimonio de Don Bonifacio Valencia y de Doña María Encarnación Villamar. Admitido en el Colegio de Minas durante el año de 1793, empezó sus estudios, y fué compañero de Jiménez y de Chovell. Hizo con aprovechamiento sus estudios, como lo demuestran los diversos actos que sostuvo en diversas materias; en 1798 acreditó sus conocimientos en Metalurgia y después de haber sufrido un examen general fué enviado á Zacatecas para que hiciese la práctica de minas.

Estando allí hizo, por orden del Tribunal de Minería, una Memoria sobre el Mineral de San José del Yermo, por la que se le dieron las gracias y poco tiempo después recibió del mismo Tribunal el encargo de hacer la descripción geognóstica del mineral de Zacatecas y de levantar los planes de él, tarea en la que fué ayudado por los alumnos Felipe Rodríguez y Manuel Tejada. Regresó de Zacatecas á fines de 1800, y á los pocos días, el 25 de Enero de 1801, sufrió su examen profesional, en el que fué aprobado por unanimidad.

Regresó á Zacatecas, donde se le proporcionó un buen empleo en las minas y se encontraba allí cuando estalló la revolución de Independencia; al principio no tomó parte en ella, pero cuando en Febrero de 1811

llegaron á la ciudad Allende, Hidalgo, Aldama y demás jefes, derrotados en Calderón, Valencia, que ya había sido solicitado por su compañero Jiménez para que siguiese las banderas de la insurrección, siguió á los caudillos con el carácter de Director de ingenieros. Ni tiempo tuvo de aplicar sus conocimientos, pues en ese vije no hubo combates, así es que no cometió ningún acto de hostilidad contra los españoles. No le valió, sin embargo, esta circunstancia, cuando después de haber sido hecho prisionero en Baján, se le formó proceso en Chihuahua, y el Juez Ruiz de Bustamante condenó á Valencia á muerte, sin razón ni justicia de ninguna clase, y por el sólo hecho de haber sido aprehendido en compañía de los Generales. El 27 de Junio de 1811 fué fusilado en Chihuahua, en unión de Solís, Intendente del ejército, del Ministro Chico y del Brigadier Onofre Gómez Portugal; un día antes había sido ejecutado su compañero y amigo Jiménez.

El célebre Profesor de Minería Don Andrés del Río, dedicó á Valencia una nueva especie mineral, formada por el manganato doble de cobre y zinc con algún cloro, y la designó con el nombre de "Valencia" ó "Valencita;" y refiriéndose á un descubrimiento hecho por el minero insurgente dice: "Sin lógica descubrió Valencia el ahorro del consumido (que aunque no sirviera más que para los metales dóciles, siempre era una ventaja y acaso un paso para beneficiar los rebeldes), de un modo tan sencillo, que me escribió que "temía se lo cogiesen los operarios; y como se iba el correo, me ofreció comunicármelo en el siguiente; pero al siguiente correo ya estaba fusilado, por indicios de insurgente." En otro lugar dice á propósito de ese mismo descubrimiento: "Yo llamaré á este fócil "Valencia" ó "Valencite," dedicándolo al insigne colegial de Minería, cuyas obras en Valenciana perpetuarán su memoria, y que llevó consigo al sepulcro al descubrimiento del ahorro del consumido treinta y cinco años hace; es decir, en un tiempo en que la química no pudo prestarle los auxilios que el día de hoy, y así fué más que doble su mérito."

JOSE ANTONIO TORRES.

Entre la gente acomodada del campo, la idea de la Independencia halló tan buena acogida, que numerosos fueron los individuos de esa clase que dejando sus bienes, sus intereses y su tranquilidad, se lanzaron á la revolución, donde la mayor parte de ellos encontraron la muerte. De esa clase salieron los Bravo, los Galeana, Trujano, Ayala, Aranda, López, Guerrero, Moreno, los Ortiz, los Villagrán y otros muchos que prestaron importantes servicios á la causa de la Patria y dieron mucho qué hacer á las autoridades y á los ejércitos realistas. De todos los de la primera época el más notable fué el famoso caudillo guanajuatense Don José Antonio Torres.

Era nativo de San Pedro Piedra Gorda, donde vió la luz por los años de 1755 á 1760, y desde niño se dedicó á las labores del campo y á la arriería; por causa de esta última ocupación recorrió una buena parte de las provincias de Guanajuato, Querétaro, Zacatecas, Michoacán y Nueva Galicia, durante algunos años, y al fin se estableció en el pueblo de su nacimiento, donde adquirió algunas tierras y donde residía su familia. Al tener noticia de la revolución de Dolores, se dirigió á Guanajuato, donde ya se encontraba Hidalgo, para pedirle que le facilitase recursos con qué apoderarse de Guadalajara; el caudillo le extendió el nombramiento de Coronel y puso á su disposición algunos centenares de hom-

bres, que fueron el núcleo del ejército que después formó Torres.

Como el Lic. Pérez Marañón se enterase del nuevo nombramiento, se lo reprochó á Hidalgo, diciéndole que no era decoroso confiar una empresa semejante á un desconocido, y que la expedición se debía confiar á una persona de reputación y de capacidad. Hidalgo fingió quedar convencido y manifestó á Marañón que iba á recoger á Torres el despacho que le había expedido para dar la comisión al mismo abogado; éste se excusó inmediatamente con insistencia y alegando diversos pretextos; el caudillo, entonces, dejó de insistir, diciendo: "Hallándome tan comprometido y con mi vida en peligro, me veo en la necesidad de valerme de todos los que se presenten á ayudarme, sean los que fueren, pues éstos son los que me importan y no los que me censuran."

Torres se dirigió á su pueblo natal y empezó á reclutar gente; dió el mando de una pequeña partida á su hijo llamado también José Antonio, y él se dirigió en busca de la gente levantisca que conocía en las dos orillas del Lerma; en el espacio de pocos días se levantaron Toribio Huidobro, Onofre Gómez Portugal, Alatorre, Godínez y otros cabecillas que extendieron la insurrección por toda la Nueva Galicia; dándoles el encargo de que insurreccionasen el Sur de la provincia, él se dirigió resueltamente sobre la capital. El Intendente Abarca en vano trató de defenderse y de levantar tropas; el ejército que mandó por el rumbo del Oriente consiguió llegar hasta la Barca, pero encontrándose allí con las partidas mencionadas, el oidor Recacho, que mandaba las tropas realistas, retrocedió, recurriendo al arbitrio de obligar al Cura á que llevase descubierto el Santísimo; los insurgentes no se atrevieron á atacarlo y de tan extraña manera regresó el ejército á Guadalajara, donde fué recibido como vencedor.

La otra división realista enviada al rumbo de Zacoalco sufrió distinta suerte; fué puesta á las órdenes de Don Tomás Ignacio Villaseñor, rico mayorazgo de Huejotitlán, que nunca había sido militar. Formaban parte de ella unos cuantos soldados

de seguridad pública, muchos comerciantes, españoles los más, y numerosos rancheros á caballo, armados de lanzas y garrochas; los españoles iban sumamente disgustados porque los mandaba un criollo y estaban resueltos á deshacerse de él á la primera oportunidad. Cerca de Zacoalco, al pie del cerro del Tecolote, acampó el ejército realista el 3 de Noviembre, y pasó todo el día en confesarse con tres sacerdotes llegados exprofeso; al día siguiente se avistaron los dos ejércitos en las Playas y en el momento que se rompió el fuego, el español Don Pascual Rubio disparó á quema-ropa sobre Villaseñor, pero la bala se aplastó en la teja de la silla del caballo; avanzó Villaseñor sobre el enemigo, pero al mismo tiempo se oyeron en las filas realistas los gritos de "¡Viva la América! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!" y la caballería entera se pasó á las filas independientes; los realistas se sintieron presa de pánico al verse rodeados y Villaseñor fué hábilmente lazado y se vió arrastrado; multitud de lanzas lo iban á atravesar cuando un jefe insurgente se interpuso y consiguió salvarle la vida; llevado á presencia de Torres, éste lo trató con consideración.

Bustamante ha dicho que el "amo Torres," como se le decía al caudillo independiente, intimó á Villaseñor para que dejase las armas y que éste contestó indignado que si caía en su poder lo haría ahorcar. Las memorias de la familia que nos han servido para hacer el relato del combate de una manera muy distinta de como lo han hecho hasta hoy los historiadores, nada dicen de ese incidente; sin embargo, nada tiene de particular que ocurriera, dado el carácter altivo de Villaseñor, demostrado durante las varias veces que fué Alcalde; en cuanto á la conducta de Torres, tampoco aparecerá extraordinaria si se tiene en cuenta que había sido empleado en las haciendas del Mayorazgo Don Tomás Ignacio, y sabía bien que éste, aunque altivo, era justificado. Mayores motivos de resentimiento contra Villaseñor tenía el tristemente célebre Marroquín, que fué aprehendido personalmente por aquél y que estuvo á punto de ser ahor-

cado, y sin embargo, cuando ya estaba libre y hecho Capitán por Hidalgo, se presentó en la casa de su aprehensor para darle las gracias por los favores que sin faltar á sus deberes, le había hecho en su prisión. El Mayorazgo quedó en libertad cuando fué, con el carácter de comisionado su tío, Don Rafael Villaseñor, que también había sido amo del "amo Torres."

La ocupación de Guadalajara fué la consecuencia inmediata de la acción de Zacoalco y se llevó á cabo con todo orden el 11 de Noviembre; Gómez Portugal, Godínez y demás jefes, se manifestaron conformes con las racionales proposiciones del vencedor y Huidobro y el Lic. Avendaño fueron enviados á Guanajuato para llamar á Allende; otros comisionados fueron enviados á Hidalgo con el mismo objeto, y por último el Cura Mercado recibió el encargo de apoderarse de Tepic; Colima había sido ocupada por el joven José Antonio Torres. Con esos actos quedaba ocupada toda la Nueva Galicia y el Occidente y Sur de Michoacán, que por confinar con la Tierra Caliente, en realidad ya no volvió á ser recuperado por los realistas.

Hidalgo y Allende llegaron sucesivamente á Guadalajara y recibieron el mando supremo con aplauso de Torres; éste se ocupó en disciplinar su ejército y en aumentarlo; asistió al combate de Calderón y cuando se declaró la derrota quiso poner en salvo las cargas enviándolas á Piedra Gorda, operación á la que se opuso Anzorena, que hizo que siguiesen á Zacatecas; siguió Torres á los caudillos y en Saltillo se convino que continuase en el ejército de Rayón en calidad de segundo. Cuando se supo la prisión de los Generales, Torres propuso que el ejército fuese á libertarlos, pero el Mariscal Anaya y el mismo Rayón se opusieron, alegando que podía desaparecer el último ejército insurgente y que era necesario conservarlo para que no muriese la idea de la Independencia.

Emprendida la retirada fué asaltada la vanguardia de los independientes, mandada por el amo Torres, por las tropas de Ochoa

en el puerto de Piñones, y aunque el General insurgente se batió con valentía, fué desalojado y sólo consiguió tomar la ofensiva cuando lo auxilió Don José María Rayón, y la batalla se hizo general. Derrotado Ochoa, el ejército continuó su marcha, que llegó á ser penosa, por haberse roto durante la batalla los odres llenos de agua que llevaba el ejército. En el rancho de las Animas, cuando la oficialidad quería indultarse, Torres ayudó á Rayón á disuadirla, y en San Eustaquio fué el caudillo guanajuatense el que dirigió la acción que salvó al ejército. Frente á Zacatecas libró á Anaya y á Rosales de una derrota segura y se situó en observación de Zambrano, que ocupaba el campo del Grillo, la falta de artillería le impedía atacarlo, pero como estuviese escaso de víveres los pidió á Rayón; éste, que no los tenía en abundancia, le contestó que los tomase del enemigo; Torres se decidió á atacar entonces á Zambrano, como lo verificó la noche del 14 de Abril, y de tal manera arregló el ataque, que la sorpresa fué completa y el jefe realista perdió víveres, armamento, cañones, quinientas barras de plata y todo su ejército. Al día siguiente entró Rayón á Zacatecas.

Asistió Torres á la desgraciada acción del Maguey, y después de ella se separó para ir á expedicionar por su cuenta á la Nueva Galicia, que conocía perfectamente, y se situó en la Piedad. El Capitán Viña, y Negrete, subalterno del General Cruz, se pusieron de acuerdo para perseguir al insurgente, que ya en terreno conocido podía hacerles mucho daño, y cortándole el camino de la Barca lo obligaron á que se retirase á Tacámbaro. En el escabroso territorio de Michoacán habían ido refugiándose numerosos jefes insurgentes que unidos bajo la autoridad de Rayón emprendieron un ataque sobre la ciudad de Valladolid; á duras penas fué rechazado por Trujillo el 2 de Junio, pero la ciudad quedó como sitiada hasta fines de ese mes, que llegó la división realista de Linares; Torres, que mandaba en jefe, resistió el ataque principal y recibió un balazo en un brazo, por

lo que quedó manco. Se retiró á Zamora y á Pátzcuaro con cuatrocientos hombres y se unió á Muñoz y al padre Navarrete; con ellos volvió nuevamente sobre Valladolid el 22 de Julio, mas no habiendo podido ser tomada la ciudad, regresó á Uruápan.

Fué llamado á formar parte de la Junta de Zitácuaro, pero no pudiendo asistir personalmente, dió su representación á Don Remigio Yarza, y él continuó en el terreno donde expedicionaba y en el que sostuvo varias acciones contra Castillo Bustamante y contra Don Pedro Celestino Negrete. Frecuentes fueron los encuentros que tuvo con las tropas del último, sobre todo en el resto del año de 1811 y en todo el de 1812; sin embargo, á pesar de su valor y de su constancia, pocos triunfos obtuvo y la más notable de las derrotas que sufrió fué la de Tlazazalca, en Noviembre de 1812. perdiendo doce cañones que acababa de fundir, todos sus pertrechos y mucha gente, salvándose él casi sólo. La muerte de casi todos sus compañeros de armas hacía más difícil su situación, pues la atención de los jefes realistas de la región se concentraba en él, por ser el más antiguo de todos y el de mayor prestigio.

A raíz de la derrota de Tlazazalca, el Comandante Arango emprendió una activa persecución contra Torres, obligándolo á huir continuamente; no obstante, consiguió reunir alguna gente, que fué derrotada en Paracho en Marzo de 1813, acción en la que Torres perdió su equipaje, y pocos días después, el 4 de Abril, cayó en manos de la guerrilla de López Merino. "De la gente que acompañaba á Torres, que ascendía á cuatrocientos hombres, los unos murieron al filo de la espada, y los restantes quemados, por haber mandado Merino pegar fuego á unas trojes en que se refugiaron. Sólo se salvó Torres por haber dado el Comandante orden á la tropa de no matarlo para presentarlo vivo á Negrete, quien lo reservó también para mandarlo á Cruz á Guadalajara"

La suerte de Torres no era dudosa dados los sentimientos de los jefes en cuyo poder había caído; entró á Guadalajara con la ca-

beza erguida, según prometió, para evitar que se le pusiese una argolla, y se le formó proceso por el Canónigo Velasco, que había sido su partidario. Sentenciado á la horca y al descuartizamiento, toda la Guarnición de la ciudad fué llevada á presenciar la ejecución el 23 de Mayo; y la horca en que se le colgó fué de dos cuerpos, para que se le viese bien de todas partes. La cabeza de Torres fué cortada y colocada en un alto palo, y su cuerpo descuartizado, remitiéndose el brazo derecho á Zacoalco, el izquierdo á la garita de Mexicalcingo, y las piernas una á la de Carmen y otra á la garita de San Pedro. A los cuarenta días de exhibición esos sangrientos despojos fueron quemados. La casa del ajusticiado en San Pedro Piedra Gorda fué arrasada; en el solar se sembró sal y en el centro de él se puso un padrón de ignominia.

Así acabó el "amo Torres," cuyas hazañas igualaron á las de los primeros caudillos, por la rapidez con que conquistó toda la costa occidental, desde los confines de Michoacán hasta Sonora, apoderándose de la rica Nueva Galicia y otras provincias. El Gobierno español le concedía gran importancia y lo ponía al lado de Morelos y de Rayón; destinó la división íntegra de Negrete á perseguirlo, y la publicidad que procuró dar á la noticia de su captura y de su ejecución, demuestran la satisfacción tan grande que experimentó con la muerte de su enemigo. La ejecución de Torres decidió al Mayorazgo Villaseñor á dejar sus bienes y el mundo, haciéndose lego de la religión de San Juan de Dios.

Zacoalco de Torres se llama hoy la población donde alcanzó su primer triunfo, pero fuera de esa remembranza, ninguna especial le ha dedicado Guanajuato, no obstante que desde hace muchos años debería poseer Piedra Gorda un grandioso monumento digno del Mariscal Torres y de sus hazañas.

DON JULIAN VILLAGRAN

El número de los hombres de campo que se lanzaron á la revolución, según vamos teniendo ocasión de ver, fué considerable y contribuyó á que ésta se difundiese por todas las provincias del Virreynato á donde no podían llegar los grandes ejércitos que en los primeros meses se formaron.

Don Julián Villagrán fué uno de esos labradores, y por su alzamiento se enlazó la insurreción del centro del país con la de la Huaxteca y la de la provincia del Nuevo Santander y Veracruz en su región Norte. La familia Villagrán no tenía arraigo en Huichápan: el padre de Don Julián había llegado hacía muchos años, no se sabía de dónde y en unión de un hermano suyo se había radicado allí y contraído matrimonio; tuvo varios hijos, uno de los cuales fué Don Julián, nacido á mediados del siglo XVIII; su profesión de arriero en una comarca tan céntrica y bien situada, le produjo algunos bienes de fortuna que le hubieran proporcionado una vejez tranquila si su natural inquieto no lo hubiese inclinado á la revuelta; su carácter era duro y nada de morigeradas sus costumbres.

En la organización militar dada á la Colonia algunos años antes, se crearon numerosos batallones provinciales con el nombre de la población donde residía la matriz, y se les dió por jefes á los individuos más conocidos ó más competentes de la localidad; Villagrán era Capitán del Regimiento

de Tula, y su Compañía residía en Huichápan. La cercanía de Querétaro, foco de una vasta conspiración militar, y la amistad de Villagrán con Don Miguel Sánchez, que se contaba entre los conspiradores, son indicios para creer que el ex-arriero tenía conocimiento del complot y estaba dispuesto á secundarlo. Sea como fuere, el hecho es que apenas daño el grito de Dolores, Villagrán se pronunció interceptando el camino de Querétaro y haciendo prisionero al oidor Collado, que regresaba á México después de haber formado causa á los conspiradores; el preso se comprometió á dar libertad á éstos, como lo hizo, y la causa fué destruida por el guerrillero, que dejó seguir su camino al oidor.

En seguida se apoderaron Sánchez y Villagrán de San Juan del Río, interrumpiendo las comunicaciones y obligando al Virrey á enviar violentamente al Conde de la Cadena para restablecerlas; los insurgentes se retiraron á las montañas hasta fines de Octubre, que sabiendo que la ciudad de Querétaro estaba sin guarnición, la atacaron infructuosamente y tuvieron que retirarse ante la aproximación de Calleja. Por esos días Villagrán, que dió muerte á Sánchez, quedó como único jefe en la comarca, y empezó á cometer excesos de todas clases; en cuanto á sus operaciones, las limitó á cortar las comunicaciones de los ejércitos realistas, y entonces tuvo oportunidad, según Bustamante, de apoderarse de un convoy y de las cartas que el Alférez real de Guanajuato, Pérez Marañón, enviaba á Venegas, dándole cuenta de las defensas de la ciudad. El militar Don José de la Cruz, llevando á Trujillo, recibió orden de expeditar esas comunicaciones, y el 16 de Noviembre salió á expedicionar por la serranía de Ixmiquilpan; su imprudente conducta con el Cura Correa, de Nopala, fué causa de que este sacerdote se declarase insurgente. En vano recorrió la comarca quemando caseríos y haciendo ejecuciones; no pudo alcanzar á Villagrán y hubo de desistir de perseguirlo, después de un mes de expedicionar continuamente.

A la retirada de Cruz, quedaron encarga-

dos de combatir á Villagrán los militares Castro y Calafat; el primero consiguió algunas ventajas y llegó á derrotarlo en la Hacienda de San Francisco el 8 de Abril de 1811, pero ni aun pudo quitarle el tabaco del Rey de que el insurgente se había apoderado, y todas esas ventajas siempre eran contrabalanceadas por la continua movilidad del guerrillero, que conseguía en la Sierra hacerse de más gente y de nuevos recursos. Si hubiera sido siquera subordinado, algo de más provecho hubiera podido haber hecho, pero no quería reconocer superior alguno, y por esta razón se negó á obedecer á la Junta de Zitácuaro y al Cura Correa, que se presentó con el título y grado de Brigadier, lo obedeceía cuando le convenía; algunas veces se unía Villagrán con las partidas de Anaya y de otros para atacar los convoyes, como lo hizo con el que llevaba el Teniente Coronel Andrade en Noviembre del mismo año, pero pronto volvía á quedar sólo para hacer más á su gusto sus correrías.

Unido Don Julián á las partidas de su hijo y del Cura Correa, consiguió apoderarse del real de Zimapán, que le dió bastantes recursos, y en poco estuvo que se hiciese dueño de Ixmiquilpan; poco tiempo después de esta expedición emprendió otra sobre Tulancingo (Mayo de 1812), unido á diversos jefes, algunos de ellos llegados de los Llanos de Apam; no consiguió su objeto y tuvo que retirarse con bastantes pérdidas. Don Ignacio Rayón, después de haber sido derortado en Zitácuaro buscaba algún lugar donde hacerse fuerte y seguía con la pretensión de que su autoridad fuese reconocida por todos los jefes insurgentes; para conseguir ambos objetos emprendió un viaje desde Tlalpujahua, pasando por las haciendas de Solís y otras que se administraban bajo sus órdenes como confiscadas á sus dueños, que eran europeos; llegó á Huichápan el 13 de Septiembre y fué muy bien recibido por el pueblo; celebróse con la pompa posible el segundo aniversario del grito de Dolores, cantándose un Te Deum y pasándose revista á las tropas, etc. Don Juliá Villagrán, para no verse en compro-

misos y no obstante que tenía el nombramiento de Teniente general expedido por Rayón, no esperó á éste, sino que se fué á Zimapán, dejando á su hijo Francisco para que cumplimentase el General insurgente.

Rayón creyó que podía contar con los Villagrán y en consecuencia dispuso el asalto de Ixmiquilpan, (15 de Octubre), pueblo que hubiera tomado si Francisco hubiese concurrido á tiempo cuando los defensores estaban reducidos á la extremidad; pero éste no sólo se negó á auxiliar á Rayón, sino que trató de hacerlo prisionero después de la retirada, por lo que tuvo que huir de la comarca en compañía del Cura Correa. Don Julián, no obstante que aprobó la conducta de su hijo, trató de disculparse con Rayón diciéndole que su conducta posterior lo acreditaría y lo haría merecedor del perdón. El caudillo insurgente tuvo que conformarse con estas explicaciones y se limitó á acusar á sus enemigos ante Morelos, el que le aconsejó que por entonces los dejase en paz.

Don Julián, que había escogido como punto favorito la serranía de Zimapán,, se hacía llamar, según afirma Calleja, "Julián I, Emperador de la Huaxteca," y aun se dice que hizo acuñar moneda con ese título; era el cacique absoluto de la región y no obedecía ni á Rayón, ni á Morelos, ni á nadie. Sería tarea larga referir las expediciones que realizó en el largo espacio de tiempo comprendido entre Noviembre de 1810 y Mayo de 1813, que cayó prisionero.

En ese mes se formó una división en Tula dedicada á combatir á los Villagrán, que tantos perjuicios causaban al comercio impidiendo el libre paso al Interior; por una parte el Coronel Ordóñez se encargó de hacer pasar un gran convoy, y por otra el Teniente Coronel Monsalve se situó en Ixmiquilpan, Tolimán, Tlahuelilpam y otros puntos, para impedir la entrada de la Sierra, y una vez hecho esto, se emprendió el asalto de Huichápan, que cayó en poder de los realistas. Chito Villagrán fué hecho prisionero á pesar de su estratagema de regar de onzas de oro el camino por donde huía; para obli-

gar á Don Julián á rendirse, se le hizo saber que si se presentaba con su gente, él y su hijo serían indultados y conservarían la vida; Villagrán se negó á aceptar estas condiciones y Chito fué fusilado. Esta acción fué calificada de bárbara por los españoles y de heróica por los insurgentes; los primeros lo llamaron mónstruo y los segundos lo compararon con Guzmán el Bueno; en cuanto á la familia de Villagrán, se expresa de ella de esta manera: "Don Julián ya estaba cansado de las atrocidades que cometía su hijo, al que jamás pudo reducir; además, nunca creyó que fuese sincera la oferta de los españoles, de quienes sabía que no cumplían sus promesas."

Libres las tropas de la comarca de un enemigo, se unieron todas contra el otro, al que persiguieron activamente; tomaron las fortificaciones de los Algibes, ocuparon Zimapán y atacaron el campamento de San Juan; sin embargo, no hubieran conseguido más que hacer una expedición más, si los Tenientes de Villagrán, Antonio Trejo, Casimiro Gómez y otros, no hubiesen defeccionado y acogídose al indulto; el último de ellos, Felipe Maya, avisó á Casasola cuál era el retiro de Don Julián: la hacienda de San Juan Amaxac. En la noche del 13 de Junio se presentó el realista Casasola en la hacienda, y aunque hasta las mujeres de la familia Villagrán empuñaron las armas y quisieron defenderse, diciendo á Don Julián que preferían morir, aquél no quiso ya hacer resistencia y se entregó con treinta y seis personas que lo acompañaban, á Don Rufo Palacios, que fué el que personalmente hizo la aprehensión. Habiendo preguntado Casasola lo que debía hacer con los presos, Calleja le contestó que los fusilase, y á consecuencia de esta orden fueron pasados por las armas Villagrán y veintidós insurgentes, el 21 de Junio de 1813.

Los realistas se apoderaron no sólo de los bienes de que se había adueñado el cacique del Mezquital, como se le llamaba, sino también de los que tenía antes de la revolución, y que eran considerables. La comarca quedó libre del azote de la guerra, pudiendo desde entonces pasar con seguridad los

convoyes del interior y la división encargada de combatir á Villagrán fué á reforzar á las que operaban contra Morelos, el que, aunque era de opinión de que se debía exterminar á Don Julián, comprendía que le servía mucho para entretener á buen número de tropas realistas.

Villagrán dejó numerosa descendencia, y el más pequeño de sus hijos, que tendría unos doce años, desapareció del país; con el tiempo se supo que un español lo había tomado bajo su protección y llevádolo á los Estados Unidos, donde se casó y tuvo familia; sus dos hijos, que eran ciudadanos angloamericanos, vinieron al país en calidad de voluntarios en el ejército invasor de 1847 y traían el objeto de reclamar la parte de herencia que les correspondiese de su abuelo, para lo cual venían provistos de todos los necesarios documentos de identificación; como á pesar de las conferencias que tuvieron con sus primos de aquí no consiguieron nada, se dirigieron al General en jefe, Butler, que los envió con el General Lane, el cual les dió un destacamento y los dejó invadir la Huaxteca, aunque ya había sido firmado el Tratado de Paz de seguir al guerrillero Jarauta. Llegaron á Guadalupe Hidalgo, con el pretexto de per- Zacualtipán en la noche del 25 de Febrero de 1848, y entraron á saco la población y tenían el proyecto de seguir adelante, pero las reclamaciones que hubo hicieron que no siguiesen adelante y se retirasen á su cuartel. Ante la Comisión Mixta reclamaron en vano por los daños causados, los habitantes y autoridades de Zacualtipán.

El Estado de Hidalgo hizo colocar la estatua de Villagrán en el Paseo de la Reforma, y fué descubierta el 16 de Septiembre de 1890.

FRANCISCO VILLAGRAN.

Fué hijo del anterior y no lo llevó á la revolución un sentimiento noble como á muchos otros, sino el deseo de evitar caer en manos de la justicia, la que lo buscaba para castigarlo por el asesinato de un individuo de apellido Chávez, al que había dado muerte cuando éste lo hospedaba en su casa. Era más conocido con el sobrenombre de "Chito."

Tomó las armas contra el Gobierno español en los primeros días de la revolución, y ya sólo, ya unido con su padre, Anaya, Correa y otros, emprendió una larga serie de operaciones felices unas y desgraciadas las otras, pero que dieron por resultado hacer irregulares las comunicacones entre México y el Interior y ocupar una división entera, española, dedicada á perseguirlo; escapó á la persecución de Cruz refugiándose en la Sierra y ocupó con su padre á San Juan del Río, de donde fué obligado á retirarse; hizo extensivas sus correrías hasta la Sierra de Querétaro y los límites de San Luis Potosí, y hubo una época en que su autoridad, como la de su padre, no tuvo límite. Los combates que sostuvo con el Mayor Calafat fueron numerosos y grande el número de convoyes de que se apoderó.

El primer combate formal que sostuvo fué el 3 de Mayo de 1811, en el cerro de la Magdalena; unido á Don Mariano Aldama resistió algún tiempo los ataques de Castro y Alonso, pero al fin se vió obligado

á retirarse perdiendo dos cañones y dejando desamaparada á Cadereita, que fué ocupada por los realistas. A mediados de ese mismo año de 1811, en que la revolución adquirió gran prestigio con los triunfos de Morelos, Rayón y Muñiz, "Chito" se apoderó de Huichápan, donde resolvió establecerse, para lo cual hizo fortificar la población. La Junta de Zitácuaro le expidió el nombramiento de Mariscal de campo, creyendo así halagarlo y sugetarlo, pero se equivocó, porque Villagrán nunca reconoció autoridad alguna.

En Noviembre estuvo á punto de apoderarse en Calpulálpam del Obispo de Guadalajara, que regresaba á su Diócesis, y durante el resto de ese año, así como en el principio del siguiente, no tuvo enemigo qué combatir por estar ocupados los realistas en la campaña contra Morelos y en el sitio de Cuautla. Esa impunidad lo animó á contribuir al ataque de Tulancingo, que no dió resultado, y á batir á Llorente en Atotonilco, el que al fin tuvo que retirarse.

La toma de Zitácuaro y el fin del sitio de Cuautla, permitieron al Virrey disponer de fuerzas para acabar con los pequeños caudillos que tanto daño le causaban; una de ellas la puso á las órdenes de Monsalve, que á pesar de la correría victoriosa que acababa de hacer no se atrevió á atacar á Huichápam, donde lo esperaba Villagrán; desaprovechó en cambio la oportunidad que se le presentó de apoderarse del gran convoy que conducía el Coronel García Conde. En Septiembre de 181? recibió en aquella población á Don Ignacio Rayón, que fué con el objeto de cerciorarse personalmente de la conducta de los Villagrán y de convencerse hasta dónde podía fiar de ellos, pues aunque "Chito" le dió su ejército para que asaltase Ixmiquilpan en unión del Cura Correa y de otros, en el momento del asalto y cuando ya nada más se esperaba el refuerzo de Villagrán para tomar el pueblo, aquél se negó á enviarlo y los insurgentes casi vencedores, tuvieron que retirarse. Rayón quiso castigar á Chito, pero éste se le enfrentó y trató de hacerlo prisionero, por

lo que hubo una refriega en la que el segundo llevó la peor parte y tuvo que salir de Huichápan; comprendiendo el segundo que no podría sostenerse allí, tomó el rumbo de Tlalpujahua; Correa lo siguió y los Villagrán siguieron imperando, sin contradicción, en el territorio, que dominaban. Días después el Secretario de Rayón estuvo á punto de perecer á manos de "Chito," y aunque Don Julián trató de satisfacer á Rayón, no se sabe que castigase á su hijo ó que al menos le hiciese algún extrañamiento por su conducta.

El ataque del gran convoy que en Mayo de 1813 llevaba Ordóñez, fué la causa de la muerte del guerrillero insurgente. Destacado por el flanco derecho Monsalve, se dirigió esta vez resueltamente sobre Huichápan, llevando más de tres mil hombres; intimó rendición, pero se le contestó con cañonazos, y entonces empezaron los realistas á horadar las casas; los insurgentes fueron sucesivamente desalojados y aunque se defendieron durante veintiocho horas en las bóvedas de la Parroquia y en el Fortín del Calvario, hubieron de rendirse; Francisco Villagrán huyó á caballo, pero fué alcanzado. El pueblo fué saqueado, numerosos prisioneros fusilados y "Chito" sufrió igual suerte once días después de la acción, el 14 de Mayo de 1813.

Con este fusilamiento y el de Don Julián, la comarca quedó pacificada, el Cura Correa solicitó el indulto y muchos cabecillas hicieron lo mismo. Aunque "Chito" fuese responsable de muchos delitos, hay que confesar que su odio á los españoles se explicaba, pues éstos habían cometido varias atrocidades con la familia Villagrán.

DON MANUEL MUÑIZ.

Fué éste uno de los pocos individuos que habiendo tomado parte en la insurrección desde el principio, no pereció en los primeros meses de ella como tantos otros, sino que vivió bastante tiempo y acaso pudo ver el fin de la guerra y la aurora de la Independencia.

Era originario de la provincia de Michoacán y siguió la carrera de las armas, llegando á ser Capitán del Regimiento provincial de Valladolid, con el que indudablemente estuvo en el Cantón militar de Jalapa, donde conoció á Michelena, Allende, etc. Vuelto á Valladolid á la disolución del Cantón, quedó allí con su Batallón, alojado en el cuartel de las Animas; tomó parte en la conspiración de 1809, de aquella ciudad, pero no parece que sufriera ningún castigo cuando aquélla fué descubierta, pues continuó al frente de su Batallón é indudablemente siguió en correspondencia con los conspiradores de Querétaro.

Dado el grito de Dolores y llegado á Valladolid el ejército de Hidalgo, Muñiz se unió á él con el grado superior de General en el ejército, y permaneció en la ciudad cuando aquél avanzó sobre México; después del desastre de Aculco, que llevó á Hidalgo á la misma población, Muñiz trató de reunir un nuevo ejército, y según se afirma, fué el primero que se encargó de conducir á los españoles presos á los cerros del Molcajete y de las Bateas, donde eran eje-

cutados, comisión repugnante en la que tuvo por compañero al P. Luciano Navarrete. Con los siete mil hombres que se habían reunido allí acompañó á Guadalajara á Hidalgo, pues era el único militar con quien éste contaba en aquellos momentos.

Asistió á la batalla de Calderón mandando la gente de Michoacán, y después de aquella batalla se separó de Hidalgo y de los demás jefes, dando como razón de su conducta la de que prefería quedarse expedicionando por las regiones que conocía; trató de establecerse en Tacámbaro, pero fué obligado á salir de allí por el Comandante Don Felipe Robledo, que lo atacó y derrotó el 14 de Febrero de 1811, ni un mes después de la acción del puente de Calderón. Se refugió en la Tierra Caliente, donde formó un nuevo ejército, pues por aquellos días todavía había entusiasmo entre los indígenas por la Independencia. La llegada del Mariscal José Antonio Torres y de Rayón, no le causó ningún disgusto; y cuando ya se consideró con las fuerzas suficientes volvió á Tacámbaro, cuyo pueblo ocupó, y en seguida se dirigió al Noroeste de la provincia, recorriendo continuamente esa parte del territorio.

De acuerdo con Rayón y Torres, cuya superioridad reconocía, formó un ejército que excedía de veinte mil hombres con las partidas de Navarrete, Licéaga, Huidobro, Camargo y otros, y con ellos se dirigió en 2 de Junio sobre Valladolid, donde Don Torcuato Trujillo tenía pocas tropas. Torres, que atacó por el lado de la Loma de la Tinaja, obligó á los realistas á refugiarse en la plaza y el sitio se iba á formalizar cuando fué auxiliada oportunamente, y aunque Torres y Muñiz rechazaron el ataque de Santa María se vieron obligados á retirarse. El segundo tomó el camino de Tacámbaro, donde reorganizó su ejército, fundió cañones, se hizo de armas de bronce y en Julio siguiente volvió á intentar apoderarse de la ciudad, situándose en las lomas de Santa María. Intimó rendición á Trujillo y circunvaló el punto y empezó el ataque por varios puntos; estuvo á punto de hacerse dueño de Valladolid, pues había forzado la

entrada de todas las garitas, menos la de Santiago, y había rechazado á los realistas en todos los puntos; pero la división que en esos momentos se declaró entre Muñíz y Anaya por no haber querido el primero municionar al segundo para que siguiera el ataque y entrase el primero á la ciudad, hizo que todo el ejército sitiador se retirase. Pero Trujillo y la Guarnición estaban acobardados y para no esperar un segundo ataque, dada la cercanía de los insurgentes, determinó abandonar la ciudad, y lo hubiera hecho, á no haber llegado las tropas de Linares y de Castillo Bustamante en los primeros días de Agosto; Muñíz permaneció todavía un mes en sus oposiciones de Acuitzio, hasta que fué batido el 7 de Septiembre por Castillo.

Vuelto á su asilo de Tacámbaro, donde con el cobre de las cercanas minas fundió cañones, recibió de Morelos buen número de priosioneros que guardar. A los cuatro meses, en Enero de 1812, que ya se consideró fuerte, buscó la colaboración de Albino García, del P. Navarrete y de Piedra para intentar un tercer ataque sobre Valladolid; pero derrotado el primero en Tacámbaro, no pudo concurrir y Muñíz sufrió á su vez un fracaso en las lomas de Santa María y perdió sus cañones y casi todo su ejército. Tan completa fué su derrota que tardó un año en reponerse de ella, y durante ese tiempo se limitó á hacer pequeñas correrías por la Tierra Caliente; llamado por el Dr. Verduzco para atacar nuevamente Valladolid, acudió á las Juntas de Ario y á la revista que se pasó en Pátzcuaro, y llevó, en Enero de 1813, un gran tren de sitio y bastantes cañones, lo que de nada le sirvió, pues quedó en poder de Linares cuando hizo una salida; la culpa de la derrota se atribuye á la ignorancia en asuntos militares, del Dr. Verduzco.

Esa derrota por una parte, y por otra la mala fortuna con que caminaba Rayón, hicieron que la discordia estallase entre los insurgentes de Michoacán; Licéaga y Verduzco declararon traidor á Rayón y éste dió orden á Muñíz, á quien había nombrado Comandante general de la provincia, de que

aprehendiese á los rebeldes vocales de la Junta. Cos trató de avenir á todos, pero no pudo realizarlo, y esa desunión fué causa de la derrota de Rayón en Salvatierra, el 16 de Abril de 1813, que le causó Iturbide, pues Licéaga, que estaba inmediato, nada hizo para auxiliarlo. Pocos días después este último cayó en poder del guerrillero Cagigas, y sabedor de tal ocurrencia su enemigo, mandó que fuese entregado á Muñíz, quien lo llevó á Puruarán, donde en la apariencia se reconciliaron los dos enemigos. A la instalación del Congreso de Chilpancingo, verificado en Septiembre de ese mismo año, concurrió Muñíz y allí conoció á Morelos, que teniendo ya el proyecto de apoderarse de Valladolid, habló largamente con aquél sobre los medios de realizar sus designios.

En Noviembre se arregló esa expedición y con anticipación había recibido Muñíz órdenes para hacer los preparativos necesarios, proveerse de armas y reunir los diferentes destacamentos que andaban sueltos; en Tiripitío se incorporó con Arias, Vargas y otros al ejército del Sur, que sumaba un regular número de soldados. La desgracia, que empezaba á perseguir á Morelos, y la acumulación de fuerzas españolas en las cercanías de Valladolid, hecha por Calleja, hicieron que no fuese posible al mejor ejército insurgente que se se había formado en Nueva España, tomar en Diciembre de 1813 una ciudad que ni un año antes atacó Verduzco. Muñiz no se retiró á sus acantonamientos sino que asistió á la acción de Puruarán, que fué el complemento del desastre de Valladolid, y que lo ponía en peor condición que antes, pues con la ausencia de Morelos de Michoacán y con su derrota, el ejército realista de la provincia podía dedicarse con mayor actividad que antes á la persecución de los jefes insurgentes que quedaban en ella.

Algunos meses después de los sucesos anteriores, el Congreso de Chilpancingo dió el mando de la provincia citada al Dr. Cos, sin tener en cuenta los servicios de Muñíz ni el conocimiento que tenía del terreno; esta disposición causó profundo disgusto á

este jefe, lo que no procuró disimular, con lo que sólo se consiguió empeorar la causa de la Independencia. Sin embargo, no llegaron á hacer armas, y además, Cos, no se cuidaba de dar órdenes á quien sabía que no estaba dispuesto á obedecerlas; todo el año de 1814 pasó Muñíz en la inacción, y hasta que el Doctor no fué hecho prisionero por los mismos insurgentes y encerrado en los subterráenos del Atijo, fué cuando volvió á dar algunas muestras de actividad. Sin embargo, ya no hizo ninguna campaña activa como las anteriores, ya por la persecución de que era objeto, ya porque no podía reunir con la misma facilidad que antes, soldados para su ejército.

El Congreso de Chilpancingo, que se veía obligado á emigrar á Tehuacán, quiso dejar en Michoacán una Junta subalterna, que con la disolución de aquél quedó de única autoridad insurgente: á formar parte de ella fué llamado Muñíz, en compañía del Lic. Ayala y de Rojas, Pagola y Carvajal; la Junta se estableció en Taretan en Septiembre de 1815, y funcionó muy poco tiempo, pues el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, que acababa de llegar de los Estados Unidos, la disolvió sin causa fundada y únicamente por ser partidario de Rayón y llevó presos á Ario á los Vocales que la componían. Muñíz fué uno de los presos y los quinientos hombres que mandaba quedaron á las órdenes del padre Carvajal, Brigadier, que obedecía á Rayón, en Enero de 1816.

Varios jefes, disgustados de tal proceder, instalaron la Junta de Uruápan, que después se llamó de Jaujilla, en la que tomó parte Don Víctor Rosales, refugiado de Zacatecas; estalló la división entre Rosales y Muñiz, que á poco se vió libre, y esa rivalidad, originada por cuestiones de mando, dió fatales resultados é hizo que Muñíz no combatiese á los realistas durante todo el año de 1816; por fin abandonado por todos y lleno de odio contra su rival, pensó en indultarse, para lo que se presentó al Comandante Barragán en Pátzcuaro el 14 de Mayo de 1817. Rosales al tener noticia del indulto, se puso inmediatamente en persecución de Muñíz, pero éste pidió auxilio á

Barragán y ambos se pusieron en persecución del insurgente, que estaba en el monte de Tacámbaro; aprovechando Muñíz el conocimiento que tenía del terreno donde tan larga campaña había hecho, guió á los realistas, que acorralaron á Rosales en el monte de la Campana, inmediato á Ario. No obstante que hizo una bizarra defensa matando á varios dragones, cayó muerto.

Ambos se titulaban Comandantes ó Capitanes generales de la provincia y tenían grados superiores en el ejército insurgente; Muñíz mereció ser citado en el parte de Barragán en estos términos: "el indultado Don Manuel Muñíz hizo prodigios de valor, y lo mismo su asistente, que salió herido de gravedad."

Desde entonces no se vuelve á citar el nombre de Muñíz, no obstante que debe haber seguido prestando servicios á la causa realista; cuando Mina llegó al Bajío, Muñíz fué llamado á combatir, pero en lugar de obedecer se pasó á los insurgentes y después de haber seguido á aquel caudillo en el fuerte de los Remedios cayó prisionero cuando los sitiados intentaron salir el 2 de Enero de 1818. Ese mismo día fué fusilado Muñíz por orden de Liñán. Por decreto de 18 de Enero de 1862, un pueblo del Distrito de Tacámbaro se llamó "Turicato de Muñíz," en recuerdo de aquel jefe.

DON JOSÉ MARÍA MUÑÍZ, sobrino del anterior, también se declaró insurgente y acompañó á su tío desde el principio de la revolución, asistiendo en unión de él á varias acciones de guerra, y en Abril de 1811 recibió la Comisión de pasar á Jalisco para auxiliar á los que allí combatían; alcanzado por el realista Del Río, fué completamente derortado en Tomatlán el 6 de Junio, y obligado á incorporarse á la división de Don Manuel. La historia no vuelve á hacer mención de él, y parece que pereció en un encuentro que sus fuerzas tuvieron con las de Linares.

DON RUPERTO MIER.

El nombre de un militar más tenemos que agregar á esta Galería biográfica.

Don Ruperto Mier, nativo de Michoacán, ya estaba en el ejército en 1809, cuando tomó parte en la conspiración de Valladolid, y con su Regimiento, alojado en el cuartel de la Compañía, se comprometió á pronunciarse el 21 de Diciembre de aquel año, día en que debía estallar la conspiración. Cuando fué descubierta él no fué perseguido y continuó en su Batallón hasta el año de 1810, que se dió el grito de Dolores; se unió á Hidalgo en Valladolid y recibió el encargo de organizar un Regimiento, para lo cual salió con rumbo á Occidente.

En pocos meses y ayudado por Macías, Cura del pueblo de La Piedad, reunió unos diez mil hombres, con los que se situó en ese lugar en espera de las órdenes de Hidalgo. Este, que ya se encontraba en Guadalajara y que sabía bien que el Virrey enviaría en su contra todos los elementos que pudiese, quiso evitar que Cruz, que estaba en Valladolid, fuera á reforzar el ejército de Calleja, y al efecto, comunicó órdenes á Mier para que batiese al jefe español; en cumplimiento de esas órdenes aquél se situó en el puerto de Urepetiro, lugar muy á propósito para la defensa, situado en el camino de Zamora.

El 14 de Enero de 1811 llegó Cruz al punto, y encontrándolo ocupado dispuso el ataque. El primer asalto fué rechazado y juz-

gando Mier que los realistas iban de retirada, dejó sus buenas posiciones del centro para emprender la persecución de aquéllos; pero Cruz pronto se rehizo y á pesar del vivo fuego de artillería que se le hacía, atacó á los insurgentes, les quitó los veintisiete cañones que tenían y en hora y media se hizo dueño del campo. Mier fué á Guadalajara á llevar él mismo la noticia de su derrota á Hidalgo.

La dureza con que fué tratado hizo que quedase profundamente disgustado y que aprovechase la entrada de Calleja á la ciudad para solicitar su indulto, el que inmediatamente le fué concedido, aunque con la condición de que sirviese como soldado raso en el ejército realista, condición humillante á la que tuvo que avenirse Mier. Con ese carácter asistió el ex-insurgente al combate de Zapotlán el Grande, dado el 26 de Febrero siguiente, y en el que se distinguió de tal modo que mereció ser citado en el parte de la acción, por Porlier. El seis de Mayo asistió á otro combate dado en el mismo punto contra la gente de Colotlán y el lego Gallaga; se distinguió otra vez siendo también citado de nuevo. Todavía permaneció Mier algún tiempo en el ejército á las órdenes de Negrete, hasta que habiendo recobrado á fuerza de méritos su grado y su libertad, se retiró á la vida privada y no volvió á mezclarse en la revolución; falleció antes de 1821, en la mayor pobreza, en Morelia, á donde se había retirado.

Hemos hecho mención de Don Ruperto Mier por las circunstancias de haber sido de los primeros insurgentes, y el primero que se puso frente al General Cruz, que disfrutaba de una reputación militar superior á la de Calleja, al que también excedía en graduación.

DON ANTONIO LOPEZ MERINO, militar también, fué compañero inseparable de Mier y su segundo en la acción de Ureperito; por las mismas causas que éste, se indultó y se le impuso como condición para obtener el indulto servir de soldado raso en las tropas reales. Asistió, así como Mier, á los dos combates de Zapotlán, merecien-

do ser citado en los partes que el jefe dió de ellas, y algún tiempo después recobró su grado y su completa libertad, pero disgustado de la milicia se dedicó á ser empleado particular y sólo después de hecha la Independencia ocupó en Morelia algunos puestos públicos de escasa importancia.

Merino fué el que hizo prisionero al jefe insurgente José Antonio Torres en Abril de 1813 en las cercanías de Paracho, donde mandaba una corta guerrilla realista.

FRAY JUAN DE SALAZAR.

Este religioso, que pagó con su vida su decisión por la causa de la Independencia, es casi desconocido y apenas se menciona su nombre una ó dos veces en la historia y de un modo enteramente incidental; quedaría olvidado del todo si no tuviéramos su causa, que es la que se encarga de decirnos cuáles fueron sus hechos y la parte que tomó en la insurrección.

Nació Salazar en Querétaro el año de 1768 y en la misma ciudad hizo sus estudios primarios y sacerdotales, ordenándose de sacerdote é ingresando en la religión seráfica en 1792; destinado al cabo de algún tiempo á servir en calidad de Vicario en la Parroquia de Acámbaro, pasó á esa población, donde se encontraba al darse el grito de Dolores; pocos días después de este suceso llegó al pueblo Carrasco, comisionado de Hidalgo para propagar la revolución y el Cura del lugar, Verástegui, se manifestó partidario de ella, y para propagarla envio á Salazar á Jerécuaro para que predicase; sabido esto por Hidalgo á su regreso á Valladolid, le dió orden de que se incorporase al ejército. Esto que declaró el franciscano en su causa, mal encubre su determinación de unirse á los insurgentes en la primera oportunidad.

Asistió al combate de las Cruces y fué tal la impresión que le causó la carnicería habida allí entre los insurgentes, ocasionada por los cañones realistas, que después de

haber cumplido con su ministerio absolviendo y oleando á los moribundos, se dirigió al Santuario de Chalma á dar gracias por que había conservado la vida; pensaba quedarse en Acámbaro, mas el miedo á Calleja lo llevó á Guanajuato el día que empezó el ataque; refugiado en una humilde casa, supo las atrocidades cometidas por los realistas, y no queriendo ser víctima de ellas, tomó el camino de San Felipe y se incorporó á Allende en la hacienda de Ojuelos. Allí se le destinó á acompañar á Jiménez en su viaje al Norte y con él hizo toda la campaña hasta el Saltillo, hasta que se le destinó como adjunto de Don Ignacio Aldama para pasar á los Estados Unidos.

Llegados á Béjar, el padre Salazar pudo notar el descontento que había en la población contra el Gobernador Casas y la ninguna confianza que inspiraba la tropa, por lo que trató de salir de allí cuanto antes; pero no pudo realizarlo por haberse declarado inmediatamente la contra-revolución. Despojado de sus papeles y de los valores que llevaba, cuyo monto se negó á declarar el astuto franciscano, alegando que lo ignoraba, fué conducido al Alamo y Monclova con toda precipitación, pues á fuerza de maña había sobornado á sus guardianes y poco faltó para que se escapara en unión de Aldama. En la última de las citadas poblaciones se le formó causa.

De los documentos referentes á él, que se han publicado, se desprende que tuvo el grado de Comandante de voluntarios expedido por Iriarte, y que demostró bastante actividad en vestir á la tropa y en moverla hacia los puntos donde se necesitaba; tuvo á su disposición cuantiosos fondos de los destinados al ejército y los empleó con integridad en su objeto. En Monclova supo defenderse con bastante habilidad; no comprometió á nadie en sus declaraciones ni dió pormenores de ninguna especie referentes á la organización ó planes de los insurgentes, llegando en una ocasión á confundir á sus jueces, que le hacían el cargo de ser traidor á la patria y al Rey. Rechazó severamente ese cargo diciendo que no eran traidores los insurgentes que con las armas

en la mano sostenían los derechos de Fernando VII y trabajaban por que el Reino no fuese entregado á los franceses; que en cuanto á pretender que aquí las ciudades se reuniesen en Cortes para gobernar, era una medida oportuna é imitación de lo que hacían en España las provincias, no comprendiendo cómo se castigaba aquí lo que allá se alababa; que traidores eran los que, como Ortega, Intendente de Valladolid, se dirigió en 1808 al gran Duque de Berg (Joaquín Murat), felicitándolo por haberse encargado del Gobierno de la metrópoli; "cuando todo el Reino, agregó, aguardaba el más severo escarmiento contra este infiel magistrado (el citado Intendente), se calificó de pura ignorancia de un viejo despreciable." Después de hacer reminiscencias de otros sucesos, termina esta parte de su declaración con las siguientes viriles frases, que dan idea del temple de alma del franciscano:

"Que estos hechos constantes y verídicos, con otros muchos más que se le presentaron á la vista, le hicieron creer no sólo que era justa, sino necesarísima, la revolución que estaba viendo, por cuyos motivos sin escrúpulo de conciencia obedeció la orden de su Prelado, y pues que como los que gobernaban aseguraban que que los aguardaba México para reformar el Gobierno, deseando ver su patria en una perfecta seguridad, le avivó el deseo de seguir hasta el lugar donde dejó en su declaración á que se refiere." El Juez de la causa no supo qué contestar y se conformó con suspender por ese día la declaración del preso. A propósito del título de Ministro de Gracia y Justicia que según parece tenía, dijo á sus jueces que habiendo observado Jiménez la benignidad con que se manejaba con los europeos, le dijo en tono festivo: "Usted es "Ministro de Gracia."

No era dudoso el fallo del Consejo de Guerra: los vocales, entre los que se contaban el traidor Elizondo y Cordero, al que había protegido, por unanimidad votaron la pena de muerte y así lo acordó el Consejo el 30 de Mayo de 1811; el 12 de Junio fué remitida su causa á Don Nemesio Sal-

cedo, Comandante general, y aunque por el carácter sacerdotal del procesado debe haber pasado algún tiempo, empleado en pedir y recibir instrucciones dicho Comandante, lo único cierto es que Fray Juan de Salazar fué fusilado en Monclova como lo fueron en Durango otros religiosos y sacerdotes. En el momento de su ejecución exhortó á los presentes para que defendiesen la Independencia, que era una causa muy justa.

DON JOSE MARIA ANZORENA.

Fué este señor uno de los funcionarios civiles que fungieron durante el primer período de la insurrección y que por haberse adherido á ella perdieron patria, intereses, familia y hasta la vida.

Pertenecía á una distinguida familia de Valladolid, donde residía en 1810, y hasta ahora no se sabe que estuviese comprometido con los conspiradores de Querétaro; sin embargo, la prontitud con que admitió de ellos un cargo, indica que simpatizaba con la idea de Independencia. La Intendencia de Michoacán estaba acéfala desde 1809, por haber cesado de desempeñarla Ortega, que fué depuesto por los enemigos de Iturrigaray, y con el carácter de interino se encontraba Don Alonso Gutiérrez de Terán, asesor de la Intendencia, que huyó al aproximarse los insurgentes. Hidalgo, al ocupar la ciudad, ofreció el puesto á Don José María Anzorena, que ninguna dificultad tuvo en aceptarlo.

No eran pocos ni el trabajo ni la responsabilidad que traía anexos en aquellos tiempos calamitosos, pero Anzorena creyó, como muchos, que la revolución triunfaría en pocos meses, y tal vez esto fué lo que lo animó á no renunciarlo. Sin embargo, como á los dos días de su nombramiento salió de allí el ejército insurgente, y la provincia, que íntegra se había rebelado, estaba tranquila, no experimentó ningunas dificultades al principio y únicamente se ocu-

pó de publicar los decretos de Hidalgo sobre supresión de tributo, esclavitud, etc., de reunir recursos y gente, para lo cual se valió de Foncerrada. Pero cuando desde Aculco volvió á Valladolid Hidalgo con muy poca gente, empezaron para él las tribulaciones. Tuvo que atender á la formación de un nuevo ejército, á la propagación de las ideas revolucionarias, á obtener recursos extraordinarios y principalmente á cumplir las órdenes de ejecución de españoles que se le comunicaron.

Estas últimas le atrajeron la mala voluntad general, y aunque á mediados del siglo pasado los hijos de Anzorena pretendieron negar los cargos que por esas ejecuciones se hacían á su padre, quedó en claro que tales cargos estuvieron fundados y que no suspendió aquéllas sino hasta que su pariente el padre Caballero le reprochó enérgicamente su conducta y obtuvo de él la orden de suspensión y que los españoles presos fuesen sacados de la cárcel y llevados á varios conventos. A la salida de Hidalgo para Guadalajara quedó en su puesto de Intendente Anzorena, pero al saber que el jefe español, Cruz, se aproximaba, salió de Valladolid el 26 de Noviembre, con todos los empleados insurgentes, y se dirigió á Guadalajara, donde estaban los caudillos de la revolución.

No volvió á mezclarse en ningún otro asunto referente á ésta, y aun parece que no tomó parte en el arreglo del Gobierno insurgente, hecho en aquella ciudad, limitándose á acompañar al ejército; allí fué donde impidió á Torres que se llevase para Piedra Gorda noventa bultos pertenecientes á las tropas. Estuvo en Calderón y siguió á los jefes á Zacatecas y el Saltillo, donde se quedó, pues prefirió permanecer en el país á exponerse á las penalidades de un largo viaje á través del desierto, resentida como estaba su salud con los contratiempos y penas que había sufrido. Siguó al ejército de Rayón en la penosa retirada que emprendió del Saltillo á Zacatecas por un país despoblado, sin agua, caldeado por un sol abrazador y en el que el camino seguido por las tropas insurgentes se conocía por el re-

guero de cadáveres de hombres y de bestias que iba dejando. Anzorena, como muchos de los expedicionarios, se vió obligado á revolcarse en un hoyo de tierra para refrescarse y engañar la sed, y á beber, durante varios días, el jugo esprimido de las pencas de maguey; tantas penalidades y privaciones acabaron con su salud y le ocasionaron la muerte cuando se encontraba el ejército en la Villa Grande de Guadalupe, á poca distancia de Zacatecas, el 13 de Abril de 1811. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio del colegio de misioneros.

Don Carlos María de Bustamante refiere los últimos momentos de Anzorena en los siguientes términos: "Poco antes de expirar se acercó el General Rayón á preguntarle por el estado de sus dolencias, y él preguntó "por el de la Patria;" díjosele que se había ganado el campo del Grillo y ya se iba á entrar á Zacatecas; entonces reanimándose como una vela que al tiempo de desaparecer su moribunda flama se recoje, se eleva y se presenta un mayor esplendor y claridad, Anzorena mostró la más dulce y consolante satisfacción: llamó á un hijo que le acompañaba, y le exhortó con la energía de un hombre pronto á pasar en un momento al inmenso espacio de la eternidad, á que amase á su patria y á que jamás abandonase la causa de su libertad..."

DON LUIS MALO.

Fué éste de los primitivos conspiradores de San Miguel, y estaba, por lo mismo, al tanto de los preparativos para la revolución.

Nativo de la comarca de San Miguel el Grande, vivía en la hacienda de la Erre, inmediata, largas temporadas, y otras en la población; asistía á las Juntas que se celebraban en la casa de Don Domingo Allende, y había contribuido con algunos fondos para los pequeños gastos que se habían hecho. Ignorante de las denuncias que hubo, le sorprendió ver llegar el 16 de Septiembre á los principales jefes, acompañados de algunos centenares de hombres, y saber que ya había dado principio la revolución de Independencia. Ordenó que se les sirviese la comida allí, y como una vez terminada ésta manifestase Hidalgo su resolución de seguir adelante, Malo no tuvo inconveniente en seguir las banderas insurgentes como se había comprometido y emprendió con los demás, el camino de San Miguel. Antes de esto, consiguió que el español, dependiente de su hacienda, apellidado Peniche, no fuese llevado preso: Allende consintió en dejarlo libre, con la condición de que fuese á San Miguel á conseguir que el Comandante Camúñez no adoptase una actitud hostil contra los insurgentes.

Malo siguió al ejército á Valladolid y á las Cruces, y en la acción de este nombre estuvo á las inmediatas órdenes de Jime-

ñez, con el grado de Teniente Coronel, que le había sido conferido en Celaya; mandó, con Aldama, la columna que flanqueó las posiciones de Trujillo mientras Allende atacaba de frente. Estuvo en Aculco y acompañó á los Generales á Guanajuato á la defensa de cuya plaza contribuyó, y se retiró con ellos á San Felipe y á Ojuelos; allí fué designado para que en unión de Carrasco y de Mireles, que desde Dolores estaban en el ejército, sirviesen á las órdenes del Mariscal Jiménez en la campaña del Norte, que iba á emprender.

Sirvió bien durante toda ella, que se señaló de las demás por la ausencia de exacciones, matanzas, etc., que había habido en las otras; entró al Saltillo y regresó á esperar á los caudillos en Matehuala, no volviéndose á separar de ellos hasta llegar á Acatita de Baján. Cayó prisionero, pero su menor graduación hizo que no fuese enviado á Chihuahua, sino que quedase en Monclova cuando se procedió á separar a los prisioneros y se recurrió al artificio de decirles que los que eran militares lo manifestasen para que fuesen empleados en la instrucción de la tropa

Fué fusilado en Monclova en compañía de Mascareñas, en los últimos días de Marzo de 1811, casi sin formación de causa. A este insurgente no lo mencionan ni Alamán ni Bustamante ni otros historiadores que han copiado á aquéllos, y únicamente lo cita Licéaga, y su nombre se ve en la lista de los que fueron hechos prisioneros en Baján y en algún otro documento.

Ignacio Rayón.

DON IGNACIO LOPEZ RAYON.

Sucesor de los primeros caudillos por nombramiento de éstos, hubiera sido después de ellos la figura más notable de la revolución, si en su época no hubiera surgido Morelos, que relegó á segundo término á todos los demás campeones de la Independencia.

Descendiente de una familia de conquistadores radicada desde dos siglos atrás en Michoacán, nació Don Ignacio en Tlalpujahua, del matrimonio de Don Andrés López Rayón y Doña Rafaela López Aguado, parientes entre sí; la situación desahogada de estos señores les permitió dedicar al estudio á Don Ramón, que fué de sus hijos el que más disposiciones mostró para él; terminadas, pues, las primeras letras é instrucción primaria, fué enviado á Valladolid en 1786, donde cursó las asignaturas de bachiller, y en seguida á México á cursar leyes en el Colegio de San Ildefonso, donde terminó sus estudios y obtuvo el título de abogado en 1796. Las notas que durante ellos obtuvo fueron bastante satisfactorias y demuestran la aplicación y conocimientos del joven Rayón.

Permaneció poco tiempo en México, ejerciendo su profesión, pero el cuidado de sus intereses lo obligó á regresar á su pueblo natal donde se dedicó á la agricultura y á la minería; decidido á radicarse allí, para verse libre de cargos concejiles, solicitó y obtuvo la agencia de correos del pueblo.

Era afecto á la Independencia como todo profesional criollo, y por lo mismo vió con agrado la revolución de Dolores, que la proclamaba, é inmediatamente la secundó, no obstante que hacía pocos meses había contraído matrimonio con Doña María Ana Martínez de Rulfo. Para evitar las depredaciones que en el Distrito de su residencia cometía un tal Antonio Fernández, insurgente, Rayón se presentó á Hidalgo, y éste, que si no lo conocía personalmente tenía motivos fundados para saber quién era, procuró atraérselo, tanto más cuanto que era el primero que le hablaba de la reunión de una Junta del Gobierno, del envío de Plenipotenciarios al extranjero y de otros asuntos en los que el caudillo ó no había pensado ó no podía dar forma, por falta de un auxiliar.

Fácilmente se entendieron, y mientras Hidalgo vacilaba en entrar ó no á México, Rayón regresó á Maravatío á arreglar sus negocios y á catequizar á sus hermanos en favor de la revolución; decididos á entrar en ella, se unió al Generalísimo en Valladolid, y con él se dirigió á Guadalajara, donde tuvo el carácter de director intelectual de la guerra. Por su iniciativa se organizó el Gobierno, se expidieron los nombramientos de ministros y oidores, se repitieron los decretos suprimiendo la esclavitud, el tributo y otros ya expedidos en Valladolid, y por último, se dieron poderes á Ortiz de Letona para que se dirigiese á los Estados Unidos, pues como veremos, la obsesión de Rayón fué buscar ayuda del extranjero, esa obsesión lo llevó á aconsejar á los caudillos que en persona pasasen á los Estados Unidos á buscar el apoyo del Gobierno de Filadelfia.

Recibió el nombramiento de "Secretario de Estado y del Despacho," que equivalía al de Ministro universal, y con ese carácter organizó la Audiencia, fundó "El Despertador Americano," y trató de que impusiese el Gobierno civil de la revolución, lo que era difícil en aquellos días; á la derrota de Calderón salvó trescientos mil pesos de la Tesorería del ejército, que unió

al medio millón que recogió de Iriarte; reorganizó, de acuerdo con Allende, el ejército, y fué de opinión que se siguiese el camino del Saltillo. En la Junta verificada en esta villa el 16 de Marzo de 1811, fué designado para mandar el ejército, con instrucciones de continuar la guerra, y aunque fueron designados como adjuntos suyos el letrado Arrieta y Don José María Licéaga, nunca llegaron á igualar en nombradía á Rayón, y el primero tardó poco en desertar.

Si bien no supo inmediatamente la prisión de los Generales, sí llegó á su conocimiento algunos días después, y parece inexplicable que nada hiciese por salvarlos cuando podía haberlo hecho con las tropas que tenía y que eran muy superiores en número á las de Elizondo y Salcedo, y aun á las del mismo Ochoa, que no se atrevió entonces á atacarlo. Unicamente lo disculpa de no haber intentado salvar á los Generales, la circunstancia de que ignoraba el número de sus enemigos y no podía fiar en los presidiales que tenía á sus órdenes; sin embargo, en su deber estaba haber intentado algo por rescatarlos de manos de los realistas, aun cuando su ejército hubiera acabado y él se hubiese visto en riesgo de perecer ó de caer prisionero.

Fusiló á Iriarte, que según se dice, podía hacerle sombra, pero que en realidad era un elemento perturbador, desarmó á las Compañías presidiales, y el 26 de Marzo salió del Saltillo rumbo á Zacatecas, empezando una retirada notable en los anales militares de México; lo acompañaban, Torres, el conquistador de Guadalajara, el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, que empezaba á distinguirse, el Mariscal Don Víctor Rosales, Ponce, Villalongín, y sus dos hermanos, Don José María y Don Francisco Rayón. El 1o. de Abril fué atacado por Ochoa en el Puerto de Piñones, pero consiguió rechazarlo, gracias á las acertadas medidas tomadas y á la disciplina de que los jefes dieron muestra; sin embargo, experimentó la sensible pérdida de su provi-

sión de agua, la que le debía originar tremendas tribulaciones.

Siguió su camino sufriendo no pocas privaciones y dejando muchos enfermos y sedientos; dominó la rebelión que estuvo á punto de estallar y consiguió apoderarse de la hacienda de San Eustaquio, donde pudo dar de beber á su ejército, ocupó Fresnillo y entró á Zacatecas después de una reñida acción, á los veintiún días de haber salido del Saltillo. Las miradas de los realistas se volvieron á Rayón, desconocido hasta entonces, que demostró ser digno de la confianza en él depositada y un nuevo enemigo temible que se presentaba cuando se creía que ya no existían más que guerrilleros insignificantes al frente de pequeñas partidas. En Zacatecas creyó posible sostenerse algún tiempo, y al efecto dictó algunas providencias, aumentó sus tropas y se hizo de recursos sin extorsiones, pero sabiendo que el ejército realista se disponía á atacarlo, determinó pasar á Michoacán, cuyo territorio conocía perfectamente.

En el rancho del Maguey fué alcanzado por Empáran, que no consiguió derrotarlo completamente, y llegó á la Piedad, donde se encontró sin ejército, pues sus subalternos lo habían fraccionado; emprendió levantar otro y trató de apoderarse de Valladolid, lo que no pudo conseguir. Hubiera tenido que conformarse con ser uno de tantos cabecillas insurgentes, si Don Benedicto López con sus triunfos sobre Torre no le hubiera llamado la atención y héchole resolver su establecimiento en Zitácuaro. Procuró poner la plaza en buen estado de defensa, acopió víveres, tomó el desquite de lo del Maguey derrotando á Empáran, y cuando ya se creyó seguro determinó dar un Gobierno á los insurgentes, organizando la famosa Junta de Zitácuaro, que tanto temor causó á los españoles, y que Rayón, dados sus antecedentes, creyó indispensable para el triunfo de la revolución. Poco hizo, materialmente hablando, la Junta, de provecho, pues no todos los insurgentes la reconocieron, pero moralmente hizo mucho,

porque demostró que aquéllos eran capaces de formar un Gobierno y de tener las ideas de orden que los realistas les negaban.

Calleja con cinco mil hombres atacó Zitácuaro el 2 de Enero de 1812, y sin muchas dificultades se apoderó de la población, que hubo de ser abandonada por Rayón y por la Junta: ésta empezó á peregrinar por Tuzantla, Tlalchapa y Sultepec, en tanto que aquél expedicionaba por Toluca, y si bien no ayudaba directamente á Morelos, sitiado en Cuautla, distraía muchas fuerzas que hubieran ido á engrosar el número de los sitiados. Derrotado en Tenango, fué perdiendo la reputación que tenía adquirida y de jefe del Gobierno nacional fué descendiendo á la categoría de un General insurgente con más pretensiones que los demás, para fomentar las cuales no dudó en ocasiones, en hacer fusilar á los que creía rivales. La vida militar de Rayón llega á carecer de todo interés desde mediados de 1812 hasta que cayó prisionero de los españoles, y por lo mismo, para no alargar innecesariamente esta biografía con el relato de todos sus actos, que el lector curioso podrá ver en otra parte, pues uno de sus hijos se encargó de escribirla, nos limitaremos á dar una idea general de su conducta.

Rayón recorrió una buena parte del país, principalmente en su parte meridional y occidental, para saber con qué insurgentes podía contar y quiénes eran los que le obedecían; esa visita no lo dejó muy satisfecho, y aun estuvo á punto de perder en ella la libertad á manos de los Villagrán; pretendió siempre que se le considerase como el primer jefe de la revolución, tomó el título de Excelencia y procuró aun en las mayores estrecheces rodearse del boato que su carácter exigía; jamás vió con buenos ojos la reunión del Congreso de Chilpancingo, promovida por Morelos, y le opuso todas las dificultades que su imaginación de letrado le sugirió, aunque procurando no chocar directamente con aquel caudillo; llamado para que tomase parte en él, se resis-

tió á ir y "olvidándose generosamente de sí mismo y de sus derechos," (palabras de su Secretario, que era muy exagerado para redactar su diario), dió sus poderes al Lic. Don Carlos María de Bustamante para que lo representase, y sólo á fuerza de muchas órdenes asistió á las sesiones de "la Junta," como él la llamaba, un par de meses. Allí combatió la tendencia á prescindir del nombre de Fernando VII.

Cuando Morelos fué derrotado en Valladolid y Puruarán, creyó fácil tarea recobrar la autoridad, "de la que sólo las intrigas y supercherías de una negra ambición pudieron despojarlo," dice el mencionado Secretario, y fué á encargarse de la administración de la provincia de Oaxaca, pero no pudo conservarla para los insurgentes y tuvo que desampararla en Abril de 1814; cometió bastantes desaciertos en su retirada indisponiéndose á la vez con bastantes jefes insurgentes que no reconocían su autoridad; tomó el camino de Tehuacán, las Villas y Zacatlán, donde sufrió una derrota completa, y estuvo á punto de caer prisionero de Aguila. Este desastre lo decidió á volver á Michoacán, como lo hizo, atravesando en tres días y medio las ciento sesenta leguas que hay desde San Juan de los Llanos hasta Cóporo; siguió para ello sendas extraviadas y adoptó numerosas precauciones.

Su decidido empeño de enviar embajadores á los Estados Unidos no llegó á darle resultado: directamente ó por su consejo, fueron enviados Letona, Bustamante y Peredo, que no llegaron á salir del país, y el Doctor Herrera y el Mariscal Anaya, que nada hicieron de provecho. Souluque, el Emperador de Haití, le contestó que no podía auxiliarlo.

La gloria de la defensa del cerro de Cóporo no pertenece á Don Ignacio Rayón, sino á su hermano Don Ramón; sin embargo, se aprovechó del prestigio que el fracaso de los realistas frente á la fortaleza dió á los insurgentes, para insistir en sus antiguas pretensiones de ser reconocido por todos y desconoció á la Junta de Jaujilla,

en cuyo punto se vió una vez más en peligro de caer prisionero; pasó algunos meses en difícil situación huyendo siempre, y al fin cayó en manos de un insurgente, Don Nicolás Bravo, que en ejecución de las órdenes de la Junta de Jaujilla, desarmó la gente de Rayón y lo tuvo preso en Patambo, donde una partida de realistas se apoderó de él el 10 de Diciembre de 1817. Llevado á Teloloápam y á Cuernavaca, estuvo á punto de ser fusilado por orden de Armijo, pero las órdenes del Virrey para que se le formase sumaria, unidas á las repetidas instancias de Don Ramón Rayón para que se comprendiese á su hermano en la capitulación de Cóporo (capitulación que ruidosamente desaprobó Don Ignacio), y de algunas influencias, consiguieron que se formase una voluminosa causa, pasase el tiempo y que el Virrey Apodaca, tan inclinado á la clemencia, consiguiese aplicarle uno de tantos indultos como por aquellos tiempos hubo: el 15 de Noviembre de 1820 salió de su prisión Rayón y fué á vivir á Tacuba, á donde se le había confinado.

En Julio de 1821, muerto su fiador, y derrocado Apodaca, el antiguo insurgente fué á Tlalpujahua dispuesto á secundar el movimiento de Iturbide, que no lo llamó, pero que ni tiempo tuvo de hacerlo, por la rapidez con que entonces se logró la Independencia. El libertador nombró á Rayón Tesorero en San Luis Potosí, y después Intendente de la provincia en 1823 (Noviembre); formó parte del primer Congreso constituyente republicano representando á Michoacán y consiguió que se le declarase General de División; desempeñó el puesto de Comandante de Jalisco en 1825; tuvo participación en el levantamiento contra Guerrero en 1829, y ocupaba el puesto de Magistrado del Supremo Tribunal de Guerra cuando falleció en esta capital, el 2 de Febrero de 1832. En 1842 fué declarado benemérito de la patria.

Tal fué la vida del ilustre michoacano Don Ignacio López Rayón, que si tuvo muchos defectos y fué causa de bastantes tropiezos como tuvo la revolución, también le

corresponde la gloria de haber continuado la guerra, después de la prisión de los primeros caudillos, y de haber organizado el primer Gobierno nacional. Los historiadores y la generalidad han olvidado sus faltas para no tener en cuenta más que ese mérito.

El 2 de Abril de 1899 fué descubierta la estatua que el Estado de Michoacán le hizo erigir en el Paseo de la Reforma de esta capital; pero ni Zitácuaro ni Tlalpujahua han pagado la deuda que tienen con el nativo de la una ni con el defensor de la otra.

DON MANUEL VILLALONGIN.

Este insurgente, no obstante que fué de los primeros en tomar las armas en favor de la Independencia y de haber combatido durante varios años, es casi desconocido, y á no ser por algunas referencias que de él hacen los historiadores, y por los trabajos de un coterráneo suyo, quedaría relegado á la categoría de los caudillos anónimos.

Nació en Valladolid el 14 de Julio de 1877, y sus padres, Don José Lino Villalongín y Doña María de la Luz Navarro y Camino, eran personas de buena posición social y perfectamente relacionadas en su ciudad natal. Fué su padrino el Dr. Don José Manuel de Herrera, que después había de figurar en la revolución. El niño Manuel hizo sus primeros estudios en un colegio particular y en seguida se dedicó á las labores del campo en una finca rústica propiedad de su familia; la tradición refiere que era un buen "charro," muy perito en los deportes que tienen relación con el arte de montar á caballo. En 1802 contrajo matrimonio con la señorita Josefa Huerta, perteneciente á una de las principales familias de la ciudad, y tuvo varios hijos, cuyos descendientes viven en Morelia.

"Villalongín era de un carácter entusiasta, fogoso y activo," dice el único biógrafo que ha tenido, y estos sentimientos lo impulsaron á lanzarse á la revolución cuando el Cura Hidalgo llegó á Valladolid después

de lo de Aculco: seguido de algunos mozos de sus fincas, se unió al caudillo cuando éste salió para Guadalajara, dejando á su esposa é hijos en Valladolid. Con el título de Mariscal de campo que le confirió el Generalísimo, tomó parte en la acción del puente de Calderón, á las órdenes de Torres, que mandaba las divisiones de Michoacán y Nueva Galicia. Derrotados los insurgentes, que fiados en obtener la victoria ni siquiera habían designado de antemano un punto de reunión en caso de derrota, los diversos cuerpos que componían el ejército se disgregaron, y cada jefe tomó el rumbo que le pareció más conveniente.

Villalongín se dirigió á Michoacán, cuyo territorio le era muy conocido y que tan admirablemente se presta para la guerra de guerrillas, sistema que instintivamente adoptaron todos los jefes nativos de ella como Muñiz, Navarrete, López, Rayón, etc., los que tan pronto unidos como separadamente consiguieron que en siete años el Gobierno español no poseyese de la provincia más que la capital, que se veía amenazada de continuo. Villalongín tomó parte en los varios ataques que dieron á Valladolid los diversos jefes insurgentes que merodeaban en la provincia, y no podía haber faltado al de 22 de Diciembre de 1813, dado por Morelos y que tuvo un éxito tan desgraciado. En uno de ellos, Villalongín realizó por su cuenta una hazaña que pudo haberlo hecho dueño de la plaza si la hubiera meditado más y si hubiera reunido algunas tropas más que las de que disponía; sucedió el caso en el mes de Septiembre de 1811.

Hemos dicho que el insurgente dejó á su familia en Valladolid, creyendo que allí estaría segura y que las autoridades coloniales no cometerían ningún desafuero con una señora y unos niños pequeños que en nada se mezclaban en los asuntos públicos, pero se equivocó, pues el Intendente Trujillo, el derrotado de las Cruces, persiguió á la señora de mil modos, y al fin la envió en calidad de presa á la casa de Re-

cogidas, notificándola que si su marido no se presentaba en determinado plazo á solicitar el indulto, la fusilaría. Sabedor Villalongín de esta amenaza, se dirigió sobre Valladolid, de donde á la sazón estaba ausente Trujillo; con la corta fuerza que mandab se presentó inopinadamente en la garita del Zapote, haciendo huir al retén que había allí, y penetró á la ciudad, llegó con su asistente á la casa de Recogidas, sacó á su esposa, sin que la guarnición hubiera tenido tiempo de reponerse de la sorpresa; ya en la garita, esperó Villalongín al escuadrón que el Comandante Sola destacó contra él y le hizo frente mientras la señora era puesta en salvo, y consiguió rechazarlo, agregando á la astucia la burla, pues dió orden á sus soldados que azotasen á cintarazos los caballos de sus enemigos, ya que por ser tan corta su fuerza no podía hacer prisioneros. Sola creyó perdida la población y antes de evacuarla quiso tentar el último recurso llamando violentamente á Linares, que iba camino de Zamora y que á marchas forzadas regresó á Valladolid. Villalongín, después de permanecer casi todo el día en la garita conquistada, se retiró sin ser perseguido.

Esta hazaña le dió mucha fama en la provincia é hizo que los Comandantes realistas lo persiguiesen con insistencia muchas ocasiones, pero en todas consiguió escapar; sin embargo, después de la derrota de Puruarán, la revolución declinó visiblemente y uno tras otro fueron muriendo ó cayendo prisioneros los insurgentes, llegándole su turno á Villalongín; en Octubre de 1814 se encontraba en Puruándiro con una gruesa partida de tropas disponiéndose á internarse por el Sur cuando Iturbide formó el plan de capturarlo; de la hacienda de Pantoja marchó á Yuriria é hizo una serie de movimientos incomprensible al parecer, pero que tenían por objeto inspirar confianza á aquél; cuando lo creyó conveniente despachó al Teniente Coronel Felipe Castañón á Puruándiro dándole instrucciones para que llegase el 2 de Noviembre, día que por la solemnidad religiosa que se ce-

lebra, los insurgentes habían de estar descuidados. Así se hizo y en la madrugada de ese día el jefe realista sorprendió á los del campo insurgente, que no tuvieron ni tiempo de defenderse; los que no tuvieron tiempo de huir, completamente desarmados, murieron á manos de los asaltantes, y entre ellos e contó Villalongín, no obstante que vendió cara su vida; con él perecieron sesenta y cuatro de sus subordinados y su muerte ayudó mucho á la pacificación de la provincia.

La plazuela de las Animas, de Morelia, ensanchada, se llama hoy de Villalongín, así como una calle de Puruándiro, y los descendientes del caudillo viven aún en aquella ciudad.

DON JOSE MARIA MERCADO.

La biografía del famoso Párroco de Ahualulco sirve mejor que ninguna otra para demostrar lo arraigada que entre los criollos estaba la idea de independencia y lo fácil que hubiera sido realizarla en 1810 si los conspiradores de Querétaro hubieran tenido tiempo de madurar sus planes, y sobre todo si emplean otros procedimientos que los que usaron, ó al menos hubieran tenido la resolución de llevar al último extremo los procedimientos que habían empleado hasta entonces.

Don José María Mercado, hijo de Don José Mercado, nació en el pueblo del Teul, de la provincia de Zacatecas, colindante de Colotlán; estudió las primeras letras y notando su padre que era de inteligencia despejada y afecto á instruirse, lo envió al Seminario de Guadalajara, donde se dedicó á los estudios eclesiásticos, que hizo con lucimiento, ordenándose á la terminación de aquéllos. Como una muestra del aprecio que de él hacía el Obispo Ruiz de Cabañas, lo nombró Profesor del Colegio clerical recién establecido, y posteriormente Párroco de Ahualulco, puesto en el que lo encontró la revolución de 1810. Aunque ella lo interesó profundamente, como interesó á todos los mexicanos y tuvo sus simpatías, no dió muestras de quererla secundar, temeroso seguramente de sufrir un desastre, ya que la provincia de Nueva Galicia permanecía en paz, pero cuando la situación cambió con

la aparición de diversas partidas insurgentes y sobre todo, con la ocupación de Guadalajara por las fuerzas de José Antonio Torres, no vaciló en dar á conocer sus sentimientos y en tomar parte activa en la guerra de Independencia.

"Mucho llamó la atención, dice Alamán, el que Mercado tomase parte en la revolución, porque gozaba de mucha reputación de virtud, y era director de los ejercicios espirituales en Guadalajara, cuando en lo general, los eclesiásticos que se alistaban bajo las banderas de la insurrección, solían ser los más corrompidos del lugar." Las numerosas excepciones de esa regla que podríamos citar, le quitan el carácter de general que le da ese historiador. En unión del Subdelegado Don Juan José Zea, se pronunció Mercado en Ahualulco al saber la ocupación de Guadalajara, é inmediatamente se dirigió á esa ciudad para ponerse á las órdenes de Torres y obtener de él, como lo consiguió, autorización para perseguir á los europeos que iban de huida á refugiarse en el puerto de San Blas y para propagar la revolución en las regiones de Tepic y Nayarit, que conocía muy bien. Torres ninguna dificultad puso al Párroco, sino que por el contrario, se apresuró á darle todas las facultades que pedía, y con ellas el Cura Mercado se puso en camino, formando su ejército sobre la marcha: ocupó sin resistencia la población de Tepic, y aumentado su poco organizado ejército con la Compañía veterana allí residente, ya consideró cosa fácil apoderarse del puerto de San Blas, importante entonces por ser el apostadero del Pacífico y tener el arsenal de ese mar, lo que le daba gran tráfico.

En la plaza había, según el informe de Don Vicente Garro, trescientos marinos, doscientos hombres de la maestranza y trescientos europeos refugiados, armados, dispuestos á defenderse, cuarenta cañones montados y sesenta y tantos sin montar, agua, abundantes municiones y provisiones, seis buques de diverso tonelaje, y algunos armados; en fin, todos los elementos necesarios no sólo para hacer una defensa pro-

longada y fructuosa, sino aun para intentar una salida y derrotar al enemigo obligándolo á levantar el sitio; pero había también, y esto no lo dice Garro, un pánico tremendo causado por las noticias abultadas del éxito que tenía la insurrección, á la cual ya se le creía dueña del Virreinato todo, pues los fugitivos de Guadalajara, que sabían la victoria de las Cruces, ignoraban la derrota de Aculco; había un miedo atroz llevado allí por el Obispo, por el oidor Recacho y por todos los europeos que habían huido de la capital de la provincia, y ese miedo y ese pánico eran más poderosos que los cañones, las municiones y los buques. Contando con él y con la fe inquebrantable que Mercado tenía en su causa, intimó rendición al Comandante del puerto en 26 de Noviembre; en ella llamó Doctor y Virrey á Hidalgo; ofreció garantías á los europeos si se rendían, y consecuente con lo que creía y con lo que poco faltó para que fuera la realidad, hablaba de que estaba "la Nación toda levantada en masa desde el Oriente hasta el Poniente," y peleaba "contra unos pocos hombres encerrados en un rincón de este vasto país." La segunda intimación, hecha dos días después, es un modelo de fanfarronería, y sin embargo, dió el resultado apetecido.

Don José de Lavayen, Comandante del Apostadero, que ignoraba el número de hombres que tenía el Cura, y que sólo sabía, por lo que los fugitivos de Guadalajara le habían relatado, que á los grandes ejércitos insurgentes nada podía resistirles, que derrotaban á los realistas y que ocupaban á sangre y fuego las ciudades, aun cuando estuviesen defendidas, como Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, y que probablemente á esas horas eran dueños ya de México, creyó, como muchos, que la última hora de la dominación española en México había sonado ya, y juzgó una locura oponerse á lo que juzgaba inevitable; desde su primera comunicación á Mercado se trasluce su intención de capitular, pero antes quiso enviar á un oficial para tratar los pormenores de la rendición Don Agustín Bo-

calán, el comisionado realista, ni discutió siquiera, sino que firmó las bases que le propuso Mercado y que fueron aceptadas por la Junta de Guerra y por Lavayen, con excepción de la referente á la retención de los europeos que fuesen delincuentes; Mercado concedió todo lo que se le pedía y únicamente pidió rehenes.

El primero de Diciembre de 1811, ocupaba el Cura de Ahualulco el puerto de San Blas, sin haber tenido necesidad, en toda su campaña, de disparar un solo tiro, y se había hecho de un Cantón vastísimo, de un puerto muy importante, de un arsenal bien provisto y que como se vió después, fué un gran recurso para la revolución, pues sin los cañones de él no se dá la batalla de Calderón. Los oidores Recacho y Alva, que eran un par de cobardones, fueron los que más influyeron en la rendición, sugestionando á Lavayen, que sin ellos habría cumplido con sus deberes de militar y habría oído á Plowes, Madrazo y García, que eran de opinión que la plaza se sostuviese. El Obispo, los oidores y los europeos, que sabían que la plaza se rendía, embarcaron sus equipajes y personas en el bergantín "San Carlos" y en otros, dirigiéndose á Acapulco; la ocupación se hizo con toda tranquilidad, á pesar de haberse insurreccionado los habitantes del puerto y de las inmediaciones, por instigación del Teniente de Justicia Don Basilio Domínguez.

Inmediatamente Mercado, que ya tenía el nombramiento de Comandante en jefe de las fuerzas del Poniente, expedido por Hidalgo, se dedicó á aprovecharse de los recursos que tenía el arsenal, y pocos días después se hizo dueño de la fragata "Princesa," que fondeó en el puerto, ignorante de lo ocurrido en él. La hazaña de Mercado sólo es comparable á la de Torres conquistando la Nueva Galicia, pues si bien Tepic no tenía la importancia de aquel Reino, el material de guerra adquirido valía en aquellos momentos todo ese Reino, y si á ello se agrega que la conquista no costó ni un solo tiro, se convendrá sin dificultad en que resultó superior. El genio organiza-

dor y previsor del caudillo se revela en los documentos referentes á él, que se han publicado: de Tepic remitió los cañones que llevaba, á Guadalajara, y de San Blas los que capturó en Tepic; á los ocho días de haberse hecho dueño del puerto, ya había despachado treinta y tantos cañones de grueso calibre bajo la dirección de Don Rafael Maldonado.

"Sólo quien conozca el camino de San Blas á Guadalajara, dice el señor Pérez Verdía, podrá comprender los heroicos esfuerzos que para eso se hicieron, pues además de la aspereza del camino, hay que atravesar las profundas é intransitables barrancas de Mochitiltic. Los cañones los mandaba en carretas, conducidos por los indios que en considerable número y guiados por el patriota Don Rafael Maldonado, allanaron obstáculos tan considerables puestos por la naturaleza." Cruz, que dos meses después llevaba cuatro pequeños para batir San Blas, decía que esa tarea era superior á muchas batallas. El número total de bocas de fuego enviadas fué de cuarenta y siete y las cuatro últimas fueron desbarrancadas al saberse la derrota de Calderón.

A los europeos que había en San Blas procuró retenerlos allí Mercado, y en cuanto á los rehenes, fueron enviados á Ixtlán; otros fueron llevados á Compostela, y la mayoría de ellos fueron degollados en el Cuisillo por Zea, de orden de Hidalgo. Además de que el Comandante del Poniente atendía á la administración del Distrito, tenía el proyecto de utilizar la fragata "Princesa," y los pocos buques servibles de que disponía, en organizar una expedición sobre Acapulco, ya que juzgaba á Mazatlán en poder de González Hermosillo.

Para esta expedición y para recibir órdenes de Hidalgo, salió de San Blas rumbo á Guadalajara, pero en el camino supo el resultado de la batalla de Calderón, comunicada por los Alcaldes del pueblo de Ahualulco el 25 de Enero; desistió de seguir su camino y regresó á Tepic con intención de defenderse, pues comprendía que una vez Guadalajara en poder de los realistas, pon-

drían todo empeño en recuperar á San Blas. Dió orden á Zea de que en la barranca de Taray hicese resistencia á los realistas hasta donde pudiese y él se situó en "Salates de la Cruz," inmediato á la población, en la que Mercado no quiso permanecer, dirigiéndose después á San Blas.

Cruz salió de Guadalajara llevando mil hombres y cuatro piezas de artillería que al fin dejó en el camino; batió fácilmente á Zea en Taray el día 31, quitándole ocho cañones, y continuó para Tepic, á donde llegó el 8 de Febrero cuando ya estaba hecha la contra-revolución y había muerto el Cura Mercado. Con la misma facilidad con que se pronunciaban entonces se despronunciaban provincias enteras, y de aquí que en momentos cambiase el aspecto de los negocios públicos.

Durante la ausencia de Mercado de San Blas, el Cura de la población, Don Nicolás Santos Verdín, influenciado por los europeos, ó sabedor acaso de las derrotas de Aculco y Calderón, trató de hacer la contra-revolución, á cuyo efecto procuró atraerse la gente de la marinería y de la Maestranza, lo que no le costó mucho trabajo, y con ella se propuso aprehender al jefe insurgente y á sus segundos. La noche del 31 de Enero se realizó el plan, y mientras una parte de los comprometidos se apoderaba del cuartel donde estaban alojados los indios fieles al Cura Mercado, que no tuvieron tiempo de oponer resistencia, la otra se dirigió á la Contaduría, donde aquél se encontraba en unión de varios jefes; uno de éstos, llamado Don Joaquín Romero, que tenía el carácter de Comandante de San Blas, que ya tenía noticia de lo que pasaba, así como el Capitán de artillería, Don Esteban Matemala, resolvieron defenderse; el centinela dió la señal y empezó un tiroteo por las ventanas, en el que murieron dos de los asaltantes y tres quedaron heridos; Romero, Matemala y el centinela, al fin fueron muertos.

El Cura Mercado al escuchar el tiroteo trató de ponerse en salvo por la parte posterior de la casa, pero no se acordó tal vez

que ella daba á un voladero, ó dió algún paso en falso; lo cierto es que se despeñó de una altura considerable ocasionándose la muerte, y que al día siguiente fué encontrado su cadáver en el fondo del barranco; el Cura Verdín antes de darle sepultura, mandó azotarlo públicamente. Los oficiales de Mercado, el padre de éste y 125 soldados indios, fueron llevados á la fragta "Princesa" para que no se fugasen.

El dos de Febrero, al saberse en Tepic lo ocurrido en el puerto, se declaró la contrarevolución y se aprehendió á Zea, que llegaba derrotado; de manera que Cruz, al entrar el día 8 á la villa y el 12 á San Blas, no tuvo otro trabajo que expedir algunas proclamas, pedir que los contrarevolucionarios devolviesen algunos bienes que indebidamente se habian apropiado y fusilar ó colgar algunas docenas de insurgentes, en lo cual experimentaba singular satisfacción ese cruel militar.

Así terminó la rápida pero brillante epopeya del Cura de Ahualulco, Don José María Mercado, en un plazo que no excedió de ochenta días, en los que se dió á conocer como patriota, se hizo dueño de una extensa región y de grandes recursos que supo aprovechar, y perdió por causa de la fatalidad todas sus conquistas y hasta su vida. La única recompensa que sus hazañas se ha tributado, es agregar su apellido al nombre del pueblo de Ahualulco, pero ni éste, ni Tepic ó San Blas, le han erigido el monumento que deben á la memoria de tan denodado patriota.

Lavayen y Bocalan quedaron viviendo en el Cantón tranquilamente mientras imperó allí Mercado, pero cuando llegaron los realistas fueron presos y sujetos á un proceso en el que salieron absueltos dos años después, gracias á las decisivas influencias de que el primero disponía en México.

DON JOSE MERCADO.

Fué padre del Cura de Ahualulco, y antes de seguir á su hijo á la revolución, era un campesino acomodado del Teul que se había ido á establecer al primer pueblo citado, donde ya estaba retirado de los negocios y vivía muy descansadamente.

Cuando su hijo empuñó las armas lo siguió á Tepic y á San Blas, recibiendo de Hidalgo el nombramiento de Comandante de Armas de Tepic; despachado después á la primera de las poblaciones mencionadas, se encontró con que los españoles capitulados ya tramaban una contra-revolución, protegidos por el Cura Vélez y el Subdelegado, y no supo encontrar la energía suficiente para reducirlos al orden, temeroso de faltar á la capitulación estipulada; tuvo algunos disgustos con un comisionado de Hidalgo porque recogió las espadas á los oficiales capitulados y por esta razón mereció una reprimenda de su hijo y superior; al fin se vió obligado á obedecer la orden de aprehender á todos los europeos y remitirlos al Generalísimo. Como hombre poco instruido y sencillo, se dejó dominar por el Comandante Don Rafael López, y cometió tantos desaciertos en Tepic, que su hijo, cuando regresó de su proyectado viaje á Guadalajara, se vió en la necesidad de tenerlo á su lado y se lo llevó á San Blas, dejando en su lugar á otra persona. Los documentos publicados por Hernández Dávalos acreditan nuestras aseveraciones y con-

tienen las varias reprimendas y advertencias que el hijo se vió obligado á dirigir al padre.

Cuando se inició la contra-revolución se encontraba en el puerto y como muchos otros, cayó prisionero, siendo llevado á bordo de la fragata "Princesa," para tenerlo en seguridad hasta que Cruz dispusiese de él. Este jefe llegó á San Blas el 12 de Febreo, y después de dirigir una proclama á los habitantes dándoles las gracias por su fidelidad, formó un Consejo de Guerra que sumariamente condenó á Mercado á ser ahorcado; la sentencia se cumplió el día 14 á las nueve de la mañana. "Mientras estaba encapillado, dice el señor Pérez Verdía, daban un baile á Cruz, y Don Manuel Varela, oficial español, entró á insultarlo."

Como se ha dicho que el único delito de Don José Mercado consistió en ser padre del vencedor de Tepic, hemos buscado en los documentos los antecedentes del anciano insurgente, y ellos nos han dicho que también tomó parte en la insurrección; esto no disculpa á Cruz, pero sí explica la ejecución que mandó hacer en la persona de Mercado.

DON JUAN JOSE ZEA.

Fué compañero de Mercado, y uno de los muchos que habiendo tomado parte en la revolución desde sus comienzos, tuvo un fin prematuro y desastroso.

Era Subdelegado del pueblo de Ahualulco y su jurisdicción en 1810 cuando Torres se adueñó de Guadalajara; de acuerdo con Don José María Mercado, Cura del pueblo, se pronunció en la primera decena de Noviembre de ese año, cuando supo la entrada de aquel caudillo á la capital de la provincia; aceptada la proposición de aquél para expedicionar por Tepic, Zea quedó como segundo suyo, y con tal carácter se dirigió á aquella población, llegando frente á ella el 20 de Noviembre, y situándose con su ejército, que era una chusma de indios armados de hondas, flechas y lanzas, en las lomas de la Cruz, intimó rendición. La Compañía veterana estaba sin jefes y las autoridades del pueblo se encontraban ausentes ó habían huido; el Cura Vélez nada podía hacer y dejó entrar á los insurgentes, que incorporaron á sus fuerzas á la Compañía veterana y se apoderaron de seis cañones que desde luego fueron destinados para Guadalajara.

Zea procuró aumentar su fuerza con la gente de los pueblos inmediatos, que al ejemplo de la Cabecera se iban sublevando, y se dirigió sobre San Blas, pero apenas

hubo capitulado el puerto volvió á Tepic con el carácter de Comandante de la plaza; pero no permaneció muchos días en ella, pues salió á expedicionar por las inmediaciones y después recibió la comisión de llevar á los españoles presos á Guadalajara, pero antes de llegar recibió orden de degollarlos, é incontinenti la ejecutó en el punto llamado el Cuesillo en los últimos días de Diciembre. Se presentó á Hidalgo para darle aviso de haber cumplido con su comisión y permaneció en aquella ciudad hasta la salida del ejército independiente para Calderón.

Salió de Guadalajara rumbo á Magdalena, y según una carta de Zabalza, propalaba la falsa noticia de que Hidalgo no iba al encuentro de Calleja, sino directamente á México, donde se le esperaba. En el camino se reunió con Mercado y ambos tuvieron que retroceder á Tepic para defenderse, pues Cruz se dirigía ya á San Blas; Zea se situó en Maninalco, arriba de la barranca de Taray, con el ejército y con catorce cañones, para disputar el paso el 31 de Enero de 1812; pero flanqueado por las columnas de Quintanar y de Salas, sus soldados dispararon los cañones, volaron el parque y se dispersaron, dirigiéndose unos á San Blas y otros á Tepic. Quintanar con cien caballos se adelantó á ocupar Tepic, pero habiendo recibido orden de ponerse á las de Salas, esperó á éste, y ambos ocuparon la población el 5 de Febrero á medio día, encontrándose con la novedad de que entre el Cura Vélez y el Comandante Francisco Valdés, habían hecho una contra-revolución el dos de ese mismo mes y se habían apoderado de Zea, que volvía derrotado, de los cañones, parque, etc. Cruz ni siquiera tuvo el trabajo de llegar á la población, y comunicaba sus órdenes desde Ixtlán y San Leonel; cuando ya la revolución había terminado, llegó á Tepic el 8 de Febrero, y dió orden de que fuesen ejecutados los jefes insurgentes.

El día 12, que salió Cruz para el puerto, se cumplió la sentencia de Zea, y en los días siguientes siguieron las ejecuciones, se-

gún afirma el señor Pérez Verdía. El cadáver del desgraciado Teniente de Hidalgo permaneció colgado durante seis meses á la salida de la población, en el camino de Guadalajara, hasta que una mano piadosa lo descolgó y le dió sepultura.

FRAY FRANCISCO PARRA.

Hé aquí un religioso más que se lanzó á la revolución de Independencia llevado del entusiasmo que en todos los criollos produjo el grito de Dolores.

Este sacerdote, del que no se tienen muchos antecedentes, ingresó á la religión dominicana é hizo sus estudios en Guadalajara, en cuya Universidad se graduó de Doctor, y accidentalmente tenía á sus órdenes la imprenta única que había en aquella ciudad el año de 1810; juzgando fundadamente que ella podía ser un auxiliar poderoso para la revolución, la puso á disposición de Hidalgo la misma noche del 27 de Noviembre, día que el Generalísimo hizo su entrada en la capital de la Nueva Galicia. "Habló largamente con S. E., dice un documento de la época, con entusiasmo y ardor para promover nuestra Independencia, recordándose la antigua amistad que ambos se tenían desde el pueblo de Dolores; allí le ofreció la imprenta que tenía á su cargo el P. Dominico, primer auxilio de esta clase que tuvo nuestra libertad, y el único que había en todas aquellas provincias; sumamente gustoso el Excmo. señor por este hallazgo (porque creía y le dijeron que los europeos al tiempo de su fuga la habían dejado inutilizada), le encargó la impresión de los primeros papeles que se publicaron, necesarísimos para comenzar á dar al pueblo una verdadera idea de la justicia de nuestra causa: esto ejecutó el R. P.

Dominico con el mayor empeño é imprimió "á su costa" todas las proclamas, partes y bandos oficiales que entonces ocurrían."

No contento el religioso con haber hecho á la revolución un servicio tan importante como ese, se puso de acuerdo con Don José María González Hermosillo, conocedor de las provincias internas de Occidente, y proyectó llevar las armas insurgentes hasta aquellas remotas provincias. Habló con Hidalgo del asunto, y el Generalísimo, que veía la facilidad con que la revolución se había extendido, á pesar de lo de Aculco, por el país, inmediatamente nombró al padre Parra General, con el grado de Brigadier, y para acallar sus escrúpulos también hizo General á González Hermosillo, advirtiendo á éste que quedaba á las órdenes de aquél, pues "aunque muy honrado y eminente patriota, era hombre que necesitaba de consejos." Ambos acordaron su plan en presencia de Hidalgo y convinieron en reunirse en el pueblo de la Magdalena.

El 3 de Diciembre salió de Guadalajara el padre Parra, y el 5 se encontraba en el pueblo de la cita, con 500 hombres, de los que 150 eran de á caballo, y 30 nada más tenían fusiles; habiéndosele reunido Hermosillo el día 7, siguieron juntos su camino por las barancas de Mochiltiltic, que atravesaron en los días que pasaban de San Blas para Guadalajara los pesados cañones que enviaba el Cura Mercado; aumentaron su ejército en Tepic, no sin que el Capitán José Antonio López, Teniente de Hermosillo, hubiese tenido algunas dificultades con Don José Mercado por cuestiones de jurisdicción. Para evitarlas, apresuraron su camino, y el 15 del mismo mes llegaban á Acaponeta, último pueblo de Tepic, y atravesaban el río de las Cañas (que ellos llamaron Bayona), donde empezaba la provincia de Sonora.

El día 17 llegó el ejército independiente, que ya contaba con siete mil hombres, frente al Real del Rosario, donde se encontró con los realistas, del que los dividía el río. Pasado á nado, quedó derortado ese ejército, que mandaba Don Pedro Villaescusa, y

se vió obligado á capitular, interviniendo en la operación el padre Parra; siguiéronse otros actos de guerra cuya relación pertenece á la biografía de Hermosillo, y los insurgentes habían avanzado hasta San Ignacio, pero ya las tropas de Sonora mandadas por el General Don Alejo García Conde habían llegado y se preparaban á entrar en acción. Ignorante el padre Parra de esta circunstancia, buscó y encontró vado al río de San Ignacio y habiéndolo atravesado cayó en poder de una pequeña guerrilla que estaba emboscada. Llevado á la población, el Capitán Laredo lo puso en prisión estrecha y con centinela de vista; consiguió, sin embargo, hacer desaparecer sus despachos y una carta que Hidalgo le había dado para el Obispo de la Diócesi, señor Rousset, y únicamente conservó un sermón escrito en francés que le había servido para el que en honor de San Francisco de Asís predicó meses intes en Guadalajara; el Juez de la causa, que ignoraba aquel idioma, creyó que el sermón contenía planes de guerra y lo hizo figurar á la cabeza del proceso. Causa que bajo tales auspicios empezaba, amenazaba terminar muy mal para el padre Parra.

Sin embargo, la llegada del Intendente García Conde hizo cambiar el aspecto de la situación. No era sanguinario, y por lo mismo ordenó que se formase causa en forma al prisionero; esto en aquellos tiempos era cuestión larga, y más lo fué con el triunfo de los realistas sobre los independientes, conseguido el 8 de Enero. No teniendo que hacer allí ya el ejército llegado de Sonora, varios oficiales y el asesor letrado, Lic. Tresguerras, europeo, pidieron que el dominico fuese fusilado, pero á ello se opuso el franciscano Fr. Fernando Madueño, Capellán de García Conde, que ya había consultado el caso con el Obispo y recibido la terminante contestación de este: "en mi Diócesi no se ejecutará á ningún sacerdote." Así, pues, con el pretexto de remitir al preso á Durango, hasta se suspendió la causa, y en una oportunidad que se

presentó fué enviado el padre Parra á aquella ciudad, bien engrillado, eso sí.

Llegado á ella el famoso Bonavía lo entregó al Juez y el Asesor Don Angel Pinilla, que según un papel de entonces "había jurado no dejar en este suelo gota de sangre americana," asistió á la rigurosa sumaria que se le empezó á formar y que hubiera acabado muy mal para él si su imaginación y sangre fría, así como la simpatía que sabía inspirar á todos los que lo trataban no le hubiesen dado los medios de fugarse de la prisión. En un pasaporte que pudo conseguirse falsificó la firma del Intendente Bonavía y con él y sobornando al carcelero pudo salir de la prisión y de Durango; pasó grandes trabajos en el camino y consiguió llegar á Guadalajara, donde encontró acogida entre los religiosos dominicos; permaneció allí unos tres años, y muy lejos de haber escarmentado con su prisión, estuvo en correspondencia con los insurgentes de las inmediaciones, principalmente con los que ocupaban la isla de Mexcala en la laguna de Chapala, á los que dió varias veces noticias que les fueron de gran utilidad. El General Cruz, que llegó á enterarse de esto ó á sospecharlo, lo tuvo preso en diversos conventos y cuarteles, hasta que nuevamente consiguió fugarse.

Se refugió en México en el convento de su Orden, donde se le veía con prevención y desconfianza, á causa de sus ideas notoriamente insurgentes. Hecha la Independencia é instalada la Junta de premios, se presentó á ella el religioso dominico probando ampliamente sus méritos y servicios y consiguiendo que aquélla emitiera un dictámen sumamente favorable al peticionario con fecha 3 de Diciembre de 1824, y que lo recomendase al Gobierno para que se le diese una canongía, presentándose para ella cuando el patronato estuviese declarado y celebrado el concordato con la Silla Apostólica. Alamán pone en duda los méritos del dominico, tacha de demasiado parcial á la Junta de premios y agrega que aquél no llegó á secularizarse ni á obtener la canongía, (pues como el patronato no llegó á declararse, el Cabildo no tenía motivo al-

guno para hacer aprecio de las recomendaciones del Gobierno); y que falleció en el Convento de Santo Domingo, de México, á mediados del siglo pasado.

Después de las tribulaciones que padeció el padre Parra, siquiera tuvo la satisfacción de ver ealizada esa Independencia, por la que trabajó.

Don Carlos Bustamante, seguido por Don Lucas Alamán y un documento publicado por el señor Hernández Dávalos, atribuido al mismo padre Parra, son los que nos hablan de él en los términos que lo hemos hecho; sin embargo, de la causa que se formó al mismo y que vió en el Archivo general el señor Alamán, aparece que no es cierto nada de lo aquí narrado, y que la verdad es la siguiente:

Fray Francisco Parra salió de Guadalajara con un hermano suyo, corista, acompañando á una señora casada con un español que iba á reunirse con su marido; su hermano quedó enfermo en la villa de San Sebastián, á la que regresó pocos días después el P. Parra, que entonces cayó en manos de Hermosillo; sabedor de que aquél se expresaba mal de los insurgentes, lo retuvo á su lado hasta que en San Ignacio consiguió escaparse. Se le formó causa por haber estado algunos días entre los insurgentes y fué enviado á Durango libre y con recomendación del Comandante García Conde. Absuelto, volvió á Guadalajara, pero los indultados Reyes y Salgado entregaron la correspondencia que Parra había seguido con ellos mientras fueron insurgentes. Por este delito fué nuevamente procesado y preso, pero consiguió escaparse y se presentó en 30 de Mayo de 1817 al Cura de Tequila para que lo indultase, como lo verificó.

Admitiendo sin discusión esta versión, resultaría el padre Parra un mentiroso; sin embargo, teniendo en cuenta que los insurgentes al caer en manos de los realistas procuraban quitarse toda clase de responsabilidades y que el Comandante García Conde era muy respetuoso con los sacerdotes, como en diferentes ocasiones hemos tenido oportunidad de comprobarlo, y algo crédulo, se verá que puede haber exagera-

ción en los méritos que se atribuye el padre Parra, pero no una tan completa falta á la verdad que nada de lo que en el documento citado sea cierto: á García Conde pudo haberle dicho lo que le pareció, pero sin embargo, queda el hecho principal de que salió de Guadalajara por los mismos días que González Hermosillo: no hay en su causa la orden que se dice expidió éste para aprehender á aquél, y además, queda el hecho de que habiendo vuelto á Guadalajara estuvo en correspondencia con los insurgentes. A nuestro modo de ver, el señor Alamán no tiene razón cuando desmiente á Bustamante.

D. JOSE MARIA GONZALEZ HERMOSILLO.

A juzgar por el apellido, este insurgente fué nativo de la Nueva Galicia, donde existió ese apellido, y teniendo en cuenta que según un documento, la mujer é hijos de Don José María residían en Tepatitlán, pueblo de esa provincia, hay que convenir en que las presunciones son de que fué originario de ella.

Empezó su carrera militar á las órdenes de Gómez Portugal, pocos días después de iniciada la revolución, y con él entró á Guadalajara el 11 de Noviembre; conocedor de las provincias del Norte, propuso á su jefe ir á conquistarlas, idea que agradó á éste, haciéndole que mandara extender á Hermosillo su nombramiento; sin embargo, no llegó á hacer uso de él, por el acuerdo á que llegó con el amo Torres, de no hacer nada hasta que Hidalgo ó Allende no resolviesen la cuestión de superioridad en el mando que habían sometido á la resolución de esos caudillos. Entre tanto, Hermosillo se dirigió al religioso dominico Fr. Francisco Parra, que no sólo le prometió recomendarlo con Hidalgo, sino ayudarlo en la empresa. En la biografía de aquel religioso hemos visto el arreglo á que se llegó, y que si es cierto, demuestra que Hermosillo era bastante humilde y condescendiente.

El primero de Diciembre dejó á Guadalajara con unos cuantos hombres, y ya el día 6, que entró en la Magdalena, tenía 1,700

hombres de á pie, 200 caballos y 68 fusiles; llevaba como subalternos á los Tenientes José Antonio López, Don Trinidad Flores, otro apellidado Quintero, y debía ponerse en combinación con el Mariscal Don Antonio Aldama, sobrino de los Generales de ese apellido, que había salido á expedicionar por Tepic. Rápidamente cruzó el Distrito de Tepic, engrosando sus filas, y el 15 del mismo mes de Diciembre cruzaba el río de las Cañas y entraba á la región de Ostimuri ó Sinaloa, perteneciente entonces á la provincia de Sonora. El día 17 se avistó frente al Real del Rosario el ejército realista mandado por el Coronel Don Pedro Villaescusa, disponiendo de mil fusiles y seis piezas de artillería; encontrados varios vados, pasaron los insurgentes el río en la madrugada siguiente, y divididos en dos columnas flanquearon á Villaescusa, que tuvo que encerrarse en la población; ésta trató de defenderse con la artillería situada en la plaza, pero muertos los artilleros y mutilado bárbaramente el Comandante de la batería, quedó la población por los insurgentes, y aunque la resistencia, más débil á cada momento, duró hasta las cinco de la tarde, el jefe español comprendió que no podría resistir más tiempo y trató de salir de la mejor manera posible de la difícil situación en que se encontraba.

Capituló Villaescusa entregando cañones, armas y material de guerra, y consiguiendo que á él y á una pequeña escolta se le permitiese retirarse rumbo al Norte; el resto de su ejército fué incorporado al insurgente, pero no tardó en empezar á desertarse. Hermosillo recibió como premio de esta victoria el despacho de Coronel y la promesa de ser ascendido á Brigadier cuando llegase á Cosalá, "donde según informes que tenía (Hidalgo) había gruesas cantidades de reales y mucha plata en pasta, de que tenía gran necesidad para los crecidos gastos de su ejército." Hermosillo, que no necesitaba que lo animasen, siguió adelante con su ejército fuerte en 5,601 hombres y ya armado un poco menos mal que al principio; ocupó Calderón, San Sebastián (27 de Diciembre) y siguió para San Ignacio. Siguiendo las instrucciones de Hidalgo,

inundó la comarca de proclamas y reunió los fondos que pudo, remitiendo al Generalísimo catorce marcos de oro y procuró hacerse de más recursos. "Deponga usted, le decía éste en carta de 3 de Enero de 1811, que cayó en manos de García Conde y que éste remitió á Chihuahua, donde se agregó á la causa del Cura de Dolores; deponga usted todo cuidado acerca de los indultos ó libertad de europeos, recogiendo usted dar seguro, y al que fuese inquieto, perturbador ó seductor, ó se (le) conozcan otras disposiciones, los sepultará en el olvido, dándoles muerte con las precauciones necesarias, en partes ocultas y solitarias, para que nadie lo entienda." En otra carta posterior ordenaba á Hermosillo que "procurase realizar cuanto fuese posible los bienes de los europeos."

Poco podía hacer el invasor de Sinaloa en ese sentido, pues no eran muchos los europeos radicados en la provincia, y por otra parte, la actitud de Villaescusa era para preocuparlo exclusivamente. El Coronel derrotado, además de haber reunido bastantes dispersos, había enviado á García Conde correos tras de correos, dándole cuenta de su situación, y había recibido orden de hacer frente al enemigo y entretenerlo mientras llegaba en su auxilio el mismo Intendente. Como consecuencia de estas órdenes se situó en San Ignacio á orillas del río Piaxtla, muy crecido á la sazón, y dejando á Hermosillo que disparase inútilmente cañonazos, se limitó á cuidar los pasos del río; de esa manera pudo hacer prisionero al padre Parra, que encontró vado. Así pasaron los días comprendidos del 29 de Diciembre de 1810 al 8 de Enero de 1811, en que por haber bajado las aguas se facilitó el paso del ejército. Pero en ese intervalo había llegado ya García Conde con cuatrocientos ópatas bien armados y había reunido mucha gente, armada, de la comarca.

El día 8 atravesaron los independientes el río sin ser molestados, y formados en tres columnas se dirigieron al pueblo de San Ignacio, maravillándose de no encontrar resistencia, creyendo que Villaescusa

habría huido, pues ignoraban la llegada del Intendente con su tropa; pero pronto tuvieron ocasión de saber lo que hacían los enemigos: las columnas de la derecha y del centro fueron detenidas por el vivo fuego de la artillería realista, y sólo la de la izquierda consiguió forzar el paso y entrar á la población, pero atacada por los ópatas que ocultos en los zarzales hacían un fuego mortífero, también se desorganizó, acabando los soldados por ponerse en fuga. García Conde exagera al decir que Hermosillo tuvo quinientos muertos y mayor número de heridos y que sus tropas sólo tuvieron tres muertos y diez heridos levemente; ni él perdió tan poca gente, ni el insurgente tanta. También el padre Parra incurre en inexactitudes al decir en su relación que casi fué una sorpresa la derrota de los independientes.

González Hermosillo desapareció en la acción y con su desaparición acabó la revolución en Sinaloa, pues su segundo, José Antonio López, se presentó un mes después en Tepic á Cruz, solicitando indulto; de Quintero y Flores no se vuelve á hablar, y en cuanto á Aldama, que expedicionaba por el Distrito, se retiró violentamente rumbo á Zacatecas y no volvió á aparecer por aquellos rumbos; todos los pueblos invadidos volvieron á la obediencia del Gobierno. No consta que García Conde cometiese ningún exceso con los prisioneros, y únicamente se sabe que se apoderó del campamento de Hermosillo, recogiendo hasta la ropa de los jefes insurrectos, apoderándose de la correspondencia de aquél con Hidalgo. Seguramente porque disponía de pocas fuerzas ó por no invadir ajena jurisdicción, no siguó hasta el Sur del río de las Cañas para reconquistar Tepic, que en esos días aún se hallaba en poder del Cura Mercado.

Algún tiempo después, los documentos de la época vuelven á hacer mención de González Hermosillo. Se mantuvo durante bastante tiempo en los Cantones de Colotlán y de Tepic, gracias á lo escabroso del terreno, y en vano lo persiguieron los Comandantes realistas. En 1813 excursionó por Tepetitlán y Lagos; en 1814 lo vemos al

frente de varias partidas ocupando á Huejúcar y encerrando al Comandante Iriarte en la iglesia y en el reducto del Refugio, y poco tiempo después recibía del Congreso de Chilpancingo los nombramientos de Brigadier y de Comandante general de la provincia de Nueva Galicia; con esta investidura encontramos una orden suya referente á pasaportes; en 4 de Octubre del mismo año de 1814 se presentó en Yahualica é hizo una correría desde Nochistlán hasta Lagos.

No se vuelven á encontrar muchas noticias suyas y se ignora si pereció en alguno de los combates que sostuvo ó si se indultó como tantos, ó en fin, si volvió á tomar las armas en 1821, cuando Iturbide proclamó la Independencia.

Posteriormente á ésta, el Congreso de Jalisco dió al pueblo de Huejúcar en el Cantón de Colotlán el nombre de Hermosillo, pero parece que ha prevalecido el nombre antiguo y el del insurgente fué dado al olvido enteramente.

De todas las campañas de esa época, la de Don José María González Hermosillo fué la más corta, pues en veinticuatro días se realizó, contando desde el en que penetró á Sinaloa; en tan poco espacio de tiempo invadió una extensa región y casi se apoderó de toda ella, derrotó ejércitos, dió lugar á que se rehicieran sus enemigos, fué derrotado y perdió todas sus conquistas. Si todo ello es prueba de lo favorable que la opinión pública era á la idea de Independencia, también lo es del poco acierto y ninguna experiencia de los hombres que se propusieron realizar esa idea.

FRAY BERNARDO CONDE.

No obstante que de muchas personas se carezca de datos suficientes para hacer su biografía completa, creemos que deben figurar en este libro, con los pocos datos que de ellos se han podido obtener, tanto porque la índole de él lo exige, cuanto porque supieron morir por la causa de la Independencia, que con tanto entusiasmo abrazaron. Al número de esas personas pertenece Fr. Bernardo Conde, del que la Historia nada más dice que predicó en Guanajuato en favor de la insurrección y murió fusilado en Durango. La publicación de muchos de los documentos, referentes á aquella época, emprendida por el señor Hernández y Dávalos, proporciona algunas más noticias acerca de él y de otros, y las hemos aprovechado hasta donde ha sido posible en esta serie de biografías.

Nació Fr. Bernardo Conde, según los informes de Fray Simón de Mora, en Querétaro, é ingresó en la religión seráfica, en la provincia de Michoacán; en 1810 era definidor y se le consideraba como uno de los más distinguidos predicadores de su Orden, "por su conato en inflamar á las gentes." Residía en Guanajuato en los días que llegó Allende á esa ciudad, de vuelta de las Cruces, y asistió á la Junta que convocó aquél para tratar de la defensa de la población; en ella exhortó Allende á los religiosos y clérigos "para que predicasen en las calles y plazas, persuadiendo al pueblo

á que defendiese la religión y pelease por ella hasta morir," según dijo el Ayuntamiento en la exposición que dirigió al Virrey.

Fray Gregorio Conde fué de los que siguieron el consejo, señalándose por su verba; el tema de uno de los sermones fué "que los gachupines eran enemigos de trescientos años, que era maldito el que no tomase las armas para la defensa, y exigió á su auditorio juramento de defenderse." En otro sermón, que como los más, pronunciaba en plena calle y llevando en la mano un Crucifijo, en lo más fervoroso de su prédica pronunció estas palabras, dirigiéndose á la imagen: "Señor, justicia te pido contra los gachupines." Estas predicaciones no podían menos que exaltar el ánimo de los oyentes, convirtiendo á muchos de ellos en partidarios de los insurgentes.

Aunque el padre Mora dice que el franciscano recibió orden de Calleja de irse á presentar ante el Virrey, esto es inexacto, pues F. Bernardo tuvo buen cuidado de no presentarse al jefe español cuando entró á la ciudad, y aunque no consta que acompañase á Allende, sí se sabe que en la primera oportunidad que encontró se agregó á la comitiva de los caudillos y con ellos emprendió el viaje al Norte. Cayó prisionero en Baján y en la lista de los prisioneros hecha por Herrera en Monclova algunos días después, el nombre de Fr. Bernardo Conde es el primero que se lee, pues los religiosos figuran en primer lugar, después los clérigos y al final los seglares. De Monclova fué llevado á Mapimí, donde se separó del convoy á los sacerdotes, que siguieron para Durango, á fin de que los juzgase la justicia eclesiástica en aquella ciudad, en que residía el Obispo.

Ya hemos dicho que el Ilmo. señor Olivares se negó á degradarlos y aun trató de salvarlos, lo que le costó agrias contestaciones con Bonavía y que sólo hasta después de muerto el Prelado se procedió á ejecutar las sentencias de muerte dictadas. De los diez religiosos procesados en Durango, fueron fusilados seis, uno enviado á San Luis Potosí y tres sentenciados á pe-

nas diversas de prisión. Fray Bernardo fué de los fusilados en esa ciudad, el 17 de Julio de 1812, en unión de los padres Balleza, Hidalgo (Ignacio), Bustamante, Medina y Jiménez ó Belam. Esos fusilamientos fueron una tardía venganza, y después del tiempo transcurrido desde la aprehensión, no pueden justificarse.

DON PASCASIO ORTIZ DE LETONA.

Fué éste el primer Embajador nombrado por el embrionario Gobierno independiente, y la suerte que corrió aquél tenía que estar en consonancia con la de éste.

Ortiz de Letona había nacido en Guatemala y hacía poco tiempo que había pasado á Nueva España para proseguir sus estudios de botánica, á los que era muy aficionado; en 1810 se encontraba en Guadalajara, protegido por su pariente Don Salvador Batres, uno de los oficiales reales de la ciudad, cuando fué ocupada por Torres, y se convirtió en la residencia de los principales caudillos. El joven naturalista se declaró insurgente, y de las conversaciones que tuvo con Rayón, que fué muy afecto siempre á buscar apoyo en el exterior, nació la idea de enviar un Embajador á los Estados Unidos, con el objeto de conseguir la ayuda del Gobierno de esa nación, cuyas tendencias se desconocían, pero al que se suponía lleno de altruismo hacia los pueblos hispano-americanos que luchaban por adquirir su independencia de España.

Sometida la idea de la Embajada á Hidalgo, éste no la desaprobó, así como tampoco Allende, que por esos días llegó á la ciudad, y, en consecuencia, se procedió á extender las las credenciales del Embajador, pero como pareció necesario que fuesen firmadas por autoridades en forma y no por simples caudillos, para que fuesen atendidas, se procedió previamente á insta-

lar la Audiencia, que jamás llegó á funcionar, el Ministerio, etc.; una vez hecho esto y dado á Letona el nombramiento de Mariscal, para dar mayor realce á su persona, se le extendió el 13 de Diciembre de 1810, firmada por Hidalgo, Allende, Chico, Rayón y otras cuatro personas. El documento demuestra la ignorancia de sus autores de achaques y formalidades diplomáticas, pero no es ridículo ni absurdo como algún escritor ha dicho.

No conociendo bien el país Letona, necesitaba una persona que lo conociese para que por veredas extraviadas lo llevase hasta la costa donde se embarcase, pues se consideraba muy difícil hacerlo por tierra, ya que en esos días se ignoraban los progresos que por el Norte hacía Jiménez. Don José Guadalupe Padilla, mediero en la hacienda de "El Cabezón," propiedad del Mayorazgo Cañedo, fué designado por Hidalgo y Batres, que lo conocía, para acompañar á Ortiz de Letona. Padilla estaba acostumbrado á hacer viajes con ganado desde la costa del Pacífico hasta la ciudad de México y de allí dirigirse á la costa del Norte y Tabasco para comprar cacao, de manera que conocía perfectamente una buena porción del país y las veredas, caminos extraviados, etc. Consiguieron llegar Letona y Padilla hasta la Huaxteca, y en el pueblo de Molango se separaron momentáneamente; Letona quiso cambiar por moneda menuda una onza de oro y se internó en el pueblo, donde se hizo sospechoso y fué aprehendido; registrado cuidadosamente su pequeño equipaje, se encontró en la silla de montar su credencial, por lo que el justicia del pueblo formó un pequeño proceso que, en unión del reo, remitió á México.

Letona comprendió que en aquellos momentos de efervescencia se le condenaría á muerte y decidió suicidarse, para no verse sujeto á un juicio enojoso y en el que se le obligase á hacer declaraciones y rebelar nombres, y para evitar la afrenta del suplicio; sin embargo, alimentando la esperanza de fugarse, no puso en planta su resolución sino hasta el último momento. Viéndose ya en la Villa de Guadalupe, á

pocos minutos de México, comprendió que su situación no tenía remedio y apuró un veneno que á prevención llevaba y que le produjo la muerte en los últimos días del mes de Enero de 1811.

Padilla esperó inútilmente á Letona en las afueras de Molango y aun procuró averiguar el motivo de su tardenza; habiéndolo sabido, se alejó rápidamente de la población, y por sendas extraviadas, para no encontrarse ni con realistas ni con independientes, se dirigió á Guadalajara, ya ocupada por Calleja y Cruz. No faltó quien lo denunciase á este último, y hubiera sido fusilado si poderosas influencias, entre ellas las del Mayorazgo Don Ignacio Cañedo y Zamorano y las del mismo Don Salvador Batres, sobre todo la de este último, no hubieran conseguido salvarlo; la pena de muerte le fué conmutada en una multa de trescientos pesos anuales que Cruz exigía con toda puntualidad y que Padilla pagó hasta el año de 1821. Falleció en 1828, y Batres vivió mucho tiempo todavía, pues falleció después de 1853.

Esta relación nos ha sido enviada por un miembro de la familia Villaseñor, á la que por la línea materna, pertenecía Don Guadalupe Padilla.

DON JUAN B. CARRASCO.

Aun cuando sea en pocas líneas, debemos hacer mención de todos aquellos individuos que tomaron parte en la revolución desde sus comienzos y que fueron á morir en Chihuahua, ya que por falta absoluta de datos no nos es posible hacer la biografía de todos y cada uno de los veintitrés fusilados en aquella ciudad, los seis sacerdotes ejecutados en Durango y los varios que lo fueron en Monclova, haciendo un total como de cincuenta personas.

Don Juan Bautista Carrasco fué de los primeros que tomaron parte en la guerra, y probablemente desde Dolores ó San Miguel siguió al ejército independiente; para decir que desde Dolores lo hizo, tenemos el dato de que se ignoran á ciencia cierta los nombres de las personas que estuvieron en la casa de Don Miguel Hidalgo la noche del 15 al 16 de Septiembre, y aunque diversas ocasiones se han publicado los de algunos individuos que se dice fueron de los primeros insurgentes, las listas respectivas nunca han coincidido unas con otras; para creer que Carrasco se incorporó en San Miguel, nos fundamos en la circunstancia de que siempre caminó en unión de Don Luis Malo y Don Luis G. Mireles, que se unieron en aquella población ó en sus cercanías á las huestes de Hidalgo. Además, figurando, como figuró, poco tiempo en el ejército, su nombramiento de Brigadier que se le dió en Celaya, sólo se explica por su

incorporación á aquél desde el principio. En fin, entre la multitud de jefes que hubo y entre los que cayeron prisioneros en Baján,, Hidalgo, Aldama y los demás lo distinguían perfectamente, como se vé en las respectivas causas, lo que no hubiera sucedido si se hubiera unido después á las tropas independientes.

De Celaya fué despachado por Hidalgo a Acámbaro par hacerse de recursos y de gente y se incorporó en Silao á pocos días. Estuvo Carrasco en Guanajuato y en las Cruces mandando el número de hombres que le correspondía, y en esta última batalla se encontró á las inmediatas órdenes de Jiménez, como estuvo Malo. Después de Aculco se dirigió á Guanajuato, en cuya defensa tomó parte y se retiró á Zacatecas con Allende; cuando este jefe comisionó á Jiménez para que se dirigiese al Norte, le dió como subalternos á Carrasco, á Malo y á Mireles, "personas apreciables de buenos sentimientos," dice un escritor. Estuvo en toda la campaña de las provincias internas y en la batalla de Agua Nueva y entró al Saltillo.

En esa plaza, Jiménez, que tenía que atender al gobierno de una vastísima comarca, decidió encargar la continuación de la campaña hasta Monterrey á sus subalternos, y al efecto destacó á Carrasco y á Mireles con doscientos hombres sobre la capital del Nuevo Reino de León, donde mandaba Don Manuel Santa María, que tenía el carácter de Gobernador de la provincia. El señor Marín, Obispo de la Diócesi, no esperó á los insurgentes, sino que abandonó la ciudad, dirigiéndose á la costa, y se embarcó rumbo á Veracruz. Santa María, encontrándose con poca fuerza, y sobre todo, teniendo en cuenta el estado de la opinión pública, no se atrevió á resistir á Carrasco y se declaró por la revolución, que le dió el empleo de Mariscal. De esta manera quedó por la independencia toda la vasta región de las provincias Internas de Oriente y sin gobernantes españoles, pues Cordero, que lo era de Coahuila, era prisionero de Jiménez; Salcedo, de Tejas, lo era de Casas; Iturbe, del Nuevo Santander, había huido,

y el de Nuevo León se había declarado insurgente. La ocupación de Monterrey se verificó á mediados de Enero de 1811 y á los pocos días de ella entraron á la ciudad Jiménez y los demás jefes insurgentes, siendo perfectamente recibidos, pues ni el más insignificante acto de desorden permitió Carrasco; el Ayuntamiento y las autoridades salieron á recibir á Jiménez, y en la puerta de la Catedral fué recibido bajo palio por el Cabildo, entonándose en seguida el "Te Deum," al que siguió un banquete, como era de rigor en esos casos.

Carrasco permaneció en Monterrey aun después de salido Jiménez, y sólo dejó la ciudad cuando supo el viaje de los caudillos y los rumores de que Ochoa y Melgares trataban de atacarlos en el camino; en unión de Santa María salió de la ciudad y se adelantó hasta la hacienda de Patos, donde encontró á Allende, que fué el primero que llegó. Resuelto definitivamente el viaje á los Estados Unidos, fué de los designados á tomar parte en la expedición, dato que corrobora nuestro aserto de haberse pronunciado desde el principio, pues los caudillos procuraron ir acompañados de toda la gente que conocían bien.

Cayó prisionero en Baján y se le llevó á Chihuahua, juzgando que su persona era de gran importancia, como sí lo era ya, por el papel tan principal que había desempeñado en la campaña de Nuevo León. Su causa fué una verdadera sumaria que terminó en pocos días con una sentencia de muerte; Carrasco fué fusilado en la mañana del 10 de Mayo de 1811, en compañía del Mariscal Camargo y de Marroquín; esas ejecuciones fueron el preludio de las numerosas que se hicieron en Chihuahua.

En la imposibilidad de adquirir más datos acerca de otros individuos cuya carrera y fin fueron muy parecidos á los de Carrasco, nos conformaremos con mencionarlos aquí. Esos individuos fueron: Don PEDRO LEON, que tuvo el carácter de Mayor de plaza, y del que se ignoran sus antecedentes, cuándo se incorporó al ejército insurgente, y lo que hizo en él; fué fusilado el 6 de Junio; Don NICOLAS ZAPA-

TA, Mariscal, compañero de Carrasco en toda la campaña del Norte y que ayudó á la revolución de San Luis Potosí; fué fusilado el mismo día 20; y el Intendente del ejército Don JOSE SOLIS, que por el cargo que tenía, parece que desde Dolores ó San Miguel se adhirió á la insurrección, fué fusilado el 27 de Junio. Sirvan estas líneas para recordar los nombres de esos humildes colaboradores en la obra de nuestra Independencia, ya que no es posible conocer los hechos de su vida; con su muerte en un cadalso adquirieron el derecho de que la posteridad recuerde siquiera sus nombres con agradecimiento y veneración.

Del único que intencionalmente no hemos hecho referencia, no obstante que disponemos de datos para hacer su biografía, es de Marroquín, porque en concepto nuestro, ese hombre ningún servicio prestó á la causa nacional, antes contribuyó á desacreditarla, con su conducta.

DON JUAN BAUTISTA CASAS.

De tal modo fué expansiva la fuerza de la revolución de Independencia, que hizo seguir sus banderas á gentes que ni noticia tenían de ella pocos días antes, ni jamás habían conspirado, ni, en fin, tenían motivos de resentimiento con la dominación española, á cuyo gobierno servían. Casas, del que vamos á ocuparnos, era uno de ellos.

A las provincias internas había llegado la noticia del grito de Dolores y á sus autoridades se circularon órdenes de que ejerciesen mucha vigilancia, para evitar que la revolución cundiese por su territorio, pero parecía que los insurgentes ocupados en el interior de la Colonia no pensaban extender su influencia hasta aquellas regiones. Sin embargo de que la revolución de San Luis, realizada en Noviembre de 1810, puso en cuidado á las autoridades de esas provincias, por algunas semanas siguieron tranquilas en la apariencia, aunque en el fondo todos los espíritus estaban agitados y la llegada de Jiménez les hizo comprender que había llegado el momento de la revuelta.

Cordero, cuya jurisdicción estaba invadida, quiso contrarrestarla y presentó batalla en Agua-nueva el 6 de Enero de 1811; abandonado por su ejército tuvo que huir, y al hacerse público el resutado de la acción, desde el Saltillo hasta las fronteras del Sabina, y del desierto de Mapimí hasta la costa del Golfo, se creyó que la dominación española había terminado ya, pues nin-

gún ejército quedaba que oponer á los triunfantes insurgentes, y los militares fueron los primeros en secundar el movimiento de Independencia.

Casas se encontraba en San Antonio de Béjar, capital de la provincia de Texas, y tenía el carácter de Capitán de las milicias provinciales; puesto de acuerdo con su oficialidad, se sublevó el 22 de Enero, y como primera providencia aprehendió al Gobernador Don Manuel Salcedo, español, y al que lo había sido de Nuevo León, Don Simón de Herrera; los trató bien y con una escolta conveniente los remitió á Monclova. Jiménez ratificó lo hecho por Casas y le envió el nombramiento de Gobernador de Texas. Pocos días después llegó el Lic. Aldama y el padre Salazar en camino para los Estados Unidos, y fueron bien recibidos por el nuevo Gobernador.

No acostumbrado Casas á tener un mando superior, cometió algunas injusticias, que causaron bastante descontento; de éste se supo aprovechar hábilmente un agente del ex-Gobernador Salcedo, llamado Zambrano, Subdiácono, de malos antecedentes y de carácter aventurero que supo engañar aun á los más decididos partidarios de la Independencia que había en Béjar; siguió después por hacer sospechoso á Aldama, cuyo uniforme se parecía á los que usaban los soldados de Napoleón, lo que dió pretexto á Zambrano para decir que era emisario del Emperador de los franceses. Considerando ya maduros sus planes, el primero de Marzo se dirigió con sus partidarios al cuartel, del que con facilidad se apoderó, gracias á que parte de la tropa la tenía ganada, é hizo prisionero á Casas, aunque sin anunciar todavía que trataba de hacer una contra-revolución; puso en libertad á los presos por aquél, devolvió sus bienes á sus primitivos dueños, aseguró á Aldama y su comitiva y situó una fuerza de 500 hombres en Laredo, para que estuviesen en expectativa; despachó, por último, dos comisionados á Calleja, que debían aparentar ir á hablar con Jiménez: éstos en Monclova hablaron con Elizondo, que parece que fué

entonces cuando resolvió hacer la contra-revolución de Monclova.

Al saber lo ocurrido en Baján, Zambrano se declaró anti-insurgente y se puso enteramente á disposición de Herrera, nombrado Gobernador de Coahuila, entregó á los presos que tenía y envió el ejército de Laredo para que contribuyera á la custodia de los prisioneros. Casas fué enviado á Monclova, donde fué fusilado en Marzo de 1811, sin que le valiera el buen trato que dió á sus presos, especialmente á Salcedo y á Herrera.

DON MANUEL SANTA MARIA.

Fué uno de los pocos españoles que se declararon por la Independencia en los comienzos de ésta.

Había nacido en Sevilla, pero llegado á Nueva España en su más tierna edad, se consideraba como mexicano, y en tal concepto era tenido por todos; los servicios que había prestado al Gobierno colonial le dieron los méritos suficientes para que se le hiciese caballero del hábito de Santiago, y se le diese el puesto de Gobernador del Nuevo Reino de León, en substitución de Don Simón de Herrera y regenteando ese destino lo encontró la insurrección de 1810.

Tardó unos tres meses en llegar el trastorno general hasta su Gobierno, no obstante que ya desde Noviembre empezaban á acercarse á la provincia los insurgentes de San Luis. Santa María tenía pocas tropas y algunas de ellas las había enviado á Cordero, por lo que en realidad carecía de ejército para oponerse á la insurrección, y su situación era comprometida. Derrotado Cordero en Agua-nueva, no había soldados que oponer á Jiménez, pues los pocos que quedaban no ocultaban su simpatía por la Independencia. En este conflicto y creyendo que la Independencia se realizaría, no vaciló largo tiempo y antes de que Carrasco y el lego Villerías llegasen á Monterrey, Santa María se declaró en favor de la revolución, obligando, con este acto, á huir más rápidamente, al Obispo de la Diócesi, señor Marín.

La provincia entera siguió á su gobernador, que no cometió ninguna tropelía ni cambió autoridades y que hizo un gran recibimiento al Mariscal Jiménez cuando con su ejército llegó á aquella ciudad. Acompañó á este jefe á recibir á los caudillos en el camino, y para proporcionarles algunas comodidades resolvió ir en compañía de ellos algunas jornadas y regresar después á su Gobierno; en este viaje lo acompañó Juan Ignacio Ramón, Comandante de milicias de Lampazos, que había contribuido á que la revolución se extendiese por el Norte de la provincia y que en premio de sus servicios recibió el grado de Capitán; Santa María tenía el de Mariscal, conferido por Allende.

Cayó prisionero en Acatita de Baján, y en lugar de que se le juzgase en Monclova, como á muchos otros, fué enviado á Chihuahua, seguramente por su carácter de gobernador de provincia. Su suerte no era dudosa, pues además de ser insurgente tenía las agravantes de ser español, caballero de hábito y gobernador, así es que el Juez Ruiz de Bustamante, sin muchas vacilaciones, lo condenó á muerte por la espalda, como á traidor. La sentencia se ejecutó en la plaza de Ejercicios de Chihuahua, el 26 de Junio, mismo día en que fueron fusilados Allende, Aldama y Jiménez. Para esas ejecuciones, que se hacían en grupos, se escogían presos de posición semejante entre sí.

El Capitán Don Juan Ignacio Ramón siguió la misma suerte que su jefe Santa María, pues también fué hecho prisionero y conducido á Chihuahua; el Consejo de Guerra lo condenó á ser pasado por las armas, ejecutándose la sentencia el 6 de Junio, día en que también fueron fusilados los señores Zapata, Mariscal; Don José Santos Villa, Coronel; Don Mariano Hidalgo y el Mayor de plaza Don Pedro León.

Santa María es el tipo fiel de la autoridad española que apreciaba los acontecimientos bajo su verdadero punto de vista y que comprendiendo que la dominación de España estaba para terminar, creyó más prudente seguir la corriente que oponerse á ella; ejemplo al que se habrían anticipa-

do muchas autoridades si la capital del Virreynato hubiera sido ocupada por el ejército insurgente en Noviembre de 1810, después de la batalla de las Cruces, como parecía indicado. Nuevo León jamás ha dedicado el menor recuerdo á su gobernante insurgente, no obstante lo acreedor que es á que su memoria viva entre los neoleoneses patriotas.

DON MANUEL JOSE GARCES.

La persona que va á ser motivo de estos cortos apuntes biográficos es una prueba elocuente de lo poco que conocemos de nuestra historia, la que jamás nos hemos ocupado de estudiar en documentos, sino cuando mucho en compendios más ó menos mal escritos, y todos bastante incompletos. También es prueba de lo poco que se han ocupado de ella los que estaban en aptitud de proporcionar datos y pormenores de los sucesos de que al mismo tiempo que actores fueron espectadores; si el señor Garcés, hombre de letras é ilustrado que acompañó á los caudillos desde Zacatecas hasta Baján y estuvo preso con ellos en Chihuahua, se hubiera ocupado de referir lo sucedido en ese viaje, hoy tendríamos un documento que llenaría la laguna que hay en nuestra historia acerca de él, que en parte ha sido reconstruido con datos á veces contradictorios ó no muy veraces.

Don Manuel Mariano José Garcés fué nativo de Zacatecas; siguió la carrera de abogado, haciendo sus estudios probablemente en Guadalajara, que era el punto más cercano, y volvió á su ciudad natal á ejercer su profesión. Se encontraba en ella cuando estalló la revolución de 1810, que inmediatamente repercutió en aquel mineral, donde ya desde meses atrás estaba la población minera en efervescencia. Como á mediados de Mayo de ese año, hubo allí un tumulto que empezó á los gritos de "Mueran los ga-

chupines. Salga esa canalla de forasteros ladrones que ha venido á cogerse lo que es nuestro;" varios peninsulares fueron maltratados y sólo consiguieron aplacar el motín los padres misioneros de Guadalupe, que con sendos Crucifijos en las manos salieron á predicar al pueblo y empezaron desde el siguiente día á dar misiones. Cuando el 21 de Septiembre se tuvo noticia del grito de Dolores, la población entera entró en conmoción y el Intendente Rendón vióse muy apurado para impedir que la revolución estallase en el momento.

Convocó á los europeos para que se armasen y formasen patrullas que recorrieran la ciudad, construyó armas, pidió refuerzos a los distritos y á los hacendados, solicitó auxilios de San Luis, Guadalajara y Durango, llamó al gobernador de Colotlán con sus indios para que defendiese la ciudad y Aguascalientes, y dictó otras providencias, pero no tenía esperanzas de que le llegasen socorros ni de dominar la situación. La noticia de la toma de Guanajuato acabó de insolentar á la plebe, y como el Intendente comprendiese que le sería imposible evitar la revolución, envió á Durango cincuenta barras de plata del Rey, llamó con urgencia al Conde de Santiago de la Laguna, que era muy querido en la población, y convocó á una junta á las autoridades y vecinos principales. Concurrieron el Ayuntamiento, las diputaciones de minería y de comercio, administradores de rentas, cura, prelados de las religiones y varias personas notables; se declaró que la resistencia era imposible, y los europeos ricos se resolvieron á salir de Zacatecas, como lo hicieron; el Intendente, por su parte, dejó el puesto, y el Ayuntamiento procedió á formar nuevo Gobierno de la provincia.

El Lic. Don Manuel José Garcés fué nombrado Asesor interino; el Conde de la Laguna Intendente, y una de las primeras providencias de ese Ayuntamiento que procuró hacer las cosas en orden, fué promover el establecimiento de una casa de Moneda, como se verificó, previo el dictámen de las autoridades correspondientes, entre ellas del citado Asesor. También envió el nuevo Go-

bierno al Doctor Cos cerca del insurgente Iriarte para enterarse del objeto de la insurrección, y cuando entró este jefe á Zacatecas el 2 de Noviembre, poco tuvo que hacer, pues se encontró con la revolución ya hecha y constituido el nuevo Gobierno, que evitó el saqueo y las escenas de desorden que en otros puntos se produjeron. Aquel orden de cosas duró hasta Febrero de 1811, en que por la derrota de Calderón volvió todo el Interior á poder de los españoles; comprendieron todos los nuevos funcionarios y el Ayuntamiento que serían procesados y castigados severamente, no obstante que habían hecho un beneficio á la ciudad, y resolvieron muchos de ellos emigrar con el ejército independiente; del número de los que salieron de Zacatecas fué el Lic. Garcés, que desde entonces siguió la suerte de los primeros caudillos, y con ellos cayó prisionero en Baján.

Conducido á Chihuahua se le formó causa, y entre tanto, estuvo encerrado en el calabozo número 5 del Hospital Militar, su primo el Lic. Don Ramón del mismo apellido en el número 3, é Hidalgo en el número 4. A propósito de esta disposición de calabozos dice en una carta que se publicó doce años después: "El señor Hidalgo no fué degradado hasta el 29 de Julio, encapillado el 30 y pasado por las armas el 31: nosotros teníamos muy fundada esperanza de sufrir la misma suerte, en manera que llegué á temer, que el memorable Salcedo quería, por fin de función, dar á la nobilísima ciudad de Chihuahua el célebre espectáculo de que viera sacrificar un Cristo entre dos ladrones, (epíteto con que el vulgo malicioso suele honrar á los de nuestra profesión); pero por fortuna no sucedió así. Mi primo fué fusilado en 6 de Junio de 1812, y yo bosquejé á Dimas en haber, por lo menos, salvado la vida temporal, (y es que estaba en el calabozo de la diestra").

Padeció, no obstante, una larga prisión, y no volvió á mezclarse en los asuntos públicos hasta que hecha la Independencia le encontramos residiendo nuevamente en Zacatecas en 1823. Con motivo de algunas inexactitudes que encontró en el "Cuadro His-

tórico," de Don Carlos Bustamante, le escribió una larga carta en la que rectifica aquéllas y da algunas noticias sobre la Casa de Moneda de aquella ciudad; fija, contra la opinión general, la fecha del fusilamiento de Hidalgo, en 31 de Julio, y refiere algunos pormenores sobre el viaje de los caudillos desde Monclova hasta Chihuahua, sobre la doblez de Salcedo que ofreció á Allende tratar á todos como presentados en solicitud de indulto y no como hechos prisioneros. Si esa carta hubiese sido más extensa, el servicio hecho por él á la historia habría sido más importante.

DON RAMON GARCES.

Zacatecano de origen como el anterior, había hecho sus estudios de abogado y obtenido el título correspondiente. En Septiembre de de 1810 era Regidor de la ciudad de Zacatecas y con tal carácter tomó parte en todos los acuerdos del Ayuntamiento para proveer al Gobierno de la provincia cuando el Intendente Rendón abandonó el mando. Contribuyó á que se fundase la casa de Moneda local, al nombramiento de Intendente hecho en favor del Conde de Santiago de la Laguna, y á apaciguar á la plebe cuando ésta quería asesinar al rico minero Apezechea y al administrador de correos Don Angel Abella; ayudó, asimismo, á que ningún desorden hubiese el día de la entrada de las fuerzas insurgentes á las órdenes del Comandante Don Rafael Iriarte.

Continuó desempeñando su puesto de Regidor durante el resto del año de 1810 y principios de 1811, hasta que después de la acción de Calderón, sabedor de las terribles ejecuciones hechas en Guanajuato por Calleja, no se juzgó seguro y determinó emigrar, aprovechando la circunstancia de que el ejército insurgente pasó por aquella ciudad en dirección del Saltillo. En su viaje lo acompañó su familia y su determinación era permanecer en el extranjero mientras se calmaban las violentas pasiones desatadas en esos días y podía volver con confianza á su pueblo natal; pero el destino lo dispuso de otro modo, pues habiendo caído prisionero en Baján y averiguádose que era Regidor de Zacatecas, se le tuvo por un pre-

so importante, y en calidad de tal fué enviado á Chihuahua.

Ahí se le encerró en el calabozo número tres del Hospital Militar, junto al calabozo ocupado por Hidalgo, según lo refirió el Lic. Don Miguel Garcés, y se le siguió un larguísimo proceso que no sabemos qué objeto tuvo; después de fusilados veintidós de los presos, y seis condenados á destierro, aún quedaban con causa pendiente dos personas más el 2 de Agosto de 1811, que se dió aviso á la superioridad del resultado de los procesos: esas dos personas eran los abogados Garcés, de Zacatecas, de los que ya hemos visto que uno, Don Manuel, consiguió salvar la vida; Don Ramón no tuvo la misma suerte, y aunque su Juez fuese Angel Abella, aquel Administrador de Correos de Zacatecas, que no fué despedazado por la plebe porque las autoridades se empeñaron en salvarlo, teniendo parte en esa salvación el antiguo Regidor, no consiguió, decimos, que recayese una sentencia menos dura para él, y fué ejecutado el día 6 de Junio de 1812.

Como su muerte y la de los religiosos presos en Durango fueron por la misma época, creemos que esas tardías ejecuciones se debieron á un acto de venganza del Virrey Venegas, que, disgustado del resultado del sitio de Cuautla, quiso tomar represalias de las ejecuciones ordenadas por Morelos en Zacatula después de la muerte de Don Leonardo Bravo, mandando á su vez fusilar á todos los prisioneros insurgentes que los realistas tenían en su poder.

El nombre del Regidor de Zacatecas, Lic. Don Ramón Garcés, no es mencionado por ninguno de los historiadores de la revolución y apenas lo revelan escasos documentos de los numerosos compilados con tanto afán y paciencia por el señor Hernández Dávalos. Aunque sean pocos las datos que sobre su vida y hechos contengan esos documentos, basta que muriese por la causa de la Independencia para que le dediquemos estas pocas páginas del libro donde estamos registrando los nombres de todos los que tomaron parte más ó menos activa en aquella memorable lucha.

DON LUIS G. MIRELES.

Aunque sea en unas cuantas líneas, merece un recuerdo este constante compañero del caudillo Don Miguel Hidalgo.

Era vecino de Dolores y uno de los primeros partidarios que tuvo el Párroco, al que ayudaba en sus tareas industriales y agrícolas; cuando estalló la revolución no vaciló ni un momento en seguirla, y fué de los que acompañaron á Hidalgo á apoderarse de la cárcel en la madrugada del 16 de Septiembre. Sin cargo alguno nuevo todavía, se encargó de mandar la gente que estaba en contacto más inmediato con el caudillo, al que acompañó á Guanajuato y Valladolid. En la provincia de Acámbaro recibió el nombramiento de Coronel, y con tal carácter mandó un batallón en las Cruces, á las inmediatas órdenes de Aldama.

Después de Aculco fué de los que se dirigieron á Guanajuato en compañía de Allende; contribuyó á la defensa de la ciudad, á las órdenes de Jiménez, y fué de los últimos que abandonaron la plaza, dirigiéndose á Zacatecas; en la hacienda del Molino fué despachado el 2 de Diciembre, en compañía de Jiménez, de Malo y de Carrasco á extender la revolución en las provincias del Norte, lo que le dió oportunidad de asistir á la batalla de Agua Nueva y ocupación del Saltillo y Monterrey. Durante toda esta campaña dió muestras de ser hombre de orden y de capacidad, y no cometió ningún acto reprobable. Cuando los

caudillos se acercaban recibió orden de irlos á encontrar, y con ellos entró al Saltillo, donde permanecieron varios días, mientras arreglaban su viaje á los Estados Unidos.

El 21 de Marzo tenía el mando de una pequeña fuerza que antes de que pudiera hacer uso de sus armas fué rodeada y desarmada, quedando prisionera. Mireles, á quien Cordero conocía muy bien, fué designado por éste para ir á Chihuahua, no atreviéndose el jefe realista á sentenciarlo, después de los miramientos que el insurgente había tenido con él cuando lo tuvo prisionero. Allí no se tuvo en cuenta su conducta, que, como la de todos los insurgentes que conquistaron las provincias internas, fué buena, y tras de una breve sumaria, fué condenado á ser fusilado; la sentencia se cumplió el 11 de Junio de 1811 y Mireles tuvo por compañero de suplicio al Mariscal Don Francisco Lanzagorta, que había sido su compañero durante la campaña del Norte. Parece que influyó en su sentencia la circunstancia de haber sido uno de los primeros que se lanzaron á la revolución, pues observando la lista de las ejecuciones de Monclova, Chihuahua y Durango, se viene en conocimiento de que no se perdonó ni á uno de los que tomaron parte en los sucesos del 16 de Septiembre de 1810.

DON FRANCISCO MASCAREÑAS.

También es éste un insurgente al que muy pocas líneas podemos dedicarle, por ser escasísimas las noticias que de él se han conservado.

Fué natural de Dolores y uno de los oficiales del Regimiento de San Luis, que se habían comprometido en la revolución, convirtiéndose en correo cuando el adelanto de la conspiración exigió estar en continua comunicación con los partidarios, que habían llegado á ser numerosos y vivían en distintas poblaciones. Fué uno de los que tomó las armas desde la madrugada del 16 de Septiembre, y estuvo en Guanajuato y Valladolid; en la promoción de Acámbaro recibió el grado de General con el que asistió al combate de las Cruces, aunque se ignora la parte que tomó en él, infiriéndose que fué de los que llegaron por Lerma, pues por ese punto pasó el grueso del ejército cuando Trujillo se replegó hacia el monte. temeroso de ser flanqueado por su izquierda.

Después del encuentro de Aculco acompañó á Hidalgo á Valaldolid, y después á Guadalajara; en Calderón estuvo á las órdenes de Torres y se retiró con este jefe, que fué el último que abandonó el campo de batalla; desde la hacienda de El Pabellón quedó á las órdenes particulares del desposeído Generalísimo y lo acompañó en el camino que siguió por Matehuala y el Venado. Cuando los Generales salieron del Saltillo recibió el encargo de atender á las familias

de aquéllos, que sumaban un buen número de personas; como los coches en que iban caminaban á la retaguardia, Mascareñas fué de los últimos que cayeron prisioneros aquel memorable dia. Como no era conocido de Cordero, no se le consideró de importancia y, en consecuencia, quedó en Monclova al averiguarse que tenía el grado de Coronel insurgente. Allí se le formó sumaria, pues no merece otro nombre su proceso, y aunque no llegó á probársele que hubiese cometido más delito que el de rebelión, fué condenado á muerte, ejecutándose la sentencia en los primeros días de Abril de 1811, sin que se pueda precisar la fecha exacta, por las escasas noticias que hay de los sucesos ocurridos allí después de la traición de Elizondo.

PEDRO JOSE SOTELO.

Este individuo prestó algunos servicios á la causa de la Independencia en los primeros días de la guerra, pero fueron de tal clase, que su nombre habría quedado en la obscuridad como los de tantos soldados que combatieron por la causa, si la naturaleza no le hubiese dado una larga existencia que le permitió ver todo el período de la guerra de Independencia, y más de medio siglo de la vida nacional. Ya en sus últimos años formó una curiosa relación de los principios de la insurrección y de los acontecimientos ocurridos en la histórica ciudad de Dolores los días 15 y 16 de Septiembre, así como de otros sucesos de aquella época. Esta relación es uno de los pocos documentos que nos quedan de los orígenes de la guerra de Independencia y por lo mismo, aunque contenga inexactitudes, debe ser vista con interés y ser aprovechada hasta donde es posible.

Nació Sotelo en Dolores, en 1790, y habiendo quedado huérfano entró á la edad de trece años al servicio del señor Hidalgo, quien lo dedicó al taller de alfarería par que aprendiese el oficio; también aprendió Sotelo la música, bajo la dirección de Don José Santos Villa, y refiere que desde 1809 Hidalgo le comunicó á él y á otros artesanos su propósito de lanzarse á luchar por la Independencia. En la madrugada del 16 de Septiembre ayudó á la prisión de los españoles, y después de contribuir durante

varios días al arreglo de los asuntos particulares del Párroco, se incorporó al ejército en Guanajuato y quedó á las órdenes de Don Mariano Hidalgo para cuidar de los fondos del ejército y de los equipajes de los Generales. También formó parte de la expedición que Aldama hizo á Dolores y San Felipe, y de su narración aparece que quien dirigió esa expedición fué Hidalgo, pero esto no está de acuerdo con lo que refiere la historia.

Estuvo en Valladolid y proporciona el dato de que Hidalgo pasó el río de Lerma por el puente de Santiago Tianguistenco; refiere el combate de las Cruces, del que dice que fué muy sangriento, y añade que el ejército pernoctó en la Venta de Cuajimalpa y que se tenía la intención de seguir rumbo á México; el primero de Noviembre se dió contra-orden y empezó la retirada de aquella hueste rumbo á Querétaro. Tomó parte en la acción de Aculco, la cual describe de un modo fantástico, olvidándose de decir que faltó á su obligación de cuidar el tesoro y los equipajes, y que por huir dejó que se perdiera todo; tal fué el susto que llevó que allí dió fin á su carrera militar y después de sufrir una grave enfermedad en Acámbaro, regresó á Dolores; visitó á las hermanas de Hidalgo en el rancho de Las Piedras y tuvo que ocultarse varias ocasiones para no caer en poder de los realistas. Hecha la Independencia vivió en paz en su pueblo natal, y con posterioridad fué nombrado conserje de la casa de Hidalgo, puesto en el que murió muchos años después. En 1874, ya octogenario, escribió una relación de sus aventuras, dedicada al entonces Presidente de la República, Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada.

JUAN VALDIVIA.

Aunque se ignoren los pormenores de la vida de un hombre, basta en ocasiones un solo hecho suyo para inmortalizar su nombre y darle en la historia un lugar preferente sobre muchos otros que en largos años de existencia no consiguen realizar ningún acto notable que merezca la admiración de la posteridad. Esto sucede con Juan Valdivia, humilde soldado del ejército de Allende y del que no se tienen casi noticias auténticas, siendo necesario recurrir á la tradición para daquirir algunas.

Juan Valdivia fué nativo de Jalisco é ingresó en el ejército independiente cuando Torres se dirigió sobre Guadalajara; era hombre de gran fuerza muscular y esta circunstancia le salvó la vida en Calderón, donde se vió acometido por tres dragones realistas, á los que hizo frente, matando á los tres. Siguió en el ejército hasta el Saltillo y en la retirada de Rayón, sin tener hasta entonces ocasión de distinguirse. Cuando aquel jefe dió á Torres el encargo de atacar el campo del Grillo, ocurrió el incidente de que habla "La Avispa de Chilpancingo" en su número 19, en los siguientes términos:

"En el acto de asaltar la tropa de Rayón el campo del Grillo en Zacatecas, se necesitó hacer uso de un cañón, bien chico, pero se notó que tenía quebrada la cureña. Ofrecióse á suplir por ella un soldado, poniéndose á gatas, y con el embique y re-

troceso, casi se le hizo pedazos el espinazo. Este espectáculo no arredró á otro compañero suyo, quien escarmentado en parte, se ofreció á hacer lo mismo que el antecedente, pero hizo que le echasen encima muchas mantas para que el embique hicese menos estrago. Tomado el campo, estando próximo á morir el primer soldado lastimado, se medio incorporó en la cama como pudo é hizo esta pregunta:—"¿Qué tal? ¿Surtió efecto el tiro que se disparó sobre mis espaldas?" — "Sí," le respondieron. — "Pues bien, exclamó, ahora muero con gusto," y á poco expiró."

En su "Cuadro histórico" reproduce Bustamante este párrafo, que indudablemente él fué quien lo escribió, y como de todo lo que mi estimable tío escribió debe dudarse, por aquello de que no siempre fué verídico, según lo demuestra la ocurrencia de decir que soldados que no tenían ni qué comer dispusiesen de camas en el campo de batalla, seguiremos á la tradición, que si no se precia de verídica, por lo menos procede con una poca de más cordura, limitándose á repetir lo que "se dice."

La tradición no refiere que fuesen dos cureñas humanas, sino que hubo una sola: Juan Valdivia, que al ver las dificultades con que se luchaba por la falta de artillería y teniendo presente que el ejército llevaba una pequeña pieza desmontada, se prestó á servir de cureña, adoptando, por supuesto, todas las precauciones posibles y llenándose de mantas la espalda para amortiguar los movimientos de la pieza. Sigue diciendo la tradición que no fué en el campo del Grillo donde Valdivia hizo esa heroicidad, sino en el camino de Zacatecas, frente á la hacienda de San Eustaquio, que era necesario tomar para que la tropa insurgente no pereciese de sed. Dos disparos fueron necesarios para que se diese el asalto, y después de ellos Valdivia quedó horriblemente deformado de la espalda, pero no murió y le alcanzó la vida para ver realizada la Independencia de México.

Ya sea que se siga á la tradición, ya á la historia, de todas maneras queda en pie el hecho de que hubo un hombre bastante de-

cidido para ofrecer su cuerpo y hasta su vida para que el ejército insurgente se salvase ú obtuviera la victoria; ese héroe, pues tal dictado le corresponde legítimamente, merece que siquiera se le dediquen unas páginas, ya que el bronce no se ha ocupado de inmortalizar su acción.

por causas inexplicables para los que tienen noticias de los sentimientos del General español Don José de la Cruz, no fué mandado fusilar por éste, que se limitó á tenerlo preso. Por un documento fechado en Guadalajara el 9 de Enero de 1812, sabemos que seguía preso y que solicitaba indulto; la contestación de Cruz fué breve pero substanciosa: "Le perdoné, decía, la vida, por efecto de generosidad, aunque no lo merecía: ha sido tratado con excesiva bondad, y bien debe constarle que se tomaron informes de su conducta en Tepic." En otro acuerdo dictado dos días después decía el mismo jefe: "Tenga entendido Don Antonio Aldama, sentenciado á presidio, que sólo la piedad del legítimo Gobierno pudo sentenciarle solamente á presidio, mereciendo la horca como un santo dos velas. Que ya le he decretado una multitud de memoriales diciendo en unos que no tengo facultad para alterar las sentencias de los Consejos de Guerra, y en otros que no hay lugar, etc. Le devuelvo ahora el memorial que me dirige para el Excelentísimo señor Virrey, cuyo jefe superior tiene otras atenciones, más graves que la de oír á pícaros, insurgentes y bribones como él.—Cruz."

Aldama en el ocurso que dió margen al anterior curioso acuerdo, habla de su familia y trata de hacer pasar su derrota en Tequepexpa como un acto meritorio que tenía por objeto entregar los cañones de que disponía; como vemos, ningún efecto le surtió su instancia, y es probable que extinguiendo la pena de presidio que se le impuso, no menor de diez años, le alcanzase alguno de los indultos que Apodaca fué tan pródigo en conceder. En realidad se ignora cuál fué la suerte posterior de este insurgente, hasta hoy desconocido, por confundírsele con su hermano ó primo Don Mariano.

———

DON MARIANO ALDAMA.

Sobrino también de los dos conocidos caudillos de este apellido, se lanzó desde los primeros días de la revolución á la lucha, con el grado de Mariscal, que le concedió Hidalgo, si bien no siguió á éste ni á sus tíos en el azaroso camino que emprendieron.

Conocedor del rumbo de la Sierra Gorda y de la de Querétaro, se situó en ellas y presto alcanzó gran prestigio entre los indios, pero la derrota de Calderón, que permitió al Gobierno virreinal organizar el ejército para combatir á la insurrección de una manera bastante completa, lo hizo salir de allí, obligaron á Aldama á buscar inteligencias con los insurgentes más cercanos, que lo fueron los Villagrán: el día 1o. de Mayo de 1811 se vieron obligados Chito y Aldama á salir de Tequisquiápan, perseguidos de cerca por el Mayor Alonso, y á los dos días tuvieron que presentar batalla en el cerro de la Magdalena á este militar y al Teniente Coronel Castro, que se le había unido; fueron derrotados completamente, perdiendo dos cañones y tres pedreros y dejando libre la entrada á Cadereita, que ocuparon los realistas el día 4. Don Ildefonso de la Torre, realista, también derrotó por aquellos días á Don Mariano en las cercanías de la población, y cuando iba reunido con Anaya.

Disgustado con éste y con los Villagrán por ser superior á todos ellos en grado, de-

cidió trasladarse á otra parte, y se trasladó á los llanos de Apam, á donde aún no había llegado la revolución. En Agosto de 1811 se presentó por allí con una pequeña partida y llevando amplias facultades de la Junta de Zitácuaro; encontró el terreno bien dispuesto y desde luego se pronunció José Francisco Osorno, que recibió el nombramiento de Teniente general y que el 30 de ese mismo mes de Agosto ocupó á Zacatlán. Aldama llegó á la población con su partida "sin causar nuevos trastornos, pues parece que era hombre de mejores ideas que lo general de los insurgentes, afecto al orden y severo observador de la disciplina; cítase por ejemplo de esto el hecho de que habiéndole acompañado en su expedición, con el empleo de Coronel, un joven llamado Acosta, al que tenía gran afición, lo hizo fusilar por sentencia del Consejo de Guerra, por haber muerto á un sargento, y lo mismo hizo con un Capitán José Hernández, por ladrón."

En Zacatlán aumentó Aldama su fuerza, compuesta de setecientos hombres y causó graves temores al Gobierno virreinal, que veía extenderse impensadamente la revolución por ese rumbo, que hasta entonces había estado quieto, y que proveía á la capital de muchos comestibles y de la bebida llamada "pulque." Venegas comisionó á Don Ciriaco del Llano, oficial de marina, para que batiese al insurgente, y le dió por segundo á Don Miguel Soto Maceda, también marino; ambos salieron de México el 3 de Septiembre, y se dirigieron á Calpulálpam, pero fueron sorprendidos por Aldama en la hacienda de San Cristóbal, y aunque consiguieron rechazarlo, sufrieron algún quebranto; dos días después sufrió nuevo descalabro frente á aquella población, y Aldama tuvo que retirarse, y dejando á Llano en Apam, se puso de acuerdo con Osorno para apoderarse de Tulancingo. No realizaron su intento, pero Aldama, dando muestras de gran atrevimiento, retrocedió violentamente, y mientras Llano estaba ocupado en atacar la barranca de Zacapoaxtla, Aldama entraba tranquilmente en Calpulálpam.

Llano emprendió una activa persecución del insurgente y de su segundo, Ocádiz, que por aquellos días tenían su fuerza desorganizada; esto les obligó á ocultarse por poco tiempo en el rancho de San Blas, de la propiedad de Don José María Cazalla, que se decía amigo de ellos; varios días los alojó en su casa tratándolos muy bien, y cuando ya hubieron adquirido confianza, los asesinó mientras dormían. Háse dicho que Llano ganó por dinero á Cazalla para que lo desembarazase de un enemigo que realmente era temible; también se atribuye el asesinato á las rivalidades que nunca faltaban entre los insurgentes y á la envidia que Casalla tenía ante el grado y dotes de Aldama, pero por los términos en que dió la noticia la "Gaceta Oficial," parece que Llano fué el que procuró deshacerse de su enemigo. Osorno, en cuanto supo el asesinato de Don Mariano, se dirigió al rancho de San Blas é hizo matar á Casalla y que su cadáver, descuartizado, fuese expuesto al público.

"La pérdida de Aldama, dice Don Carlos María de Bustamante, fué muy sensible á la nación, y sus consecuencias se sintieron luego. Era éste un oficial lleno de valor, virtudes y talento, por lo que hizo temblar á sus enemigos. Tenía veinticinco años, fina educación, carácter franco y elevado; era excelente militar, tenía prudencia y arte para conducir al soldado: preséntabase el primero en las acciones, y para animar á la tropa; jamás volteó la cara al enemigo, á pesar de la desigualdad de las fuerzas con que lo atacaba; había sido oficial de dragones de México, y así es que observaba la más estrecha disciplina y no permitía hurtos ni vejaciones." "La muerte de este joven recomendable, dice más adelante, lejos de acobardar á los que la lloraron, excitó en muchos de su edad un noble deseo de imitarlo. Vivía tranquilo el labrador Don Eugenio María Montaño, en la hacienda de Xala, de Ruiz de la Bárcena, donde supo la desgracia de Aldama, y al momento se levantó con cinco hombres, semilla fructífera que le produjo más de trescientos excelentes soldados, que después se llenaron

de gloria en la vanguaria del señor Morelos á la entrada de Oaxaca, como después veremos." "Las victorias de la división de Aldama, concluye el mismo escritor, á quien sucedió en el mando Don José Francisco Osorno, animaron sin duda á Don Vicente Beristáin, hermano del Canónigo, á pasarse al partido americano."

Don Mariano Aldama fué el último de su familia que pereció luchando por la Independencia de México y, no obstante sus méritos, es casi desconocido

DON ONOFRE PORTUGAL.

Fué de los primeros insurgentes y militó á las órdenes del señor Don Miguel Hidalgo.

En los primeros días de la revolución se unió al ejército independiente, probablemente en Dolores ó en San Miguel, y quedó á las órdenes de Allende; se ignora la participación que tuvo en el asalto de Guanajuato y batalla de las Cruces, y sólo se sabe que en la promoción general que hubo en Acámbaro recibió el grado de Brigadier, con el que hizo toda la campaña del Norte. Después de la pérdida de Guanajuato en Noviembre de 1810, fué destinado á prestar sus servicios en la división de Jiménez, la que, como es sabido, salió de la hacienda del Molino, rumbo á San Luis Potosí, el 3 de Diciembre de ese año. En Charcas se unió esa división á la que mandaban Lanzagorta y Zapata, y ya juntas continuaron su camino para el Saltillo y Monterrey.

Portugal, que tenía el mando de la vanguardia, creyó que las tropas coloniales iban á atacarlo cuando el ejército se encontraba en Matehuala é hizo tocar generala para rechazar al enemigo, pero se deshizo el error porque habiéndose mandado unos exploradores ,se acercó á ellos el Capitán de los presidiales, Juan José Treviño, que iba precisamente con el objeto de unirse á los independientes. No obstante este refuerzo, los presidiales nunca fueron bien vistos por los oficiales subalternos, "porque tenían una

suma desconfianza de ellos y sólo querían quedarse con sus indios de Mexquitic." El tiempo se encargó de confirmar lo justificado de esa desconfianza, pues esos soldados fueron los que en Baján no sólo se negaron á combatir, sino que se pasaron á Elizondo, contribuyendo así á hacer más segura la situación de los realistas ese día. Portugal, que era muy desconfiado y bastante adicto á Jiménez, parece que entró en pugna con el carmelita Fray Gregorio, que no entendía nada de milicia y que no creía en la maldad de los hombres, y esa pugna costó al primero algunas buenas reprensiones que le hizo Jiménez.

Estuvo Portugal en la acción del Puerto del Carnero, perdida por los realistas, y de ahí fué enviado en unión de Carrasco á Monterrey, cuya ciudad fué ocupada sin necesidad de disparar un tiro. Concentrado todo el ejército de Jiménez en el Saltillo á consecuencia de la proximidad del realista Ochoa y de la necesidad de ir al encuentro de los caudillos, Portugal no volvió á figurar de una manera especial entre tantos jefes como había reunidos, y sólo vuelve á oírse su nombre el 21 de Marzo, cuando cayó prisionero en Baján. Conducido á Chihuahua, se le formó proceso, y fué condenado á muerte, ejecutándose la sentencia el 27 de Junio de 1811; ese mismo día fueron fusilados el Lic. Chico, el Ingeniero Valencia y el Intendente del ejército, Solís. La severidad del Juez Ruiz de Bustamante, ordenó en el mismo día la muerte de cuatro personas, que ante otro tribunal menos obcecado hubieran merecido una pena mucho menor de la que se les aplicó.

DON NICOLAS ZAPATA.

Aunque sean pocas las noticias que consignemos de este jefe independiente, la circunstancia de haber sido de los fusilados de Chiuahua, hace que lo incluyamos en esta galería, como hemos hecho con todos los que se encontraron en las mismas circunstancias.

Zapata era amigo y paisano de los Lanzagorta y estaba de acuerdo con los conspiradores de Querétaro; á su vez, formaba parte de los comprometidos de San Luis Potosí, donde residía, y por su conducta ó por la denuncia que Calleja dice que recibió en los primeros días de la revolución, fué aprehendido de orden de aquel General, y enviado en calidad de preso al convento del Carmen. Allí siguió conspirando con los demás presos que había y contribuyó bastante, á las órdenes de Lanzagorta á la revolución que se verificó en aquella ciudad la noche del 10 de Noviembre.

Fué uno de los individuos á quienes Iriarte puso presos, pero pronto quedó en libertad, y á la llegada de Jiménez recibió el despacho de Mariscal, lo que indica que los servicios que hasta entonces había prestado á la Independencia eran de importancia. Quedó á las inmediatas órdenes del Mariscal Jiménez, con el que hizo toda esa rápida campaña que terminó con la derrota de Cordero en el Carnero y con la sumisión de las provincias internas de Occidente, realizadas en todo el mes de Diciembre de 1810 y primeros días de Enero de 1811.

Permaneció en el Saltillo cuando Jiménez se adelantó á recibir á los caudillos, y no salió de esa población sino hasta que se

dispuso el viaje al Norte, en el que tomó parte para escoltar á los Generales hasta la frontera, pues no era posible que todos los que formaban la expedición se fuesen para los Estados Unidos. Esta circunstancia hizo que le tocase caer prisionero en Acatita de Baján, y que Cordero, que lo conocía bien, lo designase para ir á Chihuahua, donde le esperaba la muerte. En efecto, se le formó una pequeña sumaria y fué de los primeros fusilados, el día 6 de Junio; ese mismo día fueron ejecutados el Capitán de presidiales, Ramón; el Coronel José Santos Villa, el Mayor de Plaza Pedro León y el Tesorero y Brigadier Don Mariano Hidalgo, hermano del Párroco de Dolores.

Como todos los que militaron á las órdenes de Jiménez, no cometió ninguna tropelía, y su único delito, en realidad, fué ser insurgente.

El señor Muro, en su "Miscelánea Potosina," dice que Zapata era natural de Catorce, donde se dedicaba á negocios comerciales y de minas; que en 1800 conoció á Hidalgo y que desempeñó varios empleos en su pueblo, siendo el último el de Alcalde, en 1806. Radicado en San Luis, fué nombrado Mayordomo de Alhóndiga, y en los primeros días de Septiembre de 1810 fué invitado por Hidalgo para tomar parte en la revolución, á lo que accedió, renunciando su empleo para seguir su vocación; varias veces insistió en su renuncia, hasta que le fué admitida, y entregó el empleo el 8 de Noviembre. Agrega que ignoraba lo que se tramaba y que acudió á ponerse á las órdenes de Herrera, el que lo hizo Coronel, y que con ese carácter formó parte del Consejo provincial de guerra y fué á unirse á Hidalgo para combatir con él en Calderón. No estamos de acuerdo con nada de esto último, y por lo mismo nos limitamos á consignar en párrafo aparte las noticias del señor Muro. Los bienes de Lanzagorta fueron embargados, y su viuda, la señora Doña María Luisa Osorio, no consiguió levantar el embargo, y pasó el resto de su vida en la pobreza. Esta señora acompañaba el Mariscal cuando cayó prisionero en Baján.

DON JOSE MARIA CORREA.

Este sacerdote fué uno de los pocos insurgentes que habiéndose declarado por la Independencia desde el principio de ella, consiguió verla realizada, á pesar de las muchas vicisitudes que sufrió.

No conocemos ni la fecha ni el lugar de su nacimiento, y únicamente sabemos que era originario del Arzobispado de México y que obtuvo el Curato de Nopala por oposición, por lo que lo tenía en propiedad. Estaba sirviéndolo cuando estalló la revolución, y aunque simpatizó con el movimiento, no hizo nada que denunciase sus simpatías; pero no era fácil que las tuviese muy ocultas supuesto que cuando pasó por allí el General Cruz, en Noviembre de 1810, le dió orden de que viniese á México á presentarse á su Prelado, informando antes á éste, por lo que el Ilmo. señor Lizama lo privó de su beneficio, ordenándole que nombrase Coadjutor; el Cabildo sucesor de aquél llevó adelante la disposición, y aunque el padre Correa volvió á su Curato y trató de ganarse la buena voluntad del Comandante realista Andrade, las atrocidades de éste, que fusilaba sin misericordia á los insurgentes, lo decidieron á empuñar las armas en defensa de la Independencia.

Unido á Pino, á Arriaga y á Chito Villagrán, empezó sus correrías derrotando al mismo Andrade en Venta Hermosa, el 11 de Septiembre de 1811, y recorriendo sin cesar la comarca hasta la Villa del Carbón.

La Junta de Zitácuaro le dió el nombramiento de Brigadier y el mando superior de aquellos rumbos, siendo su autoridad reconocida con dificultad por los levantiscos Anaya, Villagrán y otros; sin embargo, consiguió batir en la Villa del Carbón al Capitán Columna, y pocos días después en 22 de Noviembre, atacó con dos mil hombres el convoy que conducían Castro, Michelena y el mismo Andrade, quitándoles bastantes cargas; al regreso de ese convoy estuvo á punto de apoderarse de la persona del Obispo Cabañas, de Guadalajara, lo que, según dice Correa, no se verificó porque él se negó á mandar perseguir al Prelado. A consecuencia de esta acción fué excomulgado el Cura de Nopala y fijado su nombre en tablillas en las puertas de la iglesia de México.

Llamado por la Junta de Zitácuaro, que esperaba ser atacada por Calleja, púsose en camino y en éste encontró al Dr. Cos, que ni él mismo sabía si era insurgente ó realista, y lo llevó á aquella población, donde al fin se declaró por la causa de la Independencia. Fué allí derrotado con todo el ejército insurgente; sin embargo, con su fuerza escoltó á la Junta hasta Tlalchapa, y habiéndosele casi acabado su tropa, con sólo diez y seis hombres regresó á Nopala, donde se ocupó en reunir gente, armarla y fundir cañones. Cuando más entretenido estaba en estas ocpucaiones, fué sorprendido por las fuerzas del Comandante Ondarza en la madrugada del 5 de Marzo de 1812; pudo sin embargo huir y reunir su gente, con lo que aquél se retiró, pues su único objeto fué aprisionar al Cura Brigadier. Por orden de Rayón acudió al valle de Toluca con setecientos hombres y dos cañones y asistió á la acción de Tenango, en la que fué rechazado el realista Castillo Bustamante; en el Veladero se defendió durante cuatro días, pero derrotados los insurgentes, regresó á Nopala en Mayo de ese año, donde esperó al General Rayón; contribuyó al ataque de Ixmiquilpan, dado por éste y á causa de la lealtad con que lo sirvió, se disgustó con los Villagrán, viéndose obligado á emigrar de la comarca y á andar algún

tiempo oculto por las montañas de Chapa de Mota.

La decadencia en que estaba la revolución, los trababjobs que Correa había sufrido, y la grave enfermedad que le aquejó, lo indujeron fácilmente á acogerse al indulto, como se lo aconsejaba el Párroco de aquel pueblo y como al fin lo realizó éste, aunque sin el consentimiento de Correa, como él lo dice en su autobiografía. Hecho prisionero por una partida realista que mandó, á las órdenes de Revilla, el Corregidor de Toluca, Don Nicolás Gutiérrez, fué traído á México y consignado al Arzobispo señor Bergosa, que lo mandó á tomar ejercicios á la Casa Profesa. El indultado se sometió á cuantas condiciones se le impusieron por su Prelado y por los inquisidores en Junio de 1813, pero nada de ello fue obstáculo para que el 6 de Octubre se evadiese de la Profesa, dejando cartas para todos ellos, y se dirigiese al Sur para unirse á Morelos, que en aquel entonces se encontraba en Chilpancingo. Desde entonces siguió la suerte de aquel caudillo con el grado de Mariscal de campo, y estuvo en el desgraciado asalto de Valladolid, en Puruarán, Chichihualco y Tlacotepec, y en toda esa última y desgraciada campaña del héroe del Sur.

Poco tiempo antes de ser hecho prisionero Morelos, pasó á Veracruz y fué á unirse con Rosains, que lo nombró su segundo, y con el que hizo rudas caminatas; combatió en Cerro Colorado y al lado de Victoria y pasó al fin á encargarse de la Comandancia de Uruápan, donde funcionaba una Junta independiente y que estaba muy revuelta á causa de la actitud del Dr. Cos. Esto lo obligó á tomar parte en las rencillas que dividían á los jefes independientes de aquella parte del país y á combatir á Anaya; derrotado en Santa Bárbara y Guanajuato, no fué á parar sino á Tehuacán, con el objeto, dice, de reclamar á Terán por la disolución del Congreso, y en el camino que tuvo que hacer para llegar á aquella población pasó infinidad de penas y trabajos; no debe, sin embargo, haber estado muy exigente en sus reclamaciones, cuando aquél

jefe lo conservó á su lado durante todo el tiempo que aún ocupó á Tehuacán, que fué hasta el mes de Enero de 1817, aunque sin darle ningún cargo ni hacer aprecio de él.

Al rendirse Terán, Correa quedó comprendido en la capitulación; sin embargo, afirma que fué tratado como prisionero de guerra, y aun se le puso en capilla tres días, hasta que Llano, Comandante de Puebla, mandó suspender su ejecución. Permaneció en Puebla hasta Abril de 1818, teniendo la ciudad por cárcel, y sufrió muchas miserias, las que en parte le fueron aliviadas por el Obispo de aquella Diócesis y por el Arzobispo de México, el que al fin lo habilitó para ejercer su ministerio, y cuando por estar pacificado el país no inspiraba ya temor alguno, lo envió en calidad de interino al Curato de Real del Monte. Allí le encontró la revolución encabezada por Iturbide. "Instruí por cartas, dice, á los pueblos, en el santo dogma de la libertad é independencia, y les ponía en claro sus derechos. Auxilié al señor Guerrero con reales y víveres: dí noticias de interés y del momento al jefe de las garantías, é hice cuanto estaba en mi posibilidad y alcance."

Realizada la Independencia se presentó á la Junta calificadora de méritos, ante la que hizo su panegírico, por el estilo de los que hicieron el padre Parra y Fray Gregorio de la Concepción, cuando también reclamaban premios; él es el único documento que ha guiado á biógrafos y á historiadores para hablar de la participación que el Cura Correa tomó en la Independencia; aunque con desconfianza, lo hemos seguido nosotros, restándole exageraciones y alabanzas y dejando únicamente aquello que se refiere á hechos. El sacerdote insurgente pretendía que se le devolviese su Curato de Nopala, lo que no consiguió, al menos hasta 1824. Se ignora el resto de su vida y la fecha de su muerte.

DON TOMAS ORTIZ.

Al entrar Hidalgo al valle de Toluca, en camino para las Cruces, se acercaba á la tierra en donde su padre había nacido y donde aún tenía parientes, muchos de ellos que no conocía, pero de los que tenía noticia. Uno de ellos, llamado Tomás Ortiz, era primo hermano del Párroco de Dolores, como hijo que era de Doña Josefa Costilla, hermana ésta de Don Cristóbal. En unión de su hermano Francisco y de otra de sus hermanas, María de la Trinidad, residía en el mineral de Sultepec, donde poseía bienes si no cuantiosos, sí suficientes para vivir con bastante desahogo y para que se le tuviera por rico.

Sabedor de que su primo era el caudillo de una revolución, con la que simpatizaba, y habiendo recibido de él el grado de Comandante, se declaró francamente por ella, organizando una partida que empezó á expedicionar por el rumbo del Sur de Toluca, ya sola, ya en unión de las de Canseco. el franciscano Orcilles y de Don Benedicto López, labrador rico de las cercanías de Zitácuaro. Esas partidas inquietaban á Toluca, interrumpían las comunicaciones con México y amenazaban los ricos minerales de la comarca, que por entonces estaban en buenas condiciones; la escabrosidad del terreno y los grandes bosques que se extienden por toda ella les proporcionaban asilos seguros y hacían difícil la tarea de perseguir á los insurgentes, encomendada á Don

Juan Bautista de la Torre. Los insurgentes revolucionaron todo el valle de Toluca en su parte Sur y los inmediatos de Bravo y de Zitácuaro, sin que en un principio encontrasen enemigo alguno.

Pero la misma gravedad del mal hizo que el Virrey enviase en Febrero de 1811 á Torres que empezó por dar muestras de verdadera crueldad; derrotó fácilmente á varias partidas, y el 13 de Marzo se encontró frente á Ortiz, que iba en auxilio de los indios de Amanalco; el segundo quedó derrotado, perdiendo seis cañones y bastante gente. El pánico de los indios entonces fué grande, y miles de ellos pidieron indulto: el padre Orcillés y Canseco perecieron, y Torre tuxo expedito el camino de Temascaltepec; en el camino para Sultepec, en el cerro de San Simón, lo esperaba Ortiz, unido á Don Félix Rodríguez, minero que había hecho sus estudios en el Colegio de Minería; esta vez la derrota que los insurgentes sufrieron fué más completa, y sólo á la vista quedaron muertos cuatrocientos de ellos. Torre creyó ya pacificada la comarca y regresó á Toluca, mientras Ortiz se escapaba por Tuzantla ó iba á unirse con Don Benedicto López y á tomar la revancha, ayudando á la derrota de Torre frente á Zitácuaro. (Mayo de 1811).

Posesionado Rayón de esa villa, convocó á los principales jefes para consultarles sobre la necesidad ó conveniencia de formar una Junta que dirigiese la revolución, y entre los que asistieron á ella se contó Don Tomás Ortiz, que estuvo en persona, y su hermano Don Francisco representado por Don José Ignacio Eizaguirre; esa reunión se verificó el 19 de Agosto, y en la acta respectiva consta la firma de Ortiz, que, como los demás, se comprometió á sostenerla. Sin embargo, los hechos no estuvieron muy de acuerdo con sus palabras, y valido de que su nombramiento había sido expedido por Hidalgo con anticipación al de Rayón, no se cuidó de obedecer los acuerdos de la Junta; ya sea por esto ó ya porque como la Junta decía, se había hecho notable por su rapacidad en su Distrito y en todo el Sur, lo cierto es que aquélla ordenó la prisión

de Ortiz y lo puso preso desde principios de Septiembre.

Calleja, después de muchas vacilaciones, se resolvió á atacar la villa, y al efecto, empezó su marcha en Diciembre de ese año; la Junta, aunque creía quedar victoriosa, en el combate, adoptó sus precauciones para el caso de una derrota, y entre las que dictó estuvo la de ordenar el fusilamiento de Ortiz y de otros jefes insurgentes que tenía en su poder. "Habían sido condenados á la pena capital, pero se había suspendido la ejecución en consideración á los servicios que habían prestado; mas aproximándose el ataque y temiendo la Junta los males que podrían resultar, si siendo derrotadas sus tropas quedasen aquéllos libres, los hizo fusilar el día último del año de 1811. Estas ejecuciones fueron consideradas por los enemigos de Rayón como unos fríos asesinatos, calculados, así como la muerte de Iriarte en el Saltillo, para afirmar su poder, quitando del medio, rivales peligrosos.... el Lic. Rosains y el Dr. Velasco, han hecho los más fuertes cargos a Rayón sobre estos acontecimientos, de los cuales la muerte de Ortiz y de sus compañeros la atribuye el mismo Rayón en su causa, contestando á la acusación que sobre ella le hizo Don Mariano Ortiz, hermano de Don Tomás, á sentencia dada por Licéaga despachando como semanero, pues la Junta hacía funciones judiciales, y en todo obraba soberanamente, recayendo el auto sobre la causa que se instruyó á Ortiz y á sus socios, por el delito de conspiración y sedición, de que fueron acusados." En efecto, así lo declaró Rayón, pero á pesar de que la orden fué autorizada por Licéaga, era natural que para ello consultara con sus compañeros de Junta, pues hubiera sido contraer una grave responsabilidad ordenar por sí sólo el fusilamiento de los reos.

Fueron éstos, además de Don Tomás Ortiz, Don José María Arnaldo y Don Juan Santa Ana; en cuanto á Don Mariano Ortiz, contra el cual parece que se dió orden de prisión, no pudo ser habido, y cuando más adelante, estando en poder de los realistas (Mayo de 1818), fué llevado á decla-

rar en la causa de Rayón, en el careo que mantuvo con éste, le sostuvo que de su orden "fué decapitado en Zitácuaro su hermano y que no contento con esto el presente Lic. Rayón, comisionó al Mariscal de rebeldes Ignacio Martínez, para que fuera á ejecutar lo mismo con el declarante á Sultepec, cuya orden no se cumplió por un efecto de caridad del comisionado." Rayón, por supuesto, negó los cargos que se le hacían. Esa orden de asesinatos, sin embargo, no debe de haber hecho mucha mella en el ánimo de Don Mariano ó la ignoró durante mucho tiempo, supuesto que en el diario de Rayón se encuentran varios pasajes en los que se da cuenta de las comunicaciones y avisos de acciones que enviaba á Rayón, y por el tenor de las notas contenidas en ese diario aparece que tanto éste como aquél estaban en la mejor armonía.

De esa manera tan obscura y extraña acabó un insurgente que si no se había hecho notable en la revolución, por lo menos había prestado buenos servicios á la causa, insurreccionando el valle de Toluca y contribuyendo á las victorias de Zitácuaro, y que por su parentesco con el iniciador de aquélla merecía ser tratado con consideraciones; los delitos que la Junta le atribuyó, no quedaron probados, y la manera como procedió Rayón inclina el ánimo del historiador á creer que, en efecto, la única causa de la muerte de Don Tomás Ortiz fué la envidia de Rayón y el temor de que aquél llegara á sobreponerse á él.

Don Mariano Ortiz quedó libre algún tiempo y volvió á establecerse en Sultepec, donde aún viven sus descendientes.

DON VICTOR ROSALES.

Fué Mariscal de campo, el primer Congreso lo declaró benemérito de la patria, y su nombre es muy conocido, y no obstante esto, no se ha llegado á escribir su biografía, pues una que publicó un semanario extranjero no merece tal nombre, y el señor Don Francisco Sosa, que la reprodujo en su Anuario, buen cuidado tuvo de hacerlo constar así, agregando que no tuvo los datos necesarios para hacer una verdadera biografía.

Nació, según la opinión más general, en Zacatecas, y dícese que en 1776. Las noticias del semanario aludido dicen que en su tierra natal estudió gramática y filosofía bajo la dirección de un sacerdote, y que fué enviado á la capital para que siguiera la carrera de jurisprudencia; ya aquí, continuó sus estudios, aprendió el idioma mexicano y tuvo que interrumpir sus estudios debido á un enojoso incidente, el que no narramos por ser á todas luces falso. Expulsado del colegio entró como dependiente á una tienda, y en 1808 tuvo que huir por haber tomado parte en la conspiración de Flores Verdad.... esto es un tejido de embustes, pues ni hubo tal conspiración, ni Rosales tomó parte en ella.

Lo único de positivo que se sabe, es que Rosales se encontraba en Zacatecas en 1810, y que allí tomó parte en los trastornos habidos en Noviembre de ese año, incorporándose al ejército independiente; su nombre

empieza á sonar cuando Rayón se retiró del Saltillo. Uno de los jefes que lo acompañaban era Don Víctor Rosales, que se batió en el Puerto de Piñones y recibió el encargo de adelantarse en unión de Don Juan Pablo Anaya, á reconocer las defensas de Zacatecas; entró á la ciudad después de la victoria de Torres, y cuando el jefe insurgente decidió seguir su camino para Michoacán, dejó á Rosales en la ciudad, con orden de sostenerse hasta el último extremo y salir en dirección á Jerez, pues quería engañar á Calleja; no cumplió aquél con las órdenes recibidas, sino que apenas alejado su jefe de Zacatecas envió comisionados al General español para que tratasen del indulto de todos los que estaban en la plaza. Aunque Calleja lo otorgó de buen grado, hizo fusilar á diez y ocho individuos. Rosales entregó diez piezas de artillería y una porción de lanzas y municiones, así como una cantidad de barras de plata, que no se sabe por qué las dejó Rayón. Este hecho de Rosales llama tanto la atención, que á nosotros nos ha hecho dudar acerca de la identidad del personaje que lo verificó y sólo después de mucho vacilar hemos convenido en que Don Víctor Rosales el indultado de Zacatecas era el mismo Mariscal que siguió después en las banderas de la insurrección y murió valientemente en Ario; así mismo nos llama la atención que nunca Rayón le reprochase, al menos públicamente, la entrega de Zacatecas y su indulto, y que todos los contemporáneos guardasen silencio acerca de esos hechos. También es de fijarse en la circunstancia de que se ignora quién fué el que concedió á Rosales el elevado grado de Mariscal de campo, que no parece que lo usara al principio, sino cuando volvió á tomar parte en la revolución.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el nombre de Rosales no vuelve á figurar en la historia durante el resto del año de 1811, ni se vé entre los de los jefes que acudieron á sancionar el establecimiento de la Junta de Zitácuaro y que ofrecieron sostenerla; hasta Octubre de 1812 es cuando se vuelve á leer su nombre y se le encuentra

en Uruápan al lado del Dr. Verduzco; no obstante disponer él y otros jefes de unos mil hombres, huyeron ante Negrete, dejándole siete cañones y bastantes armas y municiones; pocos meses después concurrió á la gran reunión de Ario, donde al decir de Bustamante se congregaron veinticinco mil insurgentes bien armados que decidieron atacar la ciudad de Valladolid, (Enero de 1813); fué aquel ataque tan desgraciado como los demás, y los diferentes jefes independientes se dispersaron por diferentes rumbos. Rosales, cuya división sufrió mucho por haber estado en la garita de Santa Catarina, que fué uno de los puntos donde más se combatió, se retiró de la provincia y no paró sino hasta la de Zacatecas, que era la que mejor conocía.

En veinte de Marzo de ese mismo año y al frente de tres mil hombres, (según la versión realista), de los que cien iban bien armados, atacó en la Ciénega de Gallardo á la partida de Terán, que aunque se defendió bien, fué rechazada después de hora y media de combate, en el que este jefe sufrió serias pérdidas; la falta de municiones impidió al insurgente apoderarse de Aguascalientes; sin embargo, envalentonado con este triunfo se reunió con los jefes González, Hermosillo, Carranza y los Segura, amenazando aquella ciudad; fué preciso que Cruz enviase la división de Negrete, el que llevando como segundo al Teniente Coronel Don Manuel Iturbe, batió á los independientes el 13 de Abril en los Salados, punto cercano al pueblo del Rincón; los independientes sólo perdieron dos fusiles y se retiraron en buen orden. Disgregadas esas partidas, Rosales quedó con poca gente y tuvo que dejar pasar algunos meses antes de reanudar sus correrías: hasta Septiembre de ese mismo año de 1813 volvemos á encontrar su nombre, esta vez atacando á Zacatecas, en virtud de las inteligencias que tenía dentro de la plaza; no obstante esto, ó era muy confiado Rosales, ó tenía plena seguridad de ser bien recibido, pues ese ataque fué muy atrevido, por las razones que vamos á exponer.

Un religioso mercedario, Fray J. Porras,

que estaba en correspondencia con Rosales, le hizo creer que en el momento que se presentara en la población se le uniría la tropa allí existente, y le ofreció marchar por delante para preparar la entrada, pero lo que hizo fué quedarse en una hacienda inmediata á Zacatecas; cansado Rosales de esperar, dejó el grueso de su tropa, que apenas llegaba á 250 hombres, en las goteras de la ciudad, y con sólo cincuenta penetró, sorprendiendo al Comandante Irizarri, que tuvo que retirarse hasta el cuartel de los Urbanos, dejando dos cañones; no era posible, sin embargo, que con tan poca fuerza se sostuviera Rosales en la ciudad, así es que atacado por las fuerzas de Nafarrate tuvo que abandonarla, perdiendo los dos cañones de que se había apoderado y quedando su pequeño ejército en completa dispersión. Refiere Bustamante que en esa acción de Zacatecas llevaba consigo á un pequeño hijo suyo, con el fin precisamente de libertarlo del poder de los realistas; el jovencito no pudo seguir á su padre en la retirada y cayó en poder de los realistas, quienes lo llevaron á la ciudad, donde lo azotaron cruelmente, lo ultrajaron hasta lo sumo y en camilla tuvieron que llevarlo al lugar donde lo fusilaron. Acaso se explique el atrevido ataque dado por Rosales al deseo de sacar á su hijo de la ciudad, donde estaba preso, como Villalongín hizo con su esposa en Valladolid. De todos modos, si el hecho es cierto, demuestra no sólo crueldad, sino ferocidad.

Después de esta acción no se vuelve á saber del insurgente en muchos meses, ya sea porque estuviese enfermo, herido, ó porque no pudiese reunir un nuevo ejército ó partida; ni siquiera concurrió al asalto que en 23 de Diciembre dió Morelos á Valladolid, y esta circunstancia indica la connivencia en que estaba con Rayón para no ayudar al Cura de Nocupétaro, ó la independencia con que obraba en sus correrías. Hasta un año después, en Octubre de 1814, no se vuelven á encontrar sus huellas: unido al Brigadier Rosas y á Matías Ortiz, rechazó á Galdamez, que con quinientos hombres marchaba en auxilio del Real de Pi-

nos, y ocupó el pueblo, donde permaneció poco tiempo. Retirado á las montañas de Zacatecas, á donde no mandaba perseguirlo García Conde, sólo de tarde en tarde bajaba á las poblaciones, como lo hizo en Julio de 1815, en que unido con los Pachones, Rosas, Ortiz, el padre Torres y otros, consiguieron los insurgentes formar una respetable división que se situó en Rincón de Ortega, amenazando Zacatecas y Aguascalientes; Orrantia y Castañón los atacaron y se dió el 24 una reñida acción en la que los beligerantes tuvieron numerosas pérdidas. A consecuencia de esta batalla, el Capitán Brilanti persiguió tan activamente á Rosales, que éste juzgó prudente salir de la provincia y retirarse á Michoacán, donde la mayor fragosidad del terreno hacía que los insurgentes fuesen menos perseguidos.

Llegó allí en la época en que éstos se encontraban profundamente divididos. El Congreso de Chilpancingo había emigrado para Tehuacán, dejando una Junta subalterna que por el lugar donde se estableció fué llamada de Taretan, á la que no obedecían gran cosa los jefes de Michoacán; sin embargo, iba viviendo y hubiera existido algún tiempo, si el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, devoto de Rayón, y, por lo mismo, enemigo de ella y del Congreso, no hubiese tomado á su cargo disolverla al saber que Terán había disuelto el Congreso. Los Vocales, entre los que se contaba el General Muñíz, fueron llevados presos por Anaya, de la hacienda de Santa Efigenia, á Ario, con cuya medida se creyó que Rayón, el "Ministro universal de las cuatro causas," como se llamaba, recobraría su poder, pero se equivocaron los que tal creyeron, pues varios Comandantes, penetrados de la necesidad de que hubiese un centro directivo, se reunieron, á instigaciones de Don José María Vargas, y formaron en Uruápan una nueva Junta, integrada por el mismo Vargas, Don Remigio Yarza, antiguo Secretario de la de Zitácuaro, el Mariscal Don Víctor Rosales, el Presbítero Don José Antonio Torres, el abogado Isasaga, Don Manuel Amador y el Canónigo San Martín; empezó á funcionar en Marzo de 1816 y es

más conocida con el nombre de Junta de Jaujilla, por haberse ido á radicar á ese islote de la laguna de Tzacapu, que se creía inexpugnable. A poco tiempo fué reorganizada, dejando Rosales de ser Vocal de ella, y con los trescientos hombres que le obedecían se dedicó á hacer incursiones por los límites de la provincia de Guanajuato.

Su adhesión á Rayón, demostrada con el hecho de haber dejado de formar parte á la Junta de Jaujilla, fué premiada con el nombramiento de Comandante militar de Micoacán, empleo que desempeñaba Don Manuel Muñíz; éste no quedó conforme con haber sido desposeído y aunque reclamó no se le hizo caso ni él tuvo esperanza de que Rayón ó Anaya, que estaban en malas condiciones, escuchasen sus quejas, por lo que decidió indultarse, como lo hizo, en Mayo de 1817. Inmediatamente fué destinado, como era sistema en el Gobierno colonial, á perseguir á sus antiguos compañeros de armas; Rosales, comprendiendo que él podía ser la primera víctima del ex-insurgente, se dedicó á perseguirlo con actividad; Muñíz, viéndose en peligro, pidió auxilio á Barragán, quien rápidamente se dirigió á Tacámbaro, y unido con aquél, que le servía de guía, sorprendieron á Rosales en el rancho de La Campana, en los últimos días de Mayo. Resuelto á vender cara su vida, se encerró en la casa y mató á varios dragones, al fin, forzadas las puertas, el Cabo Ignacio Peña se abrazó á él y Rosales cayó acribillado á sablazos; Barragán al rendir el parte de la jornada, dijo al Virrey: "el indultado Don Manuel Muñíz hizo prodigios de valor." A aquél jefe se le concedió la Cruz de Isabel la Católica.

El año de 1824 fué declarado Don Víctor Rosales benemérito de la patria en grado heróico, y se mandó inscribir su nombre con letras de oro en el salón del Congreso, y recoger sus restos; por decreto de la Legislatura michoacanense, de 4 de Marzo de 1858, Ario se llamó desde entonces "de Rosales." Ante el Congreso constituyente, Don Carlos María de Bustamante pidió una pensión para la familia del héroe, alegando las malas circunstancias en que se encontraba.

A propósito de esta familia, en la biografía áque hicimos alusión al principio de ésta, vemos que se componía de su esposa, Doña María Elena Gordoa, que murió en 19 de Marzo de 1814, al dar á luz su segundo hijo, José, cuando huía de los realistas, que habían ocupado Zacatecas. Los hermanos de Don Víctor fueron: Don Francisco, Administrador de una hacienda, y que hecho prisionero en la de Illueca por el español Gallopen, fué fusilado el año de 1812; Don Fulgencio, dueño de un obraje en León, que fué herido en la batalla de las Cruces; hecho prisionero en Aculco, fué colgado y fusilado, en venganza de haberse apoderado de las banderas del Cuerpo de Tres Villas y del de Milicias de México; su hija, Doña María Ricarda Rosales, fué hecha prisionera en la acción del Maguey, (Octubre de 1814), cuidando de su pequeñísimo primo José, (hijo de Don Víctor) y llevada á México, presa en las cárceles de la Inquisición, de las que se fugó, con el auxilio de Doña Leona Vicario; murió en San Gregorio. El tercer hermano de Don Víctor Rosales se llamó Don Vicente y murió á manos de los realistas en la acción de Purépero; por último, Don Sotero, hermano de los anteriores, fué labrador en la sierra de Amoles, y también trabajó por la Independencia.

D. Ramón Rayón.

DON RAMON RAYON.

Hermano menor del conocido Don Ignacio López Rayón, fué este valiente insurgente superior en conocimientos militares, á su hermano, el cual muchas veces se guió en la campaña por sus consejos.

Nació en Tlalpujahua, el 31 de Agosto de 1775, del matrimonio de Don Andrés López Rayón con Doña Rafaela López Aguado, y después de hacer sus primeros estudios en su tierra natal, vino á México con su hermano para seguir una carrera, pero el éxito desgraciado que tuvo en sus comienzos lo decidieron á dejar las letras y á dedicarse al comercio, en lo cual lo ayudó su familia hasta que consiguió tener un pequeño "cajón" ó tienda de ropa en el Parián. Dedicado á esa ocupación estaba, cuando estalló la revolución de Dolores, en la que casi desde los primeros días tomaron parte Don Ignacio y sus hermanos Don Francisco y Don José María; sin embargo, Don Ramón continuó entregado á sus habituales ocupaciones, en unión de su otro hermano Don Rafael, hasta que habiendo adquirido notoriedad el mayor de todos ellos por su retirada del Saltillo y por considerársele el jefe de todos los insurgentes, las autoridades españolas de la capital se propusieron hostilizar y perseguir al hermano comerciante por cuantos medios encontraban. Cansado de sufrir vejaciones, y viéndose expuesto á la ruina, decidió lanzarse á la revolución, por lo que realizando sus

bienes salió de la capital y se dirigió á Michoacán en busca de su hermano.

En alguna biografía hemos leído que Don Ramón Rayón no se hizo insurgente como un soldado vulgar, sino que comprendió que para entrar en la lid era indispensable proporcionar á las masas ciertos elementos para contrarrestar los que sobraban al poder colonial. Entonces "se dedicó al estudio de la fortificación y aprendió en Morla y Robira el arte de fundir cañones, y tan feliz fué el éxito que coronó sus esfuerzos, que en breves días fundió cuantos se necesitaban par la defensa de Zitácuaro." Aparte de que cuando resolvió unirse á los independientes ignoraba lo que eran las masas y la guerra, sus ocupaciones no le han de haber dejado mucho tiempo para dedicarse á estudiar fortificación, y si lo llegó á hacer, sería de una manera muy superficial; tenía disposición para la milicia, y nad más, y si en lugar de servir á los intereses de su hermano se hubiera dedicado á servir los de Morelos, muy útil habría sido á este caudillo y á la causa de la patria.

A mediados de 1811, cuando Don Ignacio ya había sido derrotado en el Maguey, rechazado de Valladolid, y se encontraba en Tuzantla, indeciso del partido que debía tomar, fué cuando Don Ramón se lanzó á la revolución; fué á ese pueblo á buscar á su hermano, y sabedores ambos de la victoria que Don Benedicto López acababa de obtener en Zitácuaro contra Torre, decidieron dirigirse hacia esta población; López ningún inconveniente tuvo en ceder el mando de la plaza al delegado de Hidalgo, y la acción de 22 de Junio, en que fué rechazado Empáran, mandando ya Rayón, acabó de darle la superioridad sobre el sencillo Don Benedicto. Organizada la Junta de Zitácuaro y libre por el momento de enemigos, Don Ramón, para consolidar la conquista de su hermano, estuvo expedicionando por el Norte de Toluca, mientras López lo hacía por Tuzantla y Oviedo por el Sur de la misma Toluca; el 11 de Septiembre entró Don Ramón en Ixtlahuaca, obligando á los realistas á retirarse á aquella ciudad, que con un poco de esfuerzo hubiera caído en po-

der de los insurgentes, á pesar de la prontitud con que Porlier salió de México en su socorro.

Entre tanto, Don Ignacio Rayón fortificaba Zitácuaro, contra la opinión de Don Ramón, que quería que ese punto fuese abandonado, idea en la que insistió cuando por las cartas interceptadas se supo que el objeto de todos los movimientos de Calleja era atacar la villa; pero ya era tarde para ello, pues los indios podían disgustarse, y no tuvo más remedio que aumentar á toda prisa las defensas de ella y llamar á todos los jefes que fué posible. Don Ramón se encargó de las fortificaciones y de la artillería, que llegaba á 36 cañones, que colocó ventajosamente, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, porque la pericia de Calleja supo vencer todos los obstáculos que se le habían opuesto, y en un solo ataque se apoderó de Zitácuaro, que los Rayón creían que sería objeto de un sitio; Don Ramón se defendió valientemente, y en la retirada le mataron el caballo, que del golpe quedó muerto; y él hubiera caído en poder de los realistas, á no haber sido por su asitente, Joaquín Ruiz, que aunque herido también, consiguió ponerlo en cobro; en esa acción perdió Rayón el ojo izquierdo. Zitácuaro no se perdió por la desigualdad de fuerzas y pertrechos como dice Sola, pues las tropas independientes eran superiores en número á las realistas, sino por la impericia de los jefes, y porque no era una plaza defendible.

Don Ramón se dirigió á Tlalchapa, donde permaneció hasta que quedó totalmente curado de sus heridas, razón por la que no acompañó á su hermano al asedio de Toluca ni siguió á la Junta en las diversas peripecias que tuvo. Bueno y sano ya, ambos hermanos se reunieron en Tlalpujahua, y convinieron con los demás en fortificar el cerro del Gallo, inmediato á la población, así como el de Nadó, cercano á Aculco, fácilmente defendibles pero no inexpugnables, como creían; en ambos estableció su maestranza Don Ramón, fundió cañones, compuso fusiles, etc., pero no pudo taladrarlos, por más esfuerzos que hizo, y esta circuns-

tancia contribuyó á que nunca estuviesen bien armados los insurgentes, pues les faltaba la arma principal de la infantería, y tenían que conformarse con las que conseguían quitar á los realistas. Los otros tres Rayón, por su parte, se ocupaban en levantar fuerzas, y en esos días de Junio y Julio de 1812, los cinco hermanos trabajaban activamente y unidos en su antigua casa, en favor de la Independencia de México.

Nombrado jefe del Cantón de Tlalpujahua, se dedicó á expedicionar por la comarca asaltando convoyes y procurando tener siempre provistos sus fuertes para poder resistir un sitio; algunas veces emprendía correrías más largas, como la que hizo á Jerécuaro, donde atacó al pueblo, que estaba bien defendido, apoderándose de él y haciendo prisioneros doscientos y tantos enemigos, entre los que estaba el Comandante Don Mariano Ferrer, hermano del fusilado en México por insurgente y que expedicionaba por Maravatío, castigando severamente á los independientes; Rayón (Don Ignacio) lo condenó á muerte, sentencia que se ejecutó en Tepustepec el 4 de Septiembre; dos españoles y cinco soldados sufrieron la misma pena y los demás fueron incorporados á las filas insurgentes. Don Ramón era infatigable, como lo demuestra la circunstancia de que después de esa acción hiciese una correría por Querétaro y volviese á Jerécuaro, donde derrotó á la partida del realista Aguirre, quitándole los fusiles, que tanta falta le hacían, y que inmediatamente después hiciese una larga correría para ponerse en asecho del convoy que se había detenido en San Juan del Río, y al que pudo quitarle algunas cargas.

En Enero de 1813 regresó á Nadó, amenazado por Castillo Bustamante, y consiguió barrenar fusiles, lo cual fué un verdadero éxito, pues así podía armar á todo el ejército con armas de fuego. Con este éxito y con los víveres tomados á los diversos convoyes atacados, tenía ya bastante para aguantar un sitio que el jefe realista citado no se atrevió ni á iniciar, pues no se acercó á Tlalpujahua. En pugna Don Ignacio con los Vocales Verduzco y Licéaga, y

no habiéndose podido entender con el primero en Pátzcuaro, envió á su hermano Don Ramón á Acámbaro para que tratase con el segundo, que tampoco se avino á una avenencia y que al fin se fugó rumbo á Salvatierra, á donde trató de seguirlo Don Ramón, pero en lugar de dar con él se encontró con Iturbide, que lo atacó impetuosamente; Don Ramón se defendió durante siete horas, esperando que Licéaga, espectador de la batalla, lo ayudase, pero al fin tuvo que retirarse, perdiendo su artillería, pertrechos, etc., y entregándose su gente á una completa dispersión; Don Ignacio y Don José María se retiraron inmediatamente al campo del Gallo, á donde llegó Don Ramón con los dispersos, pero por entonces ningún ataque se intentó contra esa fortificación, y los Rayón tuvieron tiempo de almacenar suficientes víveres y de reunir bastante partidas de tropa. A pesar de que en Salvatierra quedó derrotado, esa fué una de las más brillantes batallas que sostuvo, como lo confesó más tarde el mismo Iturbide, agregando que tres veces tuvo ganada la acción Rayón, y que en definitiva habría quedado el campo por suyo, aun sin el concurso de Licéaga, si Oviedo, el Comandante de la caballería, no hubiese faltado á las órdenes que tenía recibidas. "A no haber sido por el imprudente arrojo de Oviedo, dice Don Mariano de J. Torres, se habría obtenido un completo triunfo sobre las tropas realistas, las que no salieron bien libradas del combate."

En los primeros días de Mayo se presentó Castillo Bustamante con dos mil hombres y 6 cañones frente al campo, de donde ya había salido Don Ignacio, y aunque Don Ramón se defendió bien, esa defensa no correspondió á los preparativos hechos, pues en seis días se vió privado de recursos y sin agua, por lo que determinó abandonar el punto; clavó sus cañones, quemó las cureñas, destruyó las provisiones, voló el parque, y la noche del 12 de Mayo se salió del campo con todo su ejército, que no fué sentido por el ejército sitiador; el cerro de Nadó, abandonado por Polo, también cayó en poder de los realistas, que en

vano persiguieron á los insurgentes, pero que en cambio ocuparon los dos puntos fortificados, á Tlalpujahua, que era considerada como la capital de la revolución, y á Zitácuaro, y se hicieron dueños de todos los útiles y materiales que la constancia y previsión de Don Ramón había acumulado en esos lugares; Castillo Bustamante arrasó las fortificaciones y se situó en Maravatío para tener expeditas las comunicaciones entre Valladolid y Toluca.

En Túxpan se reunieron los dos hermanos, y no pudiendo permanecer mucho tiempo en la comarca, se separaron, yéndose Don Ramón para la provincia de Guanajuato, convencido de que no podía sostenerse en Zitácuaro; en pocos días consiguió organizar una nueva partida de 600 hombres con 300 fusiles y cuatro cañones, con la que se presentó en Puruándiro á mediados de Agosto, para proteger á Don Ignacio, que durante ese tiempo había andado á salto de mata; sin embargo, Don Ramón pocos días permaneció allí, pues además de ser activo comprendía que más ganaba la causa combatiendo que ocultándose y huyendo siempre. Se dirigió á Zamora y en Chaparaco (4 de Septiembre) derrotó á una considerable partida realista, pero quince días después fué sorprendido por Landázuri en Zacapu y poco faltó para que Don Ignacio fuese hecho prisionero. No parece sino que la fortuna se emepñaba en mostrársele esquiva cuando emprendía Don Ramón alguna expedición unido á su hermano Don Ignacio. Por orden de éste, que tuvo necesidad de presentarse en el Congreso de Chilpancingo, pero que quería hacerlo con todo el boato de un General que dispone de grandes fuerzas y de un igual que sólo por deferencia ocurre á una cita, Don Ramón y Don Rafael lo escoltaron desde Tancítaro hasta Chilpansingo.

Morelos, que sabía apreciar la valía de los hombres, conquistó á Rayón para que lo ayudase en el atáque de Valladolid y le dió el grado de Mariscal de campo y Comandante de la demarcación de Tlalpujahua, encomendándole además, que ayudase al paso del ejército y de la artillería por

el Mezcala, operación que se verificó el 9 de Noviembre con toda felicidad. Siguió adelante y comunicó á Morelos oportunas noticias acerca de los movimientos de las tropas realistas de Llano é Iturbide, con objeto de batirlo y le propuso que con la tropa de su mando, la de su hermano Don Rafael é igual número de la de Matamoros se situaría en el puerto de Medina ó en otros puntos ventajosos, para impedir el paso de Llano, que estaba en Ixtlahuaca y la reunión de éste con Iturbide, que se hallaba en Acámbaro, con lo que se aseguraría la toma de Valladolid, aun cuando fuese oportunamente socorrida por el último. El plan de Don Ramón Rayón era hábil, sin que por esto creamos que era decisivo, pero fué desechado francamente por Morelos, que quería tener todas sus fuerzas expeditas para atacar la ciudad; en consecuencia, Rayón prescindió de su idea, y acatando las órdenes del Generalísimo, se limitó á hacer una marcha de flanco paralela á la que seguía Llano; éste, sabedor de que el enemigo lo seguía por su izquierda, destacó en Maravatío al Teniente Coronel de Fieles del Potosí, Don Mariano Aguirre, con alguna infantería, quien batió á Don Ramón el 18 de Diciembre en el cerro de Jerécuaro, haciéndole algunos muertos y quitándole bastantes armas. Don Rafael Rayón, que no había podido incorporarse á su hermano y que á su vez venía de San Miguel para concurrir al ataque de la capital de Michoacán, fué batido también en Santiaguito por Iturbide, y las dos divisiones realistas continuaron su camino sin dejar enemigos á la espalda ni en los flancos. No ha faltado quien diga que la derrota de Jerécuaro se debió á la falta de municiones que Rayón había pedido con toda oportunidad á Morelos y que éste prometió enviarle á determinado punto.

Fracasado el ataque de Valladolid, en el cual tomó muy poca parte Don Ramón, por estar en el punto ó garita de Santa Catarina, el grueso del ejército insurgente se retiró á Puruarán, donde lo alcanzaron los realistas; Morelos se empeñó en dar la batalla, á pesar de la oposición de sus Gene-

rales, entre los que se contó Rayón, pero decidida ésta, quedaron él y su hermano Don Rafael al otro lado del río; se defendieron con denuedo, pero batido el punto principal, que era la hacienda, y ocupado, tuvieron que retirarse, sin haber sufrido pérdida alguna; sin embargo, tuvieron una gran dispersión en su tropa, á causa del pánico que se había apoderado de los soldados, que hasta las armas abandonaron. Muñoz, que las recogió, devolvió algunas, y Rayón al fin se internó en la sierra de Zitácuaro, situándose en Laureles, donde recogió muchos de los dispersos; siguió para la Barranca, donde tuvo noticia de que su esposa había fallecido en Tajimaroa, lo que hizo que prescindiera de seguir para esa población y que se dedicase únicamente á organizar su pequeña división, que estaba muy necesitada de municiones y de pólvora. La exploración de la gruta de Jungapeo, de la que ya tenía noticias y á la que se dedicó entonces, le fué de suma utilidad, pues le permitió pasar con tranquilidad una fuerte fiebre que de resultas de tantas penalidades sufridas le atacó, librarse de la activa persecución que le hacían los realistas Aguirre y Guardamino, y lo que es más notable aún, fabricar la pólvora que necesitaba; en efecto, aquella cueva, además de ser una curiosidad como otras muchas por las estalactitas que contenía, era un refugio seguro no para cien hombres, que eran los que habían quedado á Don Ramón, sino para dos mil, y el suelo de la caverna estaba cubierto por una espesa capa de medio metro de espesor de estiércol de murciélago depositado allí desde hacía siglos. Desalojó á los alados habitantes de la caverna, tapó los respiraderos de la cueva y prendió fuego al estiércol, que ardió durante quince días, al cabo de los cuales tenía la suficiente materia prima para fabricar azufre y pólvora y un asilo seguro, desconocido de los realistas; estableció cuatro fraguas, fabricó cañones y durante algunas semanas nadie supo de él y en vano lo buscaban aquéllos; el plomo que necesitó lo tomó de los techos del convento de Sultepec.

Al fin fué encontrado y atacado por Aguirre, que aunque penetró á la caverna y destruyó las instalaciones hechas, no causó gran daño al insurgente, que se refugió en el cerro de Cóporo y tuvo ocasión de apreciar las buenas condiciones que tenía para ser fortificado, y determinó establecerse en él, pero entre tanto se dedicó á hacer algunas correrías por la comarca. Se dirigió entonces á Sultepec, donde se proveyó de plomo, como hemos visto, reconoció el cerro de la Goleta, que después fué fortificado, y en Tejupilco fabricó parque, haciendo que todas las indias molieseu en sus metates azufre y salitre; de ahí se dirigió á marchas forzadas para castigar á un Comandante español que contra lo pactado fusiló á Bringas, indultado, lo que consiguió en la hacienda de Baranca, jurisdicción de Querétaro, acción á la que concurrieron por orden de Rayón las partidas de Atilano y de Epitacio Sánchez. En la Barranca y en Sabanilla consiguió triunfos que aumentaron su armamento y su crédito, y que le dieron alientos para sorprender por medio de sus Tenientes un destacamento de Ordóñez, que estaba en Huehuetoca. Antes de que fuera perseguido se retiró á San Pedro de Cóporo, que se dedicó á fortificar, sin encerrarse allí todavía. En estas ocupaciones pasó varios meses del año de 1814.

Para solemnizar su santo el 31 de Agosto de él, dió libertad á todos los prisioneros realistas que tenía, regalándoles además vestidos nuevos y un peso á cada uno; muchos prefirieron quedarse en su ejército, y sólo veinte, que tenían familia, dejaron á Rayón. Para librarse de la activa persecuciöin que le hacía Llano con quinientos caballos, discurrió mezclar á la paja cierta raíz venenosa bien despedazada y que se confundía con aquélla; cuando el enemigo llegó á la hacienda de Jungapeo, que fué donde empleó esta estratagema, murieron envenenados los caballos y aunque Llano quiso con sus trescientos infantes, forzar los vados del arroyo de Púcuaro para atacar á Rayón, los obstáculos que éste había puesto en el fondo del río impidieron el paso, teniéndose que retirar el Coronel rea-

lista. Por aquellos días Fernando VII había vuelto á ocupar su trono y los Comandantes españoles recibieron orden de aprovechar esta oportunidad para atraerse á los insurgentes haciéndoles ver que había cesado el pretexto de la revolución. Llano se Llano se dirigió á Rayón en este sentido, ofreciéndole el más amplio indulto, pero el segundo se negó á una avenencia, contestando en nombre de la nación mexicana "que ésta nada tenía que esperar de España, y mucho menos organizada bajo el plan de absolutismo de Fernando."

Los últimos triunfos de Don Ramón, la fortificación de Cóporo y la negativa de aquél á indultarse, decidieron al Virrey Calleja á hacer un esfuerzo para acabar con ese insurgente, que era e más notable que había quedado en la provincia de Michoacán. Al efecto, ordenó á fines de Octubre de 1814 á Llano, que se encontraba en Acámbaro, que con su división, fuerte en 2,000 hombres, marchase á atacarlo; pero Rayón, de acuerdo con su hermano Don Francisco, adoptó un género de guerra con guerrillas volantes que aparecían y desaparecían tan velozmente que era materialmente imposible atacarlas; de la caballería ya hemos visto como se deshizo, y en cuanto al resto del ejército realista no tuvo más remedio que esperarlo en los Mogotes, junto á Túxpan, donde lo derrotó, así como en la mesa de Cuinga, distinguiéndose en este punto Don Melchor Múzquiz; estos triunfos parciales desmoralizaban á los realistas y al fin los obligaron á retirarse á Acámbaro, y aumentaron el prestigio de Don Ramón Rayón, que se había batido con fuerzas inferiores en número y en armamento que las de Virrey.

Resolvió reforzar á Llano con las tropas de Guanajuato, que mandaba Iturbide, y con las que estaban á las órdenes de Concha. El 16 de Enero de 1815 empezaron las operaciones militares, y aunque Iturbide puso en ellas toda su pericia, no consiguió alcanzar á Don Francisco Rayón, que lo obligó á hacer un largo paseo por Irimbo, Túxpan, San Andrés y Zitácuaro hasta Angangueo; llegó á Jungapeo el 26, y hasta el

28 pudo presentarse frente á Cóporo, para empezar el sitio. Tres mil hombres tenía Llano á sus órdenes, en tanto que Rayón sólo mandaba á setecientos, con cuatrocientos fusiles, treinta y cuatro cañones, abundancia de víveres y municiones, y suficiente agua del arroyo que serpentea por el cerro. Afuera quedaron las partidas insurgentes de Lucas Flores, el Giro, padre Torres, Obregón, etc., para hostilizar á los realistas y que atacaron infructuosamente á Acámbaro el 4 de Febrero.

Cóporo estaba bien fortificado, sobre todo en su parte accesible, por cuatro baluartes regularmente construidos, tres baterías en los intermedios, formadas con saquillos, un foso de bastante amplitud y á distancia de unas treinta ó cuarenta varas una estacada ó tala de árboles de espino; desde el arroyo subía por el lado izquierdo del frente forficado una vereda poco usada y una áspera cuesta, y todo lo demás de la circunferencia era enteramente impracticable. Los sitiadores abrieron un camino para subir la artillería y rompieron el fuego el 2 de Febrero, sosteniendo desde ese día frecuentes escaramuzas; el día 5 se celebró consejo de oficiales, ante el cual expuso Iturbide su opinión de que sería dudosa la victoria en el caso de asaltar la fortaleza; pero que no obstante esta opinión, él estaba dispuesto á mandar la fuerza que intentase tal cosa. Transcurrió todo el mes de Febrero en escaramuzas, sin que los sitiadores adelantasen grán cosa, hasta que el día 3 de Marzo dió Llano á Iturbide la orden de asalto. En la madrugada del 4 tuvo verificativo, y aunque los asaltantes, divididos en cuatro columnas, iban mandados por buenos jefes y demostraron mucha intrepidez, fueron rechazados por los sitiados, que estaban alerta y que no tuvieron necesidad de ser advertidos por los ladridos de ningún perro, como afirma Filisola; numerosos realistas, (400 según Bustamante), quedaron tendidos en el campo, y Rayón sólo perdió un Capitán y un soldado, pues toda la tropa combatió al abrigo de los parapetos. Las consecuencias del asalto fueron que Llano levantase el sitio á los se-

senta y dos días de haberlo emprendido, con gran descontento de Calleja, que comprendió todo el descrédito que sobre las armas realistas había caído; Rayón creció mucho ante los ojos de todos y desde entonces los insurgentes mostraron predilección por fortificar aquellos sitios elevados que con poco trabajo podían hacerse muy defendibles y hasta inexpugnables. El ejército sitiador quedó dividido en varias divisiones para recorrer sin cesar la comarca y evitar que los fortificados de Cóporo recibiesen auxilios y víveres, así como para preparar lo necesario, á fin de establecer un nuevo sitio cuando se estimase conveniente.

Rayón siguió sus excursiones por la comarca, sin alejarse mucho de su base de operaciones, y en Mayo de ese año emprendió un ataque sobre Jilotepec, á instancias de Epitacio Sánchez; á pesar de que la expedición estuvo bien dirigida y de que se peleó largo rato, fueron derrotados los insurgentes, que perdieron bastantes hombres y muchas armas; Don Ramón se libró de caer prisionero gracias á la oportunidad con que lo auxilió su hermano Don Francisco, y tuvo que retirarse á Cóporo. Algunos meses después cayó prisionero este caudillo en Tlalpujahua, y aunque Don Ramón y sus hermanos procuraron salvarlo, haciendo varias proposiciones al Virrey Calleja, no lo consiguieron.

Cuando Don Ignacio Rayón regresó de su desgraciada expedición á Oriente, y por causa de la disolución del Congreso se creyó con derecho á ser reconocido como el único jefe de la insurrección, necesitaba ejército y recursos para sostener tales pretentensiones, y al efecto, se dirigió á Cóporo, de donde sacó 340 caballos de remonta, un bien organizado escuadrón de dragones y otros recursos, con lo que debilitó las defensas del cerro y la dejó sin auxiliares que lo proveyesen de víveres; en vano se opuso á todo esto Don Ramón de palabra y aun por escrito, y le envió correos suplicándole que retrocediese, pues había temor de que Cóporo se perdiese; "el Lic. Rayon creyó que era objeto de preferencia la consolidación de su gobierno; partió en Sep-

tiembre de 1816 y no volvió por allí." Además, Epitacio Sánchez, Vargas, Urbizu y otros muchos oficiales se habían indultado, y Don Ramón abrigaba el temor de que cualquier día los oficiales que aún estaban á su lado entregasen el fuerte para conseguir el indulto. Desde Junio de ese mismo año de 1816, el Coronel Don Matías Martín y Aguirre, encargado de vigilar el fuerte, había ido estrechando insensiblemente el bloqueo de Cóporo y hacía cada día más difícil la introducción de víveres, procurando también entrar en tratos con Rayón; éste se manifestó dispuesto á entregar el fuerte, pues estaba convencido de que no podría sostenerse mucho tiempo en él, pero necesitaba vencer algunas resistencias de sus subordinados, que podían sublevársele, como el padre Araujo y algunos otros, que llegaron seriamente á pensar en apoderarse de la persona de Don Ramón. Al fin consiguió, por medio de Don Apolonio Calvo, ajustar las condiciones de la entrega, y en junta de oficiales logró que fuesen aceptadas por todos los jefes y oficiales y aun por los soldados.

El 7 de Enero de 1817 Aguirre formó su ejército frente á la trinchera principal, y Rayón salió con el suyo, formándolo frente al realista; las bandas tocaron diana y unos y otros vitorearon al Rey y á la paz; entraon todos al fuerte y después de una salva empezaron los indios á destruir las fortificaciones; Rayón comprendió en la capitulación á sus hermanos Don Rafael y Don José María, que estaban inmediatos, y á Don Ignacio, no obstante que estaba lejos, los auxiliares y aun muchos insurgentes, bajo pretexto de que se hallaban fuera en comisión; á los desertores y á los procesados. Veintitrés cañones, trescientos fusiles, bastante parque, pocos víveres y más de mil hombres se encontraron en el fuerte, que costó trabajo destruir. Fué desaprobada la capitulación, por la idea de que con los insurgentes no se debía tratar nunca; pero no obstante esto, fué cumplida, y Aguirre quedó satisfecho y siguió en el ejército realista. Esta fué la primera capitulación celebrada y cumplida (á pesar de no haberse publicado) por los españoles.

Don Ramón Rayón se retiró á la hacienda de Ocurio, que tomó en Arrendamiento, y poco tiempo después, perseguido por los insurgentes, se retiró á Zitácuaro, donde levantó una compañía de realistas; su hermano Don Ignacio, á pesar de haber contribuido á la rendición, publicó una proclama reprobando la conducta de Don Ramón, con él, que ya estaba desavenido; pero no obstante esta conducta, cuando cayó prisionero, aquél alegó que debía ser comprendido en la capitulación y trabajó activamente por salvar la vida del Ministro de Hidalgo, como lo consiguió, ayudado por otras personas. Don Ramón siguió viviendo pacíficamente ese año de 1817 y los tres posteriores hasta 1821, que teniendo noticia del plan de Iguala acudió á ponerse á las órdenes de Iturbide; éste lo recibió perfectamente, y como aún no estaba seguro del triunfo, lo hizo Comandante de Zitácuaro y lo comisionó para que volviese á fortificar Cóporo, lo que resultó ya inútil, por lo rápidamente que se desenlazó la revolución. Hecha la Independencia, fué nombrado Regente de la Administración de tabacos de México, y después Contador general de Correos. La Junta de 1824, habiendo examinado los documentos de Rayón, declaró por buenos y meritorios los servicios que prestó á la Independencia desde 1811 hasta la rendición de Cóporo; sin embargo, la República hizo poco por él y ni aun siquiera le dió el grado de General de División que le correspondía, ya que antes había sido Teniente General, y sólo lo hizo General de Brigada. Permaneció en cuartel hasta 1834, que el Gobierno de Santa-Anna le dió la comisión de pacificar el Estado de Michoacán, la que desempeñó con moderación y eficacia, acabando con la revolución centralista que se había iniciado. Por algún tiempo permaneció allí con el carácter de Comandante general, y terminada su comisión, regresó á México y vivió en él hasta su muerte, ocurrida el 19 de Julio de 1839.

El Estado de Michoacán no ha honrado, como debía, la memoria del valiente, entendido y honrado defensor de Cóporo y campeón dé la causa nacional.

DON JOAQUIN SEVILLA Y OLMEDO.

Los datos adquiridos últimamente nos permiten dedicar un pequeño artículo biográfico á este militar, que contribuyó á la revolución de San Luis Potosí.

Don Joaquín Sevilla y Olmedo, nativo probablemente de esa provincia, se encontraba en su capital en Septiembre de 1810, mandando con el carácter de Capitán una Compañía del Regimiento de "Dragones de San Carlos," allí acantonado, y estaba afiliado á la conspiración, cuyo centro era Querétaro, pero temeroso de que Calleja hiciese un escarmiento con él si llegaba á saber cuáles eran sus ideas políticas, afectó una obediencia absoluta durante todo el resto de Septiembre y el mes de Octubre, que aquél jefe permaneció en la capital ó sus cercanías, instruyendo á sus tropas: cuando el General realista se fué á campaña, salió dejando en San Luis la guarnición de 600 ó 700 hombres, que creyó suficiente, y que si para tiempos normales era excesiva, para la época de agitación en que se vivía era reducida. Sevilla, que ya estaba de acuerdo con Lanzagorta, el comisionado de Allende, con los legos Herrera y Villerías, con Fray Gregorio, con Zapata y con los demás conjurados, no tuvo inconveniente en facilitarles las armas que se habían confiado á su lealtad, y ya con ellas, los independientes pudieron hacer la revolución de la madrugada del 11 de Noviembre.

En un estudio del señor Muro hemos leí-

do que Sevilla, afecto á la Independencia, no estaba de acuerdo con los mencionados, y que si llegó á estarlo fué porque entró en parlamento con Lanzagorta, que en la noche del 10 de Noviembre recorría las calles ya en son de pronunciado; que esa conferencia se verificó al aire libre en la plaza de la Merced, y que puestos de acuerdo los dos militares, es dirigieron á poner en libertad á los legos y tuvieron la abnegación de reconocer como jefe á Herrera. Ni la lógica ni la historia autorizan esta versión, y en la biografía de Lanzagorta ya hemos visto que éste llevaba instrucciones de Hidalgo ó de Allende para promover la revolución; en la de Iriarte hicimos resaltar la circunstancia de que le fué fácil apoderarse del mando, porque en realidad en San Luis Potosí ninguno tenía el mando superior. Esto por lo que respecta á los antecedentes del suceso, pues por lo que atañe á la conferencia en la plaza de la Merced, diremos que aunque nada de particular tuviera que Sevilla y Lanzagorta, cada uno por su lado abrigara la idea de declararse por la Independencia, sí lo tiene la circunstancia de que de tal manera coincidiesen en esa idea que hasta hubiesen pensado ponerla en práctica la misma noche del 10 de Noviembre; así mismo, resulta inverosímil que si Lanzagorta no estaba de acuerdo con la Independencia, se decidiese por ella á consecuencia de una corta conversación tenida en el momento en que ejecutaba actos de servicio y en presencia de muchas personas. Así, pues, como tradición, y tradición infundada, puede pasar esa versión, pero la historia, que tiene datos positvos en contrario, no puede acogerla.

Sevilla salió de San Luis y dícese que fué á Guanajuato en auxilio de Allende, y que en seguida se dirigió al Sur, donde combatió al lado de Morelos hasta que sucumbió como un valiente en el sitio de Cuautla. Sabíamos nosotros que estuvo en Calderón y siguió en el ejército de los caudillos, y después en el de Rayón, en los que por su carácter de subalterno no tuvo ocasión de distinguirse; su nombre no vuelve á encontrarse durante el largo período de la insu-

rrección, pero no obstante, Sevilla sobrevivió á ella muchos años y llegó á ser General de la República; es muy fácil comprobar esto último buscando su nombre en el escalafón del ejército, donde debe constar.

BR. DON FERNANDO ZAMARRIPA.

El nombre de este insurgente de los primeros días de la revolución permanecería olvidado si el empeñoso historiógrafo señor Don Manuel Muro no nos lo hubiese revelado.

Nació en la Congregación de Soledad de los Ranchos, jurisdicción de San Luis Potosí, y después de haber hecho sus estudios sacerdotales, fué sucesivamente Vicario de las Parroquias de San Luis, Dolores, y San Miguel el Grande; esta circunstancia lo hizo conocer á Don Miguel Hidalgo, que indudablemente lo hizo conocer sus proyectos, consiguiendo tener en él un adepto más de la causa de la Independencia. Al estallar la revolución se encontraba en San Luis, y en cuanto tuvo noticia de ella salió de la ciudad para incorporarse en Salamanca al ejército, al que acompañó hasta Maravatío; en virtud de las instrucciones del Generalísimo regresó á San Luis, donde tomó pequeña parte en el pronunciamiento del diez de Noviembre, y en seguida se dirigió á cumplir con otras comisiones á Zacatecas y Durango, ostentando, según se presume, el grado de Coronel.

Acompañó á los insurgentes del Norte en diversas expediciones y formaba parte de la división del Brigadier Don Rafael Núñez, cuando cayó prisionero de los realistas en el combate sostenido por aquél en la hacienda de Villela el 9 de Abril de 1812. Sujeto á proceso, dió pruebas claras del entu-

siasmo que sentía aún por la causa de la patria, pues cuando el Fiscal lo acusaba de haber sido secuaz y Capellán de los insurgentes, el padre Zamarripa negó que hubiese nada más desempeñado su ministerio absolviendo á aquéllos, y dijo que también había combatido hasta el momento que fue hecho prisionero; el Fiscal se desentendió de esta declaración y consiguió que se dictase sentencia de destierro conforme á su pedimento, pero el preso, al ser notificado, contestó: "Siento en mi alma no haber sido tan grande en la insurrección como el señor Hidalgo, para que me hubieran degradado y cortado la cabeza. Iré á morir muy lejos de mi tierra, sin poder ayudar más á mis compañeros." Esta respuesta fué mandada tachar, así como unos versos que compuso y que se agregaron á la causa; esos versos, que circulaban ya en la ciudad, y cuyos ejemplares fueron mandados quemar por mano del verdugo, se conservaron gracias al cuidado que se tuvo de copiarlos para la causa.

Según Alamán, estuvo en las batallas de las Cruces y de Aculco, cayendo prisionero en ;sta última; de ser cierto esto, como lo es, no es posible que cuatro días después de esa batalla ya estuviese en libertad y en San Luis Potosí, contribuyendo á la revolución de esa ciudad. El mismo historiador vuelve á hacer referencia al padre Zamarripa, al que llama Zimarripa, al referir su prisión y las consultas que hizo el asesor al Virrey.

El padre Zamarripa fué llevado á Veracruz, montado en un asno, como lo mandaba la sentencia, y desde entonces se ignora su suerte, siendo lo más probable que falleciese, á consecuencia del clima insalubre del puerto y de los rigores de la prisión.

JOSE GUEMES.

Este insurgente es desconocido enteramente por su nombre, y sólo con el sobrenombre ó apodo de "El Anglo-Americano" se encuentran algunas referencias de él en las crónicas de la guerra de Independencia.

Parece que era natural de las costas y que había servido en el ejército realista, pues tenía algunas nociones de artillería. Se presentó á Hidalgo cuando éste iba de Celaya á Toluca, y desde luego fué destinado á la arma que conocía; Sotelo, en los apuntes que publicó, hace referencia á él, aunque suponiéndolo extranjero, por el sobrenombre con que era más conocido. Asistió al combate del Monte de las Cruces y allí fué herido, según él mismo asegura; estuvo en Aculco y Calderón y perteneció después al ejército de Iriarte y en vez de caminar con él para el Norte se quedó con el lego Herrera, al frente de una regular partida. En Febrero de 1811, Gilemes penetró á la ciudad de San Luis Potosí, la que entregó al saqueo, y poco faltó para que diese muerte al Intendente Flores, puesto por los insurgentes; quiso fusilar á los españoles presos en la ciudad, pero las súplicas del clero potosino consiguieron que Herrera revocase la orden; sin embargo, se los llevó presos y los llenó de vejaciones y malos tratamientos, y al fin hizo que se diese muerte á varios de ellos.

Gilemes, que era indisciplinado, se separó de la partida de Herrera, lo que le sal-

vó de tener el mismo triste fin que éste, y regresó con unos cuantos hombres á la provincia de San Luis y entró al pueblo de Armadillo, donde se apoderó de una partida de caballos; tenazmente perseguido por las tropas realistas, se vió obligado á pasar á la provincia de Guanajuato. Unida su partida con las del padre Don Rafael García, conocido con el nombre de "Garcillita," y de Fray Santiago Rodríguez, se concertaron en Salamanca para atacar á Guanajuato, como lo hicieron, aunque inútilmente, á mediados de Marzo; se dirigieron entonces á Celaya, pero rechazados, volvieron sobre Guanajuato por segunda vez, hasta que el Teniente Coronel Don Miguel del Campo los alcanzó en la Calera y los derrotó completamente. Aun trató de ocupar Querétaro (Mayo), y al efecto, dirigió una intimación á los Alcaldes y vecinos haciéndoles grandes amenazas; pero carecía de las fuerzas suficientes para ello; por algún tiempo siguió expedicionando por Guanajuato, y aun concurrió, en unión de Albino García, á diversas funciones de armas. Como su sobrenombre no vuelve á mencionarse, es probable que muriera obscuramente en uno de tantos encuentros y escaramuzas que hubo en la provincia de Guanajuato en 1811.

El sobre nombre de "Anglo-Americano" no le venía de ser nativo de los Estados Unidos, sino de cualquiera otra circunstancia, y acaso de la de haber sido bautizado cuando ya era mayor de edad. El Capellán de Minería, después Cura de Querétaro, Don Rafael Gil de León, denunciador de la conspiración de esa ciudad, fué padrino de Gilemes, y á él le escribió desde Jerécuaro, en Abril de 1811, que hasta entonces se había encontrado en once batallas y que estaba resuelto á no envainar la espada hasta tomar venganza de las tiranías de que había sido objeto su pobre familia. Estuvo casado con Andrea González, que residía en México, y que se encontra sumida en la mayor miseria, por lo que el Virrey dispuso que se le diera un empleo en la fábrica de tabacos, que entonces pertenecía al Gobierno.

DON BENEDICTO LOPEZ.

Como Torres, los Villagrán, Aranda, etc., era Don Benedictino López un labrador rico que se lanzó á la revolución, no para medrar en ella, sino para perder, tranquilidad, fortuna, comodidades y la vida.

Don Benedicto López era nativo de Zitácuaro ó de sus cercanías, donde poseía extensos y productivos terrenos que abonados con su incesante trabajo le habían dado una mediana fortuna, de la que vivía en 1810. Habiendo llegado Hidalgo á Valladolid, y en marcha para México, se le unió Don Ignacio Rayón, que no sólo le llevó su persona, sino que procuró atraer á sus hermanos y clientes, uno de los cuales era López, al partido de la independencia; su propaganda dió resultado, pues mientras aquel seguía al Generalísimo á Guadalajara, Don Benedicto levantó una partida en Zitácuaro y consiguió que otras personas de las cercanías hicesen otro tanto, al grado que á fines de 1810 estaba insurreccionado todo el país, que se extiende al Sur del Valle de Toluca, los minerales de ese rumbo y la comarca confinante que se extiende por el Sur de Michoacán y Norte de lo que ahora se llama Estado de Guerrero.

El Virrey, para tener expeditas las comunicaciones por ese rumbo, se vió en la necesidad de enviar una división á las órdenes del Capitán español Don Juan Bautista de la Torre, del Regimiento de Tres Villas. López, que se había situado en Zi-

tácuaro, rechazó allí fácilmente la tentativa que en 20 de Febrero de 1811 hizo el Teniente Torrescano para apoderarse de la población, y esperó la llegada de Torre, haciendo algunos rudimentarios trabajos de fortificación, no atreviéndose á salir de la villa por las continuas victorias que el realista obtuvo en los meses de Marzo y Abril y que causaron un abatimiento general en toda la región. El 22 de Mayo dió Torre el asalto, y envanecido con sus triunfos creyó sencillo obtener uno más; reciamente cargó por la cañada de San Mateo y llegó á apoderarse del cerro del Calvario, donde los insurgentes tenían su artillería, pero rehechos éstos, dieron sobre él, rechazándolo al tiempo que López mandaba cortarle el camino y lo atacaba por la retaguardia; Oviedo, á su vez, cargaba por el frente. Torre se vió en peligro tal, que apresuradamente se confesó con su compadre el Cura Arévalo, que lo había metido en aquella angostura, y aunque siguió caminos extraviados, al fin cayó en poder de López, que quiso llevarlo á Túxpan, pero en el camino fué muerto á pedradas por los indios, que querían vengar en él las atrocidades que había cometido en tres meses de campaña; muchos oficiales perecieron y otros cayeron prisioneros, consiguiendo después rescatarse, pues Don Benedicto no era sanguinario; toda la artillería de Torre se perdió, y de setecientos hombres que mandaba, los que no murieron cayeron prisioneros, quedando muy pocos para traer á México la noticia. El camino á Valladolid quedó á discreción de los independientes, y desde las goteras de la capital hasta las de aquella ciudad, no quedaron más soldados realistas que los pocos que en Toluca tenía el Corregidor Gutiérrez, y que no estaban en estado ni de defender siquiera la población.

Aquella victoria dió aliento á los insurgentes y Rayón, que estaba en Tuzantla con una pequeña partida, se dirigió á Zitácuaro, donde López, que no era ambicioso ni díscolo, le cedió el mando y le entregó todos sus recursos. El Virrey, entre tanto, alarmado, movió algunas tropas del Norte

de México, y con la violencia posible formó un nuevo ejército que tomó del de Calleja, poniéndolo á las órdenes del Coronel Empáran y ordenándole que marchase sobre Zitácuaro, el cual era rápidamente fortificado por Rayón y por López. Este tomó parte en la acción de 22 de Junio, que dió por resultado que Empáran con sus dos mil hombres fuese rechazado y se viese obligado á regresar á México.

Estos triunfos valieron á Don Benedicto el grado de Mariscal de Campo, con el que concurrió á las reuniones que dieron por resultado la instalación de la Junta de Zitácuaro. Como era probable que la villa sufriese un nuevo ataque, López siguió fortificándola, y aunque Rayón á última hora comprendió que no podría sostenerse allí, se resignó á quedarse por no chocar con aquel y con los indios, que la juzgaban inexpugnable. Sabido es que á pesar de los recursos acumulados allí, Calleja se apoderó del pueblo sin emprender un sitio y en un solo ataque, verificado el 2 de Enero de 1812. López, que defendió valientemente el punto que se le confió, sostuvo la retirada, y fué á refugiarse á Tuzantla, pero como conocía bien el país y por allí tenía sus intereses, obtuvo de la Junta, que se había refugiado en Sultepec, que se le ratificase el nombramiento de Comandante de Zitácuaro, y trabajó bastante por repoblar el lugar, como lo consiguió; reanudó sus correrías por las inmediaciones, y en Agosto se batió en Tilosto y Malacatepec con una sección de las fuerzas de Castillo, que trataban de acercarse á la destruida villa; cutro días después, (el 12) rechazó á esas y otras superiores fuerzas que se presentaron frente á ella para evitar su repoblación.

Esta ventaja le permitió seguir fortificando la villa y que durante todo el resto de ese año y en todo el de 1813 no fuese incomodado por los realistas y hasta que estuviese en disposición de dar asilo á Don Ignacio Rayón y á sus hermanos cuando sufrían algún revés. No concurrió al ataque de Valladolid, dado en Diciembre de ese año, pero sí sufrió sus consecuencias,

pues muy poco tiempo después se vió amenazado por los triunfantes ejércitos virreynales; Don José Antonio Andrade, con una fuerza de 600 hombres se presentó tan inopinadamente, que obligó á López á dejar el pueblo y á huir hacia el Sur. Por entonces, la fortificación del cerro de Cóporo había adelantado bastante, y Don Benedicto la ayudó mucho y levantó una nueva partida, que puso á disposición de Rayón; con ella concurrió á la acción de Jungapeo ó de los Mogotes, en la que fue rechazado Llano. Después de este combate, López auxilió bastante al fuerte de Cóporo cuando estuvo sitiado, pero cansado de la revolución, disgustado con Rayón y desconfiando de sus compañeros, permaneció largas temporadas en completa inactividad, y su nombre para nada aparece en gacetas y crónicas.

Hasta 1817 dió nuevas muestras de actividad, con motivo de la llegada de Don Nicolás Bravo á Ajuchitlán, proponiéndose organizar alguna gente; López, para distraer á los realistas, atacó Zitácuaro, donde mandaba Don Pío Ruiz; queriendo éste acabar de una vez por todas, dispuso sus tropas en tres columnas y se dirigió á la hacienda del Canario, donde estaba López, pero éste logró batir la columna de Revilla, y aunque rechazado por las otras dos, consiguió escaparse. Puesto de acuerdo con Don Nicolás Bravo, lo ayudó cuando éste empezó á fortificar nuevamente el cerro de Cóporo y cuando fué atacado por Don Ignacio Mora, que fué rechazado, perdiendo cien hombres y cinco oficiales; también contribuyó á que Barradas, sucesor de Mora, fuese á su vez rechazado frente al cerro en el ataque que en Octubre de ese año intentó. En medio de la rápida pacificación de todo el Reino, que se iba consiguiendo, eran una nota discordante esos triunfos de los insurgentes en la provincia de Michoacán, así es que urgía acabar con ellos para que el país no volviese á estar intranquilo. Barradas fué reemplazado por Márquez Donallo, que llevó en su campaña al antiguo defensor del cerro, Don Ramón Rayón, y que estableció un severísimo bloqueo alrededor del fuerte.

Como en Cóporo escaseasen los víveres, Don Benedicto pretendió introducirlos á viva fuerza, pero lo único que consiguió fué ser derrotado la noche del 29 de Noviembre, y caer en manos del indultado Don Mariano Vargas, que había militado en la insurrección á sus órdenes. Dos días después, el sitiador dió el asalto, que no fué resistido por los sitiados, los cuales al huir se precipitaron por el derrumbadero llamado Cuevas de Pastrana, pero allí cayeron en manos de los realistas, los que no cayeron precipitados desde lo alto del cerro. Bravo consiguió escapar, aunque muy maltratado, llegando á Huetamo, donde trató de reunir á los dispersos; el Lic. Ignacio Alas, preso de los insurgentes, Ordaz, los Carmona y otros jefes que de antemano habían entrado en pláticas para indultarse, quedaron libres, así como los doscientos setenta y siete prisioneros que habían hecho las tropas realistas; Rayón recibió el grado de Teniente Coronel; Márquez Donallo fué recomendado por tercera vez para el de Brigadier, y al ejército sitiador se le concedió un escudo con el lema: "Por la toma de Cóporo."

El único sacrificado fué Don Benedicto López, á quien se fusiló al día siguiente de la victoria, cuando parecía natural, dado el carácter que la guerra había tomado, que se le perdonase la vida, imponiéndole un castigo cualquiera, como el destierro; pero el Gobierno español tenía que vengar en él las tres victorias de Zitácuaro, la de Jungapeo y las varias que había obtenido durante los dos sitios de Cóporo, pues este insurgente fué de los pocos que tuvieron la fortuna de obtener frecuentes victorias sobre el enemigo y de ser él derrotado pocas veces, lo que le dió un gran prestigio entre los habitantes de la comarca, que siempre estaban dispuestos á militar bajo sus órdenes.

DON JOSE MARIA LICEAGA.

Figuró mucho durante la guerra de Independencia, su nombre es muy conocido, y sin embargo, la generalidad ignora la mayor parte de sus hechos y hasta ha llegado á confundírsele con otra persona de su familia que llevaba su mismo nombre y apellido.

Perteneçía á una antigua y distinguida familia de la provincia de Guanajuato, perfectamente relacionada, y poseía varias propiedades en esa ciudad y una finca de campo llamada Hacienda de la Laja, entre los pueblos de Silao y de León. Se dedicó a la carrera de las armas y empezó por ser cadete del Regimiento de Dragones de México, cuando estalló la revolución de Dolorés; se encontraba Licéaga en su ciudad natal cuando Hidalgo la tomó, y la amistad que existía entre el anciano Párroco y la familia del cadete, hizo que uno y otro se viesen en aquellos días y que el segundo se decidiese á abrazar la causa de la Independencia con el grado de Capitán, que le concedió el Generalísimo. Refiere Alamán que habiendo hecho presente Licéaga á Hidalgo que en la ciudad no había galones para que se le hiciesen las charreteras correspondientes al grado que acababa de recibir, éste obvió la dificultad, ascendiéndolo á Teniente Coronel, por ser más fácil de encontrar los galones correspondientes á este grado. Es dudoso, por lo menos, que esto sea cierto, aunque hay que confesar que los

primeros jefes fueron muy pródigos en conceder grados.

Desde ese día siguió á los primeros jefes, y se cree que estuvo en las acciones de las Cruces y de Aculco, retirándose después de ésta á Guanajuato, de donde tuvo que salir cuando Calleja atacó aquella plaza, pasó á Zacatecas y Guadalajara con Allende, y se halló presente en el puente de Calderón; su calidad de subalterno no permitía que se hiciese mención de él; sin embargo, la confianza que en él llegaron á adquirir los primeros jefes, se demuestra con el hecho de que en el Saltillo fué declarado adjunto de Rayón en el mando del ejército cuando se decidió que éste siguiese la revolución en el interior. Durante la retirada hasta Zacatecas, se limitó á ir á las órdenes de aquel jefe, y al atacar esa ciudad fué rechazado con la partida que estaba á sus órdenes, y poco faltó para que murieran Licéaga y Don Francisco Rayón.

Firmó, en unión de Rayón, el manifiesto que enviaron á Calleja por conducto del P. Gotor y de Don José María Rayón, haciéndole saber su misión y los fines de la revolución, manifiesto que no fué contestado. La acción del Maguey, perdida por los insurgentes, no separó á los dos jefes, que se dirigieron á Michoacán, donde ya abundaban las partidas de independientes, con el objeto de ser reconocidos como superiores de ellos. Licéaga concurrió al ataque de Valladolid de 2 de Junio de 1811, y siguiendo en pos de Rayón, que lo había dominado, anduvo por Tuzantla y el Sur de la provincia, hasta que ambos fueron á dar á Zitácuaro, donde se ocuparon en organizar la famosa Junta. Rayón se reservó el cargo de Presidente de ella y dejó los de Vocales para Don José María Licéaga y el Dr. Don Sixto Verduzco; empezó inmediatamente á funcionar aquella Corporación, y permaneció en la villa hasta que Calleja la atacó el 2 de Enero de 1812. Durante ese tiempo, Licéaga no se ocupó de combatir, y más bien lo que hizo fué unirse sólidamente con Verduzco y empezar ambos á hostilizar á Rayón por haberse declarado Presidente perpetuo; en cambio, éste pro-

curaba que sobre ellos recayese la responsabilidad de las medidas odiosas que se dictaban, como sucedió con los fusilamientos de Don Tomás Ortiz, de Céspedes y de otros que aunque ordenados por Rayón fueron autorizados con la firma de Licéaga.

Después de la toma de Zitácuaro, la Junta se refugió en Tlalchapa y Sultepec, pero habiendo sido derrotado Rayón en Tenango, y no siendo posible que los miembros de ella caminasen unidos, se resolvió su separación, yéndose Licéaga para Guanajuato, con el título de General de las provincias del Norte; Verduzco quedó con el de General de las del Poniente en Michoacán, y Rayón permaneció en Tlalpujahua con objeto de pasar á la provincia de México. Antes, sin embargo, de separarse, contrajo una nueva responsabilidad Licéaga, pues le tocó autorizar el fusilamiento de treinta y dos españoles que la Junta tenía presos, y aunque de momento se suspendió la ejecución, al fin se llevó á cabo en el camino. Los tres Vocales se separaron bastante descontentos unos de otros, y haciéndose mutuos cargos; Licéaga, por caminos extraviados, llegó á la provincia de Guanajuato, visitó su hacienda de La Laja y procuró hacerse reconocer por todos los jefes independientes que había en ella, lo que le costó algún trabajo, pues varios se negaban á reconocer cualquiera autoridad como sucedía con Albino García. Poco éxito tuvo en sus gestiones y, además, la fortuna se le mostró esquiva muchas veces; Iturbide lo derrotó en el valle de Santiago y García Conde lo persiguió con tenacidad, hasta que se vió obligado á refugiarse en unas pequeñas islas del lago de Yuriria, las que desde entonces se llamaron Islas Licéaga. Son dos pequeños islotes cercanos que Licéaga unió con una calzada de tres varas de ancho, y á los que rodeó de una cerca de piedra de dos varas de alto con foso y estacada de espinos, proveyéndola de artillería.

Licéaga la creía inexpugnable é Iturbide, contra la opinión de García Conde, que quería bloquear la fortaleza, decidión atacarla,

empezando por limpiar de insurgentes las márgenes de la laguna, operación que principió el 9 de Septiembre; una vez terminada, estableció su campamento en Santiaguillo, punto el más inmediato á la isla, y resolvió atacarla durante la noche del 31 de Octubre. Dividió su tropa en cuatro columnas, armó con cañones varias cuevas y emprendió el ataque, que fué corto, pues los insurgentes, desalentados con el incendio de un depósito de pólvora, no hicieron gran resistencia. Ni uno solo de los 200 defensores de la isla escapó, pues los que no perecieron en el asalto murieron ahogados, y los jefes fueron fusilados en Irapuato á los pocos días. Licéaga se salvó porque con anterioridad había abandonado el punto, encargando del mando de él al padre Don José Mariano Ramírez, que tenía el grado de Coronel, y que fué fusilado. Licéaga, después de permanecer unos días en Dolores con su segundo, el Dr. Cos, se unió á Rubí y á otros jefes, y en su compañía intentó el ataque de Celaya (12 de Enero de 1813), aprovechando la oportunidad de que tenía escasa guarnición; no pudieron apoderarse de la ciudad los insurgentes, pero permanecieron varios días á la vista de ella, y tal vez la hubieran tomado, á no haberla socorrido prontamente los realistas á las órdenes de Don Manuel Gómez Pedraza; Licéaga se vengó destruyendo las cosechas de las haciendas inmediatas.

No pudiendo ya sostenerse en Guanajuato, pasó á la provincia de Michoacán, dirigiéndose á Urecho, donde se encontró con Verduzco; los dos Vocales, después de discutir largamente, resolvieron declarar que ellos formaban la mayoría de la Junta, citaron á Rayón para que dentro del tercero día se presentase á contestar los cargos que se le hacían por haber usurpado la presidencia de la Junta y por haber invadido á Michoacán, asignado á Verduzco, etc., acabando por declararlo traidor si no obedecía. Rayón contestó con hechos enviando contra los Vocales al Lic. Francisco Solórzano, en vez de presentarse en la hacienda de la Parota, para donde estaba emplazado, pero los Vocales lo derrotaron en Santa

Efigenia y Rayón no tuvo más remedio que avisar á Morelos lo ocurrido, procurar que los jefes insurgentes no siguiesen el partido de los Vocales y nombrar Comandante de la provincia á Muñíz en lugar de Verduzco. Algunos insurgentes, como los Villagrán, siguieron el partido de éste y de Licéaga; otros el de Rayón, y la anarquía se entronizó en el campo independiente. (Abril de 1813).

Licéaga regresó á la provincia de Guanajuato, permaneciendo con corta fuerza en las cercanías del Jaral y de Salvatierra, en tanto que Verduzco sufría nuevas derrotas y que Cos trataba de avenir á los miembros de la Junta, á lo que los dos citados estaban dispuestos, ofreciendo hasta renunciar sus cargos. Queriendo aprovechar tan buena disposición Don Ramón Rayón, habló con su hermano para ir á tratar con Licéaga, y habiendo accedido Don Ignacio, el mencionado se dirigió á Salvatierra con cuatrocientos hombres, pero el Vocal, desconfiado, creyendo que Don Ramón iba á combatirlo, se aprestó á la defensa; Cos, por su parte, se ofreció como medianero, pero no consiguió ser oído. El resultado fué que sabedor Iturbide del movimiento de Don Ramón Rayón, decidió atacarlo, como lo hizo, en el puente de aquella población, y aunque el insurgente se defendió durante seis horas y con el concurso de Licéaga, que estaba inmediato, pudo haber derrotado al realista, él fué el que sufrió una gloriosa derrota y tuvo que retirarse con un puñado de soldados.

De este incidente se valió Don Ignacio Rayón para pasar circulares á todos los independientes diciéndoles que Licéaga y Verduzco estaban ya indultados y relevándolos de la obediencia; "ya estáis exentos de toda obligación hacia ellos, les decía, quienes suspensos, no deben ejercer ya el alto ministerio." Al mismo tiempo, comisionó al Brigadier Cajigas para que aprehendiese á Licéaga, como lo verificó, llevándolo á la hacienda de Puruarán, donde los dos delegados de Hidalgo tuvieron al fin una conferencia que el segundo rehusó

por espacio de muchos días; en ella quedaron reconciliados al parecer, y al cabo de algunos días Licéaga quedó libre y se retiró á la hacienda de La Laja, aunque sin mando alguno. En realidad, éste debió su libertad no á la generosidad de Rayón, sino á las apremiantes órdenes de Morelos, que quería evitar el fusilamiento del delegado de Hidalgo y que necesitaba tenerlo en Chilpancingo para que formara parte del Congreso como representante de la provincia de Guanajuato. Licéaga, después de descansar algunos meses en su hacienda, se dirigió á aquella ciudad en Septiembre de 1813, y fué uno de los que subscribieron la declaración de Independencia hecha por el Congreso; continuó formando parte de él y en Febrero de 1814 fué Presidente; en 22 de Octubre subscribió la Constitución, á cuya aprobación había asistido con toda regularidad.

Cuando aquella Corporación empezó á peregrinar, de resultas de las continuas persecuciones de los realistas Licéaga la acompañó á Apatzingan, á Uruápan y á Ario, pero allí ya no fué posible seguir unidos y cada Diputado tomó el camino que mejor le pareció; Licéaga se retiró por veredas extraviadas rumbo á Guanajuato, y se alojó en su hacienda de La Laja, donde vivía verdaderamente escondido, pues los realistas lo perseguían; huyendo á cada momento al monte pasó bastantes meses, hasta que llegó Mina al cual se unió auxiliándolo en lo que pudo y acompañándolo en muchas ocasiones. Trató de disuadirlo la noche que este caudillo durmió en el rancho del Venadito, de que se fuesen á otra parte, pues aquel sitio no ofrecía seguridad, dada la proximidad de los realistas, pero Mina no hizo aprecio de estas observaciones y se entregó al descanso, del que tenía gran necesidad; Licéaga permaneció en el rancho por amor propio, pero como medida precautoria no permitió que su caballo fuese desensillado, medida que lo salvó, pues cuando en la madrugada del 27 de Octubre de 1817 se presentó Orrantia, pudo huir fácilmente; Mina y Ortiz, que no tuvieron esas precauciones cayeron, el prime-

ro prisionero y el segundo muerto, defendiéndose.

Licéaga volvió á su hacienda de La Laja, evitando con diligencia y precauciones caer en manos de los realistas, que en realidad ya no lo perseguían activamente, sabiendo que no cometía ya acto de hostilidad alguna contra ellos, pero no por eso podía considerarse seguro. A fines del año de 1818, "andando un día á caballo por el campo, se encontró con Juan Ríos, conocido por ladrón, el cual lo intimó para que lo siguiese: no pudo resistirlo Licéaga por traer consigo Ríos algunos hombres armados, pero en la primera ocasión que le pareció oportuna, dió varios espolazos á su caballo y quiso ponerse en salvo: Ríos entonces mandó hacer fuego sobre él y cayó atravesado de una bala. Túvose entendido que Ríos procedió á cometer este asesinato por orden de Borja (un cabecilla insurgente), quien pocos días antes había pedido mil pesos á Licéaga, que se los había franqueado. La esposa de éste fué llevada presa algún tiempo después á Silao por el Comandante realista Don Pedro Ruiz de Otaño, y su hacienda confiscada."

A Licéaga se le ha hecho poca justicia y siempre se le ha considerado como un insurgente de poca importancia, no obstante el grado que tuvo y los altos puestos que desempeñó; su carácter poco afecto á tener iniciativa, ha contribuido á esa indiferencia con que se le vé, pues se considera que al principio se dejó influenciar directamente por Rayón y después por Verduzco; cuando uno y otro le faltaron, abandonó la lucha y sin querer indultarse vivió en la obscuridad. Hay que confesar que esos cargos son ciertos en gran parte, pero no obstante ellos, la circunstancia de haber tomado parte en la lucha por pura simpatía y no por buscar medro, y los cargos que desempeñó ya en lo militar, ya como miembro de la Junta de Zitácuaro y del Congreso, de Chilpancingo, así como su constancia por la causa de la Independencia lo hacen acreedor á que su nombre sea recordado con agradecimiento. El mismo se conocía

inepto para ser cabeza de la revolución, y por eso se unía con quien creía superior á él en luces, talento y conocimientos; si se equivocó respecto de Rayón y de Verduzco, y fué desgraciado cuando se puso á las órdenes de Mina, no fué suya la culpa.

DON FRANCISCO RAYON

Fué éste el menor de los cinco hermanos Rayón que siguieron la causa de la Independencia. Nació en Tlalpujahua, cuna de la familia, por el año de 1782; desde joven se dedicó á las labores de la minería y de la agricultura, en los terrenos y minas que poseían aquéllos, y llegó á ser un minero entendido y un labrador práctico. La guerra de Independencia lo encontró dedicado á esas ocupaciones, que abandonó sin pena en Noviembre de 1810, para seguir á su hermano mayor á Valladolid y á Guadalajara en pos de Don Miguel Hidalgo; su bautismo de fuego lo recibió en la batalla del Puente de Calderón, y fué compañero de Allende, que llevaba el mando del ejército, hasta Saltillo, donde los caudillos se separaron para seguir su viaje al Norte, en tanto que las tropas á las órdenes de Don Ignacio quedaban en esa ciudad, con intenciones de retroceder hacia el centro de la Colonia.

Frente á Zacatecas empezó á distinguirse, pues comisionado para que en unión de Licéaga se apoderase del cerro de la Bufa, se vió acometido por fuerzas superiores que mataron casi toda la suya, no escapando más que aquel jefe, Don Francisco y un tambor. El segundo se dedicó en Zacatecas á fundir cañones, reparar el armamento, construir carros de municiones, etc. Concurrió á la acción del Maguey, donde salvó muy poco de los fondos del ejército, que de-

jaron los oficiales insurgentes, y perdida esa batalla, siguió á su hermano á la Piedad y á diversos lugares, y concurrió con el mismo al asalto de Valladolid, dado el 2 de Junio. Meses después trabajó activamente en compañía de sus hermanos en las fortificaciones de Zitácuaro, y ayudó á la derrota que sufrió Empáran frente á esa Villa; también tomó parte en su defensa y se retiró á Tuzantla al ser aquélla ocupada por Calleja. Regresó á Tlalpujahua con el nombramiento de Comandante de esta provincia y de las Mesas y durante bastantes temporadas permaneció en la inacción ó desempeñando en los cerros de Nadó y del Gallo misiones que le encargaban sus dos hermanos mayores.

Algunas veces, sin embargo, salía á expedicionar, como en Febrero de 1813, en que por el rumbo de San Juan del Río consiguió batir algunas partidas realistas; algunos días después, con motivo de las desavenencias habidas entre Don Ignacio Rayón y los Vocales de la Junta de Zitácuaro, Don Ramón se ofreció á ir con el carácter de mediador para hablar con Licéaga, y al efecto, se dirigió con un regular ejército hacia Salvatierra, llevando en su compañía á sus hermanos Don Rafael y Don Francisco, mandando sus respectivas divisiones. Sabido es que ese ejército fué derrotado por Iturbide en Salvatierra y que Don Ramón y sus hermanos tuvieron que retirarse hasta Tarandacuao, de donde fueron llamados por Don Ignacio con motivo del movimiento de los realistas amenazando el campo del Gallo; Don Francisco estuvo en la defensa de ese fuerte, que al fin fué tomado por aquéllos cuando los insurgentes lograron salir con toda felicidad la noche del 12 de Mayo. Perseguidos no obstante, tuvieron necesidad los Rayón de enviar sus familias á la Tierra Caliente, al cuidado de Don José María; Don Francisco, por su parte, fué enviado al Norte, donde hizo una larga campaña. En los primeros días de Septiembre consiguió un notable triunfo sobre las fuerzas de Antonio Valle, en la hacienda de Galindo, entre Querétaro y San Juan del Río; despedazó enteramente la par-

tida de Valle y se hizo de 24 fusiles, 160 reses, 100 caballos, dos mil pesos, etc.; también desbarató al día siguiente una partida de cien dragones que salieron en auxilio de Valle.

Llamado Don Ignacio á formar parte del Congreso de Chilpancingo, quiso presentarse en él con el mayor número de gente para hacer creer á Morelos que su autoridad y recursos eran grandes, y al efecto, llamó á sus hermanos para que se le uniesen, pero sólo pudieron hacerlo Don Ramón y Don José Mraía, pues Don Rafael estaba bastante ocupado por el rumbo de Guanajuato, y Don Francisco harto tenía que hacer con las partidas realistas que merodeaban por Tlalpujahua; á principios de Octubre vió la corta fuerza que llevaba, atacada por trescientos realistas, que lo pusieron en grave aprieto y de los que con dificultad se libró, refugiándose en la población, donde reunió apresuradmente los diversos destacamentos que le obedecían y se dirigió á San Felipe del Obraje para llamar la atención de los realistas, que se habían apoderado de Zitácuaro; consiguió derrotarlos, haciéndoles bastantes muertos, y consiguió ver libre por entonces esta villa y en seguridad Tlalpujahua, que era su cuartel general.

No concurrió al ataque de Valladolid por Morelos, pero sí sufrió sus consecuencias, porque se vió obligado á permanecer en la inacción durante todo el año de 1814, para no atraerse la persecución de los realistas, que recorrían todo Michoacán, y al fin tuvo que refugiarse en el cerro de Cóporo, que fortificaba Don Ramón; contribuyó á su brillante defensa procurando impedir la reunión de los realistas Llano é Iturbide, y á ese efecto se situó en Túxpan; perseguido por el segundo hasta Angangueo, sin haber sido alcanzado, permaneció en las cercanías, dispuesto á auxilar el fuerte. Rechazado Llano y obligado á levantar el sitio, Don Francisco no se consideró con la fuerza suficiente para hostilizarlo en su retirada, y únicamente permaneció en expectativa de los movimientos de los realistas. Pocas semanas después, (Mayo de 1815) acompañó á su hermano Don Ramón al

desgraciado ataque de Jilotepec, donde fueron derrotados, y en el que éste debió su salvación á Don Francisco, que con riesgo de su vida lo ayudó á huir de manos de los realistas. Regresó á Tlalpujáhua después de este hecho, y por algún tiempo permaneció inactivo, pues aun cuando Aguirre tenía órdenes de perseguirlo, y muchas veces lo intentaba, Don Francisco se le escapaba, refugiándose cuando mucho se le apuraba, en Cóporo.

Por esta época publicó Rayón una proclama que en poco tiempo se hizo célebre entre realistas é independientes por su vehemencia; la causa de su publicación fué la prisión y fusilamiento del sacerdote independiente Don Juan Antonio Romero, Vicario de Tlalpujahua, hechos realizados por Aguirre: "¡Vnganza, sangre y destrucción contra el enemigo!" eran las palabras con que principiaba y finalizaba la proclama, y en ella, después de referir la conducta sanguinaria de los realistas, invitaba á los soldados americanos á separarse de sus banderas y á alistarse bajo las de la insurrección, declarando guerra á muerte á los que no lo hiciesen. Esta proclama le dió notoriedad y desde que se publicó se avivó en Aguirre el deseo de aprehender al autor de ella; la fatalidad se la proporcionó en Diciembre de 1815.

Estaba Aguirre en Ixtlahuaca, y sabiendo que Rayón permanecía sin desconfianza en Tlalpujahua, caminó toda la noche con ciento ochenta dragones y recorrió las quince leguas que hay entre ambas poblaciones; distribuyó sus soldados para cortar todas las salidas, y cuando hubo tomado sus disposiciones, se presentó frente al pueblo; Rayón violentamente reunió cien soldados y quiso salir por el rumbo de El Oro, pero cayó prisionero de Suero. que mandaba setenta y cinco dragones de Fieles del Potosí, y fué llevado á Ixtlahuaca. Sus hermanos hicieron bastantes esfuerzos por salvar á Don Francisco, escribieron por medio del mismo Aguirre al Virrey y al Arzobispo, "no proponiendo ningunas condiciones admisibles, dce Alamán, sino reclamando con palabras duras los derechos de

guerra, lo que en vez de ser útil al prisionero abrevió su muerte." Lo que no dijo Alamán, seguramente porque lo ignoró, fué que el Comandante Aguirre quiso aprovecharse de la prisión de Don Francisco para conseguir que sus hermanos abandonasen la causa de la revolución, y aun se dirigió á la madre de todos para conseguir su propósito, pero la señora, llena de dolorosa entereza, se negó á hacer indicaciones á sus demás hijos en el sentido que Aguirre quería. Además, se vivía en una época en que los tratos más solemnes no se cumplían, y tal vez esto influyó en el ánimo de los Rayón, que creyeron sacrificarse inútilmente sin conseguir salvar á su hermano.

Don Francisco fué, pues, fusilado en Ixtlahuaca, en los primeros días de Diciembre de 1815, por el Comandante Don Matías Martín y Aguirre. Fué el único de la familia que pereció durante la guerra, pues los cuatro restantes alcanzaron á ver realizada la Independencia. El Congreso de 1824, por un olvido involuntario seguramente, no incluyó á Rayón en el número de los beneméritos de la patria; pero esto no obsta para que se le considere con bastante razón como un héroe de la patria y se le juzgue digno de una estatua que algún día le levantarán ó Tlalpujahua ó Ixtlahuaca.

LUIS RODRIGUEZ ALCONEDO

Hé aquí un nombre desconocido para muchos, y sin embargo, el que lo llevó en vida, probó perfectamente con sus hechos su decisión y entusiasmo por la causa de la Independencia.

Vió la primera luz en Atlixco, provincia de Puebla, por los años de 1749 á 1751, y su infancia la pasó en su pueblo natal, al lado de sus padres, que eran personas acomodadas; á los quince años pasó á Puebla, donde continuó sus estudios literarios, y dos ó tres años después á México, donde se radicó definitivamente, no para terminarlos, sino para dedicarse enteramente al noble arte de la pintura, por el que tenía verdadera vocación. "En México, dice el único escritor que se ocupó de él en un pequeño artículo que se publicó en "El Museo Mexicano," hizo sus estudios, sobresaliendo en la pintura al pastel, de que nos han quedado algunas obras verdaderamente grandes: sus bellas prendas personales, sus modales afables y corteses, á la par que sus conocimientos artísticos, le atrajeron la estimación de muchas personas distinguidas de la Corte Virreinal, y el Virrey mismo lo distinguió con su aprecio." También se dedicó al aprendizaje del grabado, el que supo utilizar en provecho de su patria, como después veremos; pero á pesar de los elogios del aludido biógrafo, nunca fué sino un mediano artista, muy aplicado, eso sí, Alconedo, y la mayoría de sus obras han

desaparecido, siendo muy difícil encontrar alguna.

Se vió comprometido cuando la prisión á Iturrigaray, más que por otra cosa, por la protección que le dispensaba ese Virrey, pues aún no había conspiración alguna formal en favor de la Independencia. La causa de su prisión fué que se dijo que estaba haciendo la corona con que había de ser coronado Rey ó Emperador el mismo Iturrigaray, pues Alconedo, á sus habilidades como pintor y grabador, reunía la de platero, que le había resultado la más provechosa, pues de ella vivía entonces; por supuesto que en el registro domiciliario que se practicó en su establecimiento nada se encontró que justificase semejante imputación. No obstante, bajo partida de registro fué remitido á España, donde permaneció preso dos años; su prisión, sin embargo, no debe haber sido muy rigurosa, puesto que en ella trabajaba sus pinturas y sus relieves y con el producto de ellas tenía lo suficiente para subvenir á sus necesidades y dejar algo de reserva, lo que aprovechó en el momento de su libertad para hacerse de una excelente colección de pinturas que trajo consigo al volver á su patria. Durante el tiempo de su cautiverio, fué invitado por unos ingleses con el objeto de que fuese á radicarse á su país, ofreciéndole un partido ventajoso y su vindicación; pero todo lo rehusó, esperando con calma el momento en que terminase su prisión.

Habiendo regresado á México en virtud del decreto de amnistía de las Cortes españolas, publicado en Octubre de 1810, se encontró el país en plena revolución; por algunos meses permaneció en la capital, dedicado á su oficio y en expectación de los acontecimientos, y al fin se decidió á tomar parte en la revolución, pasando al campo insurgente después del sitio de Cuautla. Ayudó tanto á Morelos como á los Rayón á fundir cañones, reponer armamento, etc., y durante este tiempo sufrió muchas vicisitudes. Después de la derrota de Puruarán se le dió orden (Febrero 18 de 1814), de que se dedicase á formar cuños para los

octavos ó tlacos de cobre, que escaseaban entre los independientes; formó parte del acompañamiento de Rayón cuando este jefe pasó al Oriente á encargarse del mando de la provincia de Oaxaca, y con él se dirigió á Zacatlán, donde Alconedo fundió algunos cañones y una culebrina "que no se desperdiciaría en los parques de Europa," dice Bustamante, que también iba en la expedición.

Zacatlán fué sorprendido el 25 de Septiembre por las tropas realistas. Aguila, destinado para ello, empezó á mover sus tropas con mucha astucia, hasta que logró inspirar á Rayón confianza; formólas al fin en dos columnas, y el 24 de ese mes las movió sobre Zacatlán; ocupó primeramente á Tulancingo, donde el Cura Piedras, antiguo insurgente y ya indultado, se metió en cama para no acompañarlo; Osorno, que parece haber tenido noticia del movimiento, no dió aviso á Rayón, y el resultado fué que la sorpresa resultase completa; sin embargo, la obscuridad y la lluvia hicieron detenerse á Aguila, que no estaba muy seguro del camino que llevaba, y con esta detención malogró en parte su plan, pues encontró á los insurgentes ya levantados y no en la cama, como hubiera sucedido si llega frente á la población á las dos de la mañana. Rayón logró huir por un lado, dejando sus equipajes, archivo, y hasta su sombrero y bastón de mando; Don Carlos Bustamante escapó por otro, en unión de su esposa, Doña Manuel García Villaseñor, que iba á caer en manos de un dragón, que ya estaba para sujetarla; Peredo, comisionado en los Estados Unidos, y Crespo, hermano del Diputado, fueron muertos, y éste y Alconedo cayeron prisioneros; Aguila se apoderó "de doce cañones, doscientos fusiles y treinta cajas de municiones fabricadas con grande empeño por Alconedo en la larga residencia que hizo Rayón en Zacatlán; la pérdida de los insurgentes, según el parte al Virrey, ascendió á doscientos muertos y cincuenta prisioneros, que fueron pasados por las armas en Atlamajac: la de los realistas fué muy corta." El Diputado y sacerdote Crespo, y Alco-

nedo, quedaron á disposición del Virrey, el cual ordenó que fuesen fusilados, ejecución que se llevó á cabo el 19 de Octubre en el pueblo de Apam.

Para que se vea cómo se desfiguraron, aun á poco tiempo de realizada la Independencia, muchos de los hechos ocurridos durante ese período, damos á continuación la versión que corrió como verídica acerca de la muerte de Alconedo, y que en el pequeño artículo á que al principio hicimos referencia, publicó el señor F. de P. E. Es la siguiente:

"Llegan al pueblo de Apam, en el Estado de Oaxaca: Morelos y el ejército se adelantan, y Alconedo y el Cura Crespo permanecen en el pueblo con objeto de oír misa; estaban en el templo dirigiendo fervorosas preces al Dios de Israel por la libertad de los mexicanos, cuando hirieron sus oídos las terribles palabras: ¡los españoles! ¡los españoles! pronunciadas con todo el horror que ellas inspiraban; y aprovechándose de la confusión que en todas partes reinaba, logran ponerse en salvo. Habrían caminado como media legua, cuando Alconedo recuerda que la Secretaría debía irremediablemente caer en poder de los españoles. Se presentaron en su imaginación los inmensos males que de esta aprehensión resultarían á la causa de la patria, y exponiendo su vida, vuelve las riendas á su caballo, y sin atender á las observaciones de Crespo, parte á salvar aquel tesoro; logra en efecto sacarlo; ya se creía triunfante, pues caminaba con cuanta celeridad le era posible, cuando de improviso escucha detrás tiros disparados contra su persona, y la voz de ¡alto ahí! Voz que, aunque con repugnancia, se vió en la necesidad de obedecer; pero su asistente no obedece y á todo correr marcha á dar aviso al Cura Crespo, que retrocede con la esperanza de salvar á su compañero, consiguiendo tan sólo sacrificarse él mismo, pues que fué hecho prisionero también. Algunos días después fueron pasados por las armas, contando entonces Alconedo 63 años de edad: estaba escrito que debía morir en esta vez, pues algunas horas después de la ejecución lle-

gó á Hevía, General que mandaba las fuerzas españolas, el indulto de aquellos dos héroes, y ya era tarde."

Inútil es decir que si algo de esto fuera cierto lo diría Bustamante, que fué testigo y actor de lo ocurrido en Zacatlán, según hemos visto.

DOÑA RAFAELA LOPEZ AGUADO DE RAYON

Entre las diversas heroínas que figuran en esta galería, merece lugar distinguido esta señora, que si bien no tomó parte directa en la insurrección, como la Corregidora, ó como Doña Leona Vicario, que dedicaron su actividad ó su fortuna á la causa de la Independencia, en cambio dió sus cinco hijos á la patria, y muchas veces los animó con sus consejos á continuar por el camino emprendido, no viéndosela vacilar ni aun cuando se encontró en la dura alternativa de escoger entre la vida de uno de ellos y la sumisión de los demás.

Doña Rafael descendía de una antigua familia española que dió varios Prelados á la Iglesia y diversos funcionarios al Estado, siendo su tronco el conquistador Sancho López de Agurto estaba radicada de muchos años atrás en Michoacán, y especialmente en Tlalpujahua; los López Rayón eran una rama de ella, así es que Doña Rafaela era parienta de su esposo Don Andrés López Rayón, acomodado hombre de campo y minero de aquella población. Muerto Don Andrés en temprana edad, quedó ella de jefe de familia, y aunque la buena inclinación de sus hijos hizo que no tuviese dificultades en guiarlos por el buen sendero, sus consejos y su experiencia les sirvieron de mucho en la ruda lucha por la vida, que iban á emprender. Al mayor lo ayudó para que terminase sus estudios profesionales; al segundo consiguió verlo establecido

en el comercio; el tercero, de índole pacífica, quedó en su pueblo natal al frente de los intereses rurales de la familia, en compañía del cuarto, Don Rafael, y por último, Don Francisco, el más pequeño, de genio turbulento y atrevido, también vivía á la sombra de la señora Rayón, atendiendo las minas y los otros intereses. Cuando después de varios años de viudedad consiguió el resultado de que sus hijos, unos ya casados, estuviesen todos establecidos, tenía derecho de esperar con tranquilidad los días de la ancianidad y una muerte de justa rodeada de su familia, vino la asoladora revolución de Independencia á acabar con esa tranquilidad y á lanzar á los pedazos de su corazón en la vorágine de una guerra que si bien por un momento se creyó corta, pronto se vió que era dilatada y sangrienta.

Siquiera tuvo el consuelo de ver que todos sus hijos seguían una misma causa y no se vió en la dura alternativa de tener que prescindir de sus convicciones y simpatías para no ver en ellos más que á los niños cuya cuna meció con amor y á los que la revolución había arrojado á pelear en distintos bandos. Pero ese consuelo fué amargo, porque el carácter que asumió la guerra y la notoriedad que Don Ignacio adquirió desde luego, le hicieron temer por la vida de todos y no le permitieron tener un solo día de sosiego. Pero no flaqueó un solo instante, no empleó ruegos ni halagos para hacerlos desistir del camino que habían emprendido, y guardó todos sus dolores en el fondo del alma para no dejar ver en su rostro más que la sonrisa melancólica que procuraba hacer alegre cuando alguno de los cinco caudillos iba á descansar de sus campañas al hogar paterno. Y cuando en 1813 los tuvo á todos reunidos por espacio de varios meses, pudo entregarse francamente á la alegría de tenerlos á su lado y creer que había sido un sueño la separación de más de dos años, durante los cuales sólo tenía noticias de combates, de asedios y de victorias ó derrotas; para ella esos cinco caudillos no eran en aquellos momentos adalides de la patria, sino cinco niños grandes que después de ha-

ber andado descarriados como el hijo pródigo, volvían al seno del hogar, á ocupar el mismo sitio que años antes tenían.

Aquellos días de tranquilidad pasaron pronto, por las necesidades de la guerra, y no debían volver: el Benjamín, el más pequeño, aquél en quien había reconcentrado su ternura, había caído prisionero de los realistas, y estaba condenado á muerte. Aguirre, el aprehensor, ofrece perdonarle la vida con tal de que Doña Rafaela influyese cerca de los otros cuatro Rayón para que deponiendo las armas dejen de combatir la causa de España; la proposición era tentadora: la vida de un hijo y el perdón de los demás, es decir, el retorno de los días de tranquilidad, el desquite de tantas amarguras, tantos sobresaltos y tantas lágrimas como le habían costado cinco años de guerra.... pero también vió la ignominia que semejante paso traería para los que aún estaban libres, tuvo en cuenta la vergüenza con que volverían á su lado, salvos, sí, pero escarnecidos por todos los independientes, y sobre todo, vió la patria, en aras de la cual tenía ya hecho el sacrificio de todos sus hijos, y ahogando sus sentimientos, se negó á dar oídos á las proposiciones del Coronel realista. Las balas disparadas en el patíbulo de Jilotepec acabaron con dos vidas: la del insurgente Don Francisco Rayón y la de su madre, Doña Rafaela López, para la cual ese día terminó todo, y sólo fué ya una sombra.

Las compensaciones que la vida le ofreció después al ver á sus otros hijos libertados del cadalso y de muerte violenta, y aun el fin de la guerra y la aurora de la libertad, pocas emociones pudieron ya proporcionar á aquel corazón profundamente lacerado y á aquella matrona que así como dió un hijo á la patria, estaba dispuesta á dar los cuatro restantes.

PEDRO ROSAS

Pertenece al gremio de los humildes, de los ignorados, para los que la historia no tiene ni un recuerdo ni sitio para dedicarles un renglón donde aparezca su nombre siquiera.

Era originario del pueblo de Zacoalco, ó de Cocula, y se dedicó á la arrería desde su más temprana edad, siendo esa y la labranza las ocupaciones que tuvo, hasta que estalló la revolución de Dolores. Se encontraba accidentalmente en el pueblo de Zacoalco cuando llegó la noticia de ella, y casi al mismo tiempo la del pronunciamiento del amo Torres, en favor de la Independencia, y la ocupación de Sayula por este caudillo. Lleno de entusiasmo el pueblo ante tales noticias, se reunió, á imitación del Gobernador indígena, Juan Chango, que en una junta de veinte vecinos de los principales del lugar, decidió ayudar á Torres en todos sus planes; aprobado el paso por todos los vecinos, la misma junta, de la que Pedro Rosas formó parte, se encargó de ir á ver al caudillo insurgente y darle cuenta del acuerdo tomado. Torres la recibió estando en Sayula, y después de darle las gracias la encargó que le reuniese el mayor número posible de hombres armados y destinó á Rosas cerca de su persona, en calidad de guarda, como dice él en su causa.

Días después fué destinado á observar los movimientos de los realistas y á aprehender al Teniente de Justicia de Zacoalco, Ba-

dillo, que estaba en correspondencia con las autoridades de Guadalajara; también dió aviso á Torres de la aproximación del ejército que mandaba el Mayorazgo Don Tomás Ignacio Villaseñor, y ya con el carácter de Capitán asistió al combate de Zacoalco, que decidió de la suerte de la Nueva Galicia, y entró á su capital con el ejército insurgente, el 4 de Noviembre de 1810. Realizada la ocupación, Torres, que era sumamente activo, envió comisionados á todas partes para propagar la revolución, y como probablemente estaba en relaciones con el Cura de Ahualulco, Don José Mercado, ó lo conocía y sabía cuáles eran sus opiniones, á él le despachó desde luego un emisario, que no fué otro que Pedro Rosas, haciéndole saber los éxitos de la revolución é invitándolo par que la siguiese.

Notoria es la conducta del Cura Mercado; secundó con entusiasmo la causa de la Independencia, levantó un pequeño ejército, y con él ocupó Tepic y San Blas, sin necesidad de disparar un solo tiro; en toda esa campaña estuvo Rosas, que siguió después de ella al servicio del caudillo tepiqueño; cuando éste trató de regresar á Guadalajara para apersonarse con Hidalgo, lo acompañó Rosas; pero como durante ese viaje se tuvo la noticia de la derrota de Calderón, retrocedió aquél, y mientras él seguía para Tepic, éste quedó á las órdenes de Zea y, por consiguiente, se halló en la acción de las barrancas de Mochiltiltic, en que fué desbaratado el ejército insurgente. Rosas comprendió que de volver á Nueva Galicia corría riesgo de ser conocido como insurgente y sufrir la pena de horca, en tanto que dirigiéndose al Norte podía escapar, así es que no vaciló mucho acerca del partido que debía seguir, y emprendió el camino de Sinaloa, donde se encontró en relativa seguridad, pues durante algún tiempo pudo pasar por arriero ó comerciante; sin embargo, él y un compañero suyo apellidado González, llegaron á hacerse sospechosos á las autoridades españolas, quienes dieron con ellos en la cárcel del Rosario. Pero como aquella provincia no había sufrido graves males de la insu-

rrección, ni sus autoridades estaban empeñadas en reprimirlas á sangre y fuego, se contentaron con las explicaciones que los presos dieron y que parecían fundadas, y los pusieron en libertad, aunque después de varios meses, en Septiembre de 1811, dándoles copia de la sentencia para que les sirviese de resguardo durante su camino ó en las poblaciones á donde llegasen.

Rosas, creyéndose ya seguro con ese papel que él juzgaba era un indulto en toda forma, tuvo el mal pensamiento de volver á su pueblo natal, con no muy buenas intenciones seguramente, pues no tiene duda que los cinco meses transcurridos desde que fué puesto libre en el Rosario hasta que llegó á Zacoalco, los pasó entre los insurgentes, que abundaban en Mayarit y Nueva Galicia; apenas llegado, fué reconocido y aprehendido por el Teniente de Justicia, que lo entregó á la Junta de seguridad. Ante ella no negó Rosas la parte que había tomado en las campañas de Torres, pero alegó que lo había hecho obligado por la fuerza, y que como prueba de ello se había separado de la revolución en cuanto le fué posible y se había indultado; la Junta no supo qué hacer y envió el reo á Guadalajara, donde no había muchas vacilaciones; se le condenó, sin más averiguaciones, á la pena de horca, con la agravante de ser llevado arrastrado como traidor hasta el lugar del suplicio; que se le cortase la cabeza, la cual debería colocarse en Zacoalco, á la salida del camino de Sayula. Confirmada el mismo día la sentencia por el Gobernador Cruz, fué ejecutado el 1o. de Julio de 1812, en los mismos términos en que había sido dictada, y durante algún tiempo, la cabeza del ajusticiado estuvo expuesta en las afueras de Zacoalco; el cuerpo fué enterrado cristianamente en el cementerio de Belén.

Pedro Rosas era de elevada estatura y de fuerte constitución; más que por su nombre, era conocido por el apodo de "El Arriero te," que á cada momento se ve repetido en el proceso que se le formó; tenía más de setenta años de edad al ser ahorcado, y se ignora si tenía ó no familia, pues nada

declaró acerca de esto; aunque los testigos de cargo lo acusaron de ser ladrón, no parece fundada la imputación, y en realidad su único delito, como el de tantos otros como entonces perecieron, fué el de haber seguido el partido de la Independencia.

APENDICE

MANUEL RODRIGUEZ ALEMAN Y PEÑA

Fué este señor la primera víctima inmolada en aras de la Independencia, y su lugar está entre los precursores de ella.

Nació en esta capital en Mayo de 1783. Su padre, que era un acomodado boticario que tenía su establecimiento en la primera calle de Plateros, le costeó sus estudios, y el joven Rodríguez aprovechó bastante; en 1803 recibió el grado de Bachiller en la Universidad de México, y poco tiempo después, el Ilmo. señor Arzobispo Núñez de Haro le confirió las cuatro órdenes menores. Antes de continuar sus estudios y disfrutando la renta de una capellanía, quiso viajar y conocer mundo, y habiendo obtenido licencia de su padre, salió de esta capital, rumbo á España, el 29 de Mayo de 1804. Desembarcó en Cadiz y después de permanecer algunas semanas en ese puerto y en el de Huelva, se dirigió á Madrid, donde permaneció varios años, sostenido por el dinero que le enviaba su padre y por la protección de Don José Miguel de Azanza, ex-Virrey de México, al cual fué recomendado el joven Alemán.

Tuvo ocasión de presenciar todos los acontecimientos que se desarrollaron en la capital de España con motivo de la entrada á la Península, de las tropas de Napoleón I: los sucesos de Aranjuez, la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV, la proclamación de Fernando VII y el levantamiento del 2 de Mayo. Su necesidad, como dice Alemán en sus declaraciones, ó, como es lo más probable, las indicaciones de Azanza, que se había declarado afrancesado, lo hicieron entrar al servicio del Rey intruso José Bonaparte, aceptando un em-

pleo en la Secretaría de la Inspección general de los ejércitos franceses; á las órdenes del Mariscal Moncey estuvo en Valencia, y con el Rey José en la campaña del Ebro, siendo despachado en seguida a Bayona, de donde salió acompañando con el carácter de intérprete, al Príncipe de Newchatel, que pasaba á Somosierra; esa comisión le valió ascender á Comisario de segunda clase empleado en la sección de transportes, con cuyo carácter pasó á Valladolid, acompañando al Emperador, y en vista de sus aptitudes, fué ascendido á Comisario de primera clase; acompañó á José Bonaparte á las batallas de Talavera y Almonacid, (en la última de las cuales se encontró en el campo contrario el Virrey Venegas), en la que á consecuencia de la caída de su caballo sufrió un fuerte golpe. Para curarse pidió su retiro, pero el Rey intruso se lo negó, y ascendiéndolo á Comisario ordenador, le concedió licencia ilimitada para venir á México. En realidad fué enviado como agente bonapartista.

El 1o. de Septiembre de 1809 salió de Madrid para Bayona, donde recibió las últimas instrucciones de Azanza sobre lo que debía hacer en América; Alemán en su proceso negó que tuviese tales instrucciones, pero desmentían sus palabras treinta y tres abultados pliegos que traía en su equipaje, dirigidos á los arzobispos, obispos, audiencias, virreyes, capitanes generales, gobernadores, cabildos y consulados de Cuba, México, Guatemala, Santa Fe, Mérida, Caracas y Puerto Rico. Cada uno de ellos contenía impresos, proclamas é invitaciones de Azanza para que el intruso fuese reconocido como Rey y para que no se enviasen recursos á las juntas de España; también se le entregó una orden para que el Virrey de México le diese un empleo cuyo sueldo no fuese menor de dos mil pesos al año, que se le debían de abonar desde el día de su embarque. Con estos papeles y documentos encerrados en un doble fondo del baúl, su diario de viaje y un retrato suyo al óleo donde se le veía con el uniforme de su empleo de Comisario ordenador imperial, se puso Alemán en camino.

De Bayona se embarcó para Londres, donde permaneció dos semanas, y en seguida se embarcó para Filadelfia; después de estar en esta ciudad y en las de Baltimore y Washington, se dirigió á Norfolk, donde se embarcó para la Habana en el bergantín español "San Antonio," el que entró al puerto el 18 de Julio de 1810. Las autoridades españolas, demasiado suspicaces de por sí, parece que además ya tenían algunos antecedentes de la misión de Alemán; lo cierto es que apenas entró el buque al puerto, se presentó el Capitán Bartolomé Sánchez, que hizo algunas preguntas al pasajero, y que en seguida mandó llamar al fiscal Don Francisco Filomeno, que registrando el equipaje de aquél, encontró cuatro gruesos cuadernos manuscritos cuyo rubro era: "Viaje á Europa y América, comenzado en 29 de Mayo de 1804.—M. R. A." Habiéndolo hojeado, encontró que hacía referencias á la guerra que España sostenía con los franceses; esto y el haber encontrádose varias estampas de fortalezas, ciudades y templos, hizo que se confirmasen las sospechas del asesor, y que mandando á la cárcel al viajero, hiciese sellar sus equipajes, para examinarlos con más calma al día siguiente. Así se hizo, y después de haberse encontrado más papeles, que en nada comprometían á Alemán, y su retrato, que sí era para hacerlo sospechoso, se trajo el baúl grande, y á un carpintero, que declaró que á su juicio allí no había secreto alguno; sin embargo, se procedió á hacerlo pedazos, y al primer intento, el preso empezó á dar muestras de agitación, y al fin rogó que se suspendiese aquello, pues tenía algo que declarar.

Manifestó entonces que Azanza le había entregado varios pliegos para distintas personas de América, y que si él había aceptado la comisión, había sido para facilitar su salida de Madrid, pero nunca con ánimo de entregarlos; abrió el secreto y entregó los pliegos, con lo que empezó el proceso. que no fué muy largo; en él declaró lo que hemos visto, hizo la historia de su viaje de seis años, y trató de probar que si ni en Londres ni en Estados Unidos había roto

los pliegos, era porque aún no tenía la libertad necesaria para ello, pues temía caer en manos de los agentes bonapartistas, que abundaban en aquellas naciones; el Juez se fundó en el cuidado que había tenido con aquellos pliegos para tenerlo como un activo agente del Rey intruso, y aplicándole una ley de circunstancias, lo condenó á la pena de horca, no obstante la elocuencia de su defensor y la del mismo Alemán, que supo defenderse bastante bien.

El 24 del mismo mes de Julio se dictó la sentencia, y en que fuese ratificada por el Marqués de Somoruelos, Gobernador de la isla, pasaron cuatro días; el 28 se notificó al preso, poniéndosele en capilla, y el 30, á la madrugada, fué ejecutada. Como la noticia de la prisión de un terrible conspirador era ya del dominio público, la opinión en la Habana estaba excitada, y para evitar cualquier tumulto, el Gobernador de Cuba publicó un enérgico bando haciendo saber la ejecución, las causas de ella, y la inflexible resolución de castigar severamente al que trastornase el orden. No obstante la hora matinal de la ejecución, asistió á ella una gran muchedumbre, que dió muestras de conmiseración hacia Alemán; éste, bastante resignado con su suerte, murió cristianamente, y aun se arrepintió de su delito, si hemos de dar crédito al impreso que lo relata. El padre de Alemán, que seguía en su botica de México, murió de pesar y de vergüenza por el triste fin de su hijo.

En Alamán y otros autores se refiere someramente la muerte de éste, y aun se equivoca su nombre y apellido, llamándolo José y suprimiéndole el Rodríguez, pero en el estracto de la causa publicado en la Ha-Habana y reimpreso aquí en la imprenta de Arispe, consta su verdadero nombre y los pormenores de su causa y ejecución. Si se reflexiona en que murió el 30 de Julio de 1810, después de Verdad y de Talamantes, que aunque violentamente, pero fallecieron de enfermedad, se concederá sin dificultad alguna que Alemán fué, en realidad, la primera víctima de los españoles por causa de la Independencia, que sin duda de ningún género venía á promover.

PIPILA.

Acerca de este personaje de nuestra historia, del que ya nos hemos ocupado en la página 36, tenemos que hacer algunas adiciones, no tanto porque juzguemos inexactos los datos allí consignados, sino para satisfacer á algunos de nuestros lectores que pudieran abrigar sus dudas si Pípila está ya completamente identificado ante la historia.

En "La Opinión Libre," periódico que se publicaba en Guanajuato en el mes de Octubre de 1901, se encuentra una carta, firmad por el señor F. de P. Stephenson, en la que trata de probar que el famoso Pípila se llamaba José María Barajas, y que fué vecino de Dolores, donde ingresó á la revolución desde los comienzos de ella. Para ello aduce el testimonio de las ancianas hijas de Barajas y de varias otras personas que vivían entonces y que conocieron y trataron á aquél; agrega el remitente que tanto el Presidente Juárez como el Emperador Maximiliano, cuando estuvieron en Dolores, tuvieron atenciones especiales para Barajas, por creerlo uno de los más distinguidos supervivientes de la lucha de Independencia; el primero, en 1863, le ofreció el empleo de Conserje de la casa de Hidalgo, que no quiso aceptar, y el segundo, en 1865, lo invitó á su mesa, y como no concurriese, hizo que fuese por él un ayudante y le señaló una pensión de cincuenta pesos mensuales, que no llegó á cobrar, por las vicisitudes del Imperio. Juárez en 1867 lo invitó para que lo viera en México, y aunque Barajas emprendió el camino, tuvo que regresar, por haber enfermado grave

mente en San Miguel; á poco quedó ciego, y al fin murió. El señor Stephenson sostuvo una discusión con el señor Braulio Acosta, que negaba que Barajas hubiera sido el verdadero "Pípila," discusión de la que se hicieron eco varios periódicos, entre ellos la "Gaceta del Gobierno," de Toluca; por último, dicho Stephenson consiguió que el actual Presidente de la República enviase algunos auxilios á las ancianas hijas de Barajas.

El señor Acosta, que por cierto demostró, entre otras cosas, que ni él ni su contrincante habían leído la historia de Alamán, en la que se fundaban para disputar, se fundaba para emitir su opinión en la tradición, más constante que da á "Pípila" el nombre de Juan José Martínez. Acerca de éste hay una información que publica el señor Negrete en su obra "México en el Siglo XIX," tomo 3o., pág. 378, y de la que aparece que María Victoriana Bretadillo, vecina de Guanajuato, para probar que era la viuda de Martínez, el verdadero "Pípila," pidió al Párroco su partida de matrimonio, la que no se pudo encontrar, por faltar varias fojas al libro parroquial respectivo; sin embargo, con testigos idóneos probó que tal matrimonio se había verificado. Además, con otros testigos probó que su referido marido, Juan José Martínez, había sido el autor de la hazaña de Granaditas; estos testigos lo fueron Don Victoriano Fonseca, que dijo: que conoció á Martínez, el que según pública voz y fama, prendió fuego á la puerta de Granaditas, el General de División Don Juan Pablo Anaya, compañero de Hidalgo, al cual el testigo oyó referir el hecho; el Teniente Coronel Don Simón del Toro, que oyó decir que un tal Martínez, álias "Pípila," había puesto fuego á esa puerta; Don Onofre Antonio Molina, Teniente Coronel retirado, que mandaba la escolta de Hidalgo, el cual tuvo á sus órdenes á Martínez cuando el ejército salió de Guanajuato; aseguró este señor que ese Martínez realizó la hazaña, por la que Hidalgo, á presencia de los demás, Generales, le extendió despacho de Capitán, y agregó que "Pípila" siguió al ejército á las

Cruces, Aculco, Calderón y Coahuila, y que murió en la acción del Maguey, (Mayo de 1811), en la que quedó derrotado Rayón. Por último, el Teniente Coronel Albino Ortiz, dijo que militó á las órdenes de varios insurgentes, como Rosales, y que por esta razón supo que el soldado de la cuarta Compañía del Batallón de Hidalgo, Juan José Martínez, conocido por "La Pípila," había sido el que había prendido fuego á la alhóndiga, y que después había muerto en la acción del Maguey.

Es curioso hacer observar que, aparte de ligeras inexactitudes, como la de haber sido ya soldado "Pípila," sólo dos testigos, Fonseca y Del Toro, aseguran haber conocido á Martínez, y que ninguno de ellos presenció la hazaña. Esta información fué rendida el año de 1834, y con ella la Bretadillo se proponía obtener una pensión del Gobierno de Guanajuato, para disfrutarla ella y dos de sus hijas, una de las cuales era doncella, que le quedaban de su matrimonio, y que á la sazón residían en San Miguel de Allende. Ignoramos si consiguiría su objeto, pues la información termina con la solicitud, y lo único que sabemos, es que en 1882 se presentó ante la Cámara de Diputados Doña Francisca Martinez, hija de Don Juan José Martínez, (a) "Pípila," solicitando una pensión; por decreto de 29 de Noviembre de ese mismo año, la Cámara concedió la pensión de ochocientos pesos anuales que debían de pagarse íntegros, y en el dictamen de la Comisión se leen estas palabras: "Pasó á la Comisión que subscribe, el ocurso de la señora Doña Francisca Martínez, hija del Capitán Don Juan José Martínez, (a) "Pípila," en que pide una pensión en recompensa de los servicios que prestó el señor su padre á la causa de la Independencia, principalmente en la toma del fuerte de Granaditas; y los que subscriben hubieron dictaminado favorablemente, tan pronto como el expediente vino al archivo de la Comisión, porque es notorio que los servicios de que se trata en el ocurso citado, son de los que merecen el nombre de eminentes, y son también, por consecuencia, de los que habla la Constitución,

facultando al Congreso para premiarlos; pero faltaban en el expediente referido dos constancias esenciales para la resolución del asunto, y eran: primera, la prueba de que la peticionaria es realmente la hija del Capitán Don Juan José Martínez; y segundo, el certificado de supervivencia, indispensable tratándose de una persona que reside á larga distancia de la capital, y que era ya de muy avanzada edad á la fecha de su primer ocurso."

Con la publicación de estos documentos parece indudable que el único y verdadero autor de la hazaña de Granaditas, ó más bien dicho, el verdadero individuo que tenía el álias de "Pípila," fué el Capitán Don Juan José Martínez. Sin embargo, será muy difícil que esto llegue á penetrar en la masa del público, que seguirá designando con ese mote y teniendo por autor de la hazaña á diversos individuos, pues como dice el señor Stephenson, "ha habido varios ejemplares del célebre "Pípila," y en Dolores Hidalgo se ha llegado á decir que aquel héroe fué un indio desconocido de Joconoxtle." Tal vez contribuya á esta insistencia del sentir popular, la circunstancia apuntada por Bustamante y relatada por Alamán, de que fueron varios los indios que, protegidos por una loza, se acercaron á prender fuego á la puerta de la alhóndiga; aun á pesar de esto, el mérito de "Pípila" no queda rebajado en lo más mínimo, pues como decimos en la página 37, "fué él el de la idea y el que cuando todo el ejército independiente se hallaba detenido por el obstáculo que les oponía la puerta, se atrevió á desafiar el fuego de los sitiados y acercarse á ese lugar llevando aceite y brea para untarlos en las maderas, y una raja de ocote, con la que prendió fuego; operación larga y de riesgo, por el peligro inminente en que se puso el que la hizo, y que atrajo por algunos minutos la atención de todos y los proyectiles de los sitiados. Que no consiguiera todo el resultado que se proponía, y que en pos de él fuesen otros y consiguiesen hacer arder la madera y franquear la puerta, ningún mérito quita á "Pípila."

FRAY MIGUEL ZUGASTEGUI.

También su lugar se encuentra entre los precursores de la Independencia, de los que fué digno compañero.

Nació en la hacienda de Ometusco, cercana á Otumba, el 14 de Febrero de 1773, del matrimonio de Don Juan Zugasti y de Doña Ana Verduzco, españoles. Es de llamar la atención que constando en la fe de bautismo, que tenemos á la vista el apellido Zugasti, él siempre se firmase Zugástegui.

Hizo sus estudios sacerdotales en México é ingresó en la religión de San Francisco, permaneciendo en el convento grande de la capital, donde se dedicó con gran ahinco al confesonario; sus costumbres eran morigeradas, no obstante que, como muchos religiosos de aquella época, no estaba acostumbrado á cumplir exactamente con el voto de clausura que había hecho. Por lo que de su causa se desprende, tenía el hábito de ir, en las tardes que disponía de algún tiempo, á un café, situado en la primera calle del Reloj, que era el punto de reunión de muchos desocupados, á los que daban motivo para la conversación los sucesos públicos. En 1808, los acontecimientos de la Península y de sus Colonias proporcionaban suficientes motivos, y nuestro religioso era uno de los que con más vehemencia hacía comentarios y manifestaba sin recato sus ideas en pró de la Independencia, y sus simpatías en favor del

Virrey Iturrigaray, que acababa de intentar la reunión de un Congreso nacional.

Tanto llegó á decir, que no faltó quien lo denunciase el 11 de Agosto de ese año, diciendo de él que había vertido "palabras denigrantes en contra de los Ministros de la Real Audiencia, y que aseguró habría de quedar independiente el Reino, pues se había de coronar á Iturrigaray dentro de pocos días." El Alcalde de Corte, Collado, ante quien se presentó la denuncia, pidió al guardián de San Francisco que tuviese arrestado al religioso, como lo hizo, en efecto, durante varios días, entre tanto formaba él la sumaria; ésta no arrojó de sí mas que las vulgaridades que por aquellos días corrían en público acerca de los sucesos políticos, y lo único que tenían de novedad era que eran dichas por un religioso. Ocurrió por aquellos días la prisión del Virrey, el encumbramiento de Garibay y otros sucesos que hicieron que fuese olvidado el franciscano, el cual vió templado el rigor de su detención con los permisos que se le concedían para que fuese á auxiliar á los moribundos; pero una nueva denuncia, debida sin duda á alguna imprudencia suya, fué causa de que las autoridades virreinales, más suspicaces y desconfiadas que antes, por razón de lo que había sucedido, y porque los temores de una insurrección habían aumentado, se ocupasen otra vez del padre Zugástegui.

El 11 de Febrero de 1809, el mismo Collado empezó á hacer nuevas investigaciones acerca de las conversaciones que le dijeron había tenido aquél con un señor Michel acerca de la conducta de Garibay, el que "quería, sin duda, entregar el Reino en manos de los franceses, primero que dejarlo en manos de los patriotas;" también habló de una conspiración en la que había comprometidos más de doscientos españoles, y que debía estallar antes de cuatro meses. Michel también informó á Collado "que el general francés que se hallaba preso entonces en Perote, (Dalmívar), por todas las señas que le habían dado en esta capital, era el mismo que, viviendo él en Cartagena de Indias, había ido á aquella

ciudad con pliegos para el señor Amat, Virrey de Santa Fe, no portando más divisa que la de oficial, aunque supo por el dueño de la fonda donde comía, y por otros franceses, que era primo de Bonaparte." Sea como fuese y á pesar de las generalidades que Michel atribuía á Zugástegui, el Juez Collado declaró la formal prisión del detenido, y al día siguiente se le translado al Colegio de Betlemitas, en el peso de la noche, par que nadie lo advirtiese. El proceso no arrojó ninguna luz sobre la conducta del preso, ni el Juez pudo averiguar si realmente era conspirador ó no, pero como por aquellos días los españoles estaban espantados hasta de su propia sombra y castigaban sin motivo al que juzgaban sospechoso, el padre Zugástegui fué una víctima de las circunstancias, y el 27 de Marzo se le condenó á ser deportado á España por conspirar en favor de la Independencia.

El 15 de Abril aprobó el Virrey la sentencia, y dos días después salió para Veracruz el sentenciado, que no permaneció mucho tiempo en Ulúa, pues el 3 de Mayo falleció á las dos de la madrugada, después de haber recibido los santos Sacramentos. La peste del vómito fué la causante de su muerte. Días después fallecía en el mismo castillo el padre Talamntes, que debía embarcarse en el mismo navío que Zugástegui. El Guardián del Convento de San Francisco, de Veracruz, solicitó el cadáver para darle sepultura en la sala "De Profundis" de su monasterio, y previo un reconocimiento minucioso de que realmente era cadáver, para lo cual le hicieron incisiones en las plantas de los pies, le fué entregado.

"El joven fraile Miguel Zugástegui, dice el señor González Obregón, murió mártir de su amor patrio. No tendría el talento, la bondad y la audacia del Lic. Don Francisco Primo de Verdad y Ramos, ni la inteligencia y erudición del no menos atrevido Fray Melchor de Talamantes; pero participó de sus ideas y compartió con ellos las palmas del martirio."

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

	Págs.
1. Abasolo Mariano	65
2. Aldama Antonio	245
3. Aldama Ignacio	77
4. Aldama Juan	55
5. Aldama Mariano	247
6. Alemán y Peña Manuel R.	327
7. Allende Ignacio	35
8. Anzorena José María	165
9. Aranda Pedro	95
10. Arias Joaquín	69
11. Azcárate Juan Francisco	2
12. Balleza Gerónimo	63
13. Balleza Mariano	59
14. Camargo Ignacio	101
15. Carrasco Juan B.	217
16. Casas Juan B.	221
17. Concepción Gregorio de la	105
18. Conde Bernardo	209
19. Correa José María	255
20. Chico José María	87
21. Chowell Casimiro	123
22. Dávalos Rafael	127
23. Domínguez Miguel	25
24. Fabié Ramón	129
25. Garcés Manuel José	229
26. Garcés Ramón	233
27. García Obeso José María	8
28. González Emeterio	18
29. González Epigmenio	15
30. González Hermosillo José María	203
31. Güemes José	291
32. Herrera Luis	115
33. Hidalgo Ignacio	74
34. Hidalgo Mariano	73
35. Hidalgo Miguel	45
36. Iriarte Rafael	111
37. Jiménez Mariano	81
38. Lanzagorta Francisco	91
39. Licéaga José María	299
40. López Benedicto	293
41. López Merino Antonio	158

Págs

42. López Aguado de Rayón Rafaela 319
43. Malo José Luis 169
44. Mascareñas Francisco 237
45. Mercado José 191
46. Mercado José María 183
47. Michelena Mariano 10
48. Mier Ruperto 157
49. Mireles Luis G. 235
50. Muñiz José María 156
51. Muñiz Manuel 151
52. Ortiz Tomás 259
53. Ortiz de Domínguez Josefa 29
54. Ortiz de Letona Pascasio 213
55. Parra Francisco de la 197
56. Pérez Ignacio 19
57. Pípila ..... 23 y 331
58. Portugal Onofre 251
59. Rayón Francisco 307
60. Rayón Ignacio 171
61. Rayón Ramón 271
62. Rodríguez Alcoredo Luis 313
63. Rosales Víctor 263
64. Rosas Pedro 323
65. Ruiz de Chávez Manuel 13
66. Salazar Juan de 161
67. Sánchez José María 13
68. Sánchez Miguel 99
69. Santa María Manuel 225
70. Santa María Vicente 12
71. Sevilla y Olmedo Joaquín 285
72. Sotelo Pedro José 239
73. Talamantes Melchor 5
74. Torres José Antonio 133
75. Valdivia Juan 241
76. Valencia Vicente 131
77. Verdad y Ramos Francisco 4
78. Villagrán Francisco 147
79. Villagrán Julián 141
80. Villalongín Manuel 179
81. Villaseñor Cervantes José Ignacio 14
82. Villerías Juan 119
83. Zamarripa Fernando 289
84. Zapata Nicolás 253
85 Zea Juan José 193
86. Zugástegui Miguel 335

F.R F1232
V5.v.1 t.#2 FH 207
AUTOR
VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR
TÍTULO
Biografía de los héroes y caudillos de la Independencia.

FECHA DE VENCIMIENTO	NOMBRE DEL LECTOR
- 3 JUL 2003	Alanis Espinosa
17 AGO 2007	

F.R.
FH. 207
F1232
V.5
v.1